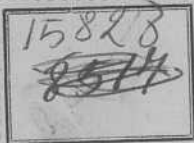
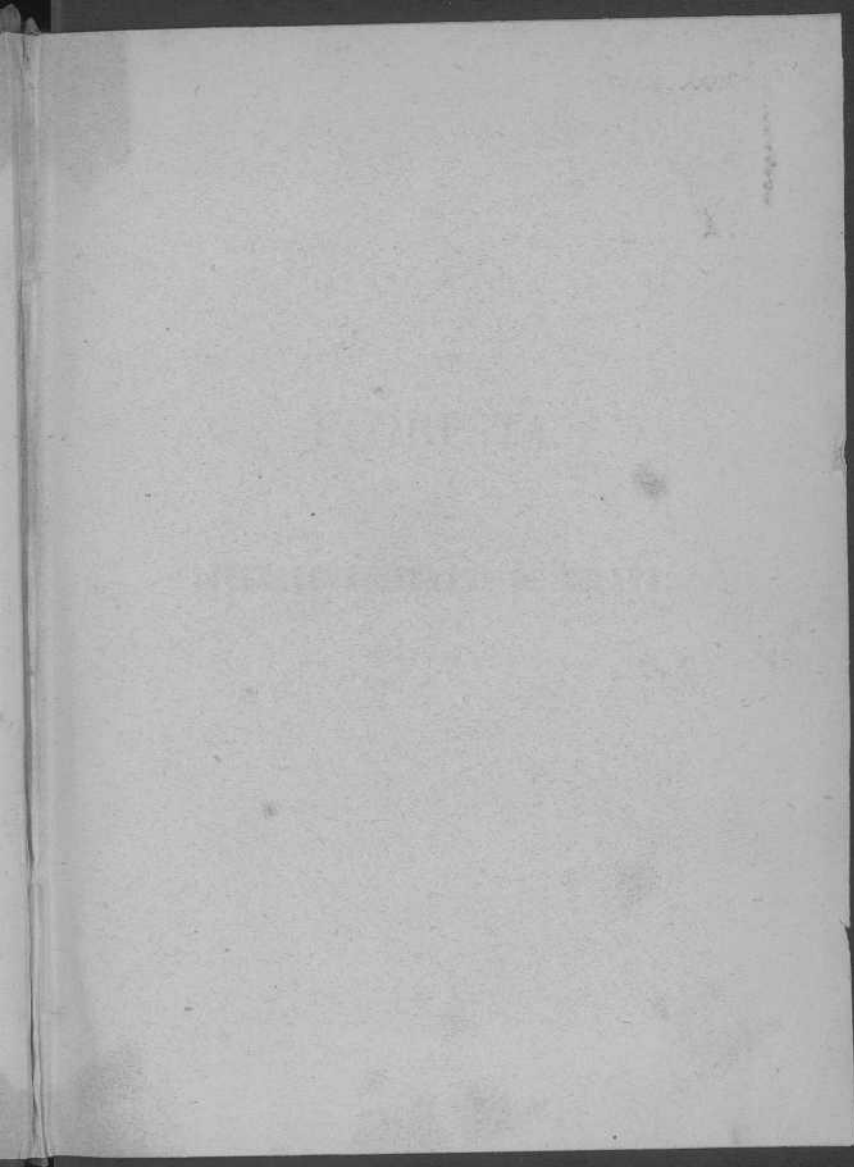


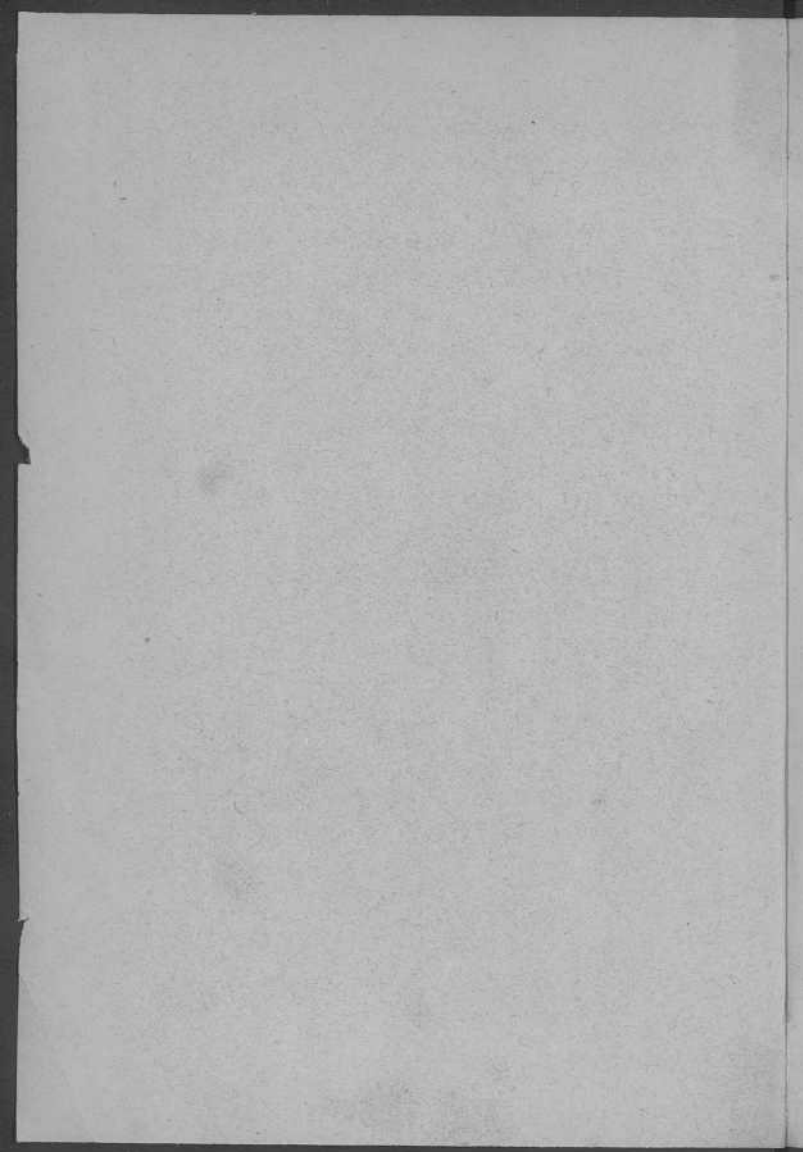
NYA
LA
MORADA

28



~~24~~
72





FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

FLORISTA

LITERATURA SACRADA DE ESPAÑA

FLORESTA
DE LA
LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA,
ó

COLECCION DE PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

DE NUESTROS AUTORES DE MAYOR MÉRITO,

POR

D. RAMON TAVARÉS Y LOZANO.

TOMO III.

Con licencia de la autoridad eclesiástica.



MADRID.—1864.

IMP. DE TEJADO, EDITOR, Á CARGO DE R. LUDENA,
calle de Silva, núm. 12, cuarto bajo.

LITERATURA SACRADA DE ESPAÑA

COLECCIÓN DE MANUSCRITOS

DE LOS SIGLOS XV Y XVI

D. RAMON TATAYES Y LIZANO

TOMO III



MADRID—1911

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

EN LA PLAZA DE SAN JUAN, 1

FLORESTA
DE LA
LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

J

JESUCRISTO.—Causa y autor de todos los bienes espirituales.—*El Incógnito.*

JESUCRISTO.—Esposo de las almas.—*El Incógnito.*

JESUCRISTO.—Virtud y fortaleza de la Iglesia, en quien han de estar fijos nuestros corazones.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*

JESUCRISTO.—Sabiduría del Padre.—*El Incógnito.*

JESUCRISTO.—El que borra nuestras iniqui-

dades, y cuanto contra nosotros hay escrito, pagando todas nuestras deudas; el misericordioso Redentor nuestro, el que nos libertó de la esclavitud del demonio, del pecado y del mal con el precio de su sangre; nuestro eterno Sumo Sacerdote sentado á la diestra de su Padre ofreciéndose á sí mismo por nosotros, en quien somos colmados de bendiciones: víctima voluntaria que se consagró por nosotros, y que por nosotros ruega y rogará; víctima nuestra en la cruz por la efusion de su sangre, y continuado sacrificio incruento en nuestros altares, nuestro modelo, nuestra norma, nuestra guia por el camino de la cruz en toda santidad y en todas las virtudes. Nuestro Padre, pues de él nacimos, no solo en la creacion, sino mas gloriosamente en espíritu por la predestinacion á su gracia y á su gloria; nuestro amantísimo y fiel Esposo, el camino que guia á Dios; la vida de nuestra alma; la eterna é inmutable verdad; nuestro doctor y legislador; nuestro pan, nuestra fortaleza, nuestra luz, nuestro consuelo y alegría, nuestra paz, nuestro juez, nuestra felicidad y nuestro último fin.

—*Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.* — *Pedro Antonio Fernandez de Córdova.*

JESUCRISTO.—Nuestro Redentor Jesucristo es la fuente de toda la gracia, que Dios comunica á toda su Iglesia; es la cabeza, que influye en sus miembros todo el sentimiento y movimiento que tienen de vida espiritual; es nuestro Salvador, que con su sangre nos rescató de la tiranía de Satanás; es nuestro Maestro, que con su ejemplo y doctrina nos enseñó el camino del cielo, y él mismo es el camino por donde hemos de andar, y la puerta por donde hemos de entrar, y la vida de que hemos de gozar. Es nuestro medianero y abogado, nuestra esperanza y todo nuestro bien, y así en ninguna cosa nos debemos ocupar tanto cuanto en meditar la vida y muerte de este Señor, como lo hacia la esclarecida vírgen y mártir Santa Cecilia; porque como muy bien dice San Bernardo en el sermón 22 sobre los Cantares, y San Buenaventura en el prólogo *Vitæ Christi*, entre todos los ejercicios espirituales, ninguno hay tan necesario, tan prove-

choso y que mas fácilmente nos lleve á la perfeccion.—*Manual de oraciones.*—P. Pedro de Rivadeneira.

JESUCRISTO, ÁRBOL DE PREDESTINACION, PLANTADO
EN EL JARDIN DE SU MADRE SANTÍSIMA LA VÍRGEN
MARÍA.

¡Árbol de bendicion, árbol de vida!
Eléyase tu copa sobre el cielo,
Y los orbes cobija tu ramaje,
Y á tu sombra los astros su carrera
Acaban y comienzan; tu vestido
La majestad, la gloria, la hermosura.
Los ángeles de tí beben el néctar,
Que les dá vida, resplandor y gozo.
En vano hechos volcan de tempestades,
Los abismos el mar de sus furores
Contra tu inmoble majestad impelen.
En vano rugen; mientras mas se airan,
Tú mas robusto, mas excelso y firme.
Cuajado estás de prodigiosos frutos
De predestinacion. ¿Qué son los siglos
Á la eternidad tuya comparados?

Fugaz suspiro ó sombra que se esconde.

¿Pero me engaña la ilusion? Mis ojos

¿No te han visto nacer? ¿No ví los tiempos

En la historia descritos, en que el mundo

Era sin tí cual fétido cadáver?.....

¿Y negra duda empañará mi mente

Iluminada por la fé? ¡Te adoro,

Árbol de mi vision, árbol sublime!

¡Tú eres Jesús, el Hijo del Eterno,

El Hijo de María! En Belen niño

Te adoré en brazos de tu Virgen Madre.

Cuando te vi nacer bajo de Augusto,

Yo pregunté á los siglos si sabian

De tu generacion, y contestaron:

«Cuando en lo antiguo diéronnos las alas,

Era ya sempiterno el que ahora nace.»

¡Divina Emperatriz, sacra Doncella,

Tú de la vida el soberano tronco

Has trasplantado á tu florido huerto

Desde la eterna altura inaccesible!

Y en tierra y cielo el árbol de la vida

Quedó arraigado. ¡Una de sus raíces

En el divino seno de su Padre,

La otra en el tuyo virginal, Señora!

¡Para hacerlo quien es son igualmente
Necesarias las dos! ¡Para que sea
El salvador de la progenie humana,
Y de la eternidad los santos frutos
Con largueza magnífica produzca!
Pues si tú, Madre del amor hermoso,
En tus entrañas no le das tu sangre
Para verterla y redimir al hombre;
Con la divina esencia por sí sola
No podrá padecer, y así las puertas
De los cielos abrir, ni el voraz rayo
Podrá apagar de la inmortal justicia
Con sangre y agua del rasgado pecho.

Es el Padre eternal, omnipotente
Principio de su sér, de sus acciones;
Pero tú, Reina de los nueve coros,
Hásle dado sustancia redentora,
Humana vida, corazon, ternura,
Fuentes de nuestra salvacion. ¿Y al brillo
¡Ah! quién al brillo resistir podría
De esta dulce verdad?..... Yo con el fuego
De tu inefable caridad melíflua
Proclamaré que tuyos son, Señora,
Los admirables, infinitos frutos

Del árbol inmortal, que en tus jardines
Unió divinidad con carne humana.
Tuyos los frutos son, pues tuyo el árbol.
¡Y tuyo debo ser, si á eterna gloria
Mi apasionado corazon aspira!
¿Mas con qué amor tan fino y entrañable
El alma mia te daré en retorno
Del maternal amor, con que principio
De predestinacion eres al hombre?
Así lo dice el coro venerando
De Doctores y Padres de la Iglesia,
Y así lo dicta la razon. ¡Oh gloria
Del hijo que arde en tu divina llama!.....

Poesías á la Reina de los cielos.—Juan Manuel de Berriozabal.

JESÚS.—¡Ó nombre glorioso, nombre dulce,
nombre suave, nombre de inestimable virtud
y reverencia, inventado por Dios, traído del
cielo, pronunciado por los ángeles, y deseado
en todos los siglos! De este nombre huyen los
demonios; con él se espantan los poderes in-
fernales; por él se vencen las batallas; por él
callan las tentaciones; con él se consuelan los

tristes ; á él se acogen los atribulados, y en él tienen su esperanza todos los pecadores.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

JESÚS Y LA SAMARITANA.—Nuestro adorable maestro Jesucristo enseña con su divino ejemplo á sus sucesores en este sagrado ministerio cuál debe ser su suavidad y diligencia para ganar al pecador en la amorosa bondad con que busca, recibe, oye y perdona á la mujer Samaritana. (Joan. IV.) La busca en medio de los ardores del sol, se sienta fatigado junto al brocal de un pozo, oye sus palabras desabridas y libres con inefable blandura; le pregunta por su marido, y respondiendo ella que no le tiene, toma de su respuesta ocasion para manifestarle sus desórdenes y lastimoso estado. Pero esto con qué espíritu! con qué suavidad! Descubriéndole todos los secretos de su corazon la obliga con dulzura á que confiese públicamente sus excesos, y se encienda en el amor de la virtud. Ella misma reconociendo en el que le habla al enviado de Dios, le pide que la instruya en el camino y doctrina de la verdad. Jesús la instruye, la inflama en su amor,

y se lo manifiesta mejor que á Moisés en la zarza, á Elías en el silvo, á Isaías entre los serafines, á Ezequiel en figura de electro. Arrojó en su alma un rayo clarísimo de su luz, la llenó con él de su conocimiento y de su amor. ¡Oh cuál sería la confusion y espanto de esta mujer al verse tratada con tan inefable blandura por el que reconocia por su Dios! Tobías y su hijo cayeron en tierra desmayados, y no osaron ni pudieron levantarse (Tob. XII. 16 y 22) en el espacio de tres horas cuando oyeron aquellas palabras del hermoso jóven que les habia hecho tan grandes beneficios: *Yo soy Rafael ángel de Dios, uno de los siete que asistimos en su presencia.* ¿Cómo se quedaria esta mujer cuando oyese de la boca de Jesús: *Yo soy?* Postrada en tierra le reconoce y adora; implora con humilde abatimiento su misericordia. El Salvador divino recibe con benignidad sus votos, y deja á sus sucesores en el ministerio pastoral un poderoso ejemplo de afabilidad, dulzura y amor para recibir al pecador. —*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

JESÚS Y SU MADRE SANTÍSIMA EN EL CALVARIO.

Hoy triste el mundo conmovido y tierno
Lágrimas vierte con dolor sensible,
Y llorára en su trono el Padre Eterno
Si la Divinidad fuera pasible:
Y aun no sé si quisiera el mismo infierno
Para poder llorar ser compasible,
Porque á dolores de inaudito espanto
Correspondiera un imposible llanto.

Ay! si en la viuda tórtola afligida
Tanto el dolor de su afliccion se imprime
Que sobre un árbol seco recogida
La ausencia de su esposo muerto gime;
Hoy llorarás, ó Virgen escogida,
El muerto Esposo, que al infierno oprime,
Junto á un árbol tan duro y riguroso
Que sangre y vida secará á tu Esposo.

En este mar de angustias, no flaqueza
De inútil barca ó frágil navichuelo
Manifestó tu sólida entereza
Entre olas de afliccion y desconsuelo:
Mas fué nave de insigne fortaleza
De alto bordo, que linda con el cielo,

Que siempre al justo acompañó serena
En la derrota de tormentos llena.

Si cuando todos van desamparando
Al que espera la muerte ya forzosa,
La consorte leal perseverando
Le asiste vigilante y cuidadosa;
Cuando del sacro Esposo el flaco bando
Disgregóse en su muerte dolorosa,
Tanto junto á su cruz permaneciste,
Que en su dolor crucificada fuiste.

Aquella fortaleza generosa,
Que representas cuando á Dios dan muerte,
Mezclada con angustia dolorosa
El titulo te dá de mujer fuerte:
Y tu serenidad maravillosa
Cuando Dios-hombre vida y sangre vierte,
Hoy te nombra entre tantos desconsuelos
Serenísima Reina de los cielos.

¿Quién, Virgen, dudará que á tí te cuadre
Misericordia inmensa y piedad rara?
Pues cuando el justo á voces clama al Padre
Que porqué en tal rigor le desampara;
Tú cual benigna, cual piadosa Madre,
Tanto le acompañaste que á la clara

(Si se puede decir) tu amor materno
Allí resplandeció mas que el paterno.

¿Señora, cuyas bienaventuranzas
Celebran las seráficas legiones,
Del pesebre al Calvario qué mudanzas
Son estas que te causan aflicciones?
De ángeles oíste allí alabanzas,
Acá impías blasfemias de sayones,
Y con ser Dios de tí fruto bendito,
El fruto de tu seno ves maldito.

Ya llevan por la calle de amargura,
¡Ó Reina venerable y soberana!
El fruto virginal, cuya dulzura
Lo amargo reparó de la manzana:
Hace que se arrodille aquella pura
Deidad inmensa, la crueldad tirana,
De aquel á quien temblando arrodillados
Sirven los serafines abrasados.

Al inocente arrastran que no tuvo
Huella de imperfeccion en su persona,
Y aquel donde jamás soberbia estuvo
Por rey fingido el mundo le pregona:
Al que agenos haberes no retuvo,
De rey usurpador le dan corona;

Y proceso le hacen al que puede
Decir que es Dios y que de Dios procede.

Llevan con fieros lazos maniatado
Al que al fiero dragon las manos ata,
Y con peso de cruz llevan cargado
Al que el descargo de las culpas trata:
El lirio vá de espinas coronado,
Que al Padre Dios los ojos arrebatá,
Y con ropa real va por afrenta
Quien hace reyes y les pide cuenta.

Ya la canalla vil al sitio fiero
Toda llegó del general suplicio,
Para esponder el cándido Cordero,
Que al Padre ofrece amor en sacrificio:
Ya taladran el áspero madero
Por dar de la mayor crueldad indicio,
Y al Rey de reyes turba carnicera
Horrísona le grita: «muera, muera.»

Ya, Virgen, desnudaron el pasible
Cuerpo con la Deidad incorporado;
Ya tienden su hermosura en el horrible
Patíbulo en tres partes taladrado:
Y como el cuerpo dócil y apacible
Escaso viene al trecho compasado,

¡Oh inaudito dolor! para que junto
Tiran á que se rompa y descoyunte.

Ya llega el vil sayon, de ponzoñoso
Furor vestido, y de piedad desnudo,
El brazo levantando sedicioso
Enarbolado con martillo crudo:
Pone en práctica el golpe riguroso,
Que administrado sobre acero agudo
La mano clava de quien ha en su palma
Dar gloria al cielo, y vida eterna al alma.

¿Oh tú que un hecho emprendes tan infando
Que no cupo jamás en pecho inmundo,
Cómo no adviertes que te está mirando
Quien hizo el cielo y fabricó el profundo?
¿Y si aquel, cuya mano estás clavando,
De tres dedos pendiente tiene el mundo,
Cómo osaste clavar la omnipotente
Mano de quien la tuya está pendiente?

¡Oh si al menos el golpe de tu mano
Ejerciese una sola tiranía,
Y no partiese cada golpe insano
El corazon materno de María!
¿Dónde se vió rigor tan inhumano?
¿Dónde tan infernal alevosía

Que un mismo golpe al Redentor taladre
Y el dulcísimo pecho de su Madre?

Virgen, bien pensarás que con clavarle
Cumple con la crueldad de su apetito
Y que en la tierra quiere ya fijarle
La turba torpe con horrendo grito:
Pues advierte y verás como robrarle,
Vuelto el rostro á la tierra el Infinito,
Los clavos quieren, por que esté mas firme
En la afrentosa cruz por redimirme.

Contempla el rostro y cuerpo que ajustado
Le tiene con la tierra el inocente;
Y en el reverso de la cruz sentado
Puntas de acero robra un insolente,
Donde manifestándose cansado
Limpia el sudor de la nefaria frente,
Dejándose brindar del rojo vino
Cuando de sed parece el Rey divino.

Ya enarbola en la cruz al Verbo eterno
La vil congregacion del pueblo ingrato,
Que pienso conspiró todo el infierno
Á emprender tan horrendo desacato.
Ya con voces que aborta el odio interno,
En el hoyo derriban el retrato

Del Padre inmenso, cuya fuerza eterna
Con leve impulso montes descuaderna.

Sombra fué Job leproso y afligido,
Cristo, de vuestras penas y dolores,
Que si en lugar inmundo perseguido
Aquel fué de gusanos taladores,
En el Calvario vil introducido,
Mil bocas de gusanos pecadores
No solo el cuerpo como á Job rompieron,
Mas la vida y honor os extinguieron.

Aunque, si bien lo advierto, no me espanto,
Que si la gota de agua en diamantina
Piedra perseverando puede tanto
Que su densa entidad rompe y transmina;
En la vuestra angular, ó Cristo Santo,
Estímulo de amor, gota divina,
Fué tan perseverante que os ha herido
Manos y piés y el pecho escandecido.

¿Mujer llamais; ó sacro Verbo eterno,
Á la inefable que por madre os toca?
¿Cómo permite vuestro amor interno
Falte nombre tan dulce en vuestra boca?
Mas no lo pronunciais, porque es tan tierno
Que romper puede un corazon de roca,

Ni en la cruz permitis Madre se nombre,
Por no matarla con su propio nombre.

Virgen, si aquel que alcanza la eminencia
De alguna facultad, que docto adquiere,
Enseña lo supremo de tal ciencia
Al discípulo amado que mas quiere ;
Tanto amó Dios en carne tu inocencia,
Que te leyó en la cátedra en que muere
Rogar por enemigos , cuyo extremo
De la ciencia de amor es lo supremo.

¿Entre injurias tan duras y pesadas
Dónde se vió, mi Dios, tanta clemencia,
Pues vos dejais las culpas excusadas
De los que acusan hoy vuestra inocencia?
¿No basta que en la cruz tengais clavadas
Las manos donde Dios puso su esencia,
Sino atar las del Padre omnipotente
Porque no azote tan nefaria gente?

Ó Virgen, ya perdona al sedicioso
Ladron el justo vida de las vidas,
Que como llueve sangre el poderoso,
Son sus misericordias ya llovidas.

¿Mas quién podrá negar que fué forzoso
Perdonarle sus culpas cometidas ,

Pidiéndole perdón en tu presencia,
Que eres Madre de amor y de clemencia?...

¿Qué ven tus ojos, Madre, en ese palo?
¡El dulce fruto de tu dulce seno!
¡Tu unigénito amor, vida y regalo!
¡Ay que le miras de martirios lleno!
Pronunció la sentencia un juez tan malo
Que al que por ser tan sumamente bueno
Los piés lavó á un traidor de baja suerte,
Lavándose las manos le dió muerte.

Ya la estrellada máquina dilata
Luto en su faz de confusion vestida,
Horrorizada al ver cómo se trata
Al sacro Verbo, fuente de la vida;
Pues la Jerusalem del mundo ingrata
Pecador sedicioso le apellida,
Al mismo punto que con dulce canto
La celestial le llama Santo, Santo.

En conflicto tan áspero trabajan
Del Inocente todos los sentidos:
Los ojos ven visajes que le ultrajan;
Siente el olfato huesos corrompidos,
El tacto clavos, que sus miembros rajan;
Oyen torpes blasfemias los oídos;

Y al lábio, vena de eternal dulzura,
Del vinagre y la hiel dan la amargura.

¿Y no espiras, ó Madre de quebranto?
Todos sus miembros son de sangre fuentes
¡Oh dolor! ¡Oh dolor! ¡Oh triste espanto!
Que manan sobre tí rojos torrentes,
Y al hondo rio de tu acerbo llanto
Mezclando van sus cálidas corrientes;
Y así entre undosas lágrimas te bañas
En la sangre que dieron tus entrañas.

Título de irrisión vituperable,
En que le nombran rey, la cruz sustenta,
Tomando la verdad indubitable
Por instrumento de la misma afrenta;
Que aunque el título heróico y venerable
Por escarnio escribió la turba exenta,
Pretendiendo fingir, habló acertando,
Como Caifás profetizó ignorando.

Llégate á Dios, ciudad descomulgada,
Si quieres á la Iglesia reducirte,
Comulga en tanta sangre derramada,
Que por ella podrás á Dios unirte:
Mira que es sacerdote, y perdonada,
Si quieres de tu culpa arrepentirte,

Serás, que solo Dios crucificado
Es el absolvedor y el agraviado.

¿Es posible, cruel, que no quebrante
Tan gran dolor tu corazon de acero?
¿Pero qué digo? mas es que diamante,
Pues no lo ablanda sangre de un cordero.
Advierte que es leon y que triunfante
Ha de ser su potencia, pues espero
Que este que hoy dando está tiernos balidos,
En el dia final dará ruidos.

Hoy que el oro divino está manando
De su misericordia esmaltes rojos,
Llega protervo y sedicioso bando;
Goza de estos dulcísimos despojos;
No lo dilates; mira que en cerrando
Á su clemencia los divinos ojos
Tu rebelde y tiránica malicia,
Luego los ha de abrir á la justicia.

Virgen, pues ya la muerte al justo fuerza
Á que el alma á su Padre se retire,
Segun leyes de amor te será fuerza
Pedir su bendicion antes que espire:
Mas bendícele tú y el pecho esfuerza,
Porque aunque el justo á bendecirte aspire,

Te impiden ¡ay! dos clavos inhumanos
Las dulces bendiciones de sus manos.

Que si comiera del vedado fruto,
Eva le dijo á Adan, rara torpeza,
Quedára como Dios, Rey absoluto,
Y ella en la misma potestad y alteza :
Y al fin rompiendo el inclito estatuto,
No solo no adquirieron tal grandeza,
Mas sucedió á su imperio esclava suerte,
Y á la inmortalidad forzosa muerte.

Pero tú con razon, divina Eva,
Pudieras hoy al nuevo Adan tu esposo
Decirle, « come de esa fruta nueva,
Muerte y pasion del árbol doloroso,
Verás como la suerte se renueva
Á entrambos, de este valle lacrimoso,
Rey de reyes serás con cetro eterno;
Yo emperatriz del cielo, mundo, infierno. »

Ya el Verbo de la diestra poderosa
El alma rinde al Padre Omnipotente,
Hecho ocaso de muerte dolorosa
El claro Sol del sempiterno oriente.
¿Mas quién vió espiracion tan espantosa?
Pues el que con el Padre eternamente

Espira Amor, en quien su esencia mira,
Hoy por amor del hombre el alma espira.

Estupendo milagro fué en el mundo
Hallarse una muger vírgen y madre,
Aunque fué mas extraño y mas profundo
Ser hombre el Verbo del eterno Padre.
¿Mas quién podrá negar que es sin segundo
Milagro en Dios, el permitir que cuadre
Deidad de señorío no igualado
En un cadáver yerto y desangrado?

¡Pueblo infando, que abriste el pecho mismo
De Dios, puerta cruel, dichoso fueras
Si entre tu malicioso barbarismo
De la necesidad virtud hicieras!
Acogerte al sagrado y al abismo
Del infinito amor de Dios pudieras
Por esa puerta, que rompió tu lanza,
Que es puerta de la bienaventuranza.

¡Oh padres, que el Criador os ha formado
Uno de tierra y otro de costilla,
Ved vuestra libertad en el costado
Del hombre y Dios, que á ser tierra se humilla!
Querer ser cada cual entronizado
Ha dado á Dios patíbulo por silla,

Y fruta dulce en plato de lisonja
Al justo vino á dar hiel en esponja.

¿La lanzada que Dios muerto recibe,
Virgen, quién dudará que en tí se imprime?
Porque si el alma del amante vive
À donde ama, mas que donde anima,
Como estabas en Dios, donde se escribe
Tu amor sin que su llama se reprima,
Cuando hizo la lanza el fiero encuentro,
Te pasó el alma por hallarla dentro.

Tus brazos abre, Aurora de la vida,
Serás del sol difunto dulce lecho:
Será la piedra Dios restituida
Al engaste divino de tu pecho;
La forma á la materia será unida,
À su centro el amor caerá derecho;
Reinará á un tiempo vivo en el del Padre
Quien yace muerto al pecho de su Madre.

¿Conoces á Jesús, Reina divina?
¿Estás de sus facciones enterada?
Dí si el sentido de la vista atina
À ver si es él, no vivas engañada:
Aunque como su imágen peregrina
Dentro en tu pecho tienes estampada,

Conocerás de su beldad lo oculto
Confiriendo la estampa con el bulto.

Si buscas hoy el blanco y colorado
Esposo entre millares escogido,
Míralo bien, que aunque en tan triste estado
No será por las señas abscondido :
Blanco de oprobios fué en la cruz clavado ,
Rojo porque en su sangre fué teñido ,
Y entre millares del divino Esposo
Vés el semblante yerto y nebuloso.

Parece , Emperadora de los cielos,
Que miro abrir tus brazos virginales
Entre los inauditos desconsuelos
De tus penas y angustias sepulcrales :
¿Hijo , diciendo, tanto amor y celos
De las almas teneis de los mortales
Que os dan , por mejorar de Adan la suerte,
Amor mortalidad y celos muerte?

¿Quién se atrevió á escupir saliva inmunda
En tan hermoso y cándido semblante ?
¿Quién sulcos de crueldad imprime y funda
De espesas mallas de acerado guante?
¿Quién con hiel y vinagre acedo inunda
Boca del por esencia dulce amante?

¿Quién puso espinas entre tantas flores
Y la gloria infinita entre dolores?

¿Son estos los auríferos cabellos,
Que al precioso metal desquilataron?

¿Estos que miro son los ojos bellos,
Que al dorado planeta deslumbraron?

¿Estos los lábios son que al color de ellos
El carmin y la púrpura envidiaron?

¿Esta es la frente cándida, á quien debe
Tributos el cristal, párias la nieve...?

¿Aquestas son las cejas que arcos fueron
Contra diluvios de ira rigurosos?

¿Son estas las mejillas que pudieron
Dar lustre á los jazmines y las rosas?

¿Es este aquel espejo en que se vieron
Todas las beatitudes luminosas?

¿En quien pudieran corregir sus faces
Cuando de imperfeccion fueran capaces?

¿Eran estos los piés, cuyas pisadas
Al reino de la luz dieron camino?

¿Estas las bellas manos torneadas
Del dulce Esposo, que á las almas vino?

¡Mas ay que solo en ellas señaladas
Miro, no lo tornatil peregrino,

Mas frescas hondas y hórridas heridas
De las puntas del clavo recibidas...!

¿Quién corona de espinas afrentosa
Puso al que dá Tiaras y coronas?

¿Quién trastornára así la faz hermosa
De la segunda de las tres Personas?

¡Cielos, pues esta muerte dolorosa
Dió luto al esplendor de vuestras zonas,
Doloridos llorad! ¡Estrellas puras,
Llorad, que hoy lloran aun las piedras duras!

¿Si es ley crucificar los delincuentes
Desnudos, qué delito os han hallado,
Hijo, que á vuestras carnes inocentes
En vez de desnudar han desollado?
¿Quién corazones vió tan inclementes
Que en un muerto jamás se hayan vengado,
Pues muerto os castigaron con herida,
Que de nuevo me arranca á mí la vida?

El lloro detened, ó Virgen santa,
Que si quiso al nacer con dulce lazo
Cristo, pimpollo de tu bella planta,
Que tú estrenases su primer abrazo;
Cuando renazca á gloria sacrosanta
El que es del Padre Dios concepto y brazo,

El triunfo estrenarás de su victoria
Con el primero abrazo de su gloria.

Si al sepultar al capitán valiente
Tocan tal vez las cajas destempladas;
Las del que es invencible esencialmente
Son las criaturas de dolor turbadas;
El suelo tiembla, el sol su luz desmiente,
El mar muestra sus ondas alteradas,
Y entre estruendo de vientos procelosos
Se desquician los montes espantosos.

Alonso de Bonilla.

JUAN CRISÓSTOMO (SAN). — ¡Ó admirable Juan Crisóstomo, boca verdaderamente de oro por tu divina elocuencia, y boca de Cristo y boca de Dios, porque hablaba en tí, y tu lengua era instrumento del Señor. Tú, estando retirado en el yermo y apartado del bullicio y vanidades del siglo, singularmente fuiste escogido del Señor para pregonero de su Evangelio. Á tí San Juan Evangelista dió el libro para que fácilmente entendieses la Sagrada Escritura, y San Pedro las llaves en señal de la potestad de perdonar pecados, y San Pablo te dictó los

maravillosos conceptos que sobre sus epístolas tú escribiste. Tu vida fué santísima, tu doctrina celestial, tu elocuencia mas divina que humana. Tú propagaste por muchas provincias y naciones bárbaras la gloria del Señor, y con la luz del Evangelio alumbraste á los gentiles que habitaban en la sombra de la muerte. Tú fuiste consuelo de los desconsolados, amparo de los pobres, remedio de los afligidos, ojo al ciego, mano al manco, pié al cojo y único refugio de todos los necesitados: tú maestro de los católicos, espanto de los herejes, abogado de los buenos y juez severo de los malos, los cuales no pudiendo sufrir el resplandor de tus virtudes por la flaqueza de su vista, te persiguieron y desterraron, y con sus malos tratamientos te consumieron para que tu corona fuese tanto mas gloriosa en el cielo, cuanto con mas duros golpes habia sido fabricada en el suelo. Los Apóstoles San Pedro y San Juan á la hora de tu muerte te visitaron, y el mártir San Basilio te convidó para que tu cuerpo reposase donde el suyo reposaba. El emperador Teodosio se humilló delante de tí, y te suplicó que

perdonases á sus padres, y recibió tus sagradas reliquias con solemne pompa y triunfo, y concurso de toda la ciudad de Constantinopla, á la cual tú estando muerto saludaste, porque vivias y vivirás para siempre con el Señor.—*Manual de Oraciones.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

JUEGO.—Cuando sale de la esfera de una diversion honesta, no es ni puede ser otra cosa que una codicia secreta, un deseo activo de enriquecerse á costa de otros con poco trabajo y en breve tiempo. El mundo siempre errado en sus máximas no le ha caracterizado todavía con el título de infamia, como lo merece; pero en los principios de toda moral sana, y á los ojos de todo juicio recto el juego excesivo, ó por el tiempo que se le dá, ó por las cantidades que se aventuran, supone siempre un alma llena de vicios, y si fuera posible no suponerlos, es infalible que el juego solo los produciría.—*El Evangelio en triunfo.*—*Pablo de Olavide.*

JUICIO DISTINTO DE DIOS Y DEL MUNDO. — El mundo no reprueba sino los efectos de una có-

lera impetuosa, y el Señor reprueba los mas ligeros movimientos, luego que los consiente el corazon. El mundo no se ofende sino de la brutalidad de un libertinaje manifiesto; y el Señor prohíbe las palabras, los pensamientos, los deseos, las complacencias y hasta las miradas impuras. El mundo se contenta con que no se usurpen descubiertamente los bienes ajenos; y el Señor ordena, que poseamos sin apego, aun los que son propios; que los conservemos sin inquietud; y que con gozo hagamos de ellos participantes á los necesitados. El mundo quiere triunfar siempre, y que jamás cedan sus partidarios; y el Señor enseña á los suyos á ceder con dulzura, á humillarse, y en caso necesario, á sacrificarse generosamente. El mundo, con el pretexto de no parecer devoto embustero, aprueba las murmuraciones finas y delicadas; autoriza las mentiras indiferentes; aplaude los tiernos suspiros de una pasión en su nacimiento; y el Señor nos predica un Evangelio de caridad y de sufrimiento; un Evangelio de sinceridad, de rectitud, de modestia, de pudor, de mortificación y peniten-

cia. Finalmente, el mundo quiere por lo menos una vida cómoda y sin zozobra: enseña á sus partidarios á amar banquetes delicados, la ociosidad, el reposo, el juego, el teatro y los festines; y el Señor enseña á sus discípulos, que en la tierra sigan su cruz, amarguras y dolores; y que no le busquen entre placeres y delicias: que ayunen, que oren, lloren y sufran.—*Alonso Nuñez de Haro y Peralta.*

JUICIO UNIVERSAL.—Considera las señales espantosas que precederán á este día último y final del mundo, como preceden en los hombres cuando llega su fin, hallándose cercanos á la muerte, las cuales, dice Cristo, que serán tales, que los hombres se quedarán secos y pasmados de puro temor, porque los mismos cielos se turbarán y perderán su curso, y el orden y concierto que han guardado hasta entonces; y desconcertado aquel reloj, por el cual se rige y gobierna todo el mundo, él también se desconcertará, y los elementos sintiendo su fin se alterarán, batallando entre sí terriblemente; el mar se embravecerá rompiendo sus lindes, y saliendo furiosamente de sus

términos, sumirá en su abismo á cuantos en aquella ocasion lo navegaren; los aires bramarán horriblemente y con tan gran furor, que trastornarán los montes, y sepultarán las ciudades; la tierra temblará y abrirá sus entrañas por muchas partes, y sepultará vivos á los hombres, y arruinará todos sus edificios, y las fieras buscarán los poblados, y los hombres las cuevas de los brutos y fieras para guarecerse en ellas, y ninguno hallará seguridad: las estrellas se desencajarán de los cielos y caerán sobre la tierra, como cuando se sacude un árbol y cae la fruta en el suelo; y últimamente el fuego contra su propio natural caerá de su region, y abrasará toda la tierra, y cuanto la hermozeaba y habia de valor en ella, dejándola por todas partes cubierta de funestas cenizas.

Considera qué tal será el dia, cuando su vispera es tan espantosa y tremenda, y qué sentirán los hombres que se hallaren vivos en aquel tiempo, y qué sintieras tú, que con un trueno de las nubes te cubres de temor y temblor. Contempla el mundo desnudo de esta apariencia, y manifestando lo que encierra en

su seno, que todo es un poco de polvo y ceniza: mira en qué pararon sus honras, sus dignidades, sus riquezas, sus delicias, sus ciudades, jardines y paraísos, y aprende á despreciar lo que vale tan poco, y apreciar solamente lo eterno y verdadero, que nunca se ha de acabar.

Considera que estando el mundo en este silencio, acabada la farsa que ahora se representa, y vuelto á su primera desnudez, asomará por lo alto un arcángel, como dice el Apóstol San Pablo (I. Thessal. IV, 15.) y dará una voz como de trompeta, llamando á todos los hombres á juicio, la cual será tan poderosa, que por virtud divina resucitará á todos los difuntos, juntando sus cuerpos y uniéndolos con sus almas en un momento, en que los congregará en el Valle de Josafat. No mires esto como muy distante, sino como si ahora sucediera y lo vieras, y te hallaras presente á todo, pues infaliblemente has de ser uno de los que han de oír aquella voz, y levantarse de los sepuleros para ir á juicio: mira cuán solos se levantan los que andaban acá muy

acompañados; cómo acabada esta comedia todos son iguales; cómo ya no hay riquezas, ni deleites, ni poderíos, ni posesiones, ni grandezas, ni diferencia alguna entre el noble y el plebeyo, ni entre el amo y el criado; cómo solo les acompañan sus obras, y las que quisieras haber hecho entonces: mira cómo se levantarán los malos, feos, tristes, miserables, pobres y sin remedio; atiende á sus llantos y á la penitencia que hicieran, si les fuera concedida una hora de tiempo de cuantas ahora gastan vanamente; y luego vuelve los ojos á los buenos, y míralos salir de los sepuleros, hermosos como el sol, bañados de gozo y alegría, y dándose mil parabienes por la penitencia que hicieron en este siglo, y las buenas obras en que emplearon los días de su vida. Y pues necesariamente has de ser de uno de los dos gremios, logra el tiempo que Dios te concede, y resuélvete en su acatamiento á dejar la vida ancha que lleva á la perdición, y abrazar con todas tus fuerzas la estrecha, que es el camino de la vida eterna y verdadera.

Considera cómo luego se abrirá el cielo, y

bajará Cristo á la tierra á juzgar al mundo con grande poder y majestad, porque vendrá acompañado de todos sus ángeles y cortesanos, y formará en las nubes su trono, á donde, como dice San Pablo, subirán volando á cubrirle y acompañarle todos los escogidos; y los condenados quedarán en la tierra apegados y pesados, sin poderse mover, con indecible confusion y dolor de sus corazones. ¡Oh qué rabia, oh qué despecho padecerán, viendo en tanta honra y gloria á los que acá despreciaron, y tuvieron por locos y miserables, y á ellos en tanta deshonra y confusion! Cada uno llevará en la frente para mayor deshonra suya sus delitos escritos y la causa de su sentencia, que será manifiesta á todo el mundo, afrentándolos Dios de esta manera á los ojos de todos, y así afrentará Dios á los malos el dia del juicio, y honrará á los buenos, grabando, como lo testifica San Juan (Apoc. XIV. 1.), su propio nombre en sus frentes y los títulos de su gloria, con que resplandecerán mas que el sol: acuérdate que forzosamente te has de hallar allí presente, sin tener

por donde huir, y mira qué suertes tan desiguales son las de los buenos y los malos; y por cuanto no quisieras errar en negocio que tanto te importa, pues no va menos que vivir ó morir para siempre, dispon ahora tus cosas, como las quisieras haber dispuesto en aquel día del juicio.

Considera cómo empezará luego el juicio, el cual será tan estrecho y el Juez tan recto y riguroso, que como dice San Crisóstomo, hasta á los mismos ángeles hará temblar: no hay palabra, ni seña, ni pensamiento de que no se haya de pedir allí estrecha cuenta; y será tal, que el mas ajustado, con dificultad, como dice el Santo Job (IX. 5.), de mil cargos apenas podrá responder á solo uno; y si el justo con dificultad se salvará, ¿el malo y pecador á dónde irán? Allí nadie rogará por otro, ni el Juez se ablandará con dones, ni recibirá excusas. ¡Oh cómo se publicarán allí los pecados ocultos, que nunca se confesaron! Tú los hiciste en secreto, y Dios, como dijo Natan á David (II. Reg. XII. 12.), los manifestará el día de aquel universal teatro del

orbe á vista de ángeles y hombres: mírate ahora cómo has de estar entonces; considera la cuenta que te piden, los cargos que te hacen y la afliccion en que te ves, sin otros abogados ó valedores mas que tus obras, esperando el fallo de la sentencia, y mira qué cuenta darias, y qué sentencia te dieran ahora de tu vida pasada; y pues tienes tiempo, arrojate á los piés del Juez, y pidele con lágrimas perdon de tus culpas y treguas para enmendarlas, y hacer dignísima penitencia de ellas: pon á los Santos por intercesores, y en especial á la Reina de los ángeles, la cual rogará ahora por tí y te alcanzará la gracia que deseas y necesitas para enmendar la vida y disponerte para el dia del juicio.—*Meditaciones diarias de los misterios de nuestra santa fé y de la vida de Cristo nuestro Señor y de los Santos.*—P. Alonso de Andrade.

JUICIOS TEMERARIOS.—La ley cristiana que prohíbe los juicios temerarios es no solo ley de caridad, sino de prudencia y buena lógica. Nada mas arriesgado que juzgar de una accion y sobre todo de la intencion, por meras apa-

riencias: el curso ordinario de las cosas lleva tan complicados los sucesos, los hombres se encuentran en situaciones tan varias, obran por tan diferentes motivos, ven los objetos de maneras tan distintas, que á menudo nos parece un castillo fantástico lo que examinado de cerca, y con presencia de las circunstancias, se halla lo mas natural, lo mas sencillo y arreglado.—*El Criterio*.—*Jaime Balmes*.

JUSTIFICACION DEL PECADOR.—Obra de la bondad inmensa de Dios.—*El Incógnito*.

JUSTO.—Para el justo la pobreza, la enfermedad y aun la muerte, no son males: el único mal verdadero es el pecado. — *Padre Scio de San Miguel*.

JUSTOS ANTEDILUVIANOS.—En Seth comienza esa dilatada série de justos, cuya vida llega á 912 años como la del mismo Seth, á 905 como la de Enós, á 910 como la de Cainan, á 950 como la de Adan, á 895 como vivió Malaleel, á 962 como vivió Jared, á 969 que Matusalen contaba cuando llegó al reposo de su eternidad.

Sus corazones son del Señor; sus ojos bri-

llan con el esplendor de la inocencia; la verdad mora en sus lábios; plácida paz en sus pechos; rectitud en todas sus acciones; en su trato sencillez suma y confiada franqueza; en sus maneras una amable naturalidad. Las madres son pastoras, las hijas pastorcillas, los hombres labradores y pastores. En sus cabañas rústicas les espera de noche un dulcísimo sueño; de día la joven naturaleza los tiene embebecidos con la graciosa variedad de sus flores, con la perspectiva halagüeña de sus cascadas sonoras, con la abundancia de sus producciones sabrosas, con el regalo de sus delicadas frutas, con el blando susurro de sus arroyos, con la grata armonía de mil y mil cantoras avecillas. El rey, el sacerdote, la autoridad suprema es en cada familia el mas anciano. Los nietos tienen mas de 100 años, los hijos mas de 300, los padres han visto nacer encinas que cuentan ya siete siglos. Gallarda es la elevacion de su estatura, porque la especie humana todavía no está gastada, y ha salido majestuosa de las manos de su Hacedor.

Los campos donde habita la descendencia de Seth están poblados de viejos, porque los viejos aun no han acelerado el paso de la muerte. Mas la pesada mano de los siglos ha inclinado sobre sus pechos las cabezas meditabundas, ha prolongado hácia arriba las arrugadas frentes, dándoles mas grados de majestad en vez de los cabellos de que los despojára como al árbol frondoso el viento del otoño; ha emblanquecido sus barbas venerandas, ha descarnado y hundido sus mejillas, y ha puesto temblorosas sus piernas y sus manos. Su conversacion con el cielo, sus virtudes acendradas y lo apacible de su vida, que les han dado el renombre de hijos de Dios, los harian completamente dichosos, si fuera posible hallar completa dicha en la mansion de los dolores. En medio de la placidez y dulzura de sus semblantes augustos, tienen dentro del alma un mundo de desengaños, un recóndito hastío de la vida, un desapego á la tierra, una profunda tristeza, una amarga memoria de la felicidad perdida en el pecado de Eva.

El contexto de las sagradas páginas me dá

lugar á figurarme esto y mucho mas. Se me figura ver á ese pueblo antediluviano sentado al pié de los tristes árboles de un bosque, á la hora en que las sombras de la noche acaban de extenderse y asoma el melancólico rayo de la luna, que deja entrever las canas de innumerables cabezas de ancianas y de antiquísimos ancianos. Rodeado de ellos figúraseme ver á nuestro primer padre Adan, que con voz lúgubre, ahogada por sus sollozos, les cuenta las delicias de su inocencia perdida, lo funesto de su culpa, lo agudo de su dolor, la inmensidad de su presente infortunio: levántase á las estrellas un tristísimo suspiro de toda aquella generacion que le escucha; y él, penetrado del mas vivo pesar, pero conteniendo sus lágrimas por consolarla, en tono menos aflictivo recuerda con fervoroso entusiasmo la promesa de un Salvador y la victoria que una hija suya alcanzará de la sierpe; pide perdon humilde á Dios y á sus llorosos descendientes, y los exhorta á la paciencia y á todo género de virtud.

Si; todo su consuelo les viene de sus virtu-

des, de su esperanza en el futuro Redentor, de la misericordia inagotable de aquel en cuyo amor y servicio viven tan larga vida. Uno hay entre ellos á quien puedo llamar el fenómeno de la vida y de la muerte; todo en él es misterioso y extraordinario: las ideas que excita su nombre son de un orden muy alto, pero indefinible, tienen un claro-oscuro admirable; con ellas se halla el entendimiento como abrumado; el corazon no respira, porque no siente ni ve con claridad, y goza no obstante del espectáculo singularísimo; la imaginacion vuela y se pierde, y se complace en contemplar de nuevo la maravilla. Un personaje de aquel tiempo que anduvo con Dios 365 años sobre la tierra, no ha descendido á las entrañas de esta como los demás hombres; aún vive y desapareció, y su destino es sublime y fué arrebatado por Dios... ¡Hombre de cinco mil años! ¿Adónde estás? ¿Cuál es tu ocupacion inefable? ¿Adónde estás, Henoch? ¿Con que la muerte te ha de respetar hasta el fin del mundo? ¿Con que el principio de tu historia se escribió por Moisés en el desierto,

y tus postreras hazañas se escribieron en Patmos por el Águila del Nuevo Testamento? Parece que eres el primero y el último eslabon de la Escritura, el primero y el último predicador de los mortales, el primero y último trueno de Dios.—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*



L

LÁGRIMAS.—Medio para alcanzar la misericordia divina.—*Recuerdos para la vida cristiana*.—*El Incógnito*.

LAMENNAIS CAIDO.—Malogrado escritor; el génio oscureció su frente con la obstinacion, su mano empuñó decididamente el arma ignoble del sofisma. Malogrado génio que conserva apenas una sombra de sí mismo, que ha plegado las hermosas alas con que sulcaba el azul de los cielos, y revolotea cual ave siniestra sobre las aguas impuras de un lago solitario.—*Jaime Balmes*.

LEGISLADOR EN LA IGLESIA.—Es indudable que el Soberano Pontífice, siendo un poder supremo, como lo era en concepto de Bossuet, es como tal legislador en toda la fuerza del término; lo es por consiguiente que siempre que haya justa causa, es decir, lo exija el in-

terés de la Iglesia, puede dispensar, modificar, abrogar ó mudar sus leyes. La cuestion, pues, se reduce únicamente á saber, si sobre este punto el Papa ha juzgado bien ó mal. ¿Y cuál es este poder que en la Iglesia tenga derecho de pronunciar si el Papa ha juzgado bien ó mal? ¿Será toda la Iglesia? Bossuet nos dice «que el poder que es preciso reconocer »en la santa Silla es tan alto y eminente, tan »caro y venerable, que nada hay superior á »él sino toda la Iglesia Católica junta.» ¿Quiso decirnos por ventura, que toda la Iglesia puede hallarse donde no se halla el Soberano Pontífice? En tal caso habria abrazado una teoría que su gran nombre no podria excusar. Admitid esta teoría insensata, y al punto vereis desaparecer la unidad, en virtud del sermón de Bossuet sobre la unidad. Esta palabra Iglesia, separada de su Jefe no tiene sentido: es el parlamento de Inglaterra menos el rey. Mas sea. Y si la Iglesia toda no es posible que se junte en mucho tiempo, ó jamás; ¿quién pronunciará? ¿Triunfará entretanto ó para siempre la inobediencia, el cisma, la anarquía?

Al cabo la Iglesia toda junta en Concilio pronuncia despues del Papa; el espíritu del orgullo y de independencia, ¿perdonará mas al Concilio que al Papa, ó se quejará menos del despotismo de aquel que del de este? Censúltese la experiencia: dígalo la historia de la reforma protestante. No son, pues, las apelaciones á toda la Iglesia junta ó al Concilio sino invenciones del espíritu de rebelion, que no cesa de invocar al Concilio contra el Papa, para burlarse luego del Concilio despues que hubiese hablado como el Papa. ¿Serán las Iglesias particulares las que juzguen de las dispensas ó derogaciones del Papa? Dígasenos si hay alguna que tenga respecto de este otro derecho que el de representacion. Cuando la autoridad manda no hay mas que tres partidos que tomar: la obediencia, la representacion y la rebelion, que se llama herejía y cisma en el órden espiritual, y revolucion en el órden temporal. La razon, de acuerdo con las mas tristes y espantosas experiencias, nos enseña que los mayores males que pueden resultar de la obediencia, no igualan á la mi-

lésima parte de los que resultan de la rebellion. Carlo Magno, á quien cita Bossuet sin desaprobarlo, tenia razon de decir: « aun » cuando la Iglesia Romana impusiera un yugo » apenas soportable, seria preciso sufrir mas » bien que romper la comunicacion con ella. » Queda, pues, el partido saludable de la representacion; y esta, si es reverente, sino ataca los principios de la fé católica y de la justa dependencia de la Silla Apostólica, si bajo de bellas apariencias y capciosas disculpas no encubre el espíritu innovador y destruidor de nuestro siglo, sino que se apoya en causas justas y razonables, me atrevo á decir que jamás será ineficaz é infructuosa para con la Silla Apostólica. En efecto, la Iglesia no es un edificio humano del cual puede decirse ¿quién lo sostendrá? Ni el Papa, que por institucion divina cuida de su integridad y duracion, es un hombre ordinario de quien se puede decir ¿quién lo guardará? Una pretension desordenada nunca podrá hacer mansion por algun tiempo sobre la santa Silla: la injusticia y el error nunca podrán echar raiz en ella ni en-

gañar la fé en provecho de la ambicion. Hablemos mas humanamente: ¿cómo es posible que unos hombres sábios, prudentes, experimentados por naturaleza y por necesidad, abusen del poder espiritual hasta el punto de causar males incurables? Las representaciones cuerdas y mesuradas retendrian siempre á los Papas que tuvieran la desgracia de engañarse. Un protestante estimable (Seekenberg) confesaba francamente que, «un recurso justo »hecho á los Papas, y sin embargo menospreciado por ellos, era un fenómeno desconocido en la historia.» Bossuet mismo, proclamando esta verdad en una ocasion solemne, confiesa que ha habido siempre algo de paternal en la santa Silla, despues de haber dicho un poco mas arriba: «así como fué siempre »costumbre de la Iglesia de Francia proponer »Cánones, fué siempre costumbre de la santa »Silla escuchar con gusto tales discursos.» Y si esto ha sido siempre así, ¿qué significan pues esos temores, esas alarmas, esas restricciones, esa cansada é interminable apelacion á los Cánones? ¿Porqué buscar en vanas

suposiciones semillas eternas de desconfianza y de rebelion?—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

LENGUA LATINA BAJO LA TUTELA DE LA IGLESIA.
—La religion la ha conservado, la ha librado del naufragio en mil ocasiones, y segura dentro del puerto de la Iglesia, ha logrado salir incólume, á pesar de las borrascas de los siglos. Sus clérigos, sin mas premio que el de la obediencia á la voz de un Superior, han transmitido aquellas bellas páginas de los mejores clásicos, dejando todavía absortos á los que hoy las contemplan. Á la vista están las que han podido escapar del vandalismo moderno. Esta lengua es, por *gratitud*, de la Iglesia, pues nadie tiene mejores títulos que ella. ¡Oh pretendidos sábios... sed una vez justos! Esas producciones de los grandes ingenios que un dia figuraban en primera línea en el mundo literario, y aun en el político, no las poseeriais si un pobre monje, despues de macerar su cuerpo con el rigor de las penitencias, no os las hubiera custodiado, escrito ó dictado.

Es además de *justicia* la lengua de la Iglesia. Por efecto de una sábia disciplina, se halla consagrada á su liturgia, tanto mística como salmódica, y bien podemos afirmar que están unidas con lazo indisoluble. Vano empeño, á par que reprobado, el de los que intentan divorciarlas... ¡Qué expansion para un sincero católico el oír á centenares de leguas de su patria los dulces cánticos de la Hija de Sion en el majestuoso idioma de los sábios! ¿Qué mejor garantía para este que la ofrecida por las circunstancias del mundo? Una lengua que no varía, es la mas á propósito para una religion que no se muda. Las gravísimas instrucciones en todo el inmenso campo de la misma, recibidas de mano en mano al través de mil y mil generaciones, se nos han comunicado por el órgano del rico idioma del Lacio.—*Observaciones sobre el presente y el porvenir de la Iglesia en España.*—José Domingo Costa y Borrás.

LEY MORAL.—Conjunto de máximas fijas, eternas, que arreglan la conducta del individuo y de la sociedad.—*Jaime Balmes.*

LEY MORAL.—Esta considerada en sí, ó en Dios su autor, llámase ley divina y eterna, y se define: Razon divina ó voluntad de Dios, que manda se conserve el orden natural, que tiene establecido, y prohíbe el perturbarlo.—*Antonio Maria Claret.*

LEY NATURAL.—Es cierta ordenacion de la razon, que proviene inmediatamente de Dios como autor de la naturaleza.—*Antonio Maria Claret.*

LEYES DE AMOR DIVINO.—Vínculos de almas santas.—*El Incógnito.*

LIBERTAD.—Este nombre parece condenado á ser mal comprendido en todas sus aplicaciones, desde que se apoderaron de él los protestantes y los falsos filósofos. En el orden religioso, en el moral, en el social, en el político, anda envuelto en tales tinieblas, que bien se descubre cuánto se ha trabajado para oscurecerle y falsearle. Ciceron dió una admirable definicion de la libertad, quando dijo que consistia «en ser esclavo de la ley;» de la propia suerte puede decirse, que la libertad del entendimiento consiste en ser esclavo de

la verdad, la libertad de la voluntad en ser esclava de la virtud; trastornad ese orden, y matais la libertad. Quitad la ley, entronizais la fuerza; quitad la verdad, entronizais el error; quitad la virtud, entronizais el vicio. Sustraed el mundo á la ley eterna, á esa ley que abarca al hombre y á la sociedad, que se extiende á todos los órdenes, que es la razon divina aplicada á las criaturas racionales; buscad fuera de ese inmenso círculo una libertad imaginaria, nada queda en la sociedad sino el dominio de la fuerza bruta, y en el hombre el imperio de las pasiones: en uno y otro la tiranía, por consiguiente la esclavitud.—*Jai-me Balmes.*

LIBERTAD DE ALMA.—Hay dos maneras de libertad: una falsa, que parece libertad, y no lo es, y otra verdadera que lo es. Falsa es la de aquellos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo cautivo y sujeto á la tiranía de sus pasiones y pecados: como era la de Alejandro Magno, que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánima libre de todos

estos tiranos, como quiera que esté el cuerpo, ora suelto, ora cautivo; cual era la del Apóstol San Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo. La razon de llamar esta á boca llena libertad, y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre el ánima sea sin comparacion mas noble, y casi el todo del hombre; y el cuerpo no sea mas que la materia, y el sujeto ó la caja en que está el ánima encerrada; de aquí nace que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta cautiva, el cuerpo trae por do quier suelto y libre. — *Ven. Fr. Luis de Granada.*

LIBERTAD ECLESIAÍSTICA.—Se engañan ó nos engañan los que llaman libertad la falta de sujecion al Papa. La verdadera libertad eclesiástica no está en emanciparse poco ó mucho ó totalmente de la autoridad central, que reside en el Pontífice Romano para gobernar la Iglesia á fin de hacer de toda ella un solo

cuerpo, un solo rebaño, segun el plan explícito del Autor de la religion cristiana; porque á ser así, estableciendo Jesucristo el primado y por consiguiente la dependencia de todos, sin excepcion alguna respecto de él, se diria que habia querido esclavizar su Iglesia, ó que no pudo impedir que sujetándose esta á la autoridad que él mismo puso en medio de ella, fuese esclava.

Esclavo no es sino el que se sujeta por la fuerza ó por engaño á una autoridad, que no tiene derecho á mandarle. De cualquier modo que se emancipe de ella recobra su libertad, que consiste en no estar obligado á sujetársele. Mas aquel que está obligado á sujetarse á otro, y que lo está por disposicion de Dios, que es dueño de todas las voluntades, y por una causa necesaria y pública; lo 1.^o es que no puede emanciparse totalmente de su autoridad, porque seria emanciparse de la autoridad de Dios, y al mismo tiempo trastornar el órden de la sociedad; lo 2.^o que si solo en algunos puntos menos esenciales deja de sujetársele, ó es por volun-

tad expresa ó tácita del que tiene sobre él la autoridad, ó contra ella: en el primer caso, él estar menos sujeto que otros á aquella autoridad, sea por privilegio, que es el acto de la voluntad expresa, sea por costumbre ó prescripcion, que es efecto de la voluntad tácita, se llama exencion; en el segundo se llama y es ciertamente rebellion: ni en uno ni en otro es ni puede llamarse libertad.

Siendo, pues, la sujecion á la autoridad del Papa ordenada por Dios á todos los fieles sin excepcion alguna, tanto á las ovejas como á los pastores, y esto por una causa necesaria y pública cual es la unidad de la Iglesia, el no estar sujeto á ella, en ningun caso puede llamarse libertad. Si en algunos puntos de accidental disciplina deja de estarlo algun prelado ó iglesia, como por ejemplo la galicana, y puede mostrar el título de privilegio de la Silla Apostólica, ó al menos de costumbre y antigua prescripcion, gozará de exenciones; si en nada de esto apoya sus pretensiones ó su conducta, su falta de sujecion es una verdadera rebellion. Luego es un abuso de lengua-

je llamarlas libertades de las iglesias, como si la autoridad del Papa no fuese un derecho sino una usurpacion.

Consiste, pues, única y precisamente la libertad de la Iglesia en su soberanía, ó en su total independencia en lo espiritual de las potestades del siglo, aunque en lo temporal sea de estas despojada y perseguida de muerte, como lo fué en los tres primeros siglos, en los que jamás fué la Iglesia ni mas contrariada por aquellas, ni mas libre, es decir, independiente en lo espiritual del imperio ó gobierno secular.

La Iglesia, esencialmente una y espiritual, no puede ser libre de otra suerte. Ella, como toda sociedad, debe estar sujeta á una autoridad. Con que si no lo está á la del Papa, como su Jefe universal á pretexto de libertad, lo estará por fuerza á los príncipes ó gobiernos entre quienes está repartido el dominio del mundo civilizado. De donde resultará: lo 1.º que ella se dividirá contra su esencia: los protestantes no han podido sujetarles las suyas sin partir la Iglesia una é indivisible:

lo 2.º que será entregada en lo espiritual á una autoridad, que solo reina en lo temporal, pues con este único objeto fué establecida entre los hombres. No se halla un solo fundador de ciudad, sino Jesucristo, que se haya propuesto un reino que no sea de este mundo, es decir, que no tenga por fin las ventajas ó bienes temporales. Luego su reino, esto es, la Iglesia, es tambien por su esencia independiente de toda autoridad humana ó temporal; y desde que se haga tal, deja de ser Iglesia.

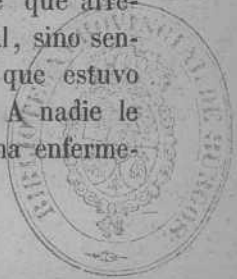
En esta independencia, pues, consiste su libertad, y no en la del Papa, cuya autoridad no puede absolutamente rehusar sin caer en uno de estos dos extremos, ó dejar de ser sociedad careciendo de autoridad propia soberana y central, ó transformarse en sociedad humana y temporal, perdiendo sus atributos esenciales, que son la unidad y la espiritualidad.—*Ensayo sobre la supremacía del Papa.*
—José Ignacio Moreno.

LIBERTAD MORAL.—Es una de las convicciones mas profundas del alma, es una verdad de sentimiento, que excusa toda prueba. Con la

misma seguridad con que creemos en nuestra existencia personal, creemos en la libertad de nuestras determinaciones, y es muy óbvia la causa; la libertad moral es uno de los atributos de nuestra existencia, como criaturas racionales. ¿De qué nos serviría la razon, esta lumbrera de la actividad humana, si nuestras acciones estuviesen sometidas á la influencia secreta de leyes fatales como los movimientos del relój? No es esto lo que nos dice la conciencia: nadie ignora que puede, en lo mas profundo de una meditacion, suspender el curso de sus ideas, y aplicar libremente á otras la atencion: que puede entre los diversos motivos que solicitan su voluntad, elegir unos con preferencia á otros, desechar luego los preferidos y mudar de eleccion cuantas veces quiera, sin mas razon que su querer; que puede moderar ó irritar sus deseos, ceder á las pasiones ó combatirlas, y aun dominarlas por completo, excepto el caso extraordinario en que sorprendida el alma por alguna conmocion violenta y súbita, la racionalidad queda como paralizada, la actividad obra sin dar

lugar á la deliberacion, y el acto por consiguiente es espontáneo, pero no libre; si bien rarísima será la ocasion en que no conozca el agente que el acto le es imputable, por no haber usado en tiempo, como pudo, del libre albedrío, para moderar sus pasiones, precaviendo el funesto ascendiente, que llegan á tomar sobre la razon, cuando se las abandona á su ciega impetuosidad.

Este fenómeno de observacion interior se dá la mano con otro no menos evidente, en abono de la libertad moral. Con dificultad se hallará un hombre, que alguna vez en la vida no se haya arrepentido de algo. Pues ahora, el arrepentimiento, este aguijon molesto y en ocasiones dolorosísimo sobre toda comparacion; este sentimiento conocido de todos, se hace inexplicable, y hasta inconcebible, si no es libre moralmente la voluntad humana. Porque reflexiónese que arrepentirse no es como quiera un mal, sino sentir un mal que pudo evitarse, que estuvo en nuestra mano haber evitado. A nadie le ocurre arrepentirse de padecer una enferme-



dad, de haber perdido la vista, de tener un dolor; pero si estas desgracias fueren efecto de culpa nuestra; si nos hubiesen sobrevenido por habernos puesto sin necesidad, pudiendo y debiendo no ponernos, en la ocasion de contraerlas, se produce ó podrá producirse el arrepentimiento. Luego es la libertad la clave del fenómeno. Lo mismo debe decirse respecto á las ideas de *mérito* y de *demérito*, y á los sentimientos *benévolos* y *malévolos*, que las acciones morales excitan naturalmente en el alma. Acosados de la sed, bebemos el agua con que la fuente nos brinda: de un edificio ruinoso se desprende por su propia gravedad una piedra, y nos hiere: en el primer caso se produce en el alma una sensacion de placer; en el segundo una sensacion de dolor: allí recibimos un bien, aquí un mal, ambos sensibles. Pero ni las ideas ni los afectos van mas adelante: en ninguno de los dos casos se presenta el fenómeno moral; en ninguno, la idea de que el agente mereció ó desmereció; en ninguno los sentimientos correspondientes á esta idea. Suceda por el contrario, que el

agua con que apagamos la sed, nos la proporcionó un hombre exponiendo su vida: que la piedra la arrojó con intencion de dañarnos el hombre á quien habiamos colmado de beneficios: ahora estas acciones, fuera de la parte de la sensacion agradable ó dolorosa que causan, despiertan en el alma del que las recibe, ideas y sentimientos de otro género; ideas del mérito ó del demérito contraído por el agente; y los sentimientos de amor, gratitud, respeto etc., ó los de ódio, indignacion, desprecio etc. ¿Y cómo apreciamos de tan distinto modo, y nos afectan tan diversamente, causas que producen unos mismos efectos sensibles? La razon salta á los ojos: consiste en el profundo convencimiento que tenemos de que las causas *necesarias* obran fatalmente, sin saber lo que hacen, y sin que puedan no hacerlo; pero que en el hombre no sucede así, que el hombre es causa *libre* de sus actos, que sus actos son *intencionales*, hechos con propósito deliberado de un fin, que pudo no haberse propuesto, y cediendo á motivos que pudo haber resistido. Luego es la libertad el principio

en que se resuelve este hecho tan universal, tan constante y tan conocido de todos. Últimamente, la libertad es la base en que descansa la economía moral, civil y doméstica de las sociedades humanas, el fundamento de todas las acciones de la vida racional. Las leyes, los pactos, las obligaciones y los derechos, las exhortaciones, las amenazas y los ruegos; los premios y los castigos; los vicios y las virtudes, todo es quimera, si los hombres no somos libres. Todas estas ideas suponen la existencia y el ejercicio de la libertad. Sin ella son absurdas, son hasta inconcebibles; no tienen sentido moral. *Si omnia fato fiunt*, decia Ciceron, *non sunt igitur, neque assenssiones, neque actiones in nostra potestate; ex quo efficitur, ut neque laudationes justæ sint nec vituperationes, nec supplicia* (De fato, c. 17). Pero nótese que estas ideas y estos sentimientos, no pertenecen á una escuela, á un pueblo, á un siglo, no: son las ideas y los sentimientos del género humano desde que existe, y en todos los climas y países del mundo; luego no solo es cierto que los hombres son libres moralmente,

sino que la nocion de la libertad moral es una nocion instintiva: el sentimiento de la libertad moral es un sentimiento tan universal, tan enérgico, tan profundo, como el de la propia existencia.—*Compendio de Filosofía.*—*Juan José Arboli.*

LIBERTADES DE LA IGLESIA GALICANA.—Unos pocos Obispos de Francia escogidos, animados ó espantados por la autoridad despótica de Luis XIV, llamaron en la asamblea del clero de 1682 libertades de la Iglesia galicana, lo que despues otros Obispos de la misma Francia, con calma y libertad, han apellidado mas justamente servidumbres de la Iglesia galicana: *servitutes potius quam libertates*. Cuanto mas se empuñen los eclesiásticos en sacudir la autoridad del Papa, otro tanto recaen ellos mismos y ponen las cosas espirituales bajo el yugo del poder civil; rompen unas cadenas, si así pueden llamarse las que en lo eclesiástico los ligan al Jefe de la Iglesia, para arrastrar otras mas humillantes y pesadas. La Iglesia galicana, mientras que hacia alarde de sus libertades con respecto al Papa, se veia

humillada, trabada, esclavizada por el rey y por las grandes magistraturas, á medida y en proporcion justa que ella se dejaba néciamente emancipar de la autoridad pontifical. No hay Iglesia alguna separada de Roma, que por la fuerza sola de las cosas, no haya acabado siempre por sujetarse á la dominacion absoluta del poder civil. En la Rusia, como en Inglaterra, donde se ha abjurado toda la autoridad del Papa, el emperador ó el rey, y á su vez la emperatriz ó la reina, es el Papa; y un Papa que no apacienta con el cayado, sino rige y domina con el cetro; ¿dónde están, pues, las ponderadas libertades?—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

LIBRO DE JOB.—Los mas aventajados criticos dicen todos á una voz que no se encuentra en el mundo una obra de tanta elevacion de ideas, de tanta valentía y riqueza en las descripciones, de tanta vehemencia en los afectos, y al mismo tiempo de tan sublimes y consoladoras enseñanzas. Aun dado que por sus admirables formas no fuera digno de ocupar en la república de las letras el primer lugar, su

muy noble argumento bastaba para colocarle en excelsitud y coronada alteza sobre los libros de cuantos se han distinguido por sus filosóficos pensamientos y grandes concepciones útiles al moral adelantamiento del humano linaje.

Dios y el hombre son su objeto: Dios y su magnífico poderío, su terrible justicia, su inescrutable providencia, Dios manifestado en el ejercicio de sus augustos atributos; el hombre y su corazón descubiertos en medio de las mas patéticas efusiones de todos los afectos y de los sentimientos mas profundos y vehementes. En él la poesía y la elocuencia compiten en mostrarnos á Dios y al hombre, exigiendo ambas nuestra gratitud y admiración, porque ambas para nuestro deleite intelectual y para nuestro aprovechamiento han hecho suntuosa ostentación de sus mas brillantes galas, de su poder, de su magia encantadora, y de su vuelo divino.—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—Juan Manuel de Berriozabal.

LIBRO MALO.—Es un proyectil, que una vez

lanzado hiere por sí mismo, y para siempre; la palabra escrita es mas penetrante que las conversaciones ordinarias; los libros dejan huellas mas durables, porque el arte de dañar trabaja de manera que asegura su victoria. Á solas con el autor le prestamos un oido atento, y él nos lleva á donde quiere. — *Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.* — *Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

LIBROS. — San Juan Crisóstomo enseña que además de la revelacion divina, hay dos libros donde el hombre puede adquirir el conocimiento de Dios; libros anteriores á la existencia de Moisés y los profetas y aun á la invencion de las letras; libros escritos por el dedo de Dios con caracteres indelebles y tan inteligibles que lo mismo pueden leerlos y entenderlos los sábios que los ignorantes; David estudió estos dos libros, que comentó en los mas sublimes de sus salmos, y contemplándolos decia absorto: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (Ps. IV, 7): *Cæli enarrant gloriam Dei* (Ps. XVIII, 21.) El Apóstol predicó la doctrina que habia apren-

dido en esos dos libros que son, dice el Crisóstomo, la conciencia ó la razon del hombre, y el espectáculo de la naturaleza ó el mundo visible.

¡Oh! ¡Cuánto aprendieron en estos libros los Santos Padres! ¡Con cuánta elocuencia desenvolvieron su doctrina! Nutridos con el pan sustancial de la palabra divina descendian de la cumbre del Sinai de la revelacion á contemplar la humanidad: en su propia razon veian la razon humana, y la ponian en movimiento: sondeaban el corazon del hombre, y pulsaban con acierto todas sus fibras: meditaban y desenvolvian los principios de la ley natural; recorrian el mundo visible, estudiándole en sus pormenores; en todas partes veian las obras del poder de Dios, el reflejo de su sabiduria, los dones de su amor; y poseidos de entusiasmo al oir el armonioso concierto, el sublime poema le llama San Agustin, con que el universo canta la gloria de su Criador, con palabras de fuego arrebatavan el espíritu y el corazon de sus oyentes, y los elevaban y unian á Dios por la fé y por el amor. ¡Qué bellas pá-

ginas, qué sublimes discursos, qué elocuentes homilias las que inspirados por el conocimiento del hombre y el espectáculo de la naturaleza predicaron el Crisóstomo y el Nacianzeno, San Basilio, San Ambrosio y San Agustín! Teólogos profundos, metafísicos eminentes, consumados moralistas, ¿podían no ser oradores elocuentísimos?—*Lecciones de oratoria sagrada.*—*Manuel Martínez y Sanz.*

LIRIO ENTRE ESPINAS, ATRIBUTO DE MARÍA
SANTÍSIMA.

Cuando las manos por esencia santas
Fabricaron á Adán, tantos favores
Quisieron darle y perfecciones tantas
Que lo hicieron jardín de bellas flores;
Mas como en él se marchitaron cuantas
Produce de infinitos pecadores,
Todos en vez de flores olorosas
Son por Adán espinas dolorosas.

Pues viendo el Productor de lo criado
Que el hombre se trocó tan de improviso
En áspero zarzal por el pecado,

Habiéndole formado paraíso ,
Del jardín de su amor, monte encumbrado ,
En este valle lacrimoso quiso
Trasplantar una flor tan pura y bella
Que conociesen á su autor por ella.

No quiso que otra flor se comparase
Con su divina y singular belleza ,
Aunque por competir se desflorase
La angélica , ó mortal naturaleza :
Y así para que el nombre le cuadrase ,
Puesto que fué de Dios digna grandeza ,
Mostró sus excelencias peregrinas
Llamándola su autor *Lirio entre Espinas*.

Lirio que entre infinitas excelencias
Tienes por excelencia el ser piadoso ,
Y tanto que entre abrojos de conciencias
Tiene tu planta celestial reposo,
Pues tu divina flor las influencias
Recibe de aquel Sol mas poderoso ,
Reparte con Adán de tus favores,
Y se verán nuestras espinas flores.

Mas si es cierto que el lirio entre zarzales
Ha de costarle sangre á quien le coge,
¿Cómo ha querido entre asperezas tales

Plantarte aquel que para sí te escoge?
Pero como entre amantes son señales
Que uno por otro á padecer se arroje,
Dá por señal de amor el que te planta
Cogerte á costa de su sangre santa.

Lirio entre espinas, mas que el cielo hermoso,
Solo un secreto quiero preguntarte :
¿Cómo amándote tanto el Poderoso
Entre espinas de Adan quiso plantarte?
Mas ya lo entiendo , el caso es misterioso
Que como Dios profesa el respetarte,
Por no talar nuestras espinas fieras
Plantado en medio quiso que estuvieras.

La zarza donde Dios quiso ponerse
Bien puede, flor, contigo compararse,
Porque en carne de Adan mancha no verse
Es como fuego en zarza sin quemarse:
Solo de tu beldad pudo entenderse
Que fué entre espinas flor sin espinarse,
Que entre espinas tu lirio está del modo
Que el sol incorruptible sobre el lodo.

De la resurreccion gloriosa y santa
Es la azucena símbolo y figura,
Pues dividida de su tronco y planta

Conserva en agua cándida frescura :
Cortó tu flor la muerte, mas fué tanta
La beldad que conserva, por ser pura,
Que su resurrección y su memoria
Dura en las aguas de la eterna gloria.

Nombres y atributos de Maria Santísima.—
Alonso de Bonilla.

LISONJA.—Fomento de la soberbia.—*El Incógnito.*

LOCUCIONES DE DIOS EN LA ORACION.—Otra manera tiene Dios de despertar á el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser mas peligrosa, y por eso me deterné algo en ello, que son unas hablas con el alma de muchas maneras, unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior de ella: otras tan en lo exterior, que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada. Algunas veces, y muchas puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginacion ó melancólicas, digo de melancolía notable; de estas dos maneras de personas no hay que hacer

caso, á mi parecer, aunque digan que ven, y oyen, y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como á personas enfermas, diciendo la Priora, ó Confesor á quien lo dijere, que no haga caso de ello, que no es la sustancia para servir á Dios; y que á muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá así á ella, por no la afligir mas que trae con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo vé, y lo oye, porque le parece así.

Verdad es, que es menester traer cuenta con quitarle la oracion, y lo mas que se pudiese, que no haga caso de ello; porque suele el demonio aprovecharse de estas almas así enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otras, ya enfermas, ya sanas; siempre de estas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo, que siempre es lo mejor á los principios deshacersele; porque si es de Dios, es mas ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es así, mas no sea apretando mucho el alma, é in-

quietándola, porque verdaderamente ella no puede mas.

Pues tornando á lo que decia de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho, pueden ser de Dios, y tambien del demonio, y de la propia imaginacion. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay de entender estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oracion, y querria, hermanas, que no penseis haceis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele. Cuando son solamente para vosotras mismas de regalo, ó aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, ó sean antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso, que no penseis, aunque sean de Dios, sereis por eso mejores, que harto habló á los fariseos, y todo el bien está como se aprovechan de estas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme á la Escritura, hagais mas caso de ellas, que si las oyéredes al mismo demonio; porque aunque sean de vuestra flaca imaginacion, es menester tomarse como

una tentacion de cosas de la fé, y así resistid siempre, para que se vayan quitando, y si se quitarán, porque llevan poca fuerza consigo.

Pues tornando á lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser Dios. Las mas ciertas señales que se pueden tener, á mi parecer son estas. La primera, y mas verdadera, es el poderío y señorío que trae consigo, que es hablando y obrando. Declárome mas. Está un alma en toda la tribulacion y alboroto interior, que queda dicho, y escuridad del entendimiento y sequedad: con una palabra de estas que diga solamente, «no tengas pena,» queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecia que todo el mundo, y letrados que se juntáran á darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajáran, quitar de aquella afliccion. —

Está afligida por haberle dicho su confesor, y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga solo, *Yo soy, no hayas mie-*

do, se le quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará á hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han de suceder, entiende, que se sosiegue, que todo sucederá bien: queda con certidumbre, y sin pena, y de esta manera otras muchas cosas.

La segunda señal, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡Ó Señor! Si una palabra enviada á decir con un paje vuestro, que á lo que dicen, al menos estas en esta morada, no las dice el Señor sino algún ángel, tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dejareis en el alma, que está atada por amor con vos, y vos con ella?

La tercera señal es, no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos; digo, que oímos de los hombres, que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco si son en cosas por venir, las cree-

mos, como á estas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que, aunque algunas veces en cosas muy imposibles, al parecer, no deja de venirle duda, si será ó no será, y anda con algunas vacilaciones el entendimiento, en la misma alma está una seguridad, que no se puede rendir, aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar, que Dios buscará otros medios, que los hombres no entienden, mas que en fin se ha de hacer, y así es que se hace.

Aunque, como digo, no se deja de padecer cuando ve muchos desvíos, porque como há tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbre, que al presente quedan ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginacion; ninguna de estas le queda al presente, sino que moriria por aquella verdad. Mas como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena, y acobardar el alma, en especial si es en negocio, que en el hacerse lo que se entendió ha de

haber muchos bienes de almas, y son obras para gran honra y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fé, que es harto daño no creer que Dios es poderoso, para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, aunque haya quien diga á la misma persona que son disparates, digo los confesores con quien se traten estas cosas, y con cuantos malos sucesos hubiere para dar á entender que no se pueden cumplir, queda una centella, no sé dónde, tan viva de que será, aunque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de seguridad. Y en fin, como he dicho, se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre á su Majestad, y mucho mas por ver cumplido lo que se le habia dicho que por la misma obra, aunque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué vá esto, que tiene en tanto el alma, que salgan estas palabras verdade-

ras, que si á la misma persona la tomasen en algunas mentiras, no creo sentiria tanto: como si ella en esto pudiese mas, que no dice, sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás profeta, sobre esto, cuando temia, no habia de perderse Nínive. En fin, como es espíritu de Dios, es razon se le tenga esta fidelidad, en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y así es grande la alegría, cuando despues de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas lo ven cumplido; aunque á la misma persona se le hayan de seguir grandes trabajos de ello, los quiere mas pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor. Quizá no todas personas ternán esta flaqueza, si lo es, que no lo puedo condenar por malo. Si son de la imaginacion, ninguna de estas señales hay, ni certidumbre, ni paz y gusto interior. Salvo que podria acaecer, y aun yo sé de algunas personas á quien ha acaecido, estando muy embebidas en oracion de quietud, y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complexion, ó imaginacion, ó no sé la causa, que

verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí que no se siente en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y aun quizá es así, que están adormecidas, como manera de sueño les parece que las hablan, y aun que ven cosas, y piensan que es de Dios, y deja los efectos en fin como de sueño. Y tambien podria ser pidiendo una cosa á nuestro Señor afectuosamente parecerles que les dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas á quien tuviere mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, á mi parecer.

De la imaginacion, y del demonio hay mas que temer, mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar ser de Dios, aunque no de manera, que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí, ó de negocios de terceras personas, jamás haga nada, ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado, avisado, y siervo de Dios, aunque mas y mas entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto

quiere su Majestad, y no es dejar de hacer lo que él manda, pues nos tiene dicho tengamos al confesor en su lugar á donde no se puede dudar ser palabras suyas; y estas ayudan á dar ánimo, si es negocio dificultoso, y nuestro Señor le porná al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando él lo quisiere; y sino, no están mas obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y seguirse nadie por su parecer en esto, téngolo por cosa muy peligrosa; y ansí, hermanas, os amonesto de parte de nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay, cómo habla el Señor al alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna vision intelectual, que adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oír aquellas palabras con los oídos del alma al mismo Señor, y tan en secreto, que la misma manera de entenderlas, con las operaciones que hace la misma vision, asegura y dá certidumbre, no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efectos para creer esto, al menos hay seguridad de que no procede de la imaginacion,

y tambien si hay advertencia la puede siempre tener de esto, por estas razones.

La primera, porque debe ser diferente en la claridad del habla, que es lo tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda; y si se dijo por un estilo, ó por otro, aunque sea todo una sentencia; y en lo que se antoja por la imaginacion, será habla no tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada. La segunda, porque acá, no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es á deshora, y aun algunas estando en conversacion, aunque hartas se responde á lo que pasa de presto por el pensamiento, ó á lo que antes se ha pensado; mas muchas es en cosa que jamás tuvo acuerdo de que habian de ser, ni serian, y así no las podia haber fabricado la imaginacion, para que el alma se engañase en antojársele lo que no habia deseado, ni querido, ni venido á su noticia. La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginacion es como quien va componiendo lo que él mesmo quiere que le digan poco á poco. La cuarta, porque las pa-

labras son muy diferentes, y con una se comprende mucho, lo que nuestro entendimiento no podria comprender tan de presto. La quinta, porque junto con las palabras, muchas veces, por un modo que yo no sabré decir, se dá á entender mucho mas de lo que ellas sueñan, sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte mas, que es cosa muy delicada, y para alabar á nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias, ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado, y así habrá otras que no acaben de entenderse: y así sé que lo he mirado con mucha advertencia, porque ha sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced, y la mayor duda que tenia era en esto, si se le antojaba á los principios; que el ser demonio mas presto se puede entender: aunque son tantas sus sutilezas, que sabe bien contrahacer el espíritu de luz; mas será, á mi parecer, en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco queda duda si se entendieron como en el espíritu de verdad: mas no podrá contrahacer los efectos que quedan di-

chos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz, antes inquietud, y alboroto: mas puede hacer poco daño, ó ninguno, si el alma es humilde y hace lo que he dicho, de no se mover á hacer nada, por cosa que entienda. Si son favores y regalos del Señor, mire con atencion si por ellos se tiene por mejor, y si mientras mayor palabra de regalo, no quedare mas confundida, crea que no es espíritu de Dios, porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientras mayor merced le hace, muy mas en menos se tiene la mesma alma, y mas acuerdo trae de sus pecados, y mas olvidada de su ganancia, y mas empleada su voluntad y memoria en querer solo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con mas temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno.

Como hagan estos efectos, todas las cosas y mercedes que tuviere en la oracion, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará que el demonio la engañe, aunque siempre es bien

se ande con temor. Podrá ser, que á las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrian estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. Á esto respondiendo, que es imposible: no hablo de los que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa, ni queriendo hacer caso de las imaginaciones tienen remedio. Acá ninguno, porque de tal manera el mesmo espíritu que habla, hace parar todos los otros pensamientos, y advertir á lo que se dice, que en alguna manera me parece, y creo es así, que seria mas posible no entender á una persona que hablase muy á voces, otra que oyese muy bien, porque podria no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa. Mas en lo que tratamos, no se puede hacer, no hay oídos que se atapar, ni poder para pensar, sino en lo que se la dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol, por peticion, de Josué creo era, puede hacer parar las potencias, y todo el interior, de

manera que vé bien el alma, que otro mayor Señor gobierna aquel castillo que ella, y hácela harta devocion y humildad; así que en excusarlo no hay remedio ninguno. Dénsle la divina Majestad, para que solo pongamos los ojos en contentarle, y nos olvidemos de nosotros mismos, como he dicho. Amen. Plega á él, que haya acertado á dar á entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algun aviso para quien lo tuviere.—*Castillo interior.*—*Santa Teresa de Jesús.*

LOCURA DEL PECADOR.—Poniendo todos los locos naturales en una balanza, no pesan tanto las locuras de todos juntos, cuanto la de un solo pecador que se atreve á vivir en el estado en que no querria morir.—*De la agonía de la muerte.*—*Maestro Alejo Venegas.*

LOZANÍA PERPÉTUA DE LA RELIGION.—Santa en su origen, sublime en sus principios, y en su doctrina bella y sin semejante, la religion católica viene mostrándose en todos los siglos digna de sí misma, digna de su augusto Fundador y digna tambien de la admiracion del mundo, á quien fué dada para su felicidad.

Invariable por su carácter esencial, los tiempos no la han menoscabado, las revoluciones no la han trastornado, los vicios no la han amancillado, los errores no la han abatido. Cimentada sobre la piedra angular Jesucristo, verdad eterna é indestructible, vió pasar sobre ella las horribles tormentas suscitadas en las primeras edades por el paganismo, salvó en la edad media el aluvion de la barbarie y del vandalismo, hizo frente en los siglos siguientes á la herejía y al cisma, y siempre se ha dejado ver victoriosa de sus enemigos*, superior á todos los reveses, inaccesible á la corrupcion, consecuente con sus dogmas y adornada de todos los caracteres que revelan su divinidad.

Y es de notar que cuanto mas se han multiplicado los elementos de destruccion para acabar con esta hija del cielo, cuanto mas horribles han sido las tempestades que se han levantado para sepultarla en el abismo, y mas poderosos los enemigos que han intentado hacerla guerra, mas visibles han sido sus glorias, mas admirables los triunfos que ha con-

seguido de un mundo, que vanamente quiso probar sus fuerzas contra la obra del Omnipotente. Si alguna vez pudo temerse por la existencia del catolicismo, nunca con tan fundados motivos como en el siglo XVI cuando asociándose para su exterminio cuanto de mas fascinador fué capaz de inventar la inteligencia extraviada del hombre, junto con lo que mas puede contribuir á corromper el corazon, las pasiones hicieron causa comun con los errores, y el mundo todo pareció interesarse en abolir para siempre unas verdades que no podian menos de ser enojosas á una generacion, que se formaba bajo el principio de la independencia completa del pensamiento, á quien se ofrecia una puerta franca á la satisfaccion de los mas torpes apetitos socolor de libertad. Entonces fué, empero, cuando desarrollando á su vez el catolicismo cuanto de mas sublime hay en sus principios, cuanto hay de mas puro en su doctrina, y mas admirable en sus hechos, opuso á aquel siglo malamente llamado reformador, los genios mas grandes que ha conocido el mundo, el herois-

mo de los Villanuevas, la intrepidez de los Loyolas, el celo de los Javieres, la abnegacion de los Borjas, la asombrosa santidad de los Alcántaras.— *Glorias y triunfos de la Iglesia de España.*—*Juan Troncoso.*

LUJO.—Los objetos de lujo no hacen mas que fomentar la vanidad, y la pasion de la vanidad carece de sosiego. Algunas veces he considerado que el lujo en algo se asemeja al veneno, el cual jamás se dá á quien se trata de matar sino encubriéndolo y mezclándolo con alguna otra cosa agradable. Así es el lujo. Entra con buena cara, entra lisonjeando y adulando, entrá como un amigo alegre que trae una buena noticia, y se le recibe como á los huéspedes recién llegados con regocijo y agasajos, que suelen convertirse en fastidio y desazones. Observe Vd. que cuando se adquiere un objeto de lujo, por lo regular solo gusta el primer dia: por eso estando rodeada de tanto aparato de grandezas y pompa y lucimiento, echa Vd. menos los tranquilos dias que sin nada de eso pasaba Vd. en casa de sus padres.

Al expresarme de tal manera estoy muy lejos de condenar las comodidades y la decencia, que corresponden al estado de los bienes de fortuna de cada familia, pues estas son necesarias y se avienen con el orden de la divina Providencia, ó mejor dicho, están dentro del círculo de ese orden admirable. En esta materia es muy esencial el evitar toda mala inteligencia ó equivocacion. Por lujo se ha de entender lo supérfluo, y lo que considerado como gasto no está en relacion con las rentas corrientes, de suerte que en unos es lujo lo que en otros no lo es. Claro está que el gastar en cosas supérfluas es un desorden, que pudiera llamarse desorden de bolsillo; y esta es una de las razones porque no satisface, pues para el corazón humano es ley muy fija el que nada desarreglado le produzca satisfacciones durables.

Además, el lujo es una calamidad por sus consecuencias; acostumbra á un regalo excesivo, cuya falta se siente mucho cuando por los vaivenes de este mundo ya no es posible continuar con él; alimenta el orgullo, y cuando

vienen los tiempos de la humillacion se conoce que ha sido un embaucador, maestro de nociva soberbia y delicadeza perjudicial; crea necesidades facticias, que obliga á sostener con detrimento de las verdaderas; abre ancha puerta á la ruina de las familias; precipita la decadencia de las fortunas; contrae compromisos, engendra inquietudes para el dia de mañana, clama por su propia conservacion y sus clamores son suicidas, él mismo se dá la muerte. Esto se verifica en los particulares, en las familias y en los Estados. Trae consigo la corrupcion de costumbres, y al mismo tiempo es hijo de ella. Todo lo desquicia, todo lo pervierte, todo lo gangrena. Hace la guerra á la caridad quitándole sus recursos, privándole de lo que la Providencia habia destinado para ella; á los pobres condena á padecer hambre y á los ricos á no tener nunca lo suficiente; las posiciones desahogadas las vuelve estrechas, y hasta llega á convertir en un Calvario la cumbre del poderío.—*El consejero de las casadas.*—*Doctor Gregorio Cantueso.*

LUTO Y DESOLACION DEL MUNDO.—Cuando Lu-

tero se llamaba encargado de una alta misión, decia una verdad terrible, espantosa, que él mismo no comprendia. Los pecados de los pueblos llenan á veces la medida del sufrimiento del Altísimo; el estrépito de los escándalos del hombre sube hasta el cielo y demanda venganza; el Eterno en su cólera formidable, lanza sobre la tierra una mirada de fuego; suena entonces en los arcanos infinitos la hora fatal, y nace el hijo de perdicion que ha de cubrir el mundo de desolacion y de luto. Como en otro tiempo se abrieron las cataratas del cielo para borrar el linaje humano de la faz de la tierra, así se abre la urna de las calamidades que el Dios de las venganzas reserva para el dia de su ira. El hijo de perdicion levanta su voz, y aquel es el momento señalado al comienzo de la catástrofe. El espíritu del mal recorre la superficie del globo llevando sobre sus negras alas el eco de aquella voz siniestra. Un vértigo incomprensible se apodera de las cabezas; los pueblos tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen; en medio de su delirio, los mas horrendos precipi-

cios les parecen caminos llanos, apacibles, sembrados de flores; llaman bien al mal y mal al bien; beben la copa emponzoñada con un ardor febril; el olvido de todo lo pasado, la ingratitud por todos los beneficios, se apoderan de los entendimientos y de los corazones; la obra del genio del mal queda consumada; el príncipe de los espíritus rebeldes puede hundirse de nuevo en sus tenebrosos dominios, y la humanidad ha aprendido con una lección terrible, que no se provoca impunemente la indignación del Todopoderoso.—*Jaime Balmes.*

LUZBEL.—Enamorado de su altísima naturaleza y de su deslumbrante hermosura, olvidó en el desvanecimiento de su orgullo que nada tenía que no le hubiera sido dado, y apartó sus ojos de Dios que era su lumbré, y su entendimiento del entendimiento divino, y su voluntad de la voluntad del Omnipotente; hizo armas contra el cielo, y salió al campo contra su Criador, y trabó batalla contra el Señor Dios de los ejércitos, y cayó estrepitosamente de lo alto á lo profundo; y la noticia

de su estrepitosa caída fué llevada de pueblo en pueblo, de generacion en generacion, de siglo en siglo y de gente en gente por la inmensa voz de todas las tradiciones humanas.

—*Juan Donoso Cortés.*

LUZ NATURAL Y SOBRENATURAL ACERCA DE LA RELIGION. —De dos maneras podemos nosotros conocer á Dios, ó por la luz que reverbera en sus obras, ó por las nuevas que nos dé de sí, mediante su palabra ó manifestacion; y segun estos dos medios de conocimientos, tendremos dos religiones diferentes, una natural, no precisamente porque le conozcamos en el estudio de la física, ni aun en el de la naturaleza racional, sino porque le conocemos mediante una luz propia, intrínseca, debida á nuestra naturaleza, y comunicada á ella en el momento de su creacion: la otra se dice sobrenatural, porque no nace de nosotros mismos, ni nos es debida, sino que se nos dá como por añadidura para el conocimiento de un órden superior á la naturaleza. —*Centinela contra los errores del siglo.* —*Felipe Lesmes Zafrilla.*

LL

LLAGAS DE CRISTO.—Medicinas de las almas.
—*El Incógnito.*

LLANTO SOBRE LOS QUE NIEGAN LA PROVIDENCIA.
—¡Mortales! ¡Escuchad mis lamentos! ¿Hasta cuándo juzgareis que los pensamientos y los caminos de Dios son como los pensamientos y los caminos del hombre? ¿Qué proporción puede concebirse entre Dios y el hombre, entre los atributos del Criador y los atributos de la criatura? No: el poder de Dios no es como nuestro poder: su poder lo manda todo: hoy encadena las pasiones, mañana las deja sueltas contra el mundo: nuestro poder no es sino debilidad, incertidumbre y fragilidad. No: la sabiduría de Dios no es como nuestra sabiduría; la sabiduría de Dios coloca sus resultados en causas mas distantes; la nuestra es vana, limitada y vacilante. No: la santidad de Dios

no es como la nuestra: la nuestra apenas refleja algunos rasgos de la suya. No: la providencia de Dios no es como nuestra providencia: nuestra providencia está limitada al estrecho círculo de nuestros afectos, de nuestros intereses y de nuestras mútuas necesidades. La providencia de Dios se extiende á todo lo que existe en el universo. Ella se apodera de nosotros: oye todas nuestras palabras, mira todas nuestras acciones, sigue todos nuestros movimientos, está presente á todos nuestros proyectos, y observa hasta nuestros deseos. Un cabello, dice el Evangelio, no cae de nuestra cabeza sin ella: sin ella, dice Job, el mas mínimo grano de arena no rueda á la orilla del mar: *considerat lapidem maris*. Con la Providencia camina el hombre abandonado á una apacible seguridad, y encuentra toda su fuerza en su misma confianza: con ella, el justo, como si fuese habitante del cielo, permanece tranquilo como esas montañas, cuya serenidad consiste en su altura: con ella, el cristiano moribundo lee su dicha en las tinieblas de la eternidad, y parece que la misma

noche de esa eternidad se aclara á su vista y que enjuga sus lágrimas al aproximarse la clemencia remuneradora, en cuyo seno va á entrar. Con ella, todo nos instruye y todo nos deja seguros, mientras que la impiedad que no tiene otra brújula que su orgullo, anda extraviada entre el acaso que no explica nada, y la nada en que todo se abisma. ¡Ó Providencia! Yo lloro aquel tiempo que tardé en reconocer que tú eres el descanso de nuestro destierro, nuestro sosten en la adversidad, nuestra regla en la prosperidad; que tú eres el tesoro del pobre; que... ¡Oh qué inefable eres en tus misericordias!

Mis lágrimas son mas que justas cuando advierto que para creer esta Providencia no se necesita mas que fijar los ojos en el gran libro, en cuyas páginas se halla impresa con caracteres que se pueden aprender sin ir á la escuela de la incrédula filosofía. ¿Qué cosa mas propia para llevarnos al Supremo Dispensador, que ver su Providencia jugando en el universo y burlándose de nuestra prudencia ciega? No hablemos, pues, ya del acaso ni de

la fortuna; consideremos y contemplemos en el espectáculo de las cosas humanas á su irresistible motriz; afirmemos nuestra fé con lo que hemos visto y oído durante nuestra vida. Á menos de admitir efectos sin causas ¿quién podrá explicar tantas agitaciones de las naciones y de los pueblos de ambos mundos, corriendo tras la quimera de lo mejor sin encontrar sino lo peor? ¡Tantos fenómenos sin la Providencia! ¿Los atribuiremos al acaso? Pero el acaso es una palabra sin sentido, á menos que signifique una cosa no conocida hasta ahora; y entonces no es haber encontrado la causa, sino darle un nombre que no expresa nada, mientras que el nombre de Providencia es muy dulce al corazón y muy claro al entendimiento. Esto no es sino porque no leemos el dogma de la Providencia en el orden que la prueba.

¡Ay de mí! ¿Es posible que cuando nosotros los cristianos, definimos la Providencia, una razón superior que lleva todas las cosas á su fin, cuando reconocemos con San Agustín, que no hay criatura alguna sobre la tierra que

no esté sujeta, quiera ó no quiera, á la divina Providencia, cuando conforme á la fé de todos los sábios, creemos que la Providencia vela sobre las necesidades de la comunidad de los hombres en general, y entonces es y se llama la Providencia universal; que vela sobre las necesidades de cada hombre en particular, y entonces es la Providencia especial; que vela sobre las necesidades de nuestra alma, y entonces es la Providencia eterna; que vela sobre las necesidades de nuestro cuerpo, y entonces es la Providencia temporal; cuando la política del cielo, que gobierna los reyes de acá abajo, atrae maravillosamente los espíritus rectos, á quienes descubre algunos secretos; cuando un historiador célebre, (Plutarco) refiriendo las expediciones de un héroe aun mas célebre, que ensanchó los límites conocidos de la gloria y asistió él mismo de antemano á la inmortalidad de su nombre (Alejandro) se vé obligado á reconocer que el hijo de Filipo es el agente de un Señor soberano, superior á todos los soberanos; cuando los filósofos de la antigüedad, que tuvieron ideas tan fal-

sas en materia de Religion , ni aun imaginaron que fuese posible dudar de la Providencia; cuando esta gran verdad les estaba demostrada por el convencimiento íntimo de que la sociedad no podria existir sin la Providencia; cuando ellos conocian que las leyes civiles no nian un apoyo mas seguro que las leyes religiosas; cuando á sus ojos el enemigo de la Providencia era el mayor enemigo de las naciones; cuando los mas grandes ingenios han adorado siempre esta mano escondida en la nube, que incesantemente ejercita al mundo; cuando se tiene por dicha conocer que cualquiera confusion, cualquiera discordia, ó cualquiera injusticia que se advierta en los negocios humanos, todo testifica que está presente la divina Providencia, que todo se gobierna por ella y que su direccion inmutable y siempre atenta, preside á todos los acontecimientos que el tiempo lleva consigo con una prodigiosa rapidez; cuando todos tenemos derecho á preguntarle al acaso si es él quien ha obrado tantos fenómenos; ¡ay de mí! repito con lágrimas: ¿es posible que haya insensatos

entre quienes unos no quieren que haya Providencia, porque no quieren que haya Dios; otros la desprecian porque Dios les parece demasiado grande y el hombre demasiado pequeño; y otros como desertores de la Providencia, que á pesar suyo confiesan, cierran los ojos á su luz ó la calumnian con sus susurros ingratos? Yo dejo á los primeros en su culto abominable, en que la muerte es el sacrificador, el sepulcro su altar, la nada el ídolo. El fuego del infierno hará en ellos la impresion, que no les hacen ahora mis lágrimas. Yo diré á los segundos lo que tantas veces les han dicho los grandes hombres del cristianismo: Vosotros pretendéis que Dios es un sér inmóvil, inerte y ocioso en el tiempo y en la eternidad: luego Dios crió al hombre sin designio: él nos arrojó, pues, sobre la tierra como á máquinas indignas de su atencion; pero responded: si Dios crió al hombre sin designio, luego es ciego; si le crió para hacerlo feliz, luego es impotente; si lo crió para hacerlo desgraciado, luego es cruel; si no hay vida futura, luego no crió las sustan-

cias inteligentes sino para destruirlas; sino hay mas que castigos en la otra vida, luego es bárbaro; sino hay mas que recompensas, luego es injusto; si hay premios y castigos, luego es falso que Dios sea indiferente al vicio y á la virtud; y entonces qué vienen á ser esas fórmulas hipócritas, de que Dios es demasiado elevado para abatirse hasta nosotros, y descender á pesar nuestras acciones: luego es falso que él duerme en el fondo del cielo sobre sus blandos almohadones; ó mas bien, luego es cierto que no hay Dios, sino hay en él Providencia: en fin luego es cierto, sino hay Providencia, que la sabiduría infinita no gobierna; que la bondad suprema no obra, que la omnisciencia no discierne. ¡Ay de mí! ¡Quién diera agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas para llorar de dia y de noche! El mundo entregado á un fatal destino, sin guia en este vasto navío de nuestro planeta, flotando en medio de las olas y de los escollos. Tal es la blasfemia de la ingratitud.

Diré con iguales lágrimas á aquellos últimos: Vosotros prorumpís en quejas contra la

Providencia. Con todo eso ¡cuántas dudas han sido aclaradas con ella! El sistema de la Providencia es muy claro, muy bien ligado, muy bien entendido: colocándonos en el punto de vista de la Providencia, nosotros juzgamos de todo de una manera fija é invariable, todos los objetos se tiñen del color que les conviene. La Providencia tiene motivos, que tranquilizan nuestra curiosidad inquieta. ¡Oh! ¡Qué hermoso curso de ciencia divina hay en la escuela de la Providencia, que es tambien la escuela de la felicidad! ¡Dichoso aquel que la frecuenta! Ofreciendo sus lágrimas á un Dios consolador; contento con su resignacion sublime y con su noble aislamiento; sordo á las tempestades que braman en su derredor; no volviendo la cabeza hácia la multitud de adoradores estúpidos, que se atropellan unos á otros en las avenidas de la fortuna; no viendo sino á Dios; no oyendo sino á Dios; no conversando sino con Dios; dándole gracias en la adversidad; mirando sus desprecios como favores, sus pérdidas como ganancias para el cielo, su destierro como camino que le conduce á la

patria; él llora con los que lloran, y canta con los que cantan las maravillas del orden físico, del orden moral y del orden sobrenatural, que son la mejor prueba de la Providencia.

¡Ó sol! ¡Ó grande astro! Exclama el cristiano verdaderamente filósofo. ¡Ó sol! ¡Océano de luz, tus rayos son el mas brillante de todos los himnos á la Providencia! Desde el origen de los tiempos, tú comunicas la fecundidad y la vida! tú has visto al mundo renovarse, soberbias ciudades levantarse en el seno de los desiertos y sepultarse en ellos, nacer imperios, engrandecerse, decaer, morir, y renacer para volver á morir; pero, ¿quién jamás pudo oscurecer tu disco luminoso, ó enfriar tu eje inflamado? ¡Ó mar! Exclama tambien con un terror religioso. ¡Ó mar! que te tragas al hombre atrevido, sin epitafio y sin sepulcro: ¿la voz de tus olas no es la voz de la Providencia? ¿Tu superficie y tus profundidades no están sembradas de sus maravillas? El hombre sobre una tabla frágil con abismos sobre su cabeza, y abismos bajo de sus piés, pero

guiado á la entrada de la noche por esas lámparas inextinguibles sujetas al rumbo que les ha trazado una mano invisible; y esas barreras que envuelven las aguas sediciosas como se envuelve una criatura en pañales y fajas, *quasi pannis infantiae obvolverem*, y sobre las cuales parece leerse las firmes amenazas de aquel que las puso; tú vendrás hasta aquí y no pasarás mas adelante, aquí se romperá tu cólera impaciente: *huc usque venies, et non procedes amplius, hic confringes fluctus tuos*. ¡Ó cantor elocuente de la Providencia! yo venero y me rindo á la majestad de tus palabras, y ellas me arrancan lágrimas de piadoso reconocimiento, con que repito tu cántico á la Providencia.

¡Ó insectos! ¿por el acaso componeis vosotros una familia innumerable de individuos, de los cuales uno solo bastaria para testificar la intervencion divina? ¿Por el acaso se reproduce esa multitud de seres vivientes, que andan en grupos ó viajan en enjambres ó pueblan los espacios? ¿Reciben del acaso sus cualidades diversas, el compañero del guerrero,

ardiente, belicoso, intrépido; el compañero del labrador, manejable, dócil é infatigable; el centinela vigilante de nuestros hogares, el guia seguro del ciego, el primer amigo del pobre; el modelo de la paciencia sumiso siempre á pesar de injustos menosprecios y de maltratos aun mas injustos todavía; el rey soberbio de las playas africanas, el humilde dromedario que se arrodilla en las arenas abrasadoras del desierto, para recoger las carabanas errantes? ¿Es el acaso el que perpetúa las generaciones de esos gusanos industriosos, que hilan en su sepulcro la opulencia de las naciones? ¿Es él quien dá á los pájaros sus remos ágiles, propios para el elemento que deben cortar en su vuelo, y á los peces su instinto infalible de la latitud de la menor de las peñas? ¿Es él quien forma en la primavera el nido de esa avecilla diligente y provida? ¿Al acaso es á quien deben los campos su hermosura y su aspecto risueño, cuyo vestido oculta á los ojos del cazador la liebre y el conejo? ¿Es el acaso quien reverdece esas montañas, cuyo dosel es el cielo, y cuyo manto

son las nubes? ¡Oh maternal Providencia! ¡Oh conservadora del universo! ¡Estas son las escenas siempre antiguas, y siempre nuevas con que vos rejuveneceis al mundo! Los impíos quisieran encender el fuego de la naturaleza con su aliento; pero Vos haceis que ellos no encuentren sino el caos.

Sin la Providencia ¿qué responderían los impíos á una planta pequeña del campo si les preguntase cuál es el principio de su organizacion, cuál la accion ó el movimiento que apresura su crecimiento y diversifica sus colores? ¿Son producciones del acaso el laurel que corona al guerrero en sus victorias; la violeta, símbolo precioso de la modestia; la rosa, con que la piedad compone las guirnal-das de los Santos? ¿Son ministros del acaso los canales oficiosos que llevan el jugo vegetal de la raiz al tronco, del tronco á la rama, de la rama á la hoja? ¿En fin, es el acaso quien elabora esos metales lentamente endurecidos bajo el torrente de los siglos? Sin la Providencia la enumeracion sola de tantos prodigios ofuscaría nuestro entendimiento. Sin ella ¿quién

explicaria la estructura de nuestra máquina tan frágil, y la duracion de nuestra vida? En las obras que trabajamos con nuestras manos ¡qué inmenso aparato de ruedas que se embarazan unas á otras! En el edificio de nuestro cuerpo, la perfeccion está en el órden que se advierte en él: todo está en su lugar; todas las frotaciones son suaves, no hacen ruido, y su silencio es augusto. ¿Qué ruido hace mi ojo, cuya pupila es de tres líneas y abraza un ejército? ¿Eran conducidas por el acaso esas manos sábias, que expresaban sobre un lienzo las obras escogidas de la Providencia? ¿No se bendice esa Providencia en la mágia viva de sus pinceles, en la energía valiente, en la sublimidad angélica de ese Rafael de Urbino, que supo hacer visibles las sustancias celestiales? La Providencia madura los talentos de todo género como los frutos de toda especie. ¿Y la memoria? ¿Cómo la oyen y entienden nuestros sentidos desde que ella manda? ¿Por qué medios aumenta ella su tesoro? ¡Ah! ¡Unos pequeños hacecillos de fibras graban en la sombra del cerebro á un mismo tiempo los

anales del genio, de la gloria y del crimen! ¡Ó hombre! Tú no eres sino un ingrato: tú siembras, tú riegas, ¿y quién es el que dá el incremento? Tú recoges la cosecha, tú separas el trigo de la paja, tú lo conviertes en harina, tú lo comes sin saber por qué misterio oculto tus alimentos se convierten en largos arroyos de púrpura, que hinchen tus venas y hacen palpar tu corazón. ¡Ay! ¡Tú debieras palpar de reconocimiento á la vista de un milagro, que excede á todos los demás! En fin, esos hombres prodigiosos que aparecen de cuando en cuando sobre el teatro del mundo, ¿es el acaso quien los trae y los lleva de obstáculo en obstáculo hasta el colmo de su gloria? ¡Incurables materialistas! La razón fulmina contra vosotros un anatema, segura de obtener un nuevo triunfo de la Providencia con el orden moral.

¿Á quién debemos el prodigio, siempre subsistente, de nuestra inteligencia? ¿Es por el acaso que el hombre, vasallo del cielo y rey de la tierra goza de todo lo que existe y de todo lo que respira; que despues, recogiendo-

se hacía la parte distintiva de su sér, y remontándose á la fuente de sus facultades se detiene en la potencia con que percibe, compara y juzga; que va de un principio cierto hasta una consecuencia indubitable, alumbrado por esa luz doméstica, que le muestra lo verdadero y le invita á apoderarse de ello; que á veces sondea los atributos del Ordenador de todas las cosas y la esencia de los objetos mas inaccesibles? No: la inteligencia del hombre es un rayo divino, que no cesa de ser animado por un soplo tambien divino. ¿Á quién debemos nosotros esa libertad, fundamento de nuestros méritos, y sin la cual la cadena de la necesidad gravitaria sobre nuestras acciones y las dejaria sin vida? ¿Á quién debemos ese deseo de una bienaventuranza sólida y durable, inquietud misteriosa que encanta nuestra existencia? ¿Á quién debemos ese gusto de la inmortalidad, cuyo atractivo es invencible y que coloca al hombre á la cabeza de todas las criaturas y en todo el esplendor de sus altos destinos? ¿Á quién debemos esa conciencia, tribunal privado en que cada uno de nosotros

se juzga á sí mismo, esperando que el Árbitro soberano confirme la sentencia? ¿Á quién debemos esa voz del remordimiento, suplicio inevitable de los malos, á quienes turba hasta en las sombras de la noche? ¿Á quién debemos esas delicias puras, que se experimentan despues de una buena accion? ¿Á quién debo yo estas lágrimas, que vierto sobre los ingratos á la Providencia?

¿Y la virtud? ¿Se puede concebir sin un Dios protector? ¡La virtud! ¡Qué serenidad en su semblante! La virtud lleva escrita sobre sí misma la nobleza de su linaje; como sus pensamientos no tienen por objeto sino al cielo, cuando se recoge á la contemplacion, una alegría indecible se apodera de toda ella y la inunda: lo que la impiedad cree ver como montañas, no es para ella sino átomos: en su balanza un imperio no es mas que un grano de arena: el enojo y fastidio, ese veneno lento de la vida, no corrompe sus dias: ella fabrica sobre el abismo de la muerte un puente que cubre su profundidad y une las riberas del mundo presente y las del otro mundo; deja para el

vicio sus tristes progresos, porque ella tiene otros, tiene todos aquellos que le es permitido desear; y cuando tuviera menos, nada le faltaria por eso al hombre justo, porque le quedaria la paz, ese tesoro inestimable que es la salud del alma, que equivale á todo y que nada puede compararse con ella. Yo pregunto, pues, si la virtud es obra del acaso.

¿La caridad no es la Providencia puesta en accion? ¿Bajo de qué imágenes se presenta la Providencia? Ya es una gallina trémula, que al menor peligro congrega sus polluelos bajo sus alas; ya es un águila que carga con sus aguiluchos hasta el trono de la luz, y acostumbra los ojos débiles de estos á sostenerse delante del resplandor del sol; ya es una amiga tierna que no falta jamás á su palabra. ¡Y la amistad! ¡Ó Providencia! Tú eres tambien la que has plantado en los desiertos de la vida ese árbol inmortal, siempre cargado de flores y de frutos, de satisfaccion y de sacrificios. ¡La amistad! ¡Autoridad de sentimiento, cuya censura es una ganancia, y cuya alabanza es una dicha! ¡Qué dulce es hacer el

bien en compañía! ¡Qué dulce cosa es amarse sobre la tierra antes de amarse en el cielo! La amistad lleva á dos cristianos á la mas heróica perfeccion, y los introduce en la eternidad, donde la Providencia continúa haciéndolos juntos para siempre felices. ¡Ó amistad! don precioso de la infinita bondad: ¿qué hubiera sido de mí sin tus favores puros y desinteresados, tan diferentes de la fria filantropía? ¿Tus dulzuras podian ser efectos del acaso? ¡Ay de mí! Y despues de haber sido colmado de tantos beneficios, ¿podria yo faltarle á la Providencia, que no me faltó jamás?

¡Oh! Qué instruccion adquiere el que viaja con la antorcha dé la antigüedad sin perder de vista la Providencia! Ve caer á Samária, á la opulenta Damasco, á la soberbia Tiro y á Tebas, la abuela de las ciudades; á Anthíoco derrotado, despues de haber sido el martillo que hizo pedazos las naciones. En medio del ruido espantoso que los tronos hacen destruyéndose, bendice la mano oculta que conduce en silencio y al través de todas esas agitaciones y ruinas un proyecto de un

orden superior, y que por medios secretos dirige todas las vicisitudes y todas las catástrofes de las generaciones que mueren á la gloria del cristianismo, al cual descubre, en fin, despues de cuatro mil años de preparacion, en que todos los acontecimientos habian sido trazados como sobre un lienzo para él solo, que lanzándose de su cuna se apodera del universo.

¿Es el acaso quien sostiene desde su venida á esa Religion, de la cual no era sino sombra la primera? ¿Esa Religion que produce las acciones sublimes y los sacrificios generosos? ¿Esa Religion, baluarte de los imperios, y código infalible de los príncipes; esa Religion, ante la cual no hay ni rivalidad, ni privilegios, sino combates de caridad, que coloca sobre las ruinas del tiempo ciertas instituciones, en que ella imprime el sello indeleble de su fuerza soberana; que abate á las majestades de acá abajo delante de la majestad de lo alto; que congrega y une con un nudo sagrado todo lo que asegura la prosperidad de los Estados, que porque es amable para los

que padecen, debe ser odiosa á los que hacen padecer; que es dulce y consoladora para los que lloran, y que no tiene por objeto sino conducir los hombres al cielo?

¡Cómo respira la Providencia en el órden sobrenatural! ¡Cómo se oye salir de todas partes una voz, que es la voz de la Providencia! ¿Por qué os afligís, mortales? Refugiaos en el seno maternal de mi religion: ¿no tiene ella un banquete siempre preparado para vosotros? Si alguna vez andais errantes, hechos el juguete de los acontecimientos, ¿no he puesto yo mis templos sobre vuestros caminos como otros tantos hospicios para recibiros? ¿No estoy yo con vosotros á la hora del infortunio, y á la hora del descanso? Vuélvanse, pues, vuestros afectos hácia mí: ¿no soy yo digna de ellos por mis beneficios? ¿Hay algun amor mas durable que el mio? Los que se entregan á mí jamás tienen de qué afligirse, ni de la inconstancia ni de la pérdida del objeto amado.

Con estas verdades tan consolantes, y con estas quejas tan amorosas, con pruebas tan claras como dan el órden físico, el órden mo-

ral y el orden sobrenatural; la fé de la Providencia debiera ser el dogma universal, y su ley la regla de todos. ¡Ay de mí! ¿Cuántas lágrimas eran necesarias para llorar la ingratitude de los enemigos de la Providencia y la censura atrevida de tantos, que la acusan por sus caminos incomprensibles! ¡Sofistas incrédulos! ¡Ó negad el orden ó no negueis la Providencia!—*Lágrimas cristianas.*—*Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

LLAVE DE LOS TESOROS DIVINOS. — En la oracion ha dejado Dios al hombre un medio eficazísimo para sanar de todas las dolencias, vencer todos sus enemigos, adquirir todas las gracias y consuelos celestiales; de manera que podemos decir que en ella le ha dejado la llave de todos sus tesoros. Juzgaron temerariamente algunos que el Criador, tan liberal y benéfico para con todos los seres que salieron de su mano poderosa, habia sido escaso con el hombre. Proveyó á todas las criaturas de cuanto necesitaban para su conservacion y defensa: dió alas y velocidad á las aves, á cada uno de los animales garras,

dientes, fuerzas con que asir la presa y rechazar los ataques de sus enemigos; pero el hombre sale desnudo (Job. I, 24) del vientre de su madre, pobre, indefenso y destituido de agilidad y de fuerza. Mas si consideramos la poderosa virtud de la oracion, nos convenceremos de que en ella recibió mas el hombre de la beneficencia de su Dios, que todos los vivientes y sensibles sobre quienes abrió su mano (Ps. CXLIV, 16.) liberal, y derramó sus paternas bendiciones. La oracion hace al hombre superior á todos los seres de la tierra, semejante á los ángeles, y dispensador á su arbitrio de los tesoros del cielo. Oró Elías para que no lloviese, y luego el cielo cerró sus cataratas: oró despues para que lloviese, y al punto las abrió, enviando sobre la tierra sus abundantes y saludables rocíos. No os desconsuele, nos dice el mismo Jesucristo, la falta de la salud, del contento ni de la hacienda: ni os aflijais, aunque lluevan sobre vosotros los dolores y las aflicciones: sabed que cuanto pidiéreis en la oracion, os será concedido. *Quidquid orantes petieritis, credite*

quia accipietis, et fiet vobis (Marc. XI, 24.) Seiscientos mil hombres con una gran multitud de niños y mujeres (Num. XI, 21) salieron de Egipto sin otra prevencion para su sustento que un poco de harina: pero bien seguros de que apenas abriesen sus bocas al Señor cuando llenaria y saciaria completamente todos sus deseos: *Dilata os tuum, et implebo illud* (Ps. LXXX, 11.) Pide, pueblo mio, pide cuanto quieras: si quieres que el mar te facilite un anchuroso camino en medio de sus aguas; que el pedernal brote aguas cristalinas para saciar tu sed, que el cielo llueva pan para saciar tu hambre, que los vientos lleven á tu mano las aves en numerosa multitud; que el sol detenga su carrera; todo te será dado. Tu oracion será la llave de mis tesoros y mis gracias: *Dilata os tuum, et implebo illud.*—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*



M

MAL SUFRIDO CON PACIENCIA. — Corona de quien le padece.—*El Incógnito.*

MALA COMPAÑÍA.—Se ha de huir á toda costa y con esfuerzo varonil de ella. No hay contagio tan rápido y peñilencial, no hay fuego voraz que con tanta violencia lo destruya todo. Este el principio mas funesto, la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres, y se advierte que hay tres especies de malas compañías; la primera, la que se tiene personalmente con los malos, cuando se les trata y vive con ellos; la segunda, la de los libros perniciosos: el hombre mas austero y retirado del mundo corre peligro con las malas lecturas, en un instante puede perder cuantos principios de fé y buenas costumbres habia adquirido, dejándose seducir de los sofismas

de los incrédulos ó libertinos; la tercera, es la de sus propios pensamientos, si se les dá entrada en un corazon desocupado que no vela en su custodia.—*El Evangelio en triunfo.*—*Pablo de Olavide.*

LOS MALES DE ESTA VIDA.

¡Qué se han hecho, alma mia, tus pesares?
No volverán los de tu edad primera,
Que pasaron en rápida carrera
Como las raudas ondas de los mares.
¡Cuántas veces el curso de tu vida
Ha enturbiado de penas avenida!

¿Te acuerdas cuántas veces? Tu memoria
No las puede contar. Señal bien cierta
De que no están delante, pues no acierta
À enumerarlas ni á formar su historia.
Fugaces son las penas de este mundo;
No como las del bátratro profundo.

Hoy ya no existen las que ayer sentias:
Un solo instante hieren; su punzada,
Luego que se percibe ya es pasada,
Que en el punto del tiempo, en que vivias

Hace un momento, ya no vives ahora,
Y á la par es la pena voladora.

Tal vez cada minuto de existencia
Su dolor tenga, pero en uno mismo,
Dios, que de misericordia es un abismo,
No ha querido juntar por su clemencia
El dolor que mordiendo está presente
Con el que ya clavó su agudo diente.

Alégrate, alma mia; ya no queda
Ni sombra en tí de tus pasados males,
Mientras ante los ojos divinales
De tu Señor, sin que esconderse pueda
Uno tan solo, eternamente fijos
Todos están mostrándose prolijos.

Alégrate, alma mia; tus dolores,
Los de tu infancia y juventud, los fuertes
Que comparabas á otras tantas muertes,
Todos, sin que uno falte, gemidores
Arrodillados á sus piés benditos
En tu favor clamando están á gritos.

Alégrate, alma mia, los contempla
Tu compasivo Dios con tiernos ojos
Perennemente, y blando sus enojos
Movido á perdonarte al verlos templa,

Sus entrañas de padre tu desgracia
Solicitando á darte mayor gracia.

Ea, alma mia, alégrate: en descuento
De las ofensas que al Señor hiciste,
Con que suplicio eterno mereciste,
Has padecido, ¿y qué? leve tormento,
Leve, asáz leve como transitorio,
Dulce tambien por serte meritorio.

¿Qué son en esta vida los trabajos?
Son arroyuelos de agua fecundante,
Que derraman licor vivificante
En la campiña, y tienen altibajos
Segun del año la estacion requiere
Y segun la órden que del cielo hubiere.

No empero inundan el ameno prado
Hasta asolarlo, ni hórridos lo anegan;
En su curso veloz solo lo riegan,
Se filtran en su seno y refrescado
Con sus aguas dá el campo lindas flores,
Que así en las almas obran los dolores.

La virtud se acrisola con las penas.
¡Qué de veces con ellas se introduce!
Cual pedernal con golpe luz produce;
De la tribulacion en las cadenas

Suele brillar la luz del desengaño,
Que al hombre aparta de su eterno daño.

Todas las desventuras concebibles,
Las graves y pequeñas, ó alma mia,
El Todopoderoso las envia
Para que en ricos frutos impudribles
De inmortal vida las convierta el alma
Que las padece con paciencia y calma.

Ellas pasan cual sombra, y ellos quedan
Los de vida inmortal frutos opímos,
Como á las viñas quedan los racimos
Con que gloriarse de sus hijos puedan,
No así las aguas que las fecundaron,
Que en brevísimo tiempo las dejaron.

¡Qué consuelo! ¡qué dicha! ¡qué dulzura!
Ser todas nuestras penas tan instables,
Y todos nuestros bienes perdurables!
Mi mayor bien es Dios que siempre dura;
Es inmortal su augusta providencia;
No me faltará nunca su asistencia.

Yo sé que siempre mi gemido escucha,
Yo sé que á todas horas es mi padre,
Yo sé que siempre de amorosa madre
Con vivas ansias y presteza mucha

Hará conmigo su bondad oficios;
Que inagotables son sus beneficios.

Aguardándome está perennemente
En su trono de amor un manjar hecho
Para entrárame dentro de mi pecho
El dulcísimo Dios omnipotente.

¡Jamás me faltará la gloria mia,
Mi riqueza mayor, la Eucaristía!

Mi fiel amigo, príncipe del cielo,
El ángel de mi guarda que me ampara,
De mí ni un solo instante se separa.
Pasan los males, la amargura y duelo;
Nunca este bien, que siempre está conmigo,
Mi inseparable, celestial amigo.

Tengo una Madre, toda amor, dulzura,
Aquella Hermosa por quien Dios fué niño;
Pues nunca ha de faltarme su cariño,
Su maternal cuidado y su ternura.
Es madre que no muere; está en la gloria,
Y ni un punto me olvida su memoria.

¡Alégrate, alma mia, que el bien sumo,
Tus verdaderos bienes celestiales,
No son como tus penas terrenales,
Que pasan como viento, sombra y humo!

¡ Cuán rico es el Señor en sus bondades !
¡ Ó cielos , bendecidle eternidades !!

Poesías Sagradas.—*Juan Manuel de Berriozabal.*

MANANTIALES DE BIENES.—Tres cosas hay que notablemente aprovechan al alma que desea salvarse. Una es la palabra de Dios: otra es la continua oracion: otra es el recibir muchas veces el precioso cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. — *Ven. Fr. Luis de Granada.*

MANDAMIENTOS.—En los tres primeros preceptos del Decálogo nos dirigimos á Dios ofreciéndole nuestros afectos, palabras y obras. En el primero, que es amar á Dios, regulamos nuestros afectos amando á Dios sobre todas las cosas, y las cosas en Dios y por Dios, únicamente como medios para mas amar á Dios. En el segundo, honramos á Dios con las palabras, absteniéndonos de juramentos ilícitos, de blasfemias y otras expresiones malas; profiriendo en su lugar palabras de alabanza, confesando su santo nombre, y

jurando con las debidas condiciones, cuando es menester. En el tercero, honramos á Dios con las obras, absteniéndonos, en los domingos y demás dias festivos, de toda obra servil ó prohibida, y ejercitándonos en obras buenas, como oír la santa Misa, recibir los sacramentos de penitencia y comunión, y practicar las virtudes. Los preceptos de la segunda tabla se dirigen al bien del prójimo, y como los padres sean los primeros entre nuestros prójimos, por eso están puestos en primera línea en dicha tabla. Dios nos manda en ella amarlos, obedecerles, reverenciarlos, servirles y asistirles. Vienen despues comprendidos todos los demás prójimos, y como los hombres al olvidarse del amor que se deben mutuamente, se perjudican en sus personas, en sus bienes y en su honor, á impedir esos tres perjuicios se dirigen los demás mandamientos. El quinto, el sexto y el nono prohiben los daños en las personas; el sétimo y el décimo prohiben los daños en los bienes temporales; el octavo prohíbe los daños en la honra y fama de nuestros semejantes. Estos diez preceptos son

como otras tantas ramas procedentes de dos ramas principales, que son amor de Dios y amor del prójimo, nutridas ambas por el tronco comun que es el amor. Este es tan natural y necesario al hombre, que sin él no puede vivir; le es tan fácil, que con tal que quiera, puede; le es tan dulce, que al amar como debe á Dios y al prójimo, siente su corazon como anegado en una balsámica y deliciosa suavidad, mientras que los remordimientos lo agitan y torturan, si en vez del amor dá en él entrada al ódio.—*Antonio Maria Claret.*

MANSEDUMBRE.—Nos hace sufridos y nos dá conformidad en los trabajos y adversidades.—*P. Scio de San Miguel.*

MANSEDUMBRE.—Consiste principalmente en tres cosas. La primera en reprimir los ímpetus de la ira, conservando la quietud interior del alma y exterior del cuerpo. La segunda, en ser afable con todos, sin decir injurias ni palabras desabridas á nadie. La tercera, en no volver mal por mal, sino al contrario; y á los tales llamamos bienaventurados.—*P. Tomás de Villacastin.*

MANSEDUMBRE DE JESÚS.—Quiso Jesucristo dar á conocer al mundo que no habia sido enviado para juzgarle con los rigores de su justicia (Joan. III. 17), sino para salvarle por medio de su infinita mansedumbre. Así dispone que su Precursor santo le anuncie y dé á conocer con el símbolo de Cordero, el mas apacible y manso de todos los animales. Y si no crees, dice San Bernardo, al Bautista porque era hombre y pariente de Jesucristo segun la sangre, cree al testimonio que envia sobre su cabeza una paloma, la mas sencilla y mansa de todas las aves. ¡Cuánta es la inocencia y blandura del cordero y de la paloma! No saben hacer daño, ni conocen la ira. Y si aun esto no os convence, miradle entrar en Jerusalem sentado en la mas pacífica de las bestias, en un débil jumentillo, animal paciente, que jamás resistió la carga ni el ultrage.—*Discursos predicables.*—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

MARAVILLAS DE DIOS CON SUS ESCOGIDOS.—Admirable se ostenta el Señor en sus Santos. En todos ellos hace brillar de un modo espe-

cial los ricos é inapreciables tesoros de su gracia: ni uno solo hay que no ofrezca una demostracion sensible de su infinita grandeza y de su ilimitado poder. Á vista de los preciosos carismas, con que embellece á esas almas privilegiadas á quienes entresaca de la masa comun para hacerlas piedras místicas del augusto edificio de la Jerusalem celestial, nuestras ideas se elevan sobre todo lo terrestre, nuestro corazon late de santo placer, y llenos de un justo asombro no podemos menos de exclamar: «Tuya, Señor, es la gloria, á tí se debe el honor y la magnificencia y la alabanza.» ¡Cuán grande es la muchedumbre de las dulzuras, que reservas para los que te adoran y sirven! ¡Cuán incomprensibles los designios de tu sabiduría! ¡Por qué caminos tan extraordinarios conduces á tus escogidos á la cumbre del verdadero honor!—*Glorias y triunfos de la Iglesia de España.*—*Juan Troncoso.*

MARÍA.—Madre de nuestra vida espiritual.—*El Rosario Meditado.*—*José Antonio Ortiz Urruela.*

MARÍA.—Objeto de la admiracion de los cie-
los y de la complacencia de todo un Dios.—
El Rosario Meditado.—*José Antonio Ortiz*
Urruela.

MARÍA.—Reina del cielo, puerta del paraíso,
Señora del mundo, sagrario del Espíritu San-
to, silla de la sabiduría, templo de Dios vivo.
Ven. Fr. Luis de Granada.

MARÍA AMPARO DE TODOS.

¡Ó tú que en hora enlutada
Viste á tu madre llorada
Quedar en huesa de horror,
Y para mas sentimiento
No te mitiga entre ciento
Ningun amigo el dolor!

Vuelve la vista llorosa,
Y en Madre mas amorosa
Seno mas dulce hallarás;
Seno que encierra la vida;
Y pues con él te convida,
No ya pupilo serás.

Y tú, que náufrago luchas
Y en fieras ondas escuchas

Del hondo abismo el hervor,
Alza la frente cansada,
Ve aparecerte llamada
La viva estrella de amor.

Consoladora del mundo
Que dice al mar iracundo:

«Baja la altiva cerviz»

• Pídete mano, y la tiendes,
Olas intrépido hiendes,
Pisas la arena feliz.

¿Quién desdichado se nombra?

¿Es el que á fúnebre sombra
De oscura cárcel bajó?

¿Ó á quién el débil estambre
Víctima infausta del hambre
Casi la muerte cortó?

¿Ó es el herido soldado
En propia sangre volcado
Por lanza ó plomo cruel?

¿Ó es dolorosa doncella,
Desamparada y aun bella
Cual solitario vergel?

Manden á tí, Vírgen santa,
Ayes de ronca garganta,

Gritos de fiel corazón.
Digan á tí su agonía,
Que eres salud y alegría
De todo siglo y nacion.
Que sabes, amas y puedes,
Y manantial de mercedes
Brotando corre de tí.
De tí que el cielo realzas;
De tí que á pobres ensalzas,
Solo diciendo que sí.

Canciones á la Virgen Nuestra Señora.—
P. Ramon Garcia.

MARÍA, DIVINA PASTORA.—Forma su familia de sus propias ovejas: las sella con su propio nombre; y este sello es un signo de salvacion eterna, contra el cual no tiene fuerza alguna el dragon infernal.—*La divina Pastora.*—*Fr. Fermin de Alcaráz.*

MATERNIDAD.

Jubilosos acentos resuenen
Que del mundo los ámbitos llenen,

Que á la Reina gloriosa bendigan,
Que le digan que es Madre de amor.

Naces, Vírgen, pisando luceros
De oriental rosicler mensajeros,
Mas fragante que en fresca mañana
Con la aurora temprana el jazmin.

Y la diestra de Dios desarmando,
Y en su pecho el enojo amansando,
Naces vida trayendo segura
Y ventura que no tendrá fin.

Vas al templo con paso divino,
Serafinos abriendo el camino
Por la puerta sellada de Oriente,
Y se adorna la frente el Jordán.

Y tu planta adoró Galilea,
Y en besarla el Tabor se recrea,
Y te encumbras en montes mas altos,
Y lo aplauden los saltos de Juan.

De Sion las sagradas colinas,
De Belen cuando al Dueño reclinas,
Chapiteles, collados, almenas,
Bajan llenas de gozo por tí.

Y florece allá lejos el tilo
Dibujando la márgen del Nilo,

Y el Carmelo en contorno florece
Si acontece que subes allí.

Vedla, vedla en el arco de lumbres
Cómo esparce mayores vislumbres,
Cómo el cuello la luna le humilla,
Cómo brilla con palma triunfal.

Suyos son de zafir hemisferios,
Suyos son perdurables imperios,
Suyo el Rey á quien dió ¡cuán dichosa!
¡Cuán hermosa! el aliento vital.

Jubilosos acentos resuenen
Que del mundo los ámbitos llenen,
Que á la Reina gloriosa bendigan,
Que le digan que es Madre de amor.

Y al aplauso que el cielo derrame,
Santo ardor á los hombres inflame
Para amar á la Reina escogida,
Que dió vida al eterno Hacedor.

Canciones á la Virgen nuestra Señora.—P.
Ramon García.

MATRIMONIO. — Es aquella individua compañía del varon y de la mujer segun las leyes de Dios y de su Iglesia. En el matrimonio, se-

gun estas leyes, se hallan las partes y condiciones de los otros sacramentos. Tiene su propia forma y materia, y señales visibles de la gracia invisible. La forma son aquellas palabras, con las cuales se declaran el uno al otro el consentimiento interior para el tal ayuntamiento y compañía y vida. Y las tales palabras tienen el vigor y virtud de aquellas, que el Señor dijo en el Evangelio: (Matth. XIX.) «El que hizo al hombre en el principio, crió
»al hombre y á la mujer, y dijo: Por esta dejará el hombre á su padre y á su madre, y
»acompañarse ha de su mujer, y serán dos en
»una carne. Pues á los que Dios juntó no los
»aparte el hombre.» Las señales visibles son aquel darse las manos y darse un anillo.

La gracia que en este sacramento reciben los que á él vienen con santa intencion y temor de Dios, hace que se amen con amor casto como Cristo amó á su Iglesia, y la Iglesia á Cristo. La consideracion de qué en este sacramento el hombre representa á Cristo, y la mujer á la Iglesia, los hará vivir con devocion, y respetarse y reverenciarse uno á otro,

y amarse con santidad, y criar los hijos en el temor del Señor, proveyendo gente para el culto y servicio de Dios y de su Iglesia, y para poblar el cielo; y que este sea el principal intento en el uso del matrimonio. Esto hace la gracia, que reciben en este sacramento.

Ahora consideremos su significacion, la cual entenderemos de lo que dice el Apóstol (Ephes. V.): «Nadie aborrece su propia carne, antes la sustenta como mejor puede, y la regala como Cristo hizo con la Iglesia: porque somos miembros de su cuerpo. Por lo cual dejará el hombre á su padre y á su madre, juntándose en una morada, vivienda y compañía con su mujer, y serán dos una misma cosa.» La grandeza y excelencia de este sacramento es ser figura de la union de nuestro Redentor Jesucristo y su Iglesia. Veis aquí á donde el Apóstol llama á este matrimonio «Sacramento y figura de aquella estrechísima amistad y union de Cristo y su Iglesia: en la cual todos los fieles somos una misma cosa, un cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo.» Y pues tan noble significacion, con la

cual tanto se deben los hombres consolar, tiene el matrimonio, por sola esta razon, cuando otra no hubiera, se debia llamar y honrar con este nombre de sacramento.

Veamos cómo este sacramento debe ser recibido y conservado entre los hombres. Porque es verdadero sacramento, no hay duda sino que debe ser respetado y tratado con santidad, como los otros sacramentos. Digo, pues, que entonces le recibirán digna y santamente, cuando su fin en recibirle fuere la honra y gloria de Dios, y el salvarse en este estado, y guardaren para recibirle las leyes que tienen puestas Dios y su Iglesia. Y entonces lo proseguirán y usarán bien de él los casados, cuando no olvidando el santo fin que tuvieron, fueren temerosos y reverenciadores de Dios, y guardadores de su ley, amándose con amor honesto, no pretendiendo en su trato satisfaccion de la sensualidad, sino amor de fruto de bendicion para honra de Dios, ó medicina y remedio; guardando lealtad y fidelidad uno á otro, y acompañándose por toda la vida, sin procurar divorcio, y ayudándose y favorecién-

dose uno á otro en las necesidades y trabajos. De esta manera representarán verdaderamente la union y amor de Cristo y la Iglesia.

El temor de Dios y su servicio conviene tengan siempre delante de sus ojos los casados; así porque el Señor es el único Instituidor de este sacramento; como porque fué establecido en el estado de la inocencia; como tambien porque sin el temor de Dios ninguna cosa tiene buen principio ni buen fin. El amor entre los casados ha de ser tal, que comprenda las razones de todas las amistades y amores buenos; pues esta fué una de las causas de la institucion del matrimonio. Y esto significan aquellas palabras que leemos, que dijo el Señor despues de haber formado á nuestro primer padre Adán: «No es bien que el hombre esté solo: hagámosle compañía que le ayude, semejante á él» (Gen. II.)

Que el principal intento del uso del matrimonio haya de ser generacion, en la cual se dilate la religion cristiana y el divino culto, fué una principal razon de esta institucion: otra fué la multiplicacion del linaje humano,

que el Señor significó con aquellas palabras (Gen. IX.) «Creced y multiplicaos.» Y como sobre los que se juntan con estos santos fines, tiene Dios echada su bendicion; «así tiene el demonio jurisdiccion y poder sobre los que se casan para satisfaccion de su sensualidad;» como le dijo el ángel San Rafael al santo mozo Tobías (VI.)

La lealtad y fé entre los casados se requiere grandemente; porque de la propiedad del matrimonio es que sea entre dos, segun la reformation evangélica: por lo cual el adulterio es capital enemigo del matrimonio. Contra el cual pecado dijo el Apóstol (Heb. XIII.) «Sea honrado en todas las cosas el matrimonio, y no se injurie la cama de los casados; porque el Señor vengará esa injuria que se hace á este sacramento,» que significa la lealtad que la Iglesia tiene á Jesucristo: y el que no la guarda, hace particular injuria á la persona que representa. Esto habia de pensar la mujer: Mientras guardo fidelidad á mi marido, represento la fidelidad de la Iglesia á Cristo, y represento una verdad católica; mas cuando

quebranto esta fé á mi marido, pierdo la honra mayor que hay en este sacramento, que es ser figura de la union de Cristo y la Iglesia, y represento una mentira y abominable blasfemia: esto es, que la Iglesia ha hecho traicion á su Esposo Jesucristo. Y lo mismo debe pensar el hombre. Á donde se vé que mas gravemente peca en tal caso el hombre que la mujer; no solo porque Dios le hizo mejorado en fortaleza y prudencia; sino porque cuanto es de su parte hace mayor injuria á Jesucristo, á quien representa, representando en su traicion, que Cristo la hace á su Esposa. Esta consideracion será de grande horror y espanto á los casados cristianos, y mayor guarda para la fidelidad que se deben, que el temor de la muerte y pérdida de la honra.

Finalmente, entre los casados se requiere vivienda y morada perpétua. No consiente el matrimonio cristiano libelo de repudio ni apartamiento, segun que lo dijo el Señor (Matth. XIX.) « Los que Dios juntó no los aparte el hombre. » Y el Apóstol dice lo mismo, por estas palabras (I. Cor. VII.): « Yo os mando, y

»no yo, sino el Señor, que la mujer desecha-
»da de su marido por adulterio, no se case
»con otro, y que el marido no deje á su mu-
»jer.» De manera, que cuando son apartados,
ó por adulterio, ó por alguna de las causas
que admiten los sagrados Cánones por legíti-
mas, para que no habiten juntos; viviendo el
uno, el otro no se puede casar: porque aquel
apartamiento no es descasarlos, sino apartar
la compañía, que era causa de mayor ofensa
de Dios, por no haber entre ellos paz.

Mas acerca de la doctrina de este sacra-
mento puede alguno dudar de tres maneras.
La primera, si puede uno contraer sin propó-
sito de generacion, y permanecer sin el uso
matrimonial; pues decimos que es principal
causa de la institucion de este sacramento la
generacion. Respóndese que sí, y que es ala-
bado de esto San Eduardo Rey, que permane-
ció vírgen con su Esposa. Y fué verdadero el
matrimonio entre la Vírgen y San José; por-
que no es esa sola la causa, ni la mas princi-
pal, sino es la indisolubilidad, que figura
aquel vínculo del Verbo divino y la naturale-

za humana; de la cual es de fé que nunca se apartó ni apartará.

La segunda, si la generacion es razon principal, parece que los viejos y los impotentes no se podrán casar. Respóndese que basta haya una de las razones y causas de la institucion de este sacramento para poderle recibir: y es tambien la razon y causa, juntar una firme amistad y compañía: y tambien, que despues del pecado primero este sacramento tiene otra razon de su institucion; que es para remedio de la incontinencia. Por lo cual dice el Apóstol: «Bueno es permanecer en pureza; mas no és de todos: y así por evitar la incontinencia, casaos.» (Cor. VII).

Mas no aprobamos los casamientos que se hacen por amontonar riquezas; y mucho menos aquellos, cuyo principal intento es la sensualidad: los cuales no carecen de culpa; aunque no sea mortal, por los otros bienes que tiene este estado. A los tales amonestamos que corrijan el mal intento con que se juntaron, y procuren bien proseguir lo que mal comenzaron; y pedir perdon de las faltas,

y procurar enderezar los intentos, como los virtuosos casados. Y el mas fuerte condesciende con el mas flaco, y acuérdesese que ninguno de ellos es señor de sí, ni se puede negar sin alguna muy justa causa; porque no sea ocasion á su compañía de buscar otra. Esto encomienda mucho el Apóstol (Cor. VII).

Aquí quiero avisar, que en todo caso se deben evitar los casamientos clandestinos, sin los padres ó los que tienen lugar de padres, y sin ministro eclesiástico, como lo ordena y manda el sagrado Concilio Tridentino (Sess. XXIV. I.) que sea presente el cura ú otro de su comision y licencia, con dos testigos, porque no será válido: y se han de hacer primero las amonestaciones; las cuales si no se hicieron, aunque el cura haya estado presente y los testigos, por no haber guardado el órden, pecaron; y el cura debe ser castigado, si no fué necesidad que obligase á dejar las amonestaciones. Lo cual se puede hacer cuando probablemente se cree que se ha de procurar impedir maliciosamente: en tal caso bastará una amonestacion, ó dejarlas todas; consul-

tando para esto al Ordinario, y con su licencia. Á los que no guardaren este orden, dá por inhábiles el Santo Concilio, irritando el tal contrato; y manda que sean castigados los contrayentes y el ministro y los testigos, segun el arbitrio del Obispo ú Ordinario. Y amonesta el Santo Concilio que antes de velarse y recibir las bendiciones en la Iglesia, ni cohabiten ni se junten; y que esta bendicion no se dé por otro que el mismo cura, ó por otro de licencia del Ordinario ó del cura.

Tambien manda, que el cura tenga libro en que se escriban los casados, y los nombres del cura y de los testigos, con el año, mes y dia, lugar é iglesia. Y desea que en cada provincia se guarden las santas y laudables costumbres que en la celebracion de este sacramento se suelen guardar, sobre las que habemos ordenado y dicho. Digo tambien, que se debe procurar con grande cuidado que sea libre el consentimiento de los que se casan, y que no haya ningun engaño no solo en la persona, mas ni tampoco en el dote; por quitar para adelante la ocasion de discordia entre

marido y mujer en esto y en todo ; porque no venga el casamiento á parar en justo ó injusto divorcio.

Concluyendo este capítulo, digo que los casados procuren vivir en su estado cristiana y justamente en paz y amor, con temor de Dios. Mas los que aun no lo sois, y teneis propósito de serlo, ante todas cosas poned delante de vuestros ojos al Señor, y el deseo de agradecerle, y de vuestra salvacion, y pedid al Señor la compañía que á esto os ayude ; deseando sobre todo en ella la virtud, mas que las riquezas y gentileza. Aunque tambien es necesario considerar si hay con qué sustentar casa conforme al estado de cada cual, con que se pueda pasar la vida y sufrir las cargas del matrimonio. Puestos de esta manera en las manos del Señor, y aconsejándoos ó dejándoos llevar del consejo y parecer de vuestros padres, ó de aquellos que teneis en lugar de padres, de quienes os podeis fiar, comenzareis vuestro estado como ordenacion santa y divina, perseverando en el temor del Señor, pidiéndole sea vuestra vivienda pacífica y per-

pétua, y vuestra cama honesta y limpia, procurando criar los hijos en la doctrina cristiana y buenas costumbres; que es la mejor herencia que les podeis dejar.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

MEDIOS PARA TRABAJAR ÚTILMENTE EN LA SALVACION DE LAS ALMAS.—Diremos ahora algunos medios generales para aprovechar á los prójimos, de los cuales trata nuestro Santo Padre en la 7.^a parte de las Constituciones (cap. IV, 4. p. Cónst. cap. VIII), dejando otros particulares, y propios de los sacerdotes, de los cuales trata en la 4.^a parte; y aunque lo que fuéremos diciendo sea en orden al aprovechamiento de nuestros prójimos, todavía serán cosas que pertenecen tambien á nuestro aprovechamiento; porque, como decíamos al principio, están tan unidas en uno estas dos cosas en la Compañía, que lo que es medio para ayudar á nuestros prójimos, es medio para nuestro aprovechamiento; y lo que es medio para nuestro propio aprovechamiento, es tambien medio para ayudar mas á nuestros prójimos; y así lo que se dijere, será doctrina

que generalmente para todos pueda ser de mucho provecho. El primer medio que pone allí nuestro Santo Padre, para aprovechar á los prójimos, es el buen ejemplo de vida: *Et primo quidem confert bonum exemplum totius honestatis ac virtutis christianæ, ut non minus bonis operibus, imò magis quam verbis eis edificationi esse, quibus cum agitur curent.* La buena y santa vida, el estar uno primero medrado y aprovechado en sí, es el principal medio y mas eficaz para hácer mucho fruto en los prójimos. Así como los árboles que mas han crecido para sí, son mas fructuosos para sus dueños, así el predicador y el confesor mas aprovechado en sí, será mas provechoso para los otros.

La importancia y necesidad de este medio se vé, lo primero; porque cierta cosa es, que el ejemplo de la buena vida es mas eficaz para persuadir á los hombres, que cuantas palabras y sermones hay. Y así Cristo nuestro Redentor primero comenzó á enseñar el camino del cielo con obras, y despues con palabras (Act. I, 1.) *Cæpit Jesus facere, et docere, dice*

el evangelista San Lucas; primero quiso obrar treinta años, para predicar tres. Y del glorioso Bautista, dice San Gerónimo (Ep. de vera circuncis. Joan. I, 23), que por esto escogió el desierto, para predicar á Cristo: *Ego vox clamantis in deserto*. Yo soy voz que dá voces en el desierto. Pregunta el santo Doctor, cómo escoge el Bautista el lugar del desierto para predicar, porque el desierto más parece que es para no ser visto, ni oído de nadie, que para predicar. Responde: escogió el desierto el predicador y pregonero de Cristo, para que los hombres viendo la nueva vida en el predicador, se comenzasen á admirar y se moviesen á hacer penitencia, á dejar los vicios y querer imitar al predicador; entendia bien, que el ejemplo era medio mas eficaz para mover á los oyentes y hacer mas fruto en ellos que las voces y palabras. Y así dice de él el Sagrado Evangelio (Joan V, 35) *Erat lucerna ardens, et lucens*: Era hacha, que ardia y lucia; porque ardiendo para sí en amor de Dios, daba mucha luz y resplandor á los prójimos con el ejemplo de su vida tan maravillosa.

Bien trillada es aquella sentencia de Séneca: (Lib. I, Epist. 16.) *Longum iter est per præcepta, breve, et efficax per exempla*: El enseñar por documentos y preceptos es camino muy largo; empero con el ejemplo es muy breve y muy eficaz: *Quia homines amplius oculis, quam auribus credunt*: porque los hombres mas creen á lo que ven por los ojos, que á lo que oyen por los oídos. San Bernardo dá otra razon de esto: (In ser. de S. Benedict.) *Sermo vivus, et efficax, exemplum operis est, plurimum faciens suadibile, quod monstratur factibile*: Por eso el ejemplo es tan eficaz para mover á otros; porque con eso se persuaden que es hacedero lo que se les dice, viéndolo practicar y poner por obra al que lo dice, y así se animan mucho á obrarlo. San Agustín dice, (Lib. 3. contr. Cres. Grammat. cap. 6.) que es tan grande la enfermedad y flaqueza del hombre, que con dificultad obra lo bueno, sino vé primero en otros ejemplo de ello. Y por esto, dice, importa mucho que el maestro y el predicador del Evangelio sea bueno, para que los que oyen tengan á quien

imitar. Y así decia San Pablo (I. Corinth. IV, 16.) que le imitasen á él como él imitaba á Cristo: *Imitatores mei stote, sicut et ego Christi.*

Añádese á esto, que cuando se vé que el predicador y maestro conforma la vida con la doctrina, aquello hace creer que sale del corazon lo que se dice, y así tiene fuerza y eficacia para mover y persuadir; pero cuando no hay esto, es de poca fuerza lo que se dice. Y así dice San Basilio (Hom. 24.) y San Crisóstomo, (Hom. I. in Acta Apostol. circa illud «*cæpit Jesus facere, et docere.*») que aquel no es predicador ni doctor verdadero, sino falso y fingido; ese, dicen, es representante de comedias. Representa uno la persona del rey, de un caballero, de un rico; y ni es rey, ni caballero, ni rico; así es el que predica solamente con palabras. Muy bien representais la humildad, pero no sois humilde; muy bien representais el menosprecio del mundo y de la honra, pero no habeis despreciado el mundo del todo ni la honra; sois farsante y representante de comedias, no sois predicador evangélico. Cómpara tambien á estos San Basilio

(Hom. 24) á los pintores, que pintan muy bien la hermosura de un hombre en un lienzo ó tabla, siendo ellos muy feos. Así, dice, son los predicadores, que siendo ellos soberbios, saben pintar muy bien la humildad, y decir lindezas de ella; siendo impacientes, saben pintar muy bien la paciencia; siendo parleros y distraídos, saben decir muchos bienes del silencio y recogimiento. San Agustín (Ser. 34 de Tempore) compara á estos á los mojoneros del campo, que están mostrando al caminante por donde va el camino, y ellos estánse quedos. Así fueron, dice, aquellos escribas y fariseos que guiaron los magos á Belén, y ellos quedaron sin ir allá. San Gerónimo sobre aquellas palabras del sábio (Prov. XXVI, 15) *Abscondit piger manum sub ascella sua, et laborat si ad os suum eam converterit*, dice, que esconder las manos debajo de los brazos, y no querer de pereza llegar la mano á la boca, es no querer el predicador hacer lo que dice, no concordar la obra con la palabra. San Gregorio Nacianzeno dice, que el que no predica juntamente con las obras, con una mano atrae

las almas, y con otra las ahuyenta; con una mano hace, y con otra deshace; esos son los escribas y fariseos que reprende Cristo en el Evangelio (Matth. V, 19.) ¡Ay de los que dicen y no hacen! Esos no mueven ni hacen fruto con sus palabras: *Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cælorum*. Empero el que hace lo que predica, este será grande en el reino de los cielos. Estos son los predicadores evangélicos y apóstólicos, y los que hacen mucho fruto en las almas, con el buen ejemplo de su vida; porque, como la santidad sea una cosa sobrenatural y divina, todos naturalmente les tienen una manera de veneración y respeto mas que humano, y parece que les miran y oyen no como á hombres, sino como á ángeles, y así toman lo que les dicen como cosa del cielo, y aquello les mueve y se les imprime en el corazón. Y por esto el Apóstol San Pablo (II. Timoth. II, 15, et Titum. II. 7) pide á los obreros de Dios que sean irrepreensibles y que sean ejemplo á los fieles en castidad y en caridad y en las demás virtudes, para que así su

doctrina tenga fuerza y eficacia para derribar á los otros y traerlos tras sí.

Pues este es el principal medio para ayudar á los prójimos, la buena y santa vida; lo primero, por el ejemplo, como habemos dicho; lo segundo, porque para que Dios nos tome por instrumento para hacer mucho fruto en los prójimos, es muy importante que nosotros estemos muy aprovechados en virtud y en mortificacion. En la décima parte de las Constituciones tratando nuestro Santo Padre de la conservacion y aumento de la Compañía, y de los medios que nos ayudarán á conseguir el fin espiritual para que fué instituida, que es ayudar á las almas, dice, que los medios que juntan el instrumento con Dios, y le disponen para que mejor se rija de su divina Mano, como son los medios de bondad y virtud, son mas eficaces para esto que los medios que disponen á uno para con los hombres, como son las letras y otros dones naturales y humanos; y así en aquellos habemos de insistir principalmente. «Todos, dice, (Regul. 16. Summar.) se dén á las virtudes

sólidas y perfectas, y á las cosas espirituales, y se haga de ellas mas caudal, que de las letras y otros dones naturales y humanos; porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia á estos exteriores para el fin que se pretende. » Y la razon de esto está clara; porque si este negocio tuviera fin humano y de las tejas abajo, medios humanos y prudencia humana bastáran para dar buen recaudo de él; pero el fin que pretendemos es sobrenatural y divino, porque es mover los corazones, convertir las almas y sacarlas de pecado. Y no es obra nuestra engendrar en las almas santidad, sino de aquel que dijo en el principio del mundo: hágase la luz (Gen. I, 5.) y fué hecha. Nuestras letras, nuestra prudencia, nuestra diligencia é industria y todos cuantos medios naturales y humanos podemos poner, ninguna proporcion tienen con ese fin; Dios es el que luce en los corazones, y dá palabras de vida; y toda la eficacia del instrumento, para hacer fruto en las almas, nace de Dios; y así aquellos medios que nos juntaren y unieren mas con Dios, nos harán instrumentos mas

aptos y eficaces para convertir las almas; porque mientras mas juntos y unidos estuviéremos con Dios, mejor podremos recibir en nosotros las influencias de sus gracias y dones celestiales, y así comunicarlas á otros.

San Dionisio Areopagita, tratando de la santidad y perfeccion, que han de tener los sacerdotes y ministros del Evangelio, por quien Dios quiere repartir su hacienda y su sangre, dice, que han de ser *sacri, et sacrautes: perfecti, et perficientes: illuminati, et illuminantes*. Han de ser ellos primero santos en sí, para hacer santos á otros, y han de ser perfectos, para hacer perfectos á otros. Han de tener tanta luz y conocimiento de Dios, que puedan alumbrar y dar luz á otros. Han de estar tan encendidos y abrasados en el fuego del amor de Dios, que peguen fuego á los otros, y los enciendan y abrasen en el mismo amor. Porque como dice San Gregorio: *Qui non ardet, non incendit*. El que no arde en sí, no enciende á otros. Solia aquel santo Fray Tomás de Villanueva (cap. 8 de su vida) Arzobispo de Valencia, repetir muchas veces estas palabras:

«De pecho frio, ¿cómo pueden salir palabras calientes?» Entonces vuestras palabras abrasarán al prójimo en amor de Dios, cuando salieren de un corazon encendido y abrasado en amor de Dios. Entonces pegareis por ese mundo aquel fuego, que vino el Hijo de Dios á echar en la tierra (Luc. XII. 49.) *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* Entonces una palabra valdrá mas que ciento.

Dijo Platon una cosa, en que dijo mas que supo. Que así como la piedra imán tiene esta virtud, que, tocando al hierro, le imprime la virtud atractiva que ella tiene, de manera que el hierro que ha tocado á la piedra imán, trae tambien á sí otro hierro, como lo hace la misma piedra imán. Que es una cosa de que se maravilló mucho San Agustin (Lib. 21, de civit. Dei, cap. 4) cuando lo probó, porque vió que un anillo de hierro tocado en la piedra imán, trajo y pegó consigo otro anillo, y aquel otro y ese otro hasta hacer una cadena de ellos en el aire con aquella trabazon maravillosa. Pues así, dice Platon, que los hombres

tocados de Dios tienen esta virtud de atraer á otros á Dios. Pero si nuestras palabras no son como de hombres tocados de Dios, ¿cómo han de atraer á otro á Dios? Si vos no estais encendido en fuego de amor de Dios, ¿cómo habeis de encender á otros? Aun allá dicen los retóricos, que para mover á otro, no hay medio mas eficaz que estar de verdad dentro de sí movido; porque ¿cómo se ha de mover el otro á lágrimas, si ve que yo tengo muy enjutos los ojos? ¿Y cómo se ha de mover á dolor, si ve que yo no muestro dolor ni sentimiento ninguno? ¿Cómo se moverá á indignacion, si ve que yo no me indigno? Pues de la misma manera, ¿cómo moverá y aficionará al desprecio del mundo, el que no ha menospreciado de veras al mundo? ¿Y cómo aficionará á la mortificacion, el que no está aficionado á ella? ¿Y cómo hará á los otros humildes, el que no es humilde? Que no quema, sino el fuego; ni humedece, sino el agua, ni hay cosa que pueda dar á otros el color que ella no tiene. *Nemo dat, quod non habet.* Lo que vos no tenéis, ¿cómo lo habeis de pegar é imprimir en

otros? Sereis como los tiros y bombardas, que no tienen pelota, que llenan los aires de truenos y de ruido, pero no derriban los muros ni matan los enemigos; así son los predicadores que no tienen sino palabras. Todo se va en truenos y en ruido de voces (I. Corinth. IX. 26.) *Quasi aerem verberans*, que dice San Pablo: Azotan los aires con sus voces, pero no derriban á nadie, ni hieren los corazones; porque no hay virtud, ni espíritu, que es lo que da fuerza y eficacia á todo lo demás.

El talento de predicar no está en palabras retóricas y artificiosas, ni en decir cosas muy subidas y sutiles; que no predicaba de esa manera el Predicador de las gentes, aquel Vaso escogido de Dios para convertir el mundo, como lo dice él á los de Corinto (I. Corinth. II. 1. 2 et 4. 5.) *Et ego, cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiæ, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* Y mas abajo dice: *Sermo meus et prædicatio mea, non in persuasibilibus humanæ*

sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus, et virtutis, ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei. A Cristo crucificado predico yo, y eso no con ornato, ni artificio de palabras, sino con virtud de espíritu, para que así la conversion no se pueda atribuir á la elocuencia y sabiduría humana, sino á la virtud de Dios (I Corinth. I. 17.) *Non in sapientia verbi, ut non evacuetur Crux Christi.* En la Historia Eclesiástica y Tripartita se cuenta de aquellos santos Padres antiguos por grande loa y alabanza, que enseñaban con santas predicaciones y sábios consejos, quitados todos los afeites y flores de los razonamientos retóricos, mas como prudentes médicos aplicaban las medicinas convenientes á las enfermedades de las conciencias de los oyentes; pues de esta manera han de ser nuestros sermones y pláticas espirituales. No nos vamos allí á predicar á nosotros, sino á Jesucristo (II. Corinth. IV. 5.) *Non enim nosmet ipsos prædicamus, sed Jesum-Christum Dominum nostrum,* dijo el Apóstol San Pablo. Y cosa cierta es, que los predicadores que pre-

tenden mostrarse muy eruditos y elocuentes y muy grandes romancistas, que harán muy poco fruto. Lo primero, por lo que habemos dicho; porque los oyentes que tienen algun juicio, entienden, que el que así predica, se va escuchando, saboreando y floreando en lo que dice, pretendiendo mas mostrar ser muy buen hablador que deseoso de aprovechar. Lo segundo, porque la misma elegancia quita el fruto; y cuanto mas elegante fuere uno, tanto menos aprovechará; porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos, que trae Quintiliano (Lib. 8.) *Jacet sensus in oratione, in qua verba laudantur*. Quiere decir, que pierden los hombres la atencion á las cosas, cuando son muy elegantes las palabras; porque estas hurtan la atencion á las sentencias, y no miran lo que se les dice, por mirar cómo se les dice. Pues si aun los mismos retóricos reprehenden esto, y lo tienen por grande vicio del orador, cuánto mas se ha de reprender en el predicador evangélico, que ha de atender solamente al provecho y salvacion de las almas. *Unicuique autem datur manifesta-*

tio Spiritus ad utilitatem, dice San Pablo. El don de predicar dálo Dios para provecho de los prójimos. Y así en eso ha de poner el predicador siempre los ojos, dice San Gerónimo (Epist. II. ad Nepotianum. Joan. VII. 46.) *Docente te in Ecclesia non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lachrymæ auditorum laudes tuæ sint*. La señal del buen sermón, no es el aplauso de los oyentes, ni que salgan diciendo: *Numquam sic locutus est homo*. ¿Habeis visto qué de cosas trajo, y qué bien las dijo? Sino la compuncion y lágrimas de los oyentes, y la enmienda y mudanza de su vida. Y en esto está el talento de predicar, en que Dios tome á uno por instrumento, para mover los corazones de los oyentes, y que mediante sus palabras, queden los hombres desengañados y caigan en la cuenta de su mala vida pasada, y se arrepientan y vuelvan á Dios de corazon. Decia el Padre Maestro Ávila: Predicar no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio, y salga hecho un ángel; en eso está el tener talento de predicar. Y otro gran sier-

vo de Dios decia, que cuando salen los oyentes del sermon cabizbajos, que no se habla ni se mira el uno al otro, entonces ha sido bueno y provechoso el sermon; porque aquello es señal que cada uno lleva recaudo para sí.

En la vida de nuestro Padre San Francisco de Borja (Lib. 2. c. I. de su vida: Ibid. c. 24) se cuenta, que cuando predicaba en Vizcaya, la mas de la gente no percibia lo que decia, así por ser mucha la gente y no poderse acercar al púlpito, como porque no entendian la lengua castellana; pero era cosa maravillosa ver la atencion con que todos le oian y las lágrimas que derramaban. Preguntados algunos, qué era la causa porque lloraban en el sermon, pues no le entendian; respondian, que por ver un Duque Santo, y porque dentro de sas almas sentian unas voces é inspiraciones de Dios, que les significaban y daban á entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando. Otra vez en Portugal, queriendo el infante Cardenal, que despues fué rey de Portugal, que predicase el P. San Francisco; y diciéndole que estaba cansado,

porque habia venido de camino; respondió el Cardenal: No quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenia por Dios. Eso es lo que predica, y lo que hace el fruto en las almas, mas que las palabras, el ejemplo y santidad de la vida. Y así esto es lo que nosotros habemos de procurar, y en lo que principalmente habemos de insistir, para que Dios nos tome por instrumentos para la conversion de las almas, así los predicadores, como confesores y todos los demás que tratan con prójimos.

El segundo medio, que pone nuestro Santo Padre, para ayudar á los prójimos, es la oracion (7. Part. Constit. c. 4.) *Juvatur etiam proximus*, dice, *sanctis desideriiis, et orationibus*. Como este negocio de ganar y convertir almas es sobrenatural, mas se alcanza y hace en él con oraciones y lágrimas y gemidos, que con palabras y voces. Mas hizo la oracion de Moisés, y mas parte fué para alcanzar victoria contra Amalec, que todas las lanzas y espadas de los que peleaban; mientras Moisés tenia levantadas las manos (Exod. XVII. 12)

vencia el pueblo de Israel, y cuando las baja-
ba, era vencido; y fué menester que dos le
sustentasen las manos, uno de un lado y otro
de otro, para que siempre estuviesen levanta-
das, y así alcanzaron victoria. Este era el modo
con que el pueblo de Dios vencía á sus enemi-
gos; y eso es lo que los Madianitas, viendo las
grandes victorias de los hijos de Israel, temien-
do dijeron (Num. XXII. 4.) *Ita delebit hic popu-
lus omnes, qui in nostris finibus commorantur
quomodo solet bos herbas usque ad radices car-
pere*. Como el buey con la boca paca las yer-
bas hasta la raíz, así este pueblo nos ha de
destruir á nosotros con la boca, que es con
oraciones. Así declaran este lugar San Agus-
tin (Ser. 95. de Tem.) y Orígenes (Hom. 15.
supra Numer.) Pues si la victoria de la guer-
ra (para la cual parece que tienen alguna pro-
porcion nuestras fuerzas y poder humano) la
dá Dios por oraciones; ¿qué será la victoria de
los enemigos espirituales y la conversion de
las almas, donde nuestros medios, fuerzas é
industrias quedan tan cortas y tan atrás, que
ninguna proporción tienen con tan alto fin?

Con oraciones y con gemidos habemos de tratar con Dios este negocio; esas son las que han de aplacar á Dios, y alcanzar el perdon y la conversion.

San Agustin va declarando (Q. 149. sup. Exod. XXXII, 10.) y ponderando muy bien el valor y eficacia de este medio sobre aquellas palabras, que dijo Dios á Moisés: *Dimitte me ut irascatur furor meus, contra eos, et deleam eos*. Cuando los hijos de Israel adoraron al becerro, queria Dios destruirlos. Moisés pónese á rogar á Dios por ellos, diciendo: ¿Por qué, Señor, quereis castigar á vuestro pueblo, al cual sacasteis de Egipto con mano fuerte y poderosa? Mirad, Señor, que dirán los egipcios, que para cogerlos, como dicen, en escampado y asolarlos allí del todo. Acordaos, Señor, de Abraham, Isaac y Jacob, vuestros siervos, á los cuales prometisteis y jurásteis que habiais de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo, y darles la tierra de promision. Respóndele Dios: *Dimitte me*. Déjame, que los quiero destruir y asolar. ¿Qué es esto, Señor, para qué decís, déjame? ¿Quién os tiene ó

puede tener á Vos? ¿Quién os puede atar las manos? (Rom. IX, 19.) *Voluntati enim ejus quis resistit?* ¿Cómo decís, déjame? Ahí vereis, dice San Agustin, la fuerza de la oracion, y lo que puede y vale con Dios. Eso nos quiso dar á entender en aquella palabra, déjame; la cual no es palabra de mando; porque si fuese mandamiento, mal hiciera el siervo de no obedecer; ni es palabra de quien pide ó ruega; porque no habia de pedir Dios eso á su siervo, sino quisonos dar á entender, que las oraciones de los justos son bastantes para resistir á la ira de Dios. Lo mismo dice San Gerónimo sobre aquellas palabras de Jeremías (VII, 16.) *Tu ergo noli orare pro populo hoc nec assumes pro eis laudem, et orationem, et non obistas mihi.* Mirad, que quiero castigar este pueblo, por eso no me ruegues por él, ni me hagas resistencia. Dice allí San Gerónimo: *Ostendit, quod sanctorum preces Dei iræ possunt resistere.* Dános á entender en estas palabras, que las oraciones de los Santos pueden resistir á la ira de Dios. Y dicelo claramente el profeta David (Ps. CV, 25.) *Ei dixit ut disperde-*

ret eos, si non Moises electus ejus stetisset in confractione in conspectu ejus. Ut averteret iram ejus, ne disperderet eos. Quería Dios destruir á su pueblo, y al romper de su ira resistió Moisés á Dios con la oracion; púsosele delante y detuvo el brazo de Dios, que quería ya descargar el golpe (Exod. XXXII, 14.) *Placatusque est Dominus, ne faceret malum, quod locutus fuerat adversus populum suum.*

Lo mismo aconteció en aquella sedicion y murmuracion, que se levantó en el pueblo de Israel contra Moisés y Aaron, sobre la muerte de Coré, Datán, Abirón y sus secuaces, diciendo, que ellos habian sido causa de ella. Enojóse Dios con el pueblo y quiso destruir, y ya pasaban los muertos de catorce mil; y púsose luego Aaron á rogar á Dios por el pueblo, y á ofrecer incienso por él (Num. XVI, 48.) *Et plaga cessavit.* Y cesó la plaga; y por esto el sábio llama á la oracion escudo (Sap. XVIII, 20 y 21.) *Sed non diu permansit ira tua. Properans enim homo sine querela deprecari pro populis, proferens servitutis suæ scutum orationem, et per incensum deprecatio-*

nem allegans, restitit iræ, et finem imposuit necessitati. Pero no duró mucho, Señor, vuestra ira; porque luego se puso delante vuestro siervo, y peleó por el pueblo. Otra letra dice: *Propugnavit pro populis.* Porque orar es pelear. Pues echó mano Aaron del escudo de la oracion, y con él resistió á la ira de Dios, y cesó luego la matanza. ¡Oh! qué buen escudo, dice San Ambrosio (Orat. funeb. de obitu Vallentiniani Imperat. tom. 5.) con el cual se rechazan todos los golpes del enemigo. *Bonum scutum oratio, quo omnia adversarii ignita spicula repelluntur.*

Y lo que mas es, que se huelga Dios mucho que le vamos á la mano en el castigo, y que haya quien se ponga de por medio para estorbarlo. Así como un padre piadoso, aunque amenaza á su hijo, no querria castigarle, sino que se pusiese alguno de por medio que lo estorbase, y algunas veces tiene prevenidos algunos amigos ó conocidos que le vayan á la mano; así Dios, que es mas que padre y mas que madre, es tanto el amor que nos tiene, al fin como á hijos, y como á hijos que tanto le

costamos, pues le costamos su sangre y su vida, que no querría llegar á las manos, y así gustaría, que algunos de sus amigos se pusiesen delante; y los anda á buscar y lo siente mucho y se queja cuando no hay quien le vaya á la mano (Ezeq. XXII. 30.) *Et quæsi-
vi de eis virum, qui interpõneret sepem, et
staret oppositus contra me pro terra, ne dissi-
parem eam, et non inveni*, dice por el profeta
Ezequiel. Busqué quien se pusiese delante, y
me fuese á la mano, y no le hallé. No hubo
quien me saliese al encuentro, ni quien se
opusiese como muro para resistirme. (Ezeq.
XIII, 5.) *Non ascendistis ex adverso; neque op-
posuistis murum pro dõmo Israel*. Dice allí
San Gerónimo; así como el muro defiende del
enemigo, y así como le suelen salir al encuen-
tro para resistirle; *Ita Dei sententia sanctorum
precibus frangitur*: Así las oraciones de los
justos resisten á la sentencia de Dios; porque
condesciende su Majestad con ellos. Y el pro-
feta Isaías se queja tambien mucho de esto
(Isai LXIV, 7.) *Non est qui invocet nomen
tuum, qui consurgat, et teneat te*: ¡Ah, Señor,

que ya no hay, como haber solía, quien invoque vuestro Santo Nombre, ni quien se levante y os vaya á la mano y os detenga! Ya no hay un Jacob, que luche con Dios, y se tome á brazo partido con él. (Gen. XXXII, 26) *Non dimittam te, nisi benedixeris mihi.* Que lo está Dios deseando; bien se declara en esto la fuerza y eficacia de las oraciones de los justos y amigos de Dios, pues son poderosas para detener su brazo y resistir á su ira. De aquí quedará mas entendido y confirmado lo que decíamos, cuánto importa para ayudar á los prójimos ser nosotros santos y muy amigos de Dios; y con cuánta razon dijimos, que la buena y santa vida era el principal medio para eso; porque el que ha de ser medianero para hacer algunas amistades ó paces, importa mucho que sea grato á aquel con quien ha de ser medianero; porque sino, antes provocará á ira é indignacion, que á perdon.

Aprovecha tanto para el bien de los prójimos la buena y santa vida, que aunque no hiciésemos otra oracion, ni otra cosa alguna en servicio suyo, sino procurar ser nosotros muy

buenos y muy santos, eso solo les aprovecharia y les valdria mucho á ellos. Es maravillosa historia para esto la que cuenta la Sagrada Escritura en el Génesis (XVIII, 23.) Quería Dios destruir aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra por sus grandes pecados, y pónese Abraham delante de Dios y dicele. *¿Numquid perdes justum cum impio?* Por ventura, Señor, ¿habeis de destruir los buenos juntamente con los malos? No parece eso conforme á vuestra clemencia. Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, ¿no perdonareis al pueblo por amor de ellos? Dice el Señor. Sí por cierto, si se hallaren cincuenta justos, yo los perdonaré á todos por amor de ellos. Torna Abraham: Ya que comencé, hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza; y si hay algunos menos, si hay cinco menos, ¿no los perdonareis á todos por cuarenta y cinco justos que haya? Sí, dice Dios, si se hallaren cuarenta y cinco justos, yo los perdonaré á todos por ellos. Torna Abraham: ¿Y si hay solos cuarenta justos?—Yo los perdonaré á todos por ellos.—Señor, no os enojeis, si tornare á hablar. Y si no se hallá-

ren mas de treinta justos, ¿no los perdonareis á todos por amor á los treinta? Es de notar que al principio iba bajando muy poco á poco, solamente de cinco en cinco, y ya con el favor y merced que sentia, cobró ánimo para ir bajando de diez en diez, de cuarenta bajó á treinta. Dícele el Señor. Si se halláren treinta justos, por amor de ellos los perdonaré á todos.—Ya que he comenzado dadme, Señor, licencia para hablar. ¿Y sino se halláren mas de veinte justos?—En buen hora, por amor de ellos yo los perdonaré.—Suplicoos, Señor, que no os enojeis; esta palabra no mas. ¿Y si se halláren diez justos?—Sea así, yo me contento con esos, dice el Señor, si se halláren diez justos entre ellos, yo los perdonaré á todos por amor de diez justos.» No se hallaron, y así destruyó Dios aquellas cinco ciudades; donde se vé bien de cuánta utilidad y provecho es para otros la buena y santa vida de los justos. ¿Cuánto les valiera á aquellos haber siquiera diez justos entre ellos?

Otra vez, queriendo Dios castigar á Jerusalem, y entregar el reino de Judea á los Cal-

deos, para que lo destruyesen y saqueasen y los pasasen todos á cuchillo por los grandes pecados, que habian cometido contra su divina Majestad, dice primero por Jeremías (V, 1.) Andad con diligencia por las calles y plazas de Jerusalem, y mirad, é inquirid muy bien, si hallais un varon justo, que haga juicio recto de sí mismo, y sea muy fiel y verdadero para con su Dios, y para con su prójimo; si lo hallais, por respeto suyo, perdonaré á la ciudad y al reino, y alzaré el castigo y ruina que le tengo amenazada. Exclama con gran razon San Gerónimo sobre este paso, diciendo: Mirad, cuánto estima Dios un varon justo, pues no solamente por diez justos que se hallen en la ciudad, como antes habia dicho á Abraham, sino por solo uno que se halle en medio de innumerables pecadores, dice que los perdonará á todos, y suspenderá el castigo que merecen. Grande es el amor que tiene Dios á la virtud del varon justo, pues por su respeto sufre y perdona á tantos pecadores. Mucho se han de estimar los buenos en una comunidad, y en una república, y grande es

el bien que la hacen, aunque no hagan otra cosa sino tratar de ser buenos y virtuosos. Y así esta es una de las razones que traen los teólogos y los Santos para probar, que el pueblo debe el sustento á los religiosos, aunque no hagan ministerio ninguno con los prójimos, sino que se estén recogidos, sin salir de su rincón y de su celda; porque desde allí hacen grandísimo bien al pueblo. Por esos pocos buenos sufre Dios tantos malos en el mundo; lo cual se confirma con aquella parábola del Evangelio, que por conservar el trigo dejó el Señor de arrancar la cizaña (Matth. XIII, 29 y 30.) *Ne forté colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum. Sinite utraque crescere usque ad messem.*

Y débese ponderar mucho á este propósito, que nota luego allí la Sagrada Escritura (Gen. XIX. 29.) *Cum enim subverteret Deus civitates regionis illius, recordatus Abrahæ, liberavit Loth de subversione urbium in quibus habitaverat.* Cuando Dios quiso destruir y abrasar aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra, dice que se acordó de su amigo Abraham, y

por amor de él libró á Lot, que era sobrino suyo. Es de notar que no se dice allí que Abraham rogase á Dios por Lot, sino por ser Abraham tan amigo de Dios, miró él por sus cosas, y por todo lo que le tocaba; y tuvo tanta cuenta de mirar por Lot su sobrino, y librarle que dándole Dios priesa, para que saliese de allí, y se salvase en una pequeña ciudad, que estaba cerca, le dice (Gen. XIX. 22.) *Festina, et salvare ibi, quia non potero facere quidquam donec ingrediaris illuc.* Date priesa; porque no podré hacer nada, hasta que tú te pongas en salvo. ¡Oh entrañas! ¡Oh bondad y misericordia infinita! Que no podré hacer nada, dice, hasta que tú te pongas en salvo. Mirad la cuenta que tiene Dios con un justo, y lo que dice y hace por su respeto; pues procurad vos de ser muy justo y muy amigo de Dios, y tratar muy de veras de perfeccion, y estad cierto que Dios mirará por todas vuestras cosas, y se acordará de vuestros padres y de vuestros parientes y amigos, y de todo lo que os tocare, y tanto mas cuanto mas os descuidáreis y olvidáreis de esto, por cuidar de

vos y daros mas á Dios, aunque en particular no se lo pidais; porque mas piden y claman á Dios las obras, que las palabras. Si la maldad del malo, dice la Sagrada Escritura que clama y dá voces á Dios pidiendo venganza (Gen. IV. 10.) *Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra*, mas clamará la virtud y la bondad y mayores voces dará para alcanzar misericordia delante de aquel que es tan amigo de hacer bien, y cuyo es propio siempre perdonar y tener misericordia. Esta es muy buena manera de negociar con Dios, y de hacer bien á parientes y amigos.

Zelus domus tuæ comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me (Ps. LXVIII. 10.) El celo de vuestra casa, Señor, y de vuestra honra y gloria consume y abrasa mis entrañas, dice el real profeta David, y las injurias y ofensas que os hacen á Vos, todas caen sobre mí, y las tomo yo por mas que propias. Este es otro medio y muy principal para ayudar á los prójimos, y le pone nuestro Santo Padre entre los demás medios, que ayudan para la conservacion y aumento de la Compa-

ña, y para conseguir el fin espiritual para que fué instituida, que es el ayudar á las almas: Uno de ellos, dice, (10. Part. Const. §. 2.) es: *Zelus sincerus animarum ad gloriam ejus, qui eas creavit, ac redemit, quovis alio emolumento post habito*. El celo sincero de las almas, para gloria del que las crió, y redimió sin tener cuenta con algun otro interés. San Agustin en el libro ó exhortacion que hace á un conde (cap. 55) dice: *O mi frater, numquid ferreae sunt carnes nostrae, ut non contremiscant? Vel etiam sensus noster adamantinus ut non mollescat? Aut etiam minime evigilet ad illa Dei verba: ite maledicti in ignem æternum?* Ó hermano mio, ¿por ventura nuestras carnes son de hierro, que no tiemblen? ¿Ó nuestro corazon es de diamante, que no se ablande? Ó siquiera se despierte con tales palabras, cuales dirá Cristo nuestro Redentor á los malos el dia del juicio: Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno, que os está aparejado desde el principio del mundo para siempre jamás: *Quare non dicimus cum Jeremia Propheta, quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lachry-*

marum, et plorabo die, ac nocte interfectos filiae populi mei? ¿Por qué no decimos con el Profeta Jeremias: quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar de dia y de noche los muertos de mi pueblo? ¡Desfallecen llorando los que consideran las muertes, no de los cuerpos, sino de las almas de sus hermanos! ¿Qué llanto mas bien empleado que sentir y llorar con el Apóstol San Pablo la perdicion de las almas? (2. Corinth. XI. 29.) *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* Aprendamos del Apóstol, dice San Agustin, á tener este celo y deseo grande de la salvacion de las almas, pues que el mismo Dios las amó tanto, que no perdonó á su único Hijo, sine que le entregó á la muerte por ellas. (Rom. VIII. 32.) *Qui etiam proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum.* Por todos dice. Por eso no menospreciemos la salvacion de ninguno, pues cada uno costó á Dios su sangre y su vida.

Este celo de las almas, ó por mejor decir, de la honra y gloria divina, es un fuego de amor de Dios, es un deseo tan encendido y

abrasado, de que todos amasen y honrasen y sirviesen mucho á Dios, que el que le tiene á todos querria pegar este deseo y este fuego, y cuanto es en sí, lo procura. Y cuando vé que Dios es ofendido é injuriado, y no lo puede remediar, gime y llora, y aquel fuego le está allí carcomiendo, deshaciendo y abrasando las entrañas; tal era el celo que tenían aquellos Santos y amigos grandes de Dios. Un Jeremias (XX. 9. y 10.) *Et factus est in corde meo, quasi ignis exæstilians, claususque in ossibus meis, et defeci ferre non sustinens, audivi enim contumelias multorum, et terrorem in circuitu.* Tenia, dice, allá en el corazon y en los huesos un fuego, que me consumia y abraçaba, viendo las ofensas hechas contra la Majestad Divina, y no lo podia sufrir. Un Elías, (III. Reg. XIX. 14.) *Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum; quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel.* Y el real Profeta David está lleno de esto (Ps. CXVIII. 55. 139. 136.) *Defecto tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Et tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici*

mei. Era tan grande la pena y afliccion que sentian aquellos Santos, de ver que tan á rienda suelta quebrantan los pecadores la ley de Dios, que el dolor del alma enflaquecia el cuerpo, y les corrompia y podria la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior: *Vidi praevaricantes, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt.* Abrasábase y consumíase tanto el Profeta David con este fuego, que se iba resolviendo y destilando en lágrimas. *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam. Id est, propter illos, qui non custodiunt legem tuam.* Asi dice otra translacion. Como cuando ponen fuego á una alquitara, así se resolvía en lágrimas, viendo las ofensas cometidas contra la Majestad de Dios. Pues este celo de la honra de Dios habemos de tener nosotros, y este ha de ser el mayor de nuestros cuidados, ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y que se haga su santísima voluntad; así en la tierra, como se hace en el cielo; y el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se hace así,

sino muy al revés. Esto, dice el glorioso San Agustín, que es tener celo de la honra de Dios. (Aug. Sup. Joan.) *Zelo domus Dei comeditur qui omnia perversa, quæ videt, cupit emendare: et si emendare non potest, tollerat, et gemit.* Aquel se abrasa y consume con celo de la honra de Dios, que desea y procura remediar todos los males que vé, y cuando no los puede remediar, gime y llora, como lo hacia Samuel por Saul (I. Reg. XV. 35.) *Verumtamen lugebat Samuel Saûlem, quoniam Dominum pœnitebat, quod constituisset eum in regem super Israel.*

Este celo de la honra y gloria de Dios, y de la salvacion de las almas es una de las cosas que mas agrada á Dios, de cuantas podemos hacer en su servicio, ó la que mas, así lo dice San Gregorio (Hom. 12 supra Ezech. D. Chrys. hom. 76. *nullum officium est Deo charius.* Ricard. sup. Cant. cap. 41. *Nihil sic Deo placet, sicut zelus et lucrum animarum*) *Nullum quippé omnipotenti Deo tale est sacrificium, quale est zelus animarum.* Lo mismo dice San Crisóstomo, y otros muchos Santos. No hay cosa,

dicen, que así agrade á Dios como el celo de la salvacion de las almas, y la razon de esto es; porque no hay cosa que mas agrade á Dios, que la caridad, porque esa es la mayor de las virtudes, como dice San Pablo (I. Corinth. XIII. 13. Colos. III. 14) *Major autem horum est charitas*. Y en ella consiste la perfeccion, y así la llama: *Vinculum perfectionis*. Pues este celo es un grande y excelente amor de Dios; porque no se contenta el que le tiene con amar y servir á Dios cuanto puede, si no desea que todos se empleen en amarle y servirle, y que sea su santo nombre conocido y reverenciado, glorificado y ensalzado de todos, y se extienda y amplíe el reino de Dios, y ese es todo su contento y regocijo, y las ofensas y pecados que se hacen contra Dios, le llegan al alma. Así como el buen hijo, que ama mucho á su padre, desea mucho su honra y acrecentamiento, y todo su contento es ver honrado y ensalzado á su padre; y las injurias y ofensas que le hacen las siente él como propias, y mas que propias; así el que tiene este celo de la honra de Dios, es tan grande el amor que tie-

ne á este Señor, y tan fervoroso el deseo de que su divina Majestad sea alabado y honrado de todos, que ese es todo su contento y regocijo, y su mayor pena y dolor es ver el olvido tan grande que hay de Dios en la tierra, y las ofensas é injurias que se le hacen, y así este es un acto grande y excelente de amor de Dios.

Es tambien muy grande y muy excelente acto de amor de los prójimos; porque así como el amor de Dios se muestra en holgarnos de su mayor honra y gloria, y en sentir las ofensas que se hacen contra él, así tambien el amor verdadero del prójimo se muestra en holgarnos de su bien y en pesarnos de sus verdaderos males, que son los pecados, y en procurar estorbarlos cuanto pudiéremos; y así dicen los Santos (Clim. cap. XIV et Bonav. Proc. 5. Relig. cap. XVII.) Quien quisiere examinar si tiene amor á los prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento. Esa es la prueba del verdadero amor de vuestro hermano, que os holgueis tanto de su bien, como del propio vuestro, y

sintais tanto su trabajo y su mal, como si fuera propio vuestro, eso es amar al prójimo como á sí mismo, como lo hacia San Pablo (2. Corinth. XI. 29) cuando decia: *Quis infirmatur, et ego non infirmor? Quis scandalizatur, et ego non uror?* Dice allí la glosa: *¿Quis infirmatur in fide, vel in aliqua virtute, et ego non infirmor? Id est non doleo de eo sicut de me ipso? ¿Quis scandalizatur in aliqua molestia, et ego non uror in igne compassionis?* ¿Quién cae en algun pecado que no me llegue á mí al alma? ¿Quién recibe molestia alguna, que yo no me compadezca de él, como si fuera propia? Esto agrada tanto á Dios, que dice San Crisóstomo (Homil. 2 super Gen.) Aunque hagais grandes penitencias, aunque ayuneis toda la vida y durmais en el suelo, aunque deis toda vuestra hacienda á los pobres, no tiene que ver con este celo de la salvacion de las almas. Quanto el alma es mejor, y mas preciosa que el cuerpo, tanto hacen mas los que tratan de ayudar y remediar las almas, confesando, predicando, aconsejando, y con otras obras de misericordia es-

pirituales, que los que tratan de remediar los cuerpos, dando muchas limosnas de sus haciendas. ¿Qué contento estuviérais vos, si hubiérais dado muchos millares de ducados de limosnas? Pues mas es, y mucho mas vale emplearos en ayudar á la salvacion de las almas. Y añade San Crisóstomo, que es mas y de mayor estima delante de Dios el celo de las almas, que hacer milagros, porque muchas maravillas y milagros hizo Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en todos esos no hubo cosa que se igualase con aquel celo y ferviente caridad, con que intercediendo por el pueblo, á Dios dijo: (Exod. XXXII. 31 et 32.) *Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo quem scripsisti.* Señor, ó perdonad al pueblo este pecado, ó borradme á mí de vuestro libro. Esa, dice San Juan Crisóstomo, que fué la mayor hazaña que hizo Moisés, con haber hecho tantas y tan maravillosas.

Este celo es muy gran medio y muy eficaz para ayudar, y aprovechar á los prójimos. Lo primero, porque es un fuego, como habemos

dicho; así como el fuego es muy activo, y procura convertir todas las cosas en sí, así lo hace, si está dispuesta la materia, y si no, él la va disponiendo para ello; así, si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos á los otros y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decia San Pablo (Act. XXVI, 29.) *Opto omnes, qui audiunt hodie fieri tales, qualis et ego sum.* Deseo que todos seais como yo soy, y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que lo sean; no está ociosa la caridad; porque es un fuego que nunca está quedo, sino siempre bullendo. Siempre obra grandes cosas la caridad, dice San Gregorio: *Charitas magna operatur, si est: si autem non operatur, magna non est.* Y si no hay esas obras, ó no habrá caridad, ó á lo menos no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar á los prójimos; porque de aquí nace el aplicarse uno mucho á sus ministerios, y el andar siempre deseando, y bus-

cando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos á eso por fuerza, que nos habíamos de avergonzar de eso, sino que nos hallen siempre á punto, y que antes nosotros deseemos hacer mucho más de lo que se ofrece, y en esto va mucho; porque bien se vé, que cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado, y así importa mucho tener este celo; porque con él andamos vivos, y sin él muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar á los prójimos; y aun el hallarlos también; porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice San Buenaventura (Proces. 5 Relig. cap. 17.) *Ubi autem talis inest affectus, illic necessario non deerit subvencionis affectus quantum patitur opportunitas*. No hayais miedo que le falte que hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacerlo. Si no tuviere que hacer en casa, él lo ira á buscar fuera, y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y á la cárcel á donde lo hallará; siempre tendrán que

hacer los operarios que tuvieran este celo; por eso los llama la Escritura, unas veces cazadores (Jerem. XVI, 16.) *Ecce ego mittam eis multos venatores*, dice Dios por Jeremías, *et venabuntur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum*. Yo les enviaré muchos cazadores, que saquen la caza de los ahujeros y viveros; otras veces los llama pescadores; porque no águarda el pescador, que se le vengán los peces á las manos, sino él los va á buscar y los llama con diversas maneras de ingenios, y con cebos particulares y esquisitos; y pues el demonio es tan diligente para perder las almas, razon será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo, todo se hace fácil, véncense todas las dificultades, ningun trabajo se pone delante. Parece que San Dionisio Areopagita atribuye á este celo el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los trabajos y dolores de su Pasion. Dice (Cap. IV de divinis nominibus.) que el coraje que tenia contra el pecado le ayudó en esta batalla, y trae pa-

ra esto aquello del Profeta Isaías: *Torcular calcavi solus, et degentibus non est vir mecum; calcavi eos in furore meo, et conculcavi eos in ira mea, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi.* La ira é indignacion que tenia con el pecado, esta, dice, le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace tambien la ferviente oracion, que no se aparta de Dios hasta haber negociado, como leemos de muchos Santos, que se ponian de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar á Dios con su oracion.

De nuestro Padre San Ignacio se cuenta en su vida (Lib. V, cap. 2) que estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una mujer, con quien vivia mal, como no pudiese por ninguna via desasirle de ellos, se fué un dia á esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que habia de pasar por junto á una laguna ó charco de agua, yendo á donde le llevaba su ciega y torpe aficion, entróse San Ignacio dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar le dijo á grandes voces:

Anda, desventurado, y vete á gozar de tus súcios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno, que tiene su boca abierta para tragarte, ni el azote que te aguarda, y á toda furia va á descargar sobre tí? Anda, que aquí estaré yo atormentándome, y haciendo grande penitencia por tí, hasta que Dios aplaque el justo castigo, que ya contra tí tiene aparejado.» Espantado el hombre con tan raro ejemplo de caridad paró, y herido de la mano de Dios volvió atrás confuso y atónito, y apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que estaba cautivo.

Fuera de lo dicho, tres cosas especialmente nos ayudarán mucho para tener este celo, y desear y procurar con mucha diligencia la salvacion de las almas. Lo primero y principal, será ver lo mucho que amó y estimó el Hijo de Dios las almas, pues dió su sangre y vida por ellas y la tuvo por bien empleada (I. Corinth. VIII, 11.) *Pro quibus Christus mortuus est.* Sangre de Cristo en la tierra, grande señal es del valor de un alma, y de la estima que de

ella tiene Dios y del amor con que la ama. Esto es lo que nos ha de mover y animar á andar siempre con este celo, y con esta solicitud en nuestros ministerios, y que se nos vaya el corazon tras las almas, procurando su salvacion (2 Corinth. V, 14) *Charitas enim Christi urget nos*, decia San Pablo. La caridad nos ha de estar solicitando, y compeliendo siempre á eso. ¿Cómo no daremos nosotros la sangre por aquel, por quien el Hijo de Dios dió la suya? ¿Y cómo no daremos la vida por aquel, que murió por darnos á nosotros vida? Que no se puede sufrir que muera Dios por un alma, y que la vea yo irse á perder y á caer en el infierno y que la pueda ayudar y no lo haga, no lo puede eso sufrir la caridad. Háse nos de ir el corazon tras las almas, y ese ha de ser el mayor de nuestros cuidados, como lo era en San Pablo, entre todos los trabajos exteriores que padecia, que eran muchos (2 Corinth. XI, 25 28.) *In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in moribus frequenter*. Lo que mas cuidado le daba, y le traia mas afligido y congo-

jado, era la solitud de las Iglesias y de las almas. *Præter ea, quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, solitudo omnium Ecclesiarum.*

San Agustin (Tom. XV super Joan 4, 6, Matth. XXIII, 37) sobre aquellas palabras de San Juan: *Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem*, dice que con mucha razon se compara Cristo á la gallina. *Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti?* Porque las demás aves no las conocereis si son madres, ni si tienen hijos, sino cuando las veis en sus nidos sobre sus pollitos; pero la gallina, párase tan macilenta y tan flaca cuando cria, tiene aquellas alas tan caidas, está tan crespa y despeluzada, y tan ronca y descaecida, que aunque no la sigan los pollos, luego conocereis, que es madre. Así dice San Agustin, que andaba Cristo nuestro Redentor en busca de las almas, enflaquecido, fatigado y cansado. Pues así nosotros habemos de tener tanto celo de las almas, y andar tan solícitos y cuidadosos de criar hijos espirituales,

que nos traiga eso flacos, desvalidos y olvidados de todas nuestras comodidades, como lo vemos en Cristo, que aunque fatigado del camino y de la hambre, con todo eso no quiso comer, teniendo mas cuenta con la salud de las almas, que con el mantenimiento necesario del cuerpo; y así, diciéndole sus discípulos que comiese, respondió (Joan. IV, 32 y 35.) *Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis; levate oculos vestros, et videte regiones, quia albae sunt jam ad messem.* Yo otro manjar tengo que comer, que vosotros no sabeis, presto vereis venir convertidos los samaritanos, ese es mi manjar, la conversion de las almas, ese ha ser tambien el vuestro.

El Padre Maestro Ávila (Cap. XCVI del audi filia) trae otra buena consideracion, para movernos á este celo. Dice, que aunque por una parte sea gran verdad, que de los bienes que el Señor nos hace, no busca ni quiere retorno; porque lo que dá, por amor puro lo dá; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa dá, de la cual no lo quiera, no para provecho suyo, pues es riquísimo y Señor de todas las

cosas, y de ninguna tiene necesidad (2. Mach. XIV, 35.) *Tu Domine universorum, qui nullius indiges*, sino para provecho de los prójimos, que tienen necesidad de ser amados y socorridos. Declara esto con una buena comparacion. Así como si un hombre hubiese prestado á otro muchos dineros, y héchole otras muchas buenas obras, y le dijese: De todo esto que por vos he hecho, no tengo necesidad; mas todo el derecho que contra vos tenia, lo cedo y traspaso en la persona de N, que es necesitado, ó es mi pariente, ó criado, dadle á él lo que á mí me debeis, y con ello me doy por pagado; de esta manera habemos de mirar nosotros al prójimo. Habemos de entrar en cuenta con Dios, y mirar lo mucho que he yo recibido de su mano, que me crió y redimió con su propia sangre, cuántos beneficios particulares me ha hecho, no castigándome por mis pecados, esperándome á penitencia, dándome bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes, que no se pueden contar; y luego habemos de hacer cuenta que todas estas deudas y obligaciones las cede y

traspasa Dios en los prójimos, y que se dá por pagado con el servicio y buenas obras que les hiciéremos á ellos. De esta manera arderá en nuestro corazon este celo y amor de los prójimos; lo uno considerándolos como á hijos adoptivos de Dios, y hermanos de Jesucristo nuestro Redentor, que dió por ellos su sangre y su vida; y lo segundo, mirándolos como á acreedores, en que cedió y traspasó Dios lo mucho que á él debíamos por tantas y tan innumerables mercedes como nos ha hecho.

Ayudarános tambien para esto, considerar que no podemos tomar mejor medio para satisfacer por las muchas ofensas, que nosotros habemos hecho contra Dios, que ayudar y ser instrumentos para que otros le dejen de ofender, y le sirvan de ahí adelante muy de veras conforme á aquello del Apóstol Santiago (V, 20.) *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus á morte, et operiet multitudinem peccatorum.* Y notó esto muy bien San Agustín (Lib. II, q. 2 Evangel. q. 15. Luc. VIII, 59) sobre aquello de San Lucas, cuando Cristo nuestro Redentor sanó

aquel hombre de la legion de demonios que le atormentaba; dice el Sagrado Evangelio, que viéndose sano, en agradecimiento del beneficio recibido, quiso quedarse con Cristo, y él no lo consintió, sino mándale, que vaya á predicar, y publicar las mercedes que el Señor le habia hecho. *Redi in domum tuam, et narra quanta tibi fecit Deus*; y así lo hizo. *Et abiit per universam civitatem prædicans, quanta illi fecisset Jesus*. Eso es lo que el Señor quiere de vos, en recompensa y satisfaccion de la merced, que os ha hecho en sacaros del mundo, y de tantos pecados y peligros como en él hay, que ayudeis vos á que otros salgan de pecado, y sirvan de todo corazon á Dios nuestro Señor.

Así como hay algunas que parecen virtudes, y no son verdaderas virtudes, sino falsas y fingidas, como dice el Sábio, de la humildad (Ecclesiástico XIX. 25.) *Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo*. Hay algunos que parecen humildes y no lo son; traen vestidos viles, andan la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablan con voz humilde, suspiran mu-

chas veces, y á cada palabra se llaman miserables y pecadores, y si les tocais con una palabra liviana, luego muestran lo que hay allá dentro; porque todo aquello éra compuesto y fingido. Así tambien, dice el Apóstol que hay algunos celos, que parecen buenos, y no son sino indiscretos (Rom. X. 2.) *Testimonium perhibeo illis, quod æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam.* Celo tienen, pero no segun ciencia. Tal fué el celo que tuvieron los discípulos de Cristo, Santiago y San Juan, cuando viendo que no les querian recibir los Samaritanos, se indignaron mucho contra ellos, y dijeron (Luc. IX. 54.) *Domine, vis dicimus, ut ignis descendat de cælo, et consumat illos?* Señor, ¿quereis que mandemos que baje fuego del cielo, y los abraze y consuma á todos? Y así les respondió nuestro Redentor diciendo: *Nescitis cujus spiritus estis: Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare.* No conoceis el espíritu de la ley de Gracia, que no es de rigores y castigos. El hijo del hombre no vino á destruir los hombres, sino á salvarlos; pues para que no erremos en una

cosa de tanta importancia, declaremos aquí, cuál sea el celo que no es segun ciencia, y cuál el bueno que agrada á Dios, para que procuremos este y nos guardemos de aquel. San Dionisio Areopagita (Epist. 8. ad Demofil. de mansuetudine, et benignitate.) trata de este punto muy bien: dice, que así como á los ciegos, que no atinan ni saben por dónde han de ir, no les damos por eso de palos ni nos enojamos contra ellos, sino antes los tomamos de la mano, y los guiamos compadeciéndonos de ellos; así habemos de hacer con los pecadores, que son ignorantes y ciegos, como decia el Profeta Sofonías (I. 17.) *Ambulabunt ut cæci, quia Domino peccaverunt.* No habemos de querer luego apalearlos, y que sean castigados y destruidos, sino compadecemos de ellos y enseñarles el camino de la verdad, y guiarlos y ayudarlos con mucho amor y caridad, imitando á Cristo (Luc. XV. 4. et 20.) que anda á buscar por los montes la oveja descarriada y perdida, llamándola y dándola el silvo; y hallándola, no la tira el cayado, sino tómalala sobre sus hombros, y tráela á su rebaño. Mirad-

lo en el hijo pródigo, como se hubo con él y las entrañas con que le recibió; ese es el celo bueno y segun Dios, y esotros celos é indignaciones contra los pecadores, no son buenos ni agradan á Dios; porque no son conforme á su condicion y entrañas.

Trae San Dionisio á este propósito un exemplo muy bueno, y de mucho consuelo, que aconteció á San Carpo, varon de muchas revelaciones, y que no se llegaba á celebrar sin primero tener revelacion: dice, que este Santo le contó, que habiéndose uno convertido poco habia á la fé de Jesucristo, un infiel se le pervirtió, y tomó el Santo tanta pena y tristeza de esto, que de congoja enfermó; esto era á la tarde, y allá cerca de la media noche él tenia costumbre de levantarse á aquella hora á alabar á Dios, y levantóse con aquel celo y enojo que tenia de los dos, del infiel porque habia pervertido al nuevo cristiano, y del cristiano porque se habia vuelto á la infidelidad, y puesto en oracion comenzó á quejarse á Dios, diciendo: No es justo que los malos vivan, ¿hasta cuándo los habeis de su-

frir? Enviad, Señor, fuego del cielo que les abraze. Estando él en esto, dice, que súbitamente le pareció que toda la casa en que estaba habia temblado, y de arriba abajo se habia abierto en dos partes, y que vino un fuego muy grande, que llegaba desde allí hasta el cielo; y arriba de esotra parte del fuego, allá en el cielo, vió á Jesucristo, acompañado de innumerables ángeles, y mirando hácia abajo, vió la tierra abierta, y una profundidad y oscuridad muy grande, que llegaba hasta el infierno, y ponía grande horror y espanto, y dice, que le parecia que aquellos dos, con quienes él estaba indignado, estaban junto á aquella abertura de la tierra temblando, y ya para caer, que salían de allá abajo unas serpientes muy fieras, y que unas veces, revolviéndoseles y enroscándoseles á los pies, otras con los dientes y con otros visages y meneós procuraban hacerlos caer y echar en el profundo, y entre las serpientes andaban tambien unos hombres negros, que procuraban lo mismo, unas veces tirando de ellos, otras dándoles empellones; y dice San Carpo, que como él

estaba tan indignado contra ellos, y habia perdido á Dios, que bajase fuego del cielo que los consumiese, que se holgaba de verlos en aquel peligro, y que le pesaba mucho y se enojaba porque no acababan de caer, que parece quisiera él ir á darles un empuellon. En esto vuelve los ojos al cielo, y vé al misericordiosísimo Jesús, que apiadándose de ellos, y del gran peligro en que estaban, se levanta de su trono celestial, y acompañado de los ángeles, baja á donde estaban aquellos miserables, y dáles su mano para sacarlos de aquel peligro, y recibienles los ángeles en su compañía; y vuélvese Jesucristo á San Carpo, que les queria dar el empuellon, para que acabasen de caer, y dicele: *Extenta jam manu percute me, quia iterum paratus sum pro peccatoribus pati*: Extiende la mano y hiéreme á mí, porque dispuesto estoy para tornar á padecer, y morir otra vez por los pecadores; ¿no te parece que es mejor estar en mi compañía, y de los ángeles que en compañía de las serpientes, y de los demonios? Con esto desapareció la vision, y quedó este santo varon bien corregido de su indis-

creto celo, y enseñado para adelante, y nosotros en él, para que entendamos, que no agradan á Dios estos celos, porque no quiere él la muerte del pecador, que le han costado mucho los pecadores, y son hijos de dolor (Gen. XXXV. 18.) *Benoni, id est, filius doloris mei*. Engendrólos con grandes dolores en la cruz, costáronle su sangre y su vida, y así no querria que se perdiesen, sino que se convirtiesen y viviesen para siempre.

Estaba el profeta Jonás (IV. 1.) muy triste y enojado, porque no enviaba Dios sobre los Ninivitas el castigo que él habia profetizado; y dícele Dios: ¿Piensas que es ese buen celo? Péstate á tí, de que se seque la yedra, por la cual no trabajaste, por un poco de sombra que te daba, y no me pesará á mí, de que se destruya una ciudad, en la cual solos los niños, que no tienen uso de razon, llegan á mas de ciento y veinte mil? Es tambien maravillosa sentencia á este propósito la que dijo el Emperador Constantino (Histor. Eccl. p. 2. lib. 2. cap. 4.) en el Concilio Niceno á un obispo llamado Acecio, que se mostraba muy duro en

recibir á los que habian errado. Díjole el religiosísimo y piadosísimo príncipe: ¡Ó Acecio! pon la escala y sube solo al cielo, si puedes. Otro Santo varon en otro caso semejante dijo á uno que se mostraba muy rígido: Si á vos os hubiera costado aquel vuestra sangre, como costó á Cristo, vos le recogierais y recibiríais en vuestro rebaño, y no le dejarais allá fuera á peligro de lobos.

En el Exodo nos pone la Sagrada Escritura un ejemplo (Exod. 32.) y dechado maravilloso del celo bueno y verdadero, que han de tener los siervos de Dios; tal ha de ser nuestro celo como el que tuvo Moisés, cuando los hijos de Israel hicieron el becerro é idolatrarón. Pondéralo muy bien San Agustin. Habia subido Moisés al monte á recibir de Dios la ley que habia de dar al pueblo, y habiéndola ya recibido en dos tablas, hechas por manos de Dios y escritas tambien de su mano por entrambas partes, bajó del monte y como halló que el pueblo habia hecho el becerro, y lo estaba adorando; enojóse tanto que hizo pedazos las tablas que traia en las manos. Mirad, dice San Agustin

(Quæst. 94. super Exod.) cuán grande enojo tomó Moisés por el pecado del pueblo, pues quebró las tablas de la ley que acababa de recibir de Dios, hechas y escritas por su mano, y dadas con tanta solemnidad, y con tantas preparaciones, despues de haber estado cuarenta dias y cuarenta noches en el monte ayunando y tratando con Dios. Pues con ser su ira y enojo tan grande como este contra el pecado, con todo eso vuelve luego á Dios á rogar por el pueblo, y con tanta instancia que le dice, que le perdone, y sino, le borre á él de su libro. Pues de esa manera, dice el Santo, ha de ser el celo de los verdaderos ministros de Dios; habemos de ser tan celosos de su honra, que por una parte nos lleguen al alma las ofensas hechas contra su Divina Majestad, y así nos enojemos mucho contra el pecado; y por otra parte habemos de ser tan compasivos y misericordiosos con los pecadores, que luego nos pongamos de por medio para aplacar á Dios, y para alcanzarles perdon, como lo hizo Moisés.

Semejante ejemplo leemos tambien del Após-

tol San Pablo (Rom. IX. 1. 2. 3. et 4.) *Veritatem dico in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto, quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo. Optabam enim ego ipse anathema esse á Christo pro fratribus meis qui sunt cognati mei secundum carnem, qui sunt Israelitæ.* Por una parte tenia el Apóstol grande tristeza y dolor por los pecados de su gente, porque tenia grande ódio y abórrecimiento al pecado, y por otra tenia tanta compasion y tanto deseo de su bien, que dice que deseaba ser anatema por su salvacion. Muchas explicaciones dan los Santos á esto de Moisés y de San Pablo. San Gerónimo lo declara (In ep. ad Algasian. q. 9. et sup. cap. I.) que se entiende de la muerte corporal. Dice que deseaban estos Santos derramar la sangre y morir muerte corporal, porque los otros viviesen vida espiritual y se salvarsen. Y prueba San Gerónimo que *Anathema*, en la Sagrada Escritura muchas veces se toma por la muerte corporal. Pero dejadas otras declaraciones, el Bienaventurado San Bernardo (Ser. 12 super

cantic.) dá una muy tierna y regalada, como él suele; dice, que habla allí Moisés con afecto y amor de padre; ó por mejor decir, de madre amorosísima, á la cual ninguna cosa le puede dar contento, si echan fuera á sus hijos, que no participen ni gocen tambien de ella. Decláralo con este ejemplo. Si un hombre rico convidase á una mujer pobre, y la dijese: entra tú á comer conmigo, pero ese niño que traes en los brazos, hásle de dejar allá fuera; porque llora y nos dará pesadumbre. ¿Por ventura esta mujer aceptaria el convite con esta condicion? No por cierto. Antes escogeria ayunar, que dejar tal prenda; ó ha de entrar allá tambien mi hijo, ó sino, no quiero vuestro convite. Pues de esa manera habla Moisés, dice San Bernardo, no quiere entrar solo en el gozo de su Señor, y que quede fuera el pueblo de Israel, á quien él amaba como á hijos.

Pues este afecto de madre, y estas entrañas de compasion y amor, son las que agradan mucho á Dios, y de esta manera ha de ser nuestro celo. Y una de las virtudes que mejor le están al obrero de Dios, es esta compasion

de las almas, que están tiranizadas del demonio. Y así dice el Apóstol San Pablo (Colos. III, 12.) *Induite vos ergo sicut electi Dei, sancti et dilecti, viscera misericordiæ*. Que nos vistamos de estas tiernas entrañas de misericordia, como santos y escogidos de Dios, y para parecer mucho á la condicion de Dios, y á aquel Pontífice grande que nos dió, del cual dice el mismo Apóstol (Heb. IV, 15.) *Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris*. Compadecemos de nuestros prójimos, como Cristo se compadeció de nosotros. San Ambrosio en el libro segundo de Penitencia no pide otra cosa á Dios sino que le dé esta ternura y compasion; y dióselo Dios tanto, que escribe Paulino de él en su vida, que lloraba con los que venian á confesarse con él, y le declaraban sus miserias. Con esto se ganan mas los penitentes, que con rigores y celos indiscretos; porque aquel amor que el confesor muestra al penitente, compadeciéndose de él, y sintiendo su trabajo y miserias, le roba el corazon y le mueve mucho á que él tambien

le ame, y le cobre mucha aficion. Porque no hay cosa que mas mueva á uno á amar, que ver que es amado. Y cualquier cosa que le digais con ese amor, se le imprime en el corazon. Y aunque mas le reprendais de esa manera, no se exaspera, porque lo toma como de padre verdadero. Y así dice San Basilio que han de ser todas nuestras reprensiones: *Tanquam si nutrix foveat filios suos*. Que entienda el otro que nacen de entrañas de amor, y deseo que tenemos de su bien y salvacion. Esto es saber: *Infundere oleum, et vinum*, que dice el Sagrado Evangelio en la parábola del Samaritano. Que sepais mezclar y templar el vino fuerte de la reprension, con el aceite blando y suave de la compasion y misericordia; porque eso cura muy bien las llagas, y las sana; y esotras indignaciones y reprensiones ásperas y desabridas, no solo no aprovechan, sino dañan y ahuyentan los penitentes, no solo de vos, sino de la Compañía; porque piensan que los demás son tan desagraciados, y tan mal acondicionados como vos. Trae San Bernardo á este propósito aquello de José, que estaba re-

prendiendo á sus hermanos y no podia contener las lágrimas (Bern. Ser. 12. Super Cantic. *Non se poterat ultra cohibere Joseph*. Mostraba bien, que las palabras de reprehension no nacieran de indignacion, ni de ira, sino de un corazon tierno y amoroso.

Para tener este corazon y entrañas tiernas y compasivas de los pecados de nuestros prójimos, y no nos indignar ni airar por eso contra ellos, ayudará mucho una consideracion muy buena que trae el Padre Maestro Ávila (Cap. XXI del Audi filia.) De dos maneras se pueden mirar los pecados de los prójimos. La primera como ofensas é injurias hechas á Dios y de esta manera mueven á ira, é indignacion y deseo de castigo; la segunda, como mal de nuestro hermano; y si de esta manera se miran, no mueven á ira, sino á compasion, porque ningun mal les puede venir á los hombres que tanto daño les haga como el pecado; y así ninguno es materia tan propia de compasion y misericordia, como la culpa, mirándola de esta manera. Y cuanto uno mas ha pecado, tanto mas provoca á compasion; porque se ha hecho ma-

yor daño y tiene mayor mal, como las injurias y malas palabras del frenético no nos mueven á ira, sino á misericordia y compasion; porque las consideramos como mal y enfermedad del que las dice, y no como injurias nuestras. De esta manera al mismo Dios mueven nuestros pecados á compasion, y no á ira cuando los mira con misericordia, no como á ofensa suya, sino como mal y miseria nuestra. Pues de esta manera habemos de mirar nosotros los pecados de nuestros prójimos, como mal y daño suyo, para compadecernos de ellos, como queríamos que Dios mirase los nuestros, no con ira y justicia para castigarlos, sino con misericordia y compasion, para perdonarlos y remediarlos, y ese será buen celo, y segun el corazon de Dios, que es misericordioso y hacedor de misericordia.—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*—Ven. P. Alonso Rodriguez.

MEMORIA DE DIOS.—Causa de mil bienes.—*El Incógnito.*

MENOSPRECIO DE LO POCO.—*Qui spernit modica, paulatim decidet.* El que mēnosprecia las

cosas mas pequeñas, poco á poco vendrá á caer. (Eccli. XIX. 1.) Este es un punto de mucha importancia, especialmente para los que tratan de perfeccion; porque las cosas mayores de suyo están encomendadas, pero en las menores solemos mas fácilmente descuidarnos y tenerlas en poco, pareciéndonos que hace poco al caso y que vá poco en ello; y es un engaño muy grande, que no vá sino mucho. Y así nos avisa el Espíritu Santo por el Sábio en estas palabras, que nos guardemos de este peligro, porque el que menosprecia las cosas pequeñas y no hace caso de ellas, poco á poco vendrá á caer en las grandes. Bastaba esta razon para persuadirnos y ponernos temor; pues es razon y aviso del Espíritu Santo. San Bernardo trata muy bien este punto. *A minimis incipiunt, qui in maxima proruunt.* (De Ord. vitæ, et morum instit.) De faltas pequeñas comienzan los que vienen despues á caer en grandes males. Desengañaos, dice, que verdadera es aquella sentencia comun: *Nemo repente fit summus.* Ninguno de repente (comunmente hablando) viene á ser ni muy malo, ni muy bue-

no, sino poco á poco vá creciendo el bien y el mal. Así como las enfermedades grandes del cuerpe poco á poco se van engendrando, así las enfermedades espirituales y males grandes del alma se van tambien engendrando poco á poco. (Bernar. serm. contra pessimum vitium ingratiitudinis.) Y así, cuando viéreis algunas caidas grandes de algunos siervos de Dios, nõ penseis, dice el Santo, que entonces comenzó el daño, que nunca uno, que ha perseverado y vivido mucho tiempo bien, vino á resbalar y caer en alguna cosa grave de repente; sino por haberse descuidado primero en cosas menudas y pequeñas, con las cuales se fué enflaqueciendo poco á poco la virtud de su ánima, y mereció que Dios levantase un poco la mano de él, y así pudo fácilmente ser vencido despues en la tentacion grande que se le ofreció.

Casiano declara esto con una comparacion muy propia, y es comparacion del Espíritu Santo. (Casian. col. 6. Abbat. Theod.) «Las casas, dice, no se caen de repente; sino primero comienzan por unas pequeñas goteras, y

esas van poco á poco pudriendo las maderas del edificio y penetrando las paredes y enterneciéndolas y desmoronándolas hasta llegar á los fundamentos. Y así viene la casa á arruinarse y á dar consigo en tierra una noche. » *In pigritiis humiliabitur contignatio, et in infirmitate manuum perstillabit domus* (Eccles. X. 48.)

Por pereza de no reparar la casa al principio cuando era pequeño el daño, por no trastejarla y quitar las goteras, vino á amanecer caída una mañana. De esa misma manera, dice Casiano, vienen los hombres á dar grandes caídas y parar en grandes males. Entran primero nuestras aficioncillas y nuestras pasiones como unas pequeñas goteras, y van poco á poco penetrando y enterneciendo y enflaqueciendo la virtud de nuestra ánima, y así viene á arruinarse todo el edificio por solo no querer uno al principio repararle cuando era pequeño el daño, porque se descuidó de quitar unas pequeñas goteras. Porque no quiso hacer caso de cosas menudas, por allí vino á amanecer un dia tentado y otro fuera de la Religion. ¡Pluguiera á Dios que no experimentáramos

esto tanto! Verdaderamente grande temor y espanto pone ver las cosas tan menudas, por donde comenzó la perdicion de algunos que vinieron á grande mal. Sabe mucho el demonio, no acomete él de primera instancia á los siervos de Dios con cosas graves; mas astuto es que eso; poco á poco y sin sentir, con cosas pequeñas y menudas hace él mejor su hecho que si acometiese con grandes cosas; porque si luego les entrase con pecados mortales, seria fácilmente sentido y despedido; y entrando por cosas pequeñas y menudas, ni es sentido ni despedido, sino admitido.

Por esto dice San Gregorio (3, p. Pastor ad mon. 35) que en parte es mayor peligro el de las culpas pequeñas que el de las grandes; porque estas, cuanto mas claramente se conocen, tanto con el conocimiento del mayor mal mueven mas á que se eviten y á que mas presto se enmienden cuando uno cae en ellas (S. Cath. de Sena en los Dialog. El P. M. Ávila tom. I de las Epíst.) Mas las culpas pequeñas, cuanto menos se conocen, menos se evitan; y como no se tienen en nada,

repítense y continúanse, y estáse uno en ellas de asiento y nunca acaba de resolverse varonilmente á desecharlas de sí. Y así, presto de pequeñas se vienen á hacer grandes.

Concuerta muy bien con esto San Crisóstomo. Dice una cosa que llama él maravillosa. *Mirabile quidem, et inauditum dicere audeo; solet mihi non nunquam, non tanto studio magna videri esse peccata vitanda, quanto parva et vilia: illa enim ut adversemur ipsa peccati natura efficit, hæc autem hac ipsa re, quia parva sunt, desides reddunt, et dum contemnuntur, non potest ad expulsionem eorum animus generosè insurgere: unde citó ex parvis maxima fiunt negligentia nostra* (Chris. Hom. 87 super Matth.) Una cosa maravillosa me atrevo á decir, que os parecerá nueva y nunca oída; y es que algunas veces es menester que pongamos mas cuidado y diligencia en evitar los pecados pequeños que los grandes, porque los grandes, ellos de suyo traen consigo un horror para que los aborrezcamos y huyamos de ellos; pero esotros por el mismo caso que son pequeños, nos hacen flojos y negligentes, y

como los tenemos en poco, nunca acabamos de salir de ellos, y así nos vienen á hacer grande daño.

Pues por eso estima tanto esto el demonio, y entra y acomete por ahí á los religiosos y siervos de Dios. Y tambien porque sabe él muy bien que por ahí tendrá entrada para venir á hacerlos despues caer en cosas mayores. Y así dice San Agustin: *Quid enim interest ad naufragium, utrum uno grandi fluctu navis operiatur, et obruatur, an paulatim subrepens aqua in sentinam, et per negligentiam derelicta, atque contempta impleat navem, atque submergat.* (Aug. ep. 108 ad Seleutianam.) «¿Qué importa que por pequeño ó grande agujero haya entrado el agua en el navío si al fin se hunde?» No se me dá mas uno que otro, porque todo viene á ser lo mismo.» Así no se le dá mas al demonio entraros por cosas pequeñas que por grandes, si al fin alcanza lo que pretende, que es derribaros y hundiros. *Ex minimis guttis multiplicatis inundationes aquarum fiunt, quæ etiam magna aliquando mœnia subruunt, per modicam ri-*

mam aqua latenter in navem influit, donec submergatur (S. Bon. proe. res. 4, c. 10.) De unas pequeñas gotas de agua multiplicadas, se vienen á hacer unas crecientes y avenidas tan grandes, que echan por tierra los grandes muros y los edificios y castillos fuertes: por un pequeño agujero y por un resquicio y hendidura ocultamente y poco á poco se entra el agua en el navío hasta que dá con él á fondo.

Por lo cual dice San Agustin: (Sup. illud Ps. 66 et gentes in terra dirigis) «que así como cuando el navío hace agua, es menester estar siempre dando á la bomba, sacando el agua para que no se hunda; así nosotros con la oracion y exámen habemos de andar siempre quitando las faltas é imperfecciones, que se nos van entrando poco á poco, para que no nos hundan y aneguen.» Ese ha de ser el ejercicio del religioso, siempre es menester dar á la bomba, y sino corremos mucho riesgo. Y en otra parte dice: *Præcavisti magna: de minutis quid agis? An non times minuta? Projecisti molem, vide ne arena obrua-*

ris (Aug. Ps. 29 circa illud multiplicata sunt super capillos capitis mei. I. Cor. 10) ¿Habeis huido y escapado de las olas y tempestades y peligros grandes, que hay en ese mar tempestuoso del mundo? Mirad, no vengais acá en el puerto de la Religion á encallar en la arena: mirad, no vengais á peligrar y á perderos por unas cosas menudas y pequeñas; porque de esa manera poco os aprovechará el haber huido y escapado de las grandes, como aprovechará poco que el navío se haya escapado de grandes peligros y tempestades, y de grandes rocas y peñascos, si despues en el puerto viene á encallar en la arena.—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*—Ven. P. Alonso Rodriguez.

MÉTODO PARA LA ORACION MENTAL.—Fijadas las bases que nos han revelado una parte de la importancia grande de este santo ejercicio, resta ahora explicar el modo de practicarlo. Para ello fijemos antes su definicion.

Es la oracion mental una consideracion atenta y afectuosa de alguna verdad eterna en orden á nuestra futura felicidad. No basta,

segun esto, que el entendimiento piense en una verdad de la fé, ni que la voluntad se sienta conmovida; es menester que el hombre aparte un poco la vista de aquella verdad, para fijarla en sí mismo, y aprovechar su enseñanza, dirigiendo los afectos de su corazon á reformar lo que haya en él reformable. Mas como hay en nuestras potencias una trabazon admirable, la voluntad no suele proponer reformas sin sentirse conmovida, ni se conmueve sin que el entendimiento se convenza, y este para convencerse necesita fijar la atencion, y para fijar la atencion le hacen al caso algunas disposiciones prévias. Hé aquí la razon del método que generalmente observan todos en la práctica de este ejercicio, al cual me acomodaré tambien yo en su explicacion.

En este ejercicio, como en otras muchas cosas, pueden considerarse principio, medio y fin. Principio ó preparacion son todos los medios, que se emplean para fijar la atencion de la mente en la verdad que se quiere meditar; medio, la lectura del punto ó puntos, discursos y afectos del alma; fin, las resoluciones

que se toman, peticiones y accion de gracias. Examinemos separadamente cada una de estas cosas.

Ya hemos visto antes que el entendimiento se aplica con mas fijeza á aquellas cosas que mas le interesan; por eso lo primero que se ha de hacer, es formarse una idea conveniente de la majestad del Señor con quien vamos á hablar, y de la importancia del asunto que con él hemos de tratar, que es el de nuestra salvacion. Mas como la obra que emprendemos es superior á nuestras fuerzas naturales, formada esta idea respetuosa de Dios, se le pide su gracia y sus auxilios.

Las imágenes sensibles ayudan tambien y facilitan la atencion del entendimiento, porque es mas connatural á su modo de entender acá las cosas; por lo cual, permitiéndolo la materia, es muy á propósito figurarse que está uno viendo materialmente aquello que vá á meditar, como el infierno, la muerte en algun individuo, el Calvario, etc. Hasta aquí no es mas que principio ó preparacion del ejercicio.

Entra luego la lectura de la meditacion, y el entendimiento comienza á discurrir sobre lo que ha leído, á hacer sus reflexiones, á considerar las circunstancias, el tiempo, las personas; á comparar las cosas que le son desconocidas con otras que tiene experimentadas, v. g., los dolores de Jesucristo en tal ó cual paso, con los que uno ha sufrido en tal ó cual ocasion; el fuego del infierno, con el de acá, etc.; y en fin, á mirar y remirar con la vista intelectual todo aquello que pueda contribuir á hacer conocer, palpar y penetrarse de lo terrible, de lo tierno ó consolador que ofrece la materia. Y como estas verdades interesan muy de cerca á la voluntad, esta no puede menos de tomar parte en el trabajo del entendimiento; y aquí entran los afectos á que se excita, de dolor, de compasion, de temor, de agradecimiento.

Tenemos ya el medio de la oracion, el cual ha de llenar la mayor parte del tiempo que destinamos á este ejercicio; pues la preparacion se hace muy brevemente, y la conclusion, de la cual vamos á ocuparnos ahora,

aunque algo mas larga, es sin embargo mucho mas corta que aquel.

Conmovida la voluntad, es menester recoger ya el fruto de la oracion, aprovechando aquellas felices disposiciones del corazon que le preparan á tomar las determinaciones mas acertadas para su bien espiritual. Asustada el alma con los rigores de la divina justicia que acaba de ponderar, si la verdad que ha meditado ha sido de las que he llamado aterradoras; ó animada con las ventajas con que le brinda, si es de la clase de las consoladoras; ó enamorada y enternecida, si pertenece á las tiernas y amorosas; entra por un momento dentro de sí misma, registra su conciencia, y examina si sus obras, palabras y pensamientos le ofrecen algo que le hagan temer aquellos rigores, ó perder aquellas ventajas, ó ser ingrata á las finezas de su Dios; y como no podrá menos de hallarlo, toma la resolucion de corregirse; y este es el objeto de la oracion mental.

Mas como el hombre es muy débil para cumplir lo que promete, á la resolucion que

forma, se sigue el pedir gracia para cumplir aquel propósito ó resolución tomada; y á la peticion de esta gracia puede añadir otras cualesquiera, tanto para sí como para otros, juntando de este modo la oracion vocal con la mental. Un motivo de gratitud exige que antes de levantarnos del sitio de la oracion, agradezcamos al Señor los auxilios que nos ha concedido en aquel rato, con lo cual concluimos enteramente este ejercicio. — *Piadosos ejercicios sobre la sagrada pasion de nuestro Señor Jesucristo.* — *Mariano José de Ibarguen-goitia.*

MILAGRO. — Por milagro entendemos un suceso verificado fuera del órden de la naturaleza criada. — *Lecciones elementales de los fundamentos de la religion.* — *José Escolano y Fenoy.*

MISA. — En la sacrosanta Misa se encierra todo nuestro bien, y es el perenne, perpétuo y único sacrificio de la Iglesia Católica, en el cual se ofrece al Padre Eterno á Jesucristo su benditísimo hijo, Dios y hombre verdadero por nuestros pecados, de la manera que el mismo Señor se le ofreció en la cruz; aunque

allí se ofreció una vez derramando su preciosa sangre, y en este sacrificio se ofrece muchas veces debajo de las especies sacramentales de pan y vino. Pero es cierto que no hay ofrenda mas acepta á Dios, ni sacrificio para alcanzar perdon de nuestros pecados mas eficaz, ni que mas alegre el cielo, ni mas aproveche á toda la Santa Iglesia, ni mas ayude á las almas de los difuntos que están en el Purgatorio, y á las de los vivos que moran en la tierra, que el santo sacrificio de la Misa, en el cual el mismo Jesucristo, como Sumo Pontífice y Sacerdote eterno y verdadero, por mano del sacerdote su ministro se ofrece cada dia á su Eterno Padre, y le representa aquella caridad inmensa con que por su obediencia y nuestro remedio murió por los pecados de todo el mundo en la Cruz, y de nuevo le pide perdon por ellos.

Y así son innumerables los bienes que de esta fuente de gracia se derivan á todos los fieles que asisten á la Misa con devoción, para sus almas, para sus cuerpos, para los bienes temporales, para la vida y para la

muerte, para todo género de cosas y negocios y para cumplir con todas sus obligaciones. Viene Cristo á tí, dice San Leon, para honrarte con su presencia, para ungirte con su gracia, para curarte con su misericordia, para lavarte con su sangre, para resucitarte con su muerte, para alumbrarte con su luz, para inflamarte con su amor, para consolarle con su infinita suavidad, para unirte consigo y desposarse con tu alma. Y finalmente, viene para hacerte particionero de su espíritu, y de todos aquellos bienes que con este santo sacrificio, que ahora te ofrece, mereció en el ara de la Cruz.—*Manual de Oraciones.*—P. Pedro de Rivadeneyra.

MISERICORDIA DIVINA.—Proteccion y amparo de los que temen á Dios.—*El Incógnito.*

MISERICORDIA Y JUSTICIA.—Caminos para la bienaventuranza.—*El Incógnito.*

MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.—El misterio mas grande de la religion cristiana, el mas encumbrado y mas alto, el que pide una fé fuerte y robusta para creerlo, es sin duda el inefable misterio de la Santísima Trinidad.

Este es un mar profundísimo en que se anega el que intenta vadearle, un fuego abrasador que reduce á cenizas á quien pretende acercarse en torno de su llama, y un escollo en que se estrellaron los mayores ingénios y en que se pierden todas las luces criadas. Por lo mismo Santo Tomás avisa que de este augusto misterio se ha de hablar con gran circunspeccion y cautela, porque segun observa San Gerónimo, de las palabras proferidas sin orden se incurre en las herejías. En ningun punto de la fé, decia el grande Agustino, se yerra con mas peligro, en ninguno se busca la verdad con mas trabajo, y en ninguno se encuentra con mas fruto. Y si me preguntais en qué consiste este misterio, escuchad por mí al Evangelista San Juan, que en pocas palabras abraza cuanto hay que desear: Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa. Y explicando esta sentencia San Fulgencio dice así: Una es la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la cual no es otra cosa el Padre, otra cosa el Hijo, otra

cosa el Espíritu Santo, aunque personalmente sea otro el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo. De modo que este misterio consiste en ser tres en la Trinidad y no haber mas que una cosa en la misma Trinidad. Es Dios el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo, y no hay mas que un solo Dios: es omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo, y no hay mas que un omnipotente: es eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo, y no hay mas que un solo eterno. Este es el modo con que habla San Atanasio, y no podemos hablar de otra manera; y esto consiste en que en la Trinidad beatísima no hay mas que una inmensidad, una grandeza, una bondad, una sabiduría, una justicia, un amor, una naturaleza, y una esencia en las tres divinas Personas, y sin embargo las tres Personas divinas son entre sí realmente distintas. Cómo pueda ser esto lo veremos en la gloria, cuando se corra la cortina de la fé y se deje ver Dios como es en sí.

Coleccion de panegíricos originales.—Fr. Vicente Hernandez.

MONARQUÍA DE LA IGLESIA.—Si hay alguna cosa evidente tanto para la razón como para la fé, es que la Iglesia universal es una especie de monarquía. La idea de universalidad supone esta forma de gobierno, cuya absoluta necesidad reposa sobre la doble razón del número de súbditos, y de la extensión geográfica del imperio. Jesucristo dijo: «Id á todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura» (Marc. XVI, 15.) Unir á todo el mundo en la fé y culto del Evangelio sin un poder soberano, que obre sobre todas sus partes, del centro á la circunferencia, os será imposible. La Iglesia, pues, ó deja de ser una, ó es monárquica. Mas ella es, según la traza de su divino Autor, «un solo rebaño bajo de un solo Pastor:» (Joan. X, 16) *Fiet unum ovile, et unus Pastor*. Preciso es pues que sea una monarquía.

¿Y dónde está este soberano poder, que es el lazo de la unidad y el centro del gobierno comun, sino en el Sucesor de Pedro? Á él escogió Jesucristo por piedra ó base visible, sobre que fundó su Iglesia en toda la exten-

sion del universo; (Matth. XVI 18) á él entregó originaria y singularmente las llaves del cielo, es decir, el poder soberano de atar y desatar las conciencias; (Matth. XVI 19.) á él encargó apacentar no solo los corderos sino tambien las ovejas, (Joan. XXI, 15, 16, 17) es decir, con el rebaño á los pastores, que á su respecto (dice Bossuet) son ovejas; á él ordenó que despues de su conversion confirmase á sus hermanos (Luc. XXII, 32.) Y «¿qué hermanos? pregunta el mismo Bossuet... » Los Apóstoles, las columnas mismas. » (Cuánto mas los siglos siguientes!).

Así es que todos los escritores católicos dignos de este nombre, convienen unánimemente en que el régimen de la Iglesia es monárquico, mas templado con la aristocracia para tener el mayor grado de perfeccion de que es susceptible. Belarmino mismo lo entiende así, y confiesa con entero candor que el gobierno monárquico mitigado vale mas que la monarquía pura.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

MONJAS. — ¿Ven Vds., les diria yo, aquella que allí asoma vestida de un hábito grosero? Pues sepan que para servir perfectamente á Dios renunció á tantos miles pesos, que tenia de caudal. ¿Ven á esta, que por demasiado jóven ocupa el último lugar en su comunidad? Pues sepan que por este lugar dejó el que tenia en el mundo, que era de los primeros de su nacion ó de su pueblo. ¿Ven á estotra, de quien las enfermedades han hecho un viviente retrato de la muerte? Pues sepan que era una mujer sana y robusta; y está reducida á este estado de resultas de la vida sedentaria y mortificada, que por causa de su Dios abrazó. ¿Ven aquella jovencita en quien la naturaleza ha depositado todas sus gracias, y contra cuya hermosura aun no han prevalecido ni lo grosero del traje, ni lo austero de la vida religiosa? Pues sepan que por ser esposa de Dios, se negó á serlo de muchos que le hacian los mas ventajosos partidos. ¿Ven á esta que mas bien que viviente parece un esqueleto? Pues sepan que este destrozo lo han hecho las muchas enteras noches, que ha empleado en ro-

gar á Dios por el bien de su pueblo, y las multiplicadas y rigurosas penitencias con que por largos años ha macerado y consumido su inocente cuerpo. Ea bien: ¿qué les parece á VV.? ¿Oirá Dios á estas? ¿Las preferirá? ¿Por amor á ellas, nos quitará de encima alguno de los muchos azotes que estamos provocando? —*Cartas críticas.*—*Fr. Francisco Alvarado* (Ó *el Filósofo Rancio.*)

MONSERRAT (IMÁGEN DE NUESTRA SEÑORA DE.)—Entre otras imágenes de bulto de María Santísima, que se dice haber fabricado el Evangelista San Lucas, fué una la que trajo á España el príncipe de los Apóstoles San Pedro, cuando, según la tradición común, vino á alumbrar estos reinos con los claros rayos del Evangelio, por los años 50 del Nacimiento de Cristo; y llegando á la ciudad de Barcelona, dejó la Santa Imágen, la cual, por haberla labrado San Lucas en Jerusalem la comenzaron á llamar la Jerosolimitana, para consuelo y auxilio de los nuevamente convertidos, al cuidado de su primer Obispo San Etéreo, por cuyo motivo, y por los muchos milagros, con

que comenzó á ilustrar Dios á la devota imagen de su Madre, se extendió y acrecentó tanto su culto y la veneracion de los fieles, que San Ponciano le labró templo y le dedicó á su nombre, en el cual los cristianos ofrecian sus votos, agradecidos á los beneficios, tanto espirituales como corporales, que recibian del cielo por intercesion y medio de María en su Santa Imágen Jerosolimitana. Así corrieron, no sé si diga, á un mismo paso los favores de esta gran Señora y los rendidos cultos de sus devotos por muchos siglos, sin que en ellos haya noticia individual de sucesos distintos, hasta que la furiosa rabia de los mahometanos, que el año 714 prevaleció contra la poderosa nacion de los godos, venciéndolos y apoderándose de las ciudades de España, llegó á poner sitio y á arruinar la ciudad de Barcelona, tres años despues de su entrada en España, el de 717. En cuya tragedia, sabiéndose bien lo que los bárbaros habian ejecutado en otras ciudades con las imágenes y reliquias de los Santos; Pedro, que á la sazón era Obispo de Barcelona, y Eurigonio su Go-

bernador, no quisieron dejar expuesta á la insolencia y furor de los bárbaros la Imágen Jerosolimitana de Nuestra Señora, á quien todos profesaban tan singular devocion, y de cuya piedad y benevolencia se hallaban tan beneficiados. Por esto, con el mayor silencio y no menos reverencia y pena, sacaron de la ciudad la Santa Imágen, y enderezándose con ella á la montaña de Monserrate, la cual por casi inaccesible les pareció lugar mas acomodado para depósito seguro de joya tan preciosa, la escondieron en una cueva del mismo monte; aconteciendo á esta Santa Imágen, y á otras muchas de las célebres de España por temor de la perfidia mahometana, lo que por confesar y defender la fé toleraron los antiguos Padres y Profetas, segun Pablo: *Quibus dignus non erat mundus, in solitudinibus errantes in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ.* (Hebr. XI, 38.) En esta cueva, dichosa concha de tan inestimable perla, estuvo esta devota Imágen, sin que los hombres tuviesen memoria de tal suceso, aunque me persuado, que los ángeles recompensaban este olvido con

el cuidado de bajar del cielo á festejar á su Reina, en la preciosa Imágen Jerosolimitana, hasta que quiso el Señor se manifestase, para que tuviese el culto que merecía y fuese adorado el prototipo en su copia ó Imágen. Ciento y sesenta y tres años habian corrido, desde que la cueva de la montaña de Monserrate habia sido depósito de tal tesoro, cuando el año 880, se manifestó para crédito y confirmacion de aquella sagrada máxima: *Sapientia absconsa, et thesaurus invisus, quæ utilitas in utrisque?* (Eccli. XX, 32.) Y finalmente, para manifestacion de las piedades de Dios con los hombres y de la benignidad de María con los mortales, cuya relacion tan misteriosa como gustosa, es la siguiente.

Tres pastores del lugar llamado Aulesa apacentaban sus ganados á las riberas del rio Llobregat, que corre y baña el pié de la montaña de Monserrate, disfrutando lo abundante de prados y valles que fertilizan aquel terreno, cuando repararon que un sábado al anochecer, cuando el monte habia de ir llenándose de oscuridad por la ausencia del sol, res-

plandecia con hermosa y desacostumbrada claridad, bajando del cielo lucientes antorchas, que á modo de hachas alumbraban el espacio vecino, viéndose el mayor resplandor hácia la parte de Levante; oyendo asimismo, al tiempo que veian la claridad, una tan armoniosa y suave música, que bien manifestaba ser del cielo. Causó tal novedad á los pastores el asombro y admiracion que se deja discurrir, y estos afectos crecieron en sus corazones, cuando vieron y oyeron los sábados siguientes á la misma hora las luces y música, de que habian sido testigos el sábado primero; con que ciertos ya de no ser ilusion de su fantasía, y de que señales tan peregrinas y repetidas no eran acaso sino indicio ó pronóstico de alguna singular maravilla, que ellos no penetraban ni conocian, quisieron participar lo que habian oido y visto á sus parientes y vecinos, de los cuales pasó la noticia al rector y cura del mismo lugar de Aulesa, de quien fué oida, atendida y ponderada la relacion de los pastores, no con desprecio sino con suspension de ánimo y entendimiento, hasta que sus ojos y

sus oídos diesen testimonio de la verdad de prodigio tan singular. Para esto quiso él ir en persona un sábado al sitio, en que aseguraban los tres pastores haber oído la música y visto el resplandor de las luces, y acompañado de algunos otros vecinos de los primeros del lugar, partió y llegó al pié de la montaña, desde cuya falda observaron todos que después de puesto el sol, cuando iba faltando la luz natural del día, se iluminaba la montaña de otra extraordinaria claridad, que causaba en sus almas veneración y respeto, oyendo también al mismo tiempo la música que habían dicho los pastores. Mas no obstante tan manifiesto indicio, de que el cielo les hablaba con lengua de luces y voz de Ángeles, quisieron repetir nuevas experiencias, por asegurarse más del nuevo caso, y viniendo á la montaña por cuatro continuos sábados en que vieron y oyeron lo mismo, pareció al cura dar cuenta de tan repetidos prodigios á Gottomaro, que á la sazón era Obispo de Manresa, el cual, aunque no podía no dar fé á tantos testigos, quiso también aumentar el número de los que

confesaban la realidad y notoriedad del efecto, sin adivinar la causa de que procedia, y el fin á que se enderezaba tan soberano aparato. Vino, pues, un sábado con mucho acompañamiento á certificarse del prodigio, y á la misma hora oyó, como todos la música y vió el refulgente resplandor que iluminaba la montaña; y persuadiéndose á que tan raras y admirables demostraciones daban á entender algun gran prodigio, mandó que el domingo por la mañana se ordenase una devota procesion desde Aulesa hácia un empinado risco del monte, donde paraban las luces y se oia la música mas acorde y por mas tiempo, y que llegando á aquel sitio procurasen subir y vencer la altura del peñasco, registrando con atencion respetuosa todo su ámbito. Ejecutóse al dia siguiente el órden y disposicion del prudente Prelado, y llegando la procesion á la falda del risco, y ayudándose unos á otros, fueron subiendo, no sin dificultad y aun riesgo, por lo menos áspero de la peña, en cuya mayor elevacion, á poca diligencia de desunir algunas piedras, encontraron una cueva que habia for-

mado la desigualdad de los peñascos, y entrándose en ella hallaron ¡oh maravillosa piedad del Altísimo! una Imágen de bulto de la Sacratísima Virgen María, con su precioso Hijo en sus brazos, á cuya primera vista quedaron todos bañados de consuelo, de respeto y de veneracion.

Era esta santa Imágen la misma que habian ocultado en aquel sitio, por temor de los Moros, el Obispo y Gobernador de Barcelona; y en el transcurso de tantos años, en que el cuidado de los hombres no habia podido manifestarse, ni esmerarse en el aseo y limpieza de Hijo y de Madre, ni habian perdido su hermosura, ni en las facciones de su rostro habia introducido la antigüedad señal alguna de aquel poder, con que todo lo deslustra y envejece; y era, que con dichosa y envidiable trasmutacion de obsequios ejecutaban, sin duda, los Angeles con la Imágen de su Reina, lo que ni hacian ni podian hacer los hombres con tan venerable simulacro. Adoráronle todos los presentes; y aunque su corazon se quedó en la cueva con la Santa Imágen, porque ella era

ya su mas precioso tesoro; la necesidad y obligacion de dar cuenta á su Obispo de lo que habian encontrado, les precisó á descender de la montaña. Noticioso el Prelado de la benignidad del cielo con aquella tierra, en que habia manifestado joya tan preciosa, quiso ser participante de tal dicha y ver por sus ojos lo que le aseguraban tantos testigos; y asi, acompañado del clero y ayudado de los que iban mas inmediatos á su persona, subió al monte: *In quo beneplacitum est Deo habitare in eo*, (Ps. LXVII, 17) y encendidas multitud de antorchas, entró con su clerecía en la dichosa cueva, en que otro nuevo prodigio encontró, percibiendo con los que le asistian una fragancia celestial y muy distinta de las de la tierra. Postrados todos con reverente sumision, adoraron la Santa Imágen, en que admiraron una extraordinaria majestad, que no tanto atemorizaba, cuanto arrebatava los corazones y movia á sensibles afectos de amor y ternura. Satisfecha la devocion del Obispo y desahogado su pecho con la abundancia de lágrimas, que corrian por su venerable rostro, comenzó á du-

dar si dejaria la santa Imágen en la misma cueva en que estaba , para que fuese adorada de los hombres en el mismo lugar en que habia sido cortejada de los Ángeles , ó si la trasladaria á la ciudad de Manresa , en donde se le podia fabricar mas suntuoso templo , y erigir trono mas proporcionado á su grandeza , y en donde la devocion de los fieles podria con mas facilidad ofrecerle sus votos , teniéndola como por vecina y moradora de su mismo pueblo.

Prevaleció , en fin , este segundo dictámen en la devota consideracion del Obispo , y queriendo sin dilacion ejecutarlo , mandó de nuevo ordenar una solemne procesion de clérigos y seglares , y encendidas otra vez las hachas y luces , que allí se hallaron y habian conducido los fieles con piedad extraordinaria , era de ver , como abrazando el Prelado Gottomaro con reverencia y temor la santa Imágen , y ayudado de otros sacerdotes , precediendo los demás al compás de sagrados himnos y cánticos , iba descendiendo poco á poco , y con gran dificultad por las breñas , encaminándose hácia Man-

resa. Pero aconteció aquí otro nuevo prodigio: porque si bien la devota Imágen se dejó sacar de la cueva, no quiso salir de la Montaña de Monserrate, en la cual queria ser venerada de todo el orbe cristiano; y así, al llegar el Obispo con la Imágen al sitio en que ahora se vé edificado el célebre Monasterio dedicado á su grandeza, no pudo pasar adelante, ni tampoco los que le iban acompañando, pareciendo que todos habian echado de repente mas hondas raíces en aquel terreno, segun estaban inmo- bles, que los mas robustos troncos de los árbo- les de la Montaña. Al mismo tiempo que clavó Dios los piés del Prelado con los clavos de su poder, inspiró á su alma la determinacion de su providencia, que queria permaneciese en aquel lugar la Imágen de María; y no pudien- do ni debiendo resistir á tan claras señas de la divina voluntad, dispuso que en el mismo sitio se fabricase una pequeña Iglesia, en que se co- locase la devota Imágen, encargando al cura de Aulesa que tuviese cuidado de su asistencia y servicio; lo cual hizo con gusto y prontitud. Se quedó la devota Imágen de la gran Reina

en la Montaña de Monserrate, comenzando desde aquel punto á obrar tantas maravillas y milagros, que todos quererlos referir, fuera lo mismo, que querer reducir á número, y contar una á una las estrellas del cielo: prerogativa y excelencia propia del Altísimo, el cual, segun David, llama á cada una por su nombre.—*Compendio histórico de los mas célebres Santuarios de España.*—P. Juan Villafañe.

MORADA DEL ALMA EN LAS LLAGAS DE JESÚS.—Ó amado Jesús de mi alma, pues abris vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidais á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario. Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos piés, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por dónde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecisteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras y los tormentos que sufristeis por hacerme bien con

ellas. Pero el tercero y mas ancho será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que amásteis y os ofrecísteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de dia y de noche, aquí quiero dormir, comer, leer, negociar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideracion de vuestras amerosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mio, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma gima y medite vuestros dolores y mis pecados, gimiendo tambien y suspirando por verme siempre unido con Vos, con union de perfecto amor.—*Meditaciones espirituales.*—*Ven. P. Luis de la Puente.*

MORAL.—La moral se corrompe y debilita cuando no está ligada con las grandes verdades sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma: y por el contrario, se desenvuelve y florece cuando la alumbran y vivifican esos dogmas.—*Historia de la Filosofia.*—*Jaime Balme.*

MORTIFICACION DE LA PROPIA VOLUNTAD. — Hablando el venerable Blosio de la mortificacion de la voluntad, dice, que á Dios no se le puede ofrecer sacrificio mas agradable que el de la propia voluntad; y en otra parte dice, que quien mortifica la propia voluntad para hacer la de los otros para gloria ó amor de Dios, agrada mas al Señor que si ayunase mucho tiempo á pan y agua, y que si rigurosísimamente se mácerase con disciplinas. Y al contrario, es tanto el mal que causa al alma la propia voluntad no mortificada, que dice San Bernardo, que no habria infierno, sino hubiese voluntad propia. — *Antonio Maria Claret.*

MUERTE. — Término fatal de todas las grandezas humanas. — *Coleccion de panegíricos originales.* — *Antonio José Navarro.*

MUERTE. — Los días que ha de vivir el hombre sobre la tierra están numerados en el libro del Eterno, y no hay poder para traspasar sus limites. Todos morimos: esta es la herencia triste que nos dejó un padre pecador, y la muerte que desde entonces se pasea en triunfo, indistintamente arroja al sepulcro al tierno

niño que hace las delicias de su madre, al joven robusto en quien funda la patria sus esperanzas, ó al anciano respetable, que es el apoyo de su dilatada familia. Cumplido el término, se disiparán todos como el humo á la voz de Dios; y arrebatados por el torrente de los siglos pasarán en silencio á sepultarse en la region del olvido, sin recibir otro homenaje que un sentimiento vago ó un recuerdo estéril; porque la memoria del hombre comun perece con el lúgubre sonido de la piedra sepulcral que lo cubre.

Pero cuando la mano poderosa del Señor troncha esos cedros corpulentos y robustos: cuando derriba de su elevacion á esos personajes extraordinarios, que han dado honra á los pueblos con la grandeza de su dignidad y la excelencia de sus virtudes, entonces el ruido de su caída nos estremece, veneramos con pavor religioso el brazo formidable que los ha hundido, admiramos sus virtudes, lloramos su pérdida, y el dolor público es el mejor elogio para honrar su memoria.—*Fr. Juan de Dios Pastor.*

MUERTE. — Acuérdate, hermano mio, que eres cristiano, y que eres hombre: por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir (Heb. IX.), y por la que eres cristiano, sabes tambien que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fé que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea Rey, que sea Papa. Dia vendrá en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y nõ amanezcas. Dia vendrá y no sabes cuando, si hoy, si mañana, en el cual tú mismo que estás ahora leyendo esta escritura sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los dias de tu vida conforme á tus negocios y deseos, te has de ver en una cama con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte, y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay apelacion ni suplicacion (Matth. XXIV.)

Considera pues primeramente, cuán incierta sea esta hora, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas des-

cuidado, y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice (Luc. XII.) que viene como ladrón, el cual suele venir al tiempo que los hombres están mas seguros y mas dormidos. Antes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias y noches largas que allí nos han de fatigar: lo cual todo es camino y disposicion para morir. Porque así como antes de entrarse por fuerza un castillo, suele preceder una recia batería que atormenta, y finalmente derriba los muros por tierra, y tras de esto es luego entrado y conquistado: así suele preceder á la muerte una gravísima enfermedad: la cual de tal manera bate noche y dia sin parar las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el ánima no pudiéndose ya mas defender ni conservar en ellos, los desampara y se vá.

Pues cuando ya la enfermedad pasa mas adelante, ó el médico ó ella nos desengañan y

quitan la esperanza de la vida, ¿cuáles suelen ser entonces las angustias que allí nos aprietan? Porque allí luego se representa la salida de esta vida y el apartamiento de todas las cosas que amamos en ella, hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, títulos y oficios que se acaban con la misma vida. Despues de lo cual se siguen los postreros accidentes, que intervienen en la misma muerte, que son aun mayores que los pasados. Porque luego se mueren los piés, afilánse las narices, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio: y finalmente, con la priesa de la partida todos los miembros y sentidos se comienzan á turbar.

Aquí pues se representa luego el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho mas la del ánima, que entonces está dentro del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes dónde estará. Aquí pues te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y que todos tus pecados te están acusando y poniendo demanda delante de él. Aquí verás abiertamente cuán

grandes males eran los que tú tan fácilmente cometías, y maldirás muchas veces el día en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de tí mismo, viendo cómo por cosas tan livianas, cuales eran las que desordenadamente amabas, te pusiste en peligro de padecer dolores tan grandes, como allí comenzarás á sentir. Porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio de ellos comience ya á parecer, lo que de suyo era poco y deja de ser, parece nada: y lo que de suyo es mucho y está presente, parece mas claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en término de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas de todas cercado y atribulado (porque ni queda mas tiempo de vida, ni hay mas plazo de penitencia y el curso de tus días es ya fenecido, y ni los amigos ni los ídolos que adoraste, te pueden allí valer, antes las cosas que mas amabas y preciabas, te han de dar allí mayor tormento) dime, ruégote, cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás? ¿dónde irás? ¿qué harás? ¿á quién llamarás? Volver

atrás es imposible, pasar adelante es intolerable, estarte así, no se concede: ¿pues qué harás? «Entonces, dice Dios por el profeta »(Amós VIII, 9, 10) se pondrá el sol á los »malos en medio del dia, y haré que se les »oscurezca la tierra en dia claro, y convertiré »sus fiestas en llanto, y sus postrimerías en »dia amargo.» ¡Qué palabras estas tan para temer! «Entonces, dice, se les pondrá el sol »en medio del dia:» porque representándose á los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida, vienen muchos de ellos á tener tan grandes temores y desconfianzas, que les parece que están ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del dia, esto es, dentro del término de la vida, que es tiempo de merecer y desmerecer, les parecerá que para ellos no hay lugar de mérito ni demérito, sino que todo les está ya como cerrado.

Poderosa es la pasión del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes, y de

las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿qué hará entonces el temor de tan justo y verdadero peligro? Véanse en esta vida aun entre sus amigos, y paréceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente les parece que están vivos y muertos, y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padecer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos á los que acá se quedan, y créceles con esta envidia la causa de su dolor. Pues entonces se les pondrá el sol en medio del día cuando, á do quiera que volvieren los ojos, les parecerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningun rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, paréceles que la tienen desmerecida: si á la justicia, paréceles que viene ya á dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su día, y que desde allí comienza ya á ser el día de Dios. Si miran á la vida pasada, cuasi toda ella los está acusando: si al tiempo presente, ven que se están muriendo: si un poco mas adelante, pa-

réceles que ven al Juez que los está esperando. Pues entre tantos objetos y causas de temor ¿qué harán? ¿á dónde irán?

Dice mas, que se les convertirá en tinieblas la luz en el dia claro, quiere decir, que las cosas que les solian dar antes mayor alegría, entonces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entonces se convertirá esta luz en tinieblas, porque todas estas cosas darán allí mayor tormento, y serán mas crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es, que así como la posesion y presencia de lo que se ama dá alegría, así el apartamiento y la pérdida dé dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan lejos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni dá lugar al que se parte para decir á los amigos:

«Quedaos á Dios.» Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad: mas si aun no has llegado á él, cree á los que por aquí han pasado: pues, como dice el Sábio (Eccles. XLIII, 26) los que navegan la mar, cuentan los peligros de ella.

Y si tales son las cosas que pasan antes de la salida, ¿qué serán las que pasarán despues de ella? Porque luego despues de la muerte se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino: el cual cuánto sea para temer, no lo has de preguntar á los hombres del mundo, los cuales así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades; sino pregúntalo á los Santos que moran en la tierra de Jesé (Exod. XIX,) donde resplandece siempre la luz de la verdad, y esos te dirán no solo por palabras, sino por obras, cuánto sea esta cuenta para temer. Porque santo era David, y con todo esto era tan grande el temor que tenia de esta cuenta, que hacia oracion á Dios, diciendo: (Ps. CXLII, 2) «No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque

»no será justificado ante tí ninguno de los vivos.» Y Santo era tambien Arsenio, el cual estando ya para morir cercado de sus discípulos, comenzó á temer este trance de tal manera, que los discípulos entendiendo su temor, le dijeron: «Padre, ¿y tú ahora temes?» Á los cuales respondió el varon santo: «Hijos, »no es nuevo en mí este temor; porque siempre viví con él.» Y del bienaventurado Agathon se escribe, que estando en este paso con este mismo temor, y preguntado, ¿por qué temia, habiendo vivido con tanta inocencia? respondió, que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

MUERTE DE JESÚS.—¡Ah! la naturaleza se turba, como si ella padeciese en cada uno de los padecimientos de su Rey; una mano secreta rasga el velo del templo, como para instruir al judaismo rebelde de que el antiguo culto está ya abrogado, las rocas se rompen como para enternecer y ablandar á unos bárbaros mas insensibles que ellas; las lápidas de los sepulcros se parten como para anunciar la libertad de

los muertos; el sol, como para no dejar ver un crimen tan nuevo, manifiesta en su disco una sombra fúnebre. El Gólgota se cubre de tinieblas, como para ocultar su dolor, y se agita desde sus fundamentos, como para manifestar su pena á lo mas distante, y todo hace duelo por su Criador. Este fenómeno se extiende de Oriente á Occidente; y en Atenas un sábio exclama: «ó el Autor de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo se disuelve.» Roma que ignora la causa de este eclipse, lo consigna en sus fastos: y Jesús muriendo, reina en el Capitolio. Olvidando que es inmolado por ingratos, se acuerda solo que es inmolado en favor de ellos; sus quejas no son sino súplicas de amor, y lo que la malicia de sus crucifixores le deja de descanso, lo emplea en disculpar su ingratitud. Que baje de la cruz, dicen ellos; pero si él bajase de la cruz no sería el Mesías. El prodigio decisivo consiste en hacer prodigios para salvar á otros, y no en hacerlos para salvarse á sí mismo. El prodigio decisivo es ofrecer su sangre como rey magnánimo para rescate de todos; el prodigio de-

cisivo es exhalar el último beneficio con su último suspiro, instruyendo á la tierra con esta consolante verdad: que aun en medio de los horrores de la muerte el pecador mas endurecido encuentra su salud en la sincera penitencia. ¡Recreaos, pecadores, y alabad á vuestro rey moribundo! Él muere, y cuando los hombres mueren sin saberlo y sin quererlo, Jesús muere porque él lo ha querido; Jesús muere porque él lo ha predicho. Muere, y cuando la gloria de los otros hombres se entierra con ellos, la gloria de Jesús comienza en su muerte. El sepulcro de Jesús es la cuna de la Iglesia. Muere, y muriendo enseña al hombre lo que vale manifestándole lo que él le cuesta á un Dios; muere, y cuando los otros hombres mueren de debilidad, Jesús encadena la muerte á su cruz. ¡Oh decretos inefables! Dios castiga á su Hijo inocente, y el cielo queda desarmado, el infierno confundido, y la muerte vencida en su propia victoria. ¡Oh muerte! La muerte de Jesús es tu muerte. En fin, él muere, y cuando los otros hombres con la muerte dejan de ser lo que son, y lo que han

sido; Jesús muriendo, regenera al mundo para la monarquía de un crucificado.—*Recreaciones en la contemplacion del cristianismo.*—*Pedro Antonio Fernandez de Córdoba.*

Á LA MUERTE DE JESÚS.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? y el impío bando
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgatha, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y leon fuerte

Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Ó víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Ó paz, ó gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿cuál brazo impío
A tu frente divina
Cinó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:

Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera
Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad, que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbré
Que el firmamento rápida colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,

Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama;
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama,
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente:
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al sólio sagrado,
Dó vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ó tierra:
Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra
Y un grito de furor lanza el profundo:

Muere..... gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

Alberto Lista.

MUERTE DEL AMOR PROPIO.—¿Cómo se entiende, pues, esa muerte del amor propio de que están hablando los autores místicos? Se entiende la extirpacion de los vicios, el refrenar las pasiones, el guardarnos del orgullo: en una palabra, el cuidar de que el amor del hombre sensual no dañe al hombre moral. El hacer que prevalezca lo superior sobre lo inferior, no es matar el amor sino hacerle obrar en un sentido conforme á la ley eterna y altamente provechoso á nosotros mismos: quien se abstiene de una comida á la que se siente incitado por su apetito, si lo hace con el fin de evitarse el daño que de ella teme, ¿podrá decirse por ventura que no se ama; que se aborrezca á sí propio? Se dirá con mucha verdad que se priva de un gusto, pero esta privacion dimana del mismo afecto que tiene á la conservacion de la salud, y por lo mismo procede de este

mismo amor propio bien entendido, que le induce á sacrificar lo ménos á lo mas, y no le permite dañarse la salud por complacer al apetito del momento. Con este ejemplo tan sencillo, y que presenciamos todos los dias sin que nos cause ninguna extrañeza, se explican fácilmente las relaciones de las doctrinas cristianas con el amor propio, no siendo necesario mas que extender el mismo principio á objetos elevados, y considerar que la norma que ha dirigido una accion particular es la misma con que se ordena toda la conducta del cristiano. «¿Pues cómo se dice que nos aborrezcamos á nosotros mismos?» Ese aborrecimiento no se refiere ni puede referirse sino á lo que hay en nosotros de malo, ya sean actos ó hábitos pecaminosos, ya sean ciertas inclinaciones que tienden á apartarnos del camino de la ley de Dios; pero de ninguna manera debemos ni podemos aborrecer nuestra naturaleza en lo que tiene de bueno, en lo que es obra de Dios; antes al contrario debemos amarla, y la prueba de que es así está en que debemos aborrecer el mal que haya en ella, y aborrecer el mal

de una cosa es desear su bien, es amarla.—
Cartas á un excéptico.—*Jaime Balmes.*

MUERTE DE MALOS.—Paso para el infierno.—
El Incógnito.

MUNDO.—Es mar; y como en el mar el navío sin lastre peligra y zozobra, así el alma sin verdadera humildad.—*Consideraciones sobre el Santo Rosario.*—*Fr. Pedro de Santa Maria y Ulloa.*

MUNDO.—Abismo de miserias y culpas.—*El Incógnito.*

MUNDO Y SUS TENTACIONES.—El mundo, por mas que digan sus apologistas, es un tentador peligroso: por esto al recibir la gracia del bautismo se nos prohíbe todo comercio é inteligencia con este fuerte armado: *Abrenuncio mundo.* Por no intimidaros, no haré del mundo el horrible retrato en que rehusé reconocerse. Lo pintaré como él mismo se gloria de comparecer casi siempre, y con particularidad á la juventud: esto basta para hacéroslo temible. En él no es todo verdadero, sólido y durable. Mas en recompensa, todo es en él hermoso, brillante, y de un atractivo

que encanta: su figura pasa, pero con ruido: su sombra huye, pero embelesa: su aparato se desvanece, pero nos cautiva: sus diversiones solo respiran alegría, su comparsa y aparato; magnificencia, sus proyectos, fortuna, sus miras, ostentacion y grandeza, y sus festines, delicias. ¿Hay por ventura pasion alguna, que no encuentre en él (no digo la satisfaccion, porque ¡ay de mí! vanamente la promete, y ¡con cuánta imprudencia se confia en sus promesas!) solo digo que ¿quién no encuentra en él cebo y atractivos, y por consiguien- te su tentacion? Las riquezas encienden la concupiscencia: los honores avivan la ambi- cion: los placeres fomentan la molicie: las alabanzas lisonjean el orgullo: las murmuraciones excitan el odio: las complacencias forman los amores y favorecen la natural propension que arrastra á ellos. Si se quiere seguir esta mal- dita y funesta propension, el mundo allana la carrera; suministra la ocasion; facilita los me- dios; anuda las intrigas y aplaude las conquis- tas: y á reserva de los últimos excesos del de- lito, que se ve obligado á condenar, y ordena

sé ocultan con cautela; en los demás misterios de iniquidad, no deja de ser indulgente y benigno. Sus chistes los inspiran; sus espectáculos los justifican; sus canciones los elogian; sus diversiones los forman; sus asambleas los acreditan; sus ejemplos los autorizan. ¡Qué atractivos y tentaciones!

Ved aquí, amados hijos míos, el artificio del mundo: añadid el brillo engañador, con que prepara y adorna sus falsos bienes; y el velo con que cubre sus verdaderos males. En vano clama el espíritu de Dios en las santas Escrituras: hijos de los hombres, ¿qué placer teneis en engañaros; y por qué os apacentais de la mentira? Este mundo que os encanta, nada es de lo que aparece. Romped el velo de sus bellas apariencias, y no vereis sino fé violada; amistades mal correspondidas; uniones rotas; beneficios pagados con traiciones; espíritus intratables; corazones descontentos; almas desoladas; y en una palabra, miserias efectivas, bajo de unas felicidades aparentes. *Ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* (Ps. IV. 5.) En vano nos repite Salomon

en todo el curso de su vida: «Prosperidades li-
»sonjeras, felicidades mundanas, nada sois,
»sino vanidad; ni producís otra cosa, sino
»afliccion de espíritu.» Afliccion en las rique-
zas, que no se adquieren sin penas, no se con-
servan sin cuidados, ni se pierden sin dolor.
Afliccion en las grandezas, que colocan en el
centro de la multitud, abruman de inquietu-
des y exponen á las revoluciones de la fortu-
na. Afliccion en los mismos placeres de la vi-
da, cuya pasion atormenta, el exceso arruina,
y el uso cansa y fastidia. Finalmente, vanidad
de espíritu, y afliccion de corazon en todo lo
que se encuentra el espíritu y amor del mun-
do; *Vanitas, et afflictio spiritus* (Eccles. IV.
8.) En vano la mayor parte de los mundanos
reiteran cada dia las mismas quejas contra el
mundo, publicando, que es ciego en sus jui-
cios, injusto en su estimacion, falso en sus pa-
labras, extravagante en su conducta, duro en
sus leyes, imperioso en su dominio y tan celo-
so en sus derechos, cuanto avaro en sus do-
nes. Este retrato sincero del mundo no dismi-
nuye su corte. Sus falsos brillos borran sus

mas visibles tachas; y á pesar de todo, se corre con ánsia tras de lo que ofrece como agradable y especioso. El mundo es un tirano: este es el nombre que se le dá; mas este tirano acaricia, antes de oprimir con sus cadenas: es mentiroso, mas sus promesas son dulces, aunque los efectos son amargos: es un infiel y un traidor, pero placentero y risueño: sus dulzuras están mezcladas de amargura; pero el veneno está en el fondo de la copa, y sus dorados bordes son un encanto: sus dignidades son una verdadera esclavitud; mas atraen el incienso y adulacion. Finalmente, sus escenas son frecuentemente trágicas, lúgubres, precipitadas y fatales; mas con todo, esta especie de espectáculos ocupa y divierte; y cuando llega el desengaño, dá lugar á otros, que aunque testigos de la desgracia ajena, esperan hacer un personaje mas dichoso y feliz. ¡Oh Santo Dios! ¡Qué lazos y qué seducciones!

Añadid y ved aquí, amados hijos míos, no el atractivo y el artificio, sino la malignidad de la tentacion del mundo. Añadid á la

mentira, con que el mundo dora sus bienes y sus males, los falsos colores, con que hace sombra á los vicios, y la máscara de probidad con que cuida de ocultar su corrupcion. Oyéndolo, ¿qué encontraremos en él de reprehensible? ¿Qué veremos en sus máximas que sorprenda á la virtud mas austera, ni á la prudencia mas delicada? ¡Ah impostor! ¡Como si nosotros no fuéramos todos los dias depositarios de su malicia; y no estuviéramos continuamente ocupados en curar las llagas mortales que causa en las almas, rescatadas con la sangre preciosa de Jesucristo!— *Sermones escogidos.*—Alonso Nuñez de Haro y Peralta.

MURMURACION.—Es tan fatal la lengua murmuradora, que no solo mata la persona ausente, sino tambien como de paso y con cara de amigo mata la conciencia del presente que le escucha, ya directa, ya indirectamente. Le daña de un modo indirecto, porque oyendo hablar de aquellas faltas se pierde el horror que se les tenia, y fácilmente se vienen á cometer, y se inficiona al

público; pero le daña directa y particularmente, porque le induce con suma facilidad á deleitarse en la murmuracion escuchada y tambien á seguirla. Por eso decia San Bernardo, que entre quien murmura y quien escucha hay esta diferencia: que quien murmura tiene el demonio sobre la lengua, y quien escucha le tiene en los oidos: lo cual se entiende, cuando el que escucha se complace en aquella murmuracion, en lugar de resistirla; pues que si la resiste, ó no consiente en ella, desvaneciéndose la murmuracion, entonces no peca. Si el que oye la murmuracion se sabe portar bien, no solo se libra de incurrir en el pecado, sino que aun llega á corregir al murmurador. Así como nadie lleva la mercadería de buena gana á vender, donde no halla despacho, así ninguno prosigue de buena gana en decir mal de su prójimo, donde no es de buena gana escuchado. Esta fué la respuesta que dió un sábio á uno que le decia: ¿sabes que fulano ha dicho de tí cosas muy malas? y él le contestó: No hubiera él murmurado de mí tan libremente,

si tú no le hubieras escuchado. Tú tienes la culpa.

Por esto decia San Bernardo: No podré fácilmente decir cuál de estas dos cosas es mas condenable, el murmurar, ó el oír al que murmura.—*Antonio Maria Claret.*



N

EN LA NATIVIDAD DEL SALVADOR.

Sextinas.

Nació la vida que la dió á la muerte,
Y trocóse la muerte en dulce vida,
Vistió la luz de nueva gloria el cielo,
Y la oliva de paz nació en la tierra,
Hubo amistades entre Dios y el hombre
En las puras entrañas de una Virgen.

Aquella hermosa Madre y siempre Virgen
Estando condenado á eterna muerte
Trujo la vida y libertad al hombre,
Que de esta Virgen procedió la vida
Con que salió de la prision la tierra
Y vió las puertas del alegre cielo.

Cerrado estaba por la ofensa el cielo,
Á no ser por la llave de esta Virgen,
Que del pecho de Dios trujo á la tierra,
Abriendo los candados de la muerte,

Y siendo puerta de la eterna vida
Por donde entrase á su descanso el hombre.

Mujer fué la ocasion por quien el hombre
Perdió la gracia del Autor del cielo,
Atreviéndose al árbol de la vida,
Y mujer fué tambien y madre y vírgen
La que pudo libralle de la muerte,
Y alzar las maldiciones de la tierra.

Hoy nace de una Vírgen en la tierra
De Dios el Hijo para bien del hombre,
Echando las prisiones á la muerte
En que nos puso el que cayó del cielo,
Cuya frente pisó la hermosa Vírgen,
Paloma de la paz de nuestra vida.

Dad parabien á quien nos dió la vida,
Pues ya que la gozamos en la tierra,
Pastores de Belen, por esta Vírgen,
En presente llevemos al Dios-hombre
Las almas que él pretende para el cielo,
Á costa de su vida y de su muerte.

Triunfe la vida y rindase la muerte,
Tengan los cielos gloria y paz la tierra,
Pues á un Dios salvador diónos la Vírgen.

Lope de Vega.

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Cuando amanece al angustiado mundo

La sacrosanta Virgen,

De la mancha primera preservada,

Detiene absorta la celeste esfera

Su raudó movimiento,

Y retiembla de gozo el firmamento.

Júbilo nuevo en las etéreas cumbres

El angélico bando

Siente añadirse á su placer eterno:

Jehová depone el rayo vengativo:

Y la inocencia amada

Brilla otra vez del hombre en la morada.

Entonces Uriel, á quien fué dado

El gobierno del día,

Y en el ardiente sol fijó su trono,

Esparciendo su voz por cuanto alumbra

El flamígero vuelo,

Así cantó el placer de tierra y cielo.

«¿Cuál es esta, que sube vencedora

Del seno de la nada

Á ilustrar las mansiones de la vida?

La plateada luna no es mas bella

Entre el coro estrellado,
Ni el sol mas puro en el cenit rosado.»

«¡Cómo nuevo verdor y vida nueva
Recobran las montañas,
Dó á ser delicia de la tierra nace!
Júbilo, Nazareth: salud, Carmelo:
De Jericó la rosa

Ya florece en tu suelo mas hermosa.»

«¡Cuánto pavor infunde su semblante,
Del ángel dulce encanto,
Á la hueste infernal de las tinieblas!
¿Oís, oís cual brama enfurecido
El orgulloso bando?

«Cuál sus puertas se cierran restrallando?»

«No mas terrible intrépida falange
Al débil enemigo
Marcha para el combate y la victoria.
Triunfa, hermosa mujer: el Dios potente
Su rayo te confía,
Y su terror ante tu faz envia.»

«¿Quién como tú, gran Dios? Ángeles puros,
Altas inteligencias,
Benedicid su piedad. ¿No veis cuál mira
La triste tierra con benignos ojos?

¿No veis ya disipado
El ceño, que ocultó su rostro airado?

«Himno de triunfo al Verbo, al Amor santo
Bendicion sempiterna.

Mortales, respirad, que ya fenece
El largo cautiverio, el sol divino

Ya seguirá á la aurora,
Cuyo esplendor vuestras mansiones dora.

«Ángeles: ensalzadla. Del Dios sumo
Hija, madre y esposa,

Y reina vuestra es. ¡Dichoso el día
Que nace para el bien de los mortales!

À su belleza y gloria
Himnos de amor cantad y de victoria.

Dijo Uriel, y con el cetro de oro
Señala en la alta esfera

El instante feliz. Cánticos nuevos
Las empíreas regiones enamoran;

Y á su hermosa criatura
Ledo sonríe el Padre de la altura.

Alberto Lista.

NATURALEZA.—Cada una de sus obras en su
manera, predican la gloria del Artífice que las

crió. En este libro dijo el gran Antonio que estudiaba. Porque preguntándole un filósofo en qué libro leía, respondió el Santo: «El libro, ó filósofo, en que yo leo, es todo el mundo.» En este mismo libro estudiaba tambien aquel divino cantor, el cual en muchos de sus salmos recrea y apacienta su espíritu con la consideracion, así de las obras de naturaleza como de gracia... ¿Qué es, Señor, todo el mundo visible, sino un espejo que pusísteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo vos sereis espejo en que veamos las criaturas; así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á Dios. Pues segun esto ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, para que en él estudiasen todos, y conociesen quién vos erais? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas, que declaran bien el

primor y la sabiduría de su Autor? ¿Qué serán todas esas criaturas, sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podría haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas; para que así á pedazos cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia. — *Ven. Fr. Luis de Granada.*

NECESIDAD DE LA VIRTUD EN LAS MUJERES. — Tienen un alma inmortal: su destino es el cielo: su camino la virtud; su vida un magisterio continuo á la par que suave sobre sus hijos y familia. La religion les encomienda sus con-

suelos y como que las constituye ministros de su caridad. El Estado espera de ellas orden en sus casas y ciudadanos alimentados en su infancia con la leche de la virtud. Para todo esto y mucho mas que omito ¡oh cuán necesario les es el estudio de nuestra adorable religion! Sin conocerla á fondo, sin practicarla, sin embeberse de su espíritu, jamás serán verdaderamente dignas del sublime cargo que la Providencia les ha confiado. Sin una educacion sólidamente piadosa no llegarán á ser los ángeles buenos de las familias, cuyo ministerio quiere Dios que desempeñen. Para que la vanidad no las pierda, para que no las extravíe el espíritu de ligereza, necesitan del saludable contrapeso de una *piedad ilustrada y verdadera*. Solo con ella pueden ser dichosas en medio de las espinas de esta vida, y todo el bien que hagan ha de dimanar de un corazon henchido de la enseñanza de la religion, que cuenta á la caridad por la primera de las virtudes. ¿Sino están llenas de sus divinos enseñamientos, cómo han de derramar con suavidad y eficacia el balsámico aroma de la bon-

dad de sus corazones?—*El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berrioizabal.*

NECESIDAD Y PLENITUD DE LA AUTORIDAD PONTIFICIA.—Todo está sujeto á las llaves que dió Jesucristo á San Pedro, como dice el grande Obispo de Francia (Bossuet) siguiendo á San Bernardo. Todos, reyes, pueblos, pastores y rebaños. Esta potestad dada á uno solo, y sin restriccion, lleva consigo la plenitud de potestad é independencian de otros. Cuando despues dió á los Apóstoles la potestad de atar y desatar, necesariamente llevó esta en sí subordinacion y limitacion, porque cuando se la confirió á los Apóstoles (como las promesas de Dios absolutas son indefectibles, y sus dones irrevocables), nada quitó á la plenitud de potestad que dió á San Pedro sobre los fieles todos, y sobre todos los Apóstoles. Y añade este sábio Obispo que los Apóstoles recibieron de Jesucristo *la potestad* que dió á San Pedro; esto es, *de la misma especie*; pero no la recibieron *en el mismo grado*, ni *con la misma extension*, *soberania é independencian*, con que la dió antes á

San Pedro.—*Centinela contra los errores del siglo.*—*Felipe Lesmes Zafrilla.*

Á UN NIÑO JESÚS.

No sé, Niño hermoso,
Que he visto yo en tí,
Qué no sé qué tengo
Desde que te ví.

Tus tiernas mejillas
De nieve y carmin,
Tus labios hermosos
Cual rosa de abril,
Tu aspecto halagüeño
Y el dulce reir,
Tan profundamente
Se han grabado en mí,
Que no sé qué tengo
Desde que te ví.

Si acaso algun día
Me atrevo á salir
Al ameno prado
Por me divertir,
Doquiera que mire

dad de sus corazones?—*El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

NECESIDAD Y PLENITUD DE LA AUTORIDAD PONTIFICIA.—Todo está sujeto á las llaves que dió Jesucristo á San Pedro, como dice el grande Obispo de Francia (Bossuet) siguiendo á San Bernardo. Todos, reyes, pueblos, pastores y rebaños. Esta potestad dada á uno solo, y sin restriccion, lleva consigo la plenitud de potestad é independencía de otros. Cuando despues dió á los Apóstoles la potestad de atar y desatar, necesariamente llevó esta en sí subordinacion y limitacion, porque cuando se la confirió á los Apóstoles (como las promesas de Dios absolutas son indefectibles, y sus dones irrevocables), nada quitó á la plenitud de potestad que dió á San Pedro sobre los fieles todos, y sobre todos los Apóstoles. Y añade este sábio Obispo que los Apóstoles recibieron de Jesucristo *la potestad* que dió á San Pedro; esto es, *de la misma especie*; pero no la recibieron *en el mismo grado*, ni *con la misma extension*, *soberanía é independencía*, con que la dió antes á

San Pedro.—*Centinela contra los errores del siglo.*—*Felipe Lesmes Zafrilla.*

Á UN NIÑO JESÚS.

No sé, Niño hermoso,
Que he visto yo en tí,
Qué no sé qué tengo
Desde que te ví.

Tus tiernas mejillas
De nieve y carmin,
Tus labios hermosos
Cual rosa de abril,
Tu aspecto halagüeño
Y el dulce reir,
Tan profundamente
Se han grabado en mí,
Que no sé qué tengo
Desde que te ví.

Si acaso algun día
Me atrevo á salir
Al ameno prado
Por me divertir,
Doquiera que mire

De la grey, que está temiendo;
Si vos, Niño, estais durmiendo
Que sois su propio pastor?

¿Cómo será defendida
La roca si de presente
La cerca bárbara gente,
Y la guardia está dormida?
Espanto pone y temor
Tal peligro padeciendo;
¿Y vos, Niño, estais durmiendo
Que sois su propio pastor?

—Jamás pastor en el yermo
Veló con tanta cautela,
Como mi corazon vela,
Aunque con los ojos duermo.
No sufre sueño el amor,
Que ofenda al amado, viendo
Que el Niño que está durmiendo
Vela mas que otro pastor.

Celo tanto mi ganado
Que con mi sangre alimento,
Que aunque acuda el lobo hambriento
Huye con ver mi cayado.
Ninguno vela mejor

Que el que de amor está ardiendo;

Y si el Niño está durmiendo

Vela mas que otro pastor.

Veránse mis ovejuelas

Con su pastor adormido,

En el mar embravecido,

Roto el timon y las velas;

Pero verán su valor,

Silencio al mar imponiendo;

Porque este Niño durmiendo

Vela mas que otro pastor.

Si la bárbara arrogancia

De entrar la roca se ensaya;

Solo duerme la atalaya

Por probar vuestra constancia.

Nunca enemigo furor

Prevalerá combatiendo

Contra el Niño que durmiendo

Vela mas que otro pastor.

Arcángel de Alarcon.

NOCHE.—Símbolo del estado de culpa.—*El Incógnito.*

NOMBRE DE JESÚS.—Al oírle pronunciar todas

las criaturas del cielo y de la tierra se arrodillan, adorando con profunda humillacion la incomprensible sabiduría y misericordia con que Dios ha salvado al hombre. Habiendo sido redimido el hombre por Jesús, en solo este nombre encontrará el enfermo su salud, el triste su consuelo, el pobre su socorro, el cautivo su libertad, el pecador su reconciliacion. En este nombre se fundará el derecho á las misericordias del Altísimo, y por él nos serán dadas las gracias, los sacramentos, los dones del divino Espíritu. Si os doy algo, decia el Apóstol (2 Cor. II, 10) cuando os bautizo y absuelvo, os lo doy en el nombre de Jesús.—*Discursos predicables. — Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

NOMBRE DE JESÚS.—Defensa del cristiano, espanto de los demonios, salud de las almas y bien de todos los hombres.—*El Incógnito.*

NOMBRE DE MARÍA.

Tanto con tu valor se proporciona
El inclito Jesús, que es Dios y hombre,

Que por asimilarte á su persona
Cinco letras te dió como á su nombre.
Y así porque adornasen tu corona
Cinco excelencias de inmortal renombre,
De Madre, Esposa é Hija te dió el grado,
Virgen y concebida sin pecado.

Estas pues que en tu nombre siempre adoro,
Quiero poner por letras iniciales
En cinco elogios que algo del tesoro
Muestren de tus grandezas celestiales:
Supla tu amor mi canto mal sonoro,
Puesto que entre los cisnes inmortales
Que celebran tu nombre, mi voz ronca
Descubre acentos de cigarra bronca.

Muro fuiste de Adan contra el infierno,
Misericordia inmensa no agotada,
Mina de Dios que es oro sempiterno,
Milagro de virtud no imaginada,
Morada de la luz del sol paterno,
Maravilla de Dios, por Dios obrada,
Mar infinito de vital dulzura,
Madre de Dios por no manchada y pura.

Amparo universal de pecadores,
Abogada inmortal del sér humano,

Alivio de Dios-hombre en sus dolores,
Arca del testamento soberano,
Arco por quien diluvios son favores,
Arma de Dios contra el dragon tirano,
Áncora de esperanza verdadera,
Alba del sol de la infinita esfera.

Regalo del Criador dulce y materno,
Raudal inexplicable de clemencia,
Rosa á quien no abrasó de culpa invierno,
Rayo que doma á la infernal potencia,
Relicario que incluye á Dios eterno,
Rara en la integridad y en la inocencia,
Rica de caridad, justicia y celo,
Reina del mundo, emperatriz del cielo.

Impecable por gracia eres, María,
Inefable en tus gracias y tus dones,
Íncita prenda de quien Dios se fia,
Insigne y soberana en perfecciones,
Intacta mas que el sol que engendra al dia,
Invencible en las penas y aflicciones,
Ilustre en los sentidos y potencias,
Imágen de virtudes y excelencias.

Amada del Criador eternamente,
Ángel supremo en virginal pureza,

Austro que dió la lluvia omnipotente,
Armiño no manchado en su limpieza,
Asombro de la culpa y la serpiente,
Admirable en justicia y fortaleza,
Altar del sacerdote prometido,
Árbol que fruto dió y quedó florido.

Nombres y atributos de María Santísima.—
Alonso de Bonilla.

NOTICIA SOBRE SAN EUGENIO, PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.—San Dionisio Areopagita, desde la Galia donde predicaba el Evangelio, envió á San Eugenio, como se tiene por cierto, para que hiciese lo mismo en España. Obedeció el santo discípulo á su maestro: echó la primera semilla del Evangelio por aquella provincia muy ancha, y particularmente en la ciudad de Toledo hizo mayor diligencia y fruto. Despues, ya que quedaba la obra bien encaminada, con intento de visitar á su maestro, que estaba muy adentro de Francia, partió para ella. Prendiéronle ya que llegaba al fin de su viaje, y conocido por los soldados del Prefecto Sinio, gran perseguidor de cristianos en aque-

llas partes, le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo echaron en un lago llamado Mercasio, de donde con el tiempo, ya que la Francia era cristiana, Hereoldo, hombre principal, por divina revelacion le hizo sacar y llevar á Diolo, que era una aldea por allí cerca, y en ella edificaron un templo de su nombre, para mas honrarle. Desde allí, con ocasion de cierto milagro, fué trasladado y puesto en el famoso templo de San Dionisio, que está á dos leguas pequeñas de París. Pasaron adelante muchos años, hasta que en tiempo del rey de Castilla D. Alonso el Emperador, y por su intercesion y la mucha instancia que sobre ello hizo, Ludovico Seteno, rey de Francia, su yerno, le dió un brazo de San Eugenio para que se trajese á Toledo. Fué gran parte para todo D. Ramon, Arzobispo de Toledo, ca en tiempo del Papa Eugenio Tercio, y por su mandado, yendo al Concilio que se celebraba en Reims de Francia, de camino en París tuvo noticia de aquel cuerpo santo, y acabado el Concilio, la dió en España, que de todo punto estaba puesta en olvido cosa tan grande. Esta fué la primera oca-

sion de traer aquella santa reliquia á Toledo. Lo demás de aquel sagrado cuerpo, á instancia del rey de España D. Felipe el Segundo, dió su cuñado Cárlos Nono rey de Francia, para que asimismo se trajese á la dicha ciudad, donde entró con grande aparato y majestad el año de mil quinientos sesenta y cinco, y en la Iglesia Metropolitana fué puesto en propia capilla, debajo del altar mayor.—*Historia general de España.*—*P. Juan de Mariana.*

NUESTRA SEÑORA EN LA ASCENSION DEL SALVADOR.—¡Qué dia tan alegre para los moradores de la celestial Sion, fué aquel en que nuestro Señor Jesueristo subió á sentarse á la diestra de su Eterno Padre! Pero, por lo mismo ¿no sería para la tierra tristísimo ese dia? Si de repente desapareciera el sol del espacio, se enlutarian los horizontes, y la tierra, privada del calor de aquel astro, que dá la vida á las plantas y á los animales, además de parecer como una oscura prision, veria morir una multitud de los seres que la habitaban. Las flores se marchitarian sobre sus tallos desecados. Los árboles dejarían caer sus hojas y no llevarian

frutos. Los animales, privados de luz y de alimento, perecerían en las cuevas ó en medio de los campos. La superficie del mar se cubriría de cadáveres de peces, que habrían dejado las cavidades de las ondas, en busca de aquellos rayos vivificantes que antes penetraban, al través de las aguas, hasta sus recónditas moradas. En fin, el universo todo sería un teatro de desolacion y de ruina, por la desaparicion del rey de los planetas.

¿Por qué no sucedió lo mismo en el mundo moral, al subirse á los cielos el Verbo Humano, aquel divino Sol, único que alumbra las inteligencias y vivifica los corazones? Porque Jesucristo, infinitamente sábio, poderoso y bueno como Dios, habia encontrado el medio de irse al cielo, quedándose en la tierra; porque además nos legaba en María una madre amorosa; y porque, en fin, dejaba establecida su Iglesia, sobre la cual iba á enviar al Espíritu Santo para que la acompañase perpétuamente hasta el fin de los siglos.

Como no es ahora el tiempo mas propio para meditar especialmente en el agosto miste-

rio de la Eucaristía, ni en el de la venida del Espíritu Santo, que tendrá su lugar en la siguiente decena del Santísimo Rosario; fijémonos actualmente solo en el gran favor que nuestro divino Salvador nos hizo, dejando en la tierra á su bienaventurada Madre, cuando Él se subió á los cielos. ¡Cuán glorioso hubiera sido para Jesucristo y cuán grato para María, ascender juntos al cielo, y tomar simultáneamente posesion, para siempre, de sus tronos en el Empíreo! Pero por nuestro bien, el divino Salvador renunció á aquella gloria y su Santísima Madre á este gozo, consintiendo gustosa en que se prolongase su destierro y en vivir separada algunos años mas del objeto de su amor, para servir de maestra y de protectora, en carne mortal, á la naciente Iglesia. Aprendamos nosotros aquí de la Santísima Virgen, á saber dejar á Dios por Dios; esto es, á consentir en que se nos prive de los consuelos espirituales ó del contento que tendríamos en entregarnos á la contemplacion, cuando la honra divina y el bien de las almas pidan que nos entreguemos á la vida activa. Haciéndolo así,

además de corresponder á los designios del Señor, allegaremos nuevos méritos para el cielo, como sin duda alguna los allegó la Santísima Virgen, adquiriendo derecho á muchos nuevos y muy altos grados de gloria, despues de la Ascension de su divino Hijo.

Pero si María se quedaba corporalmente en la tierra; si mientras permaneció en ella, despues de que Jesucristo subió al cielo, no dejó ni un instante de velar sobre todos los fieles; con todo su espíritu, puede decirse, que estaba en el cielo. La mirada de su alma purísima penetraba mas allá de las nubes, en busca de su divino Hijo; y su corazon palpitaba violentamente, ansiando por ir á reunirse con el casto objeto de sus amores. La Trinidad Santísima se complacia en aquellas ánsias, á las cuales correspondian el Padre Eterno, teniendo fijos sus ojos en María, como en su Hija predilecta, el divino Hijo, volviendo al seno de su augusta Madre, por medio de la sagrada Comunión, y el Espíritu Santo, abrazándola como á su muy amada Esposa, por la continua efusion de todos sus dones y gracias. Así

puede decirse que el cielo estaba en la tierra, encerrando María en su corazón, durante el período que medió desde la Ascension de su Santísimo Hijo hasta su propia Asuncion, todos los tesoros de la gloria.

Pero la Virgen no se contentaba con aprovechar para si sola los favores, que entretanto le dispensaba el cielo. No, ella los comunicaba á la tierra, especialmente de dos maneras; á saber, por sus ejemplos y por sus oraciones. La santidad de su vida daba á Dios gloria inmarcesible; y edificaba no únicamente á los fieles, sino tambien á los mismos judíos y paganos. Aquella pureza mas que angélica, aquella paciencia inalterable, aquella dulzura para con todos, aquel silencio no interrumpido mas que cuando lo exigia la utilidad del prójimo, aquella profundísima humildad, que la hacia como borrarse del número de los vivientes, aquel conjunto de todas las virtudes, era la leccion mas elocuente que podia darse á los hombres, era como una semilla fecunda de donde habian de brotar muchas de las flores que cubrieron de un ropaje incomparablemente hermoso á

la primitiva Iglesia. Y para que Dios se dignase hacer fecunda esta semilla, derramando sobre ella el rocío vivificante de sus gracias, para que el Señor iluminase á los ciegos espirituales, rompiese las cadenas de los vicios, derribase los altares de los falsos dioses, purificase las costumbres, en una palabra, para que el mundo se convirtiese al Evangelio, la Santísima Virgen elevaba continuamente al Señor sus fervorosas plegarias. De modo que si á Moisés se le debe atribuir en mucha parte la victoria que el pueblo de Israel alcanzó contra sus enemigos, porque mientras él oraba, combatían y triunfaban los Israelitas, á María es debido atribuir en mucha parte la gloria del establecimiento del cristianismo, verificado por la predicación de los Apóstoles. Sin disminuir en nada el mérito de estos heraldos de la verdad eterna, es preciso reconocer, como ellos mismos lo proclamaban, que nada es el que arroja la semilla ni el que derrama sobre ella el beneficio del riego, pues si hay frutos, estos se deben al Señor que dá el incremento; y como Dios le dió á su Iglesia

naciente, como se le dá todavía hoy, por la intercesion de María; resulta que, segun decíamos, á la Virgen Santísima corresponde, despues de Dios, la gloria de la propagacion del Evangelio.

Aunque en grado muy inferior, nosotros podemos asociarnos á esta obra gloriosa y benéfica de la Santísima Virgen, procurando guardar una conducta edificante y pidiendo á Dios con humildad y fervor que dé celo á los predicadores, santidad á todos los ministros eclesiásticos y personas religiosas, las virtudes de su estado á todos los fieles, perseverancia á los justos y la gracia de la conversion á los infieles, herejes y pecadores. El Señor se complacerá en nuestra santa intencion y atenderá á nuestros ruegos, especialmente si los hacemos poniendo por medianera á María; y la Santísima Virgen, al presentar á su divino Hijo nuestras súplicas, que le son tan agradables, las avalorará con su intercesion omnipotente. Así haremos un gran bien á nuestros prójimos, atrayendo de paso innumerables y preciosas gracias sobre nosotros mismos; y en

consecuencia podremos, sin dejar de velar sobre nosotros, ni de huir de todas las ocasiones de pecado, tener la dulce confianza de reinar con Cristo un día en la gloria.— *El Rosario meditado.*—*José Antonio Ortiz Urruela.*



O

OBISPO CATÓLICO.—Reinaba sobre todo el mundo conocido un emperador, cuyo nombre era acatado en los cuatro ángulos de la tierra, y cuya memoria es respetada por la posteridad. En una ciudad importante el pueblo amotinado degüella al comandante de la guarnición, y el emperador en su cólera manda que el pueblo sea exterminado. Al volver en sí el emperador revoca la orden fatal, pero ya era tarde, la orden estaba ejecutada, y millares de víctimas habían sucumbido en una carnicería [horrorosa. Al esparcirse la noticia de tan atroz catástrofe, un santo Obispo se retira de la corte del emperador y le escribe desde la Campaña estas graves palabras: «Yo no me atrevo á ofrecer el sacrificio, si vos pretendeis asistir á él: si el derramamiento de la sangre de un solo inocente bastaria á vedármelo, ¡cuánto

mas siendo tantas las muertes inocentes!» El emperador confiado en su poder no se detiene por esta carta y se dirige á la Iglesia. Llegado al pórtico se le presenta un hombre venerable, que con ademan grave y severo le detiene y le prohíbe entrar. «Has imitado, le dice, á David en el crimen, imítale en la penitencia.» El emperador cede, se humilla, se somete á las disposiciones del santo Prelado; y la religion y la humanidad quedan triunfantes. La ciudad desgraciada se llamaba Tesalónica, el emperador era Teodosio el Grande y el Prelado era San Ambrosio, Arzobispo de Milan.

En este acto sublime se ven personificadas de un modo admirable, y encontrándose cara á cara, la justicia y la fuerza. La justicia triunfa de la fuerza, pero ¿por qué? Porque el que representa la justicia la representa en nombre del cielo, y las sacerdotales vestiduras, la actitud imponente del hombre que detiene al emperador, recuerdan á este la mision divina del santo Obispo y el ministerio que ejerce en la sagrada gerarquía de la Igle-

sia. Poned en lugar del Obispo á un filósofo, y decidle que vaya á detener al emperador, amonestándole que haga penitencia de su crimen, y vereis si la sabiduría humana alcanza á tanto como el sacerdocio hablando en nombre de Dios; poned si os place á un Obispo de una iglesia, que haya reconocido la supremacía espiritual en el poder civil, y vereis si en su boca tienen fuerza las palabras para alcanzar tan señalado triunfo.—*El protestantismo comparado con el catolicismo.*—*Jaime Balmes.*

OBISPO DE LA IGLESIA CATÓLICA Ó UNIVERSAL.
—De este título hace mucho tiempo que ha usado el Papa en actos públicos y en bulas dirigidas á toda la Iglesia, sin que esta lo haya jamás contradicho ni reclamado. Este título le fué dado en el Concilio de Calcedonia y otros posteriores universales, con aprobacion de los Padres. Bajo el título equivalente de Obispo de los Obispos le denominaba Tertuliano en el siglo II, conformándose al lenguaje comun de los cristianos de aquella época.—*Ensayo sobre la supremacía del Papa.*—*José Ignacio Moreno.*

OBISPOS.—Los sucesores de los Apóstoles no solo están sujetos á la autoridad episcopal que tiene el Papa sobre ellos, como San Pedro la tuvo sobre los otros Apóstoles, sino tambien restringida la suya á un territorio y á cierto número de cristianos: aunque iguales al Papa en la potestad de orden aneja al episcopado, son muy inferiores á él en la de jurisdiccion; en el Papa esta se extiende á toda la Iglesia, en los Obispos está circunscrita á sus respectivas diócesis.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

OBISPOS.—Á las dignidades de la Iglesia casi nunca se llega por asalto sino es en épocas de cisma ó intrusión, de las cuales no hablo. Sólidos estudios, notorio aprovechamiento en ellos, excelente desempeño de otros empleos inferiores, pureza en las doctrinas, prudencia, exactitud y celo en el cumplimiento de los deberes del sacerdocio y buen olor de virtudes son por lo regular los indispensables preliminares y antecedentes, que concurren en las respetables personas de los Prelados y Supremos Pastores del rebaño de Jesucristo. Es cos-

tumbre y obligacion elegir á los Obispos entre los mas prudentes é ilustrados del alto clero; y así la dignidad episcopal, ó cualquier otro puesto elevado del órden gerárquico de la Iglesia católica puede ser un indicio del mérito y talento de quien la ocupa.

¡Oh qué asombro fijar un momento los ojos del alma en el grandioso espectáculo, que ofrecen en la série de los siglos los Obispos de nuestra religion augusta! ¡Oh qué sábios! ¡Oh qué lumbreras! ¡Oh qué astros vivificadores! ¡Oh qué genios sublimes! Su panegírico dificilmente podria encerrarse en muchos y abultados volúmenes. Los cielos cantan su gloria, y la tierra, ya que no se arrodilla cual debia cada vez que pronunciase sus nombres, los venera escritos con letras de oro en el templo de la inmortalidad. Los primeros fueron los Apóstoles, y el Espíritu Santo les trajo ese génio renovador del mundo, con el cual hechos correos de luz iluminaron por mil partes la antigua noche de corrupcion y de infernales tinieblas. Sus ínclitos Sucesores dilataron el reino de la verdad hasta dar la vida por

ella. Ignacio de Antioquía confundió al Emperador Trajano con la sabiduría de sus respuestas, y de sus cartas aun sale fuego santo cual de una hoguera. Ireneo de Lyon y Cipriano de Cartago eran los hombres mas grandes de su tiempo, y de su pluma brotaban rayos propagadores de verdadera luz y sellaron con su sangre la verdad que enseñaban. ¡Oh cuántos los imitaron bajo la cuchilla de los Neronés y Dioclecianos! Triunfó la cruz, y los atletas de la verdad aparecieron en Nicea mutilados por defenderla, pero no mostraron menos ciencia y talento en probar la consustancialidad del divino Verbo, que valor en los tormentos que habian sufrido muchos de ellos. Allí se ven los primeros resplandores de Atanasio, que es la roca donde se estrellan las tempestuosas olas del arrianismo. Si el grande Osio es el padre de los Concilios, Atanasio parece el padre de la verdad católica y de los innumerables Obispos, que se le asemejan en el acierto y firmeza con que la sostienen. En los siglos IV y V diríase que la mitra era un signo de admirable talento y que dá majestad y realce á las

mentes, que han de reinar en las generaciones venideras: escasas de palabras habian de hallarse estas si se empeñáran en hablar de la grandeza y sublimidad de los talentos de los Santos Gregorios Nacianzeno y Niceno, de San Basilio y de San Juan Crisóstomo y de los Cirilos y Teodoreto en el Oriente, de San Agustín en el África, y de San Ambrosio y San Hilario y San Paulino de Nola en Occidente. Entonces la gloria del universo y de la sabiduría estaba en los Obispos.

Y en los siglos siguientes fueron ellos la claridad del orbe medio anochecido: como los astros en la magnífica bóveda del firmamento, solo en España brillaron los elevados entendimientos de San Paciano de Barcelona, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Julian, San Eugenio y San Ildefonso de Toledo. ¿Y entre los muchos sábios y hombres grandes de su siglo XVI, á quién debió la monarquía española tanto como al Arzobispo Cardenal Gimenez de Cisneros? Los Obispos son el principal ornamento de todas las naciones, porque en todas ellas los ha habido y los hay insignes

por sus virtudes, su saber y su talento. A un mismo tiempo se dejaron ver en el horizonte de la Francia, como cuatro planetas de extraordinario grandor y brillantez, Bossuet, Fénelon, Massillon y Flechier.

Pero aun es mas digno de admiración el heróico y luminoso papel, que hacen los Prelados de la Iglesia en la historia de la edad media. En aquellos siglos de barbarie y furor, de oscurantismo y corrupcion, de militar estruendo, de feudalismo y tiranía, entre aquella mezcla confusa de pasiones reinantes y desbocadas, de santidad y de heroismo, entre la universal ignorancia, y entre los escombros del derruido imperio de los Césares, que bajo sus ruinas sepultó las riquezas literarias de la antigüedad y toda la decrepita civilizacion del paganismo, haciendo frente á los monarcas viciosos y á los pueblos bárbaros, los Obispos se mostraron como otros tantos profetas del Testamento antiguo, porque cual ellos derramaban luz divina y encaminaban por el sendero del cielo á las naciones extraviadas promulgando santas leyes contra todo género de

desórdenes morales, cortando todos los abusos, exhortando á todas las virtudes, enseñando y sancionando todas las verdades, y dando su vida, su calor y hasta su forma á las ciencias y á todo linaje de intelectual cultura y adelantamiento. Los frecuentes Concilios de aquellos siglos eran como unas islas de sabiduría excelsa en medio de un océano de tenebrosa y corrompida ignorancia. Ni es de extrañar que en un tiempo en que el saber humano parecia haberse refugiado á los monasterios y al estado eclesiástico, en el siglo XII se gloriase Francia de tener dos Obispos de tanta ciencia y tan elevado entendimiento como Pedro Lombardo el maestro de las Sentencias, é Ivon de Chartres, y que en Inglaterra se sentáran en la silla arzobispal de Cantorberi, uno en pos de otro, Lanfranco y San Anselmo, que por sus luces eran en el siglo XI lo que en el desierto en medio de negra noche la columna de fuego conductora del ejército israelita.

Los Sumos Pontífices resplandecen mas que los Obispos, porque los elige una congregacion de sábios, que escoge al mas digno de entre

ellos, y porque con los Vicarios de Jesucristo está el Espíritu Santo, asistiéndolos no solo en sus decisiones dogmáticas y cuando hablan desde la cátedra de San Pedro, sino tambien, segun mi particular creencia, en el cotidiano gobierno de la Iglesia.—*El Talento bajo todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

OBISPOS PRIMEROS.—Trasladado á Roma pudo el Príncipe de los Apóstoles dedicar su atencion á las regiones de Occidente. La antigua tradicion y monumentos los mas autorizados atextan que por San Pedro y sus Sucesores fueron enviados los primeros Obispos á las diversas naciones de Europa y África para el establecimiento de sus iglesias, como en España la tenemos de los Santos Torcuato, Indalecio, Eufrasio, Segundo y otros varios, y las Galias reconocen la propia en San Lázaro, Maximino, Crescencio, Marcial y sus compañeros; unos y otros enviados por el mismo San Pedro. De los Sumos y Santísimos Pontífices de los primeros siglos no se lee cosa mas comun en las actas de sus vidas y martirios que

el que ordenaban Presbíteros y Obispos *per diversa loca*: este diez, aquel veinte, el otro treinta, etc., y hasta de mas de sesenta se lee de algunos. San Cipriano, ponderando la dignidad de la cátedra de San Pedro, confesaba que así como fué el primero en recibir el Apostolado, descendia de ella el orden y forma de la Iglesia, y la ordenacion de los Obispos. *Dominus noster... Episcopi honorem et Ecclesiæ suæ rationem disponens, in Evangelio loquitur et dicit Petro: Ego dico tibi, quia tu es Petrus, etc.: inde per temporum et successionum vices Episcoporum ordinatio, et Ecclesiæ ratio decurrit* (Cyprian. *epist* 27 *de lapsis*). Confirma lo mismo un testimonio muy ilustre del Papa Inocencio I, el cual al principio del siglo V escribia ser una cosa sabida de todos, que solo por el Apóstol San Pedro y sus Sucesores habian sido instituidas las iglesias y Obispos en Italia, las Galias, las Españas, África, Sicilia é islas adyacentes.

Se deja conocer que aquellos Obispos debian tener cierto orden é instrucciones de su jefe para la organizacion eclesiástica; y tan

claro es tambien porque está en los principios de todo gobierno, que esta organizacion, en Occidente como en Oriente, debia fundarse sobre algunos jefes subalternos que presidiendo y comandando, digámoslo así, provincias determinadas, ejerciesen sobre los Obispos de ellas cierta inspeccion y autoridad, cuanta se les comunicase por el Supremo Pastor á quien representaban: para lo cual se designaba, ora el que residia en la ciudad capital en el órden civil, ora el mas antiguo de los Obispos, como se usó en África, estableciéndose así ciertos grados para la administracion de la jurisdiccion pontificia. Y al modo que en Oriente los superiores inmediatos de las provincias, ó sean los Metropolitanos, reconocian otro mas alto en los Prelados de Antioquía y Alejandría, y tenia la gerarquía eclesiástica este grado mas, así los paises todos del Occidente formaron un Patriarcado separado, qué quedó anejo al mismo Soberano Pontífice, con lo cual se uniformaba la policía exterior de toda la Iglesia. El Papa San Leon explicó delicadamente esta compaginacion y enlace del cuerpo ecle-

siástico por medio de grados distintos, y la providencia de que así como entre los Apóstoles mismos habia uno preeminente sobre los demás, así entre los Obispos diseminados por tantas provincias se sobrepusiese uno en cada una para guardar cierto orden y concierto en el régimen, enlazándole con la primera cabeza, á la cual refluyese de todas partes, como á su centro y origen, el gobierno general, y en ella se conservase la union de todos.

De esta manera fué levantándose desde el nacimiento de la Iglesia, y en medio de las persecuciones que la trabajaban por parte de los hombres, este soberbio edificio fundado sobre la piedra, este árbol de la vida, que entonces mismo en su infancia, á despecho de las potestades de la tierra, dilataba sus ramas hasta los últimos confines del mundo conocido. No podia menos, repito, de suceder que en tan inmenso ámbito se colocasen algunos Prelados sobre los demás para mantener el nervio de la disciplina, ni era extraño se les autorizase aun para instituirlos y ordenarlos, porque así lo dictaba la necesidad, y lo aconsejaba el fer-

vor y santidad que en ellos resplandecía, siguiendo el ejemplo de San Pablo con su discípulo Tito, (I. 5.) á quien decia: *reliqui te Cretæ, ut ea, quæ desunt, corrigas, et constituas per civitates presbyteros* (id est Episcopos) *sicut ego disposui tibi*. Estas autoridades no disminuian de modo alguno la del Romano Pontífice, sino que la facilitaban, la ayudaban y servian para el régimen de la Iglesia acomodado á aquellos tiempos: eran mas bien un tirante y sujecion mayor para los Obispos, los cuales, naturalmente hablando, debian apetecer no depender de nadie sino del Romano Pontífice. Por eso en uno de los Cánones llamados apostólicos (Can. 27) se inculcaba á los Obispos la obediencia y reconocimiento á aquel que entre ellos fuese constituido superior: *Uniuscujusque provinciæ Episcopi agnoscere debent eum, qui inter illos primus existit, ipsumque existimare ut caput, et nihil magnum sine illius sententia facere*.—*Discurso sobre la confirmacion de los Obispos*.—*Pedro Inguanzo y Rivero*.

OBRAS BUENAS.—Semilla para coger el fru-

to de la bienaventuranza.— *El Incógnito.*

OBRAS BUENAS.—Alas que llevan al cielo.—
El Incógnito.

OBRAS BUENAS.—Defensa y amparo de quien
las hace.—*El Incógnito.*

OBRAS DE DIOS.—Pregoneras del amor divi-
no.—*El Incógnito.*

OBRAS DE DIOS.—Señal de su grandeza.—*El
Incógnito.*

OBRAS DE LA HUMILDAD.—La humildad no nos
apoca, porque no nos prohíbe el conocimiento
de las buenas dotes que poseamos; solo nos
obliga á recordar que las hemos recibido de
Dios, y este recuerdo lejos de abatir nuestro
espíritu, lo alienta, lejos de debilitar nuestras
fuerzas las robustece, porque teniendo presen-
te cuál es el manantial de donde nos ha veni-
do el bien, sabemos que recurriendo á la mis-
ma fuente con viva fé y rectitud de intencion,
manarán de nuevo copiosos raudales para sa-
tisfacernos en todo lo que necesitemos. La hu-
mildad nos hace conocer el bien que posee-
mos, pero no nos deja olvidar nuestros males,
nuestras flaquezas y miserias; nos permite co-

nocer el grandor, la dignidad de nuestra naturaleza y los favores de la gracia; pero no consiente que exajeremos nada, no consiente que nos atribuyamos lo que no tenemos, ó que teniéndolo nos olvidemos de quién lo hemos recibido. La humildad, pues, con respecto á Dios nos inspira el reconocimiento y la gratitud, nos hace sentir nuestra pequeñez en presencia del Sér infinito.

Con respecto á nuestros prójimos, la humildad no nos permite exaltarnos sobre ellos exigiendo preeminencias, que no nos corresponden; y nos hace afables en el trato, porque dándonos á conocer nuestras flaquezas, nos vuelve compasivos con las de otros, y conservando nuestro corazon exento de envidia, que siempre acompaña á la soberbia, hace que respetemos el mérito donde quiera que se halle, y que lo reconozcamos francamente, tributándole el debido homenaje, sin el mezquino temor de que pueda salir perjudicada nuestra gloria.—*Cartas á un excéptico.*—*Jaime Balmés.*

OBRAS DE LOS SANTOS PADRES.—El ánimo se

complace al encontrar en los escritos de los Padres ámpliamente discutido y sólidamente probado todo el dogma, toda la doctrina moral, la disciplina, la historia de la Iglesia, y cuanto hemos aprendido compendiosamente en nuestros estudios elementales: la claridad, la exactitud, la seguridad y la concordancia con que hablan tan eminentes varones ilustran nuestra fé, regocijan nuestro corazón, y sin advertirlo nos creemos trasladados al tiempo de la venerable antigüedad, contemplando la aurora del cristianismo, mas bella, mas encantadora que la primera mañana del mundo.—*Lecciones de Oratoria Sagrada.*—*Manuel Martinez y Sanz.*

OBSTINACION EN EL MAL.—Causa de que Dios castigue con grave rigor los culpas.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*

OCASIONES DE PECAR.—Santo Tomás dice, que la ocasion y oportunidad de pecar es el camino de la lujuria, la senda y el carril que á la deshonestidad nos encamina. De aquí el Sábio tratando de la mujer liviana no solo nos aconseja que nos apartemos de ella, sino que

aun no nos acerquemos á sus puertas: *et ne apropinques foribus domus ejus*, que rodeemos cien calles por no pasar por donde ella vive; porque las calles, las puertas, las paredes y piedras, donde ella vive, nos hacen señas, y llaman á que nos acerquemos. El Santo Job (I. 5), dice la Escritura, que cuando sus hijos se juntaban con sus hermanas á sus fiestas y convites, el santo padre ofrecia sacrificios por ellos. Y dá la razon, diciendo: *ne forte peccaverint*: porque no pequen ó hayan pecado. Pues ¿cómo de hijos tan modestos, bien criados y disciplinados de tal padre hay sospecha y peligro? Sí: que no hay hombre cuerdo á caballo, y la ocasion hace al ladron, y así, viendo el padre á sus hijos en aquellos convites, que tan pared en medio tienen las ocasiones de perderse, no fiaba ni de sus costumbres buenas, ni de las inclinaciones corregidas, ni del magisterio bueno que en su crianza habian tenido. Metido un hombre en la ocasion, no tiene que fiar en el hábito penitente, en la mortificacion pasada y en el ejercicio de las virtudes, ni en el sosiego que el apetito le

promete; porque es como el pedernal, que por mas frio que esté, tiene el fuego retirado y escondido, y al primer golpe que la ocasion dá echa chispas, y enciende la casa y lo abraza todo. Viendo esto David, decia: *Viam iniquitatis amove á me*, apartad, Señor, de mí el camino del pecado, no digo el pecado, sino el camino; porque ciego ese camino, y desbaratada esa senda, y quitada la ocasion, se quita el pecado: y mientras la ocasion durare, siempre hay que recelar y que temer, y obligacion á acudir á Dios con sacrificios.

Fuerte era Job, dice San Crisóstomo, valiente era, robusto y lleno de virtudes, vencido habia los demonios: tan consumado era, que otro como él, dice Dios, no habia en la tierra; mas con todo eso, dice, que hizo pacto con sus ojos, que les echó compuertas y los metió como en cárcel y brete (Job XXXI.) Recia cosa que bien dá que temer que ojos de un hombre que dice que nada le reprende, no pueden andar sueltos y libres, ni andar con seguridad apacentándose por las calles, mirando la hermosura de las doncellas, y que

quiera un hombre flaco, lascivo, y que de sí tiene experiencia, que todas las cosas en livianas ocasiones le reprenden, leer el libro deshonesto, meterse entre los apestados, y no perder comodidad de su gusto y en todo se quiera prometer seguridad. ¡Oh locura terrible! ¡Oh desvarío necio! ¡Oh imprudencia intolerable! Que un Pablo tan fuerte que dice, ha trabajado mas que todos; un hombre que paseó las calles del tercer cielo, y pisó sus plazas, y gozó de su hermosura, un hombre que se atrevió á fijar carteles contra todo lo criado, y desafió á todo cuanto puede criarse; ese aun se recela de sí mismo, y previene las ocasiones, y castiga su cuerpo, y le pone el pié sobre el pescuezo, para darnos á entender que nadie metido en la ocasion fie de sí propio de lo que fué, ó de lo que piensa que será. Pondera un grave doctor, que á la Virgen, benditísima niña, la encerraron y presentaron en el templo sus padres, donde quedó guardada, y que así lo dispuso y ordenó la Providencia divina, para que sepamos cuán necesario es prevenir las ocasiones. No habia peligro en

aquella limpidísima doncella, y con todo eso la pone Dios en sagrado para que veamos el peligro en que viven los hombres. Si aquella que rodeada de ángeles, servida de espíritus divinos estaba tan segura, si aquella que con mirar infundia santidad, como dice Santo Tomás, esa retira Dios á su templo, y allí quiere que se guarde libre de las ocasiones, ¿qué será de aquel que no hay cera mas blanda, ni flor mas flaca, ni materia mas dispuesta, ni cosa de mas riesgo y peligro? ¿Cuánta mas razon será que hurte el cuerpo á las ocasiones, y se prevenga de todas ellas de antemano? ¡Oh si Dios abriera los ojos á los hombres para mirarse y considerarse á sí propios, y cómo se guardarían! No somos mas justos que nuestra madre Eva criada en gracia, adornada de virtudes y llena de conocimiento de Dios, y con todo eso una liviana ocasion le acarreó tantos males para ella y para nosotros, como tenemos delante de los ojos. No somos mas santos que David á quien llamó San Estéban, hombre á medida del corazón de Dios; profeta grande, que tanto penetró los

misterios de Dios, y con todo eso, pudo tanto con él una ocasioncilla, que lo echó por tierra. ¡Qué gran cosa es escarmentar en cabeza ajena para guardar la propia nuestra! No somos mas levantados que los cedros del monte Libano; esos, dice el glorioso Agustino, vi caidos y arrastrados por la tierra. Pues ¿qué será de mí en las ocasiones, que soy un pimpollito tierno, una yerbezuela del campo, que aun no ha acabado de salir de la tierra? ¿Quién mas perfecto que San Pedro á quien beatificó Dios estando en esta vida, y llamó hijo de Paloma; *Beatus est Simon Barjona*? Pues una esclavilla le hace negar al que antes habia confesado; una esclavilla le hace jurar y anatematizar, que no le conoce. Pues ¿qué es de las bravatas y desgarrros? ¿Dónde está aquel blasonar tan valiente y esforzado, que si todos le negasen, él solo habia de ser constante y firme, incontrastable y entero, y que no le habia de negar? ¿Dónde el poner mano á la espada y cortar la oreja á Malco? Esgrímese fácilmente con las armas en el aire, y cuando la batalla está lejos, no hay visoiño que no

sea un César.—*Beato Juan Bautista de la Concepcion.*

ÓDIO.—Principio de mil injusticias.—*El Incógnito.*

ORACION.—Petición que hacemos á Dios de las cosas que convienen para nuestra salud.—*Ven. Fray Luis de Granada.*

ORACION.—Es mental y vocal. Ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna á nuestro Señor: aunque la una la pide con solo el corazon, y la otra con el corazon y la boca juntamente.—*Ven. Granada.*

ORACION.—Importa mucho ser muy amigo de la oracion y de aprovechar en ella, si quieres transfigurarte en la imagen de Dios; porque la oracion es la que trueca, y muda la vida de terrena en celestial, y de humana en divina.—*P. Tomás de Villacastin.*

ORACION.—Es un afecto pio del alma, que vuela á Dios.—*El Incógnito.*

ORACION.—Dice San Crisóstomo, (Tract. de orat.) que la oracion es como una fuente en medio de un jardin ó huerto, que sin ella todo está seco, y con ella todo está verde, fres-

co y hermoso. Todo lo ha de regar esta fuente de la oracion; ella es la que ha de tener siempre todas las plantas de las virtudes en su frescor y hermosura, la obediencia, la paciencia, la humildad, la mortificacion, el silencio y recogimiento. Pero así como en el huerto ó jardin suele haber algun árbol ó florecita mas regalada y estimada, á que se acude principalmente con el riego, y aunque falte el agua para lo demás, para aquello no ha de faltar, y aunque falte tiempo para lo demás, para aquello no ha de faltar; así ha de ser tambien en el jardin y huerto de nuestra ánima: todo se ha de regar y conservar con el riego de la oracion; pero siempre habeis de tener ójo á una cosa principal, que es aquello de que teneis mas necesidad, á eso habeis de acudir principalmente, para eso nunca ha de faltar tiempo. Y como al salir del jardin echais mano de la flor que mas os contenta, y la cortais y os salís con ella; así tambien en la oracion habeis de echar mano de aquello que habeis mas menester, y eso habeis de sacar de ella.

Con esto queda suficientemente respondido á lo que se suele preguntar, si es bueno ir en la oracion sacando fruto conforme al ejercicio que uno medita. Ya habemos dicho que, aunque siempre ha de tener uno cuenta con aquello de que tiene mas necesidad; pero que tambien es bueno irse ejercitando y actuando en afectos y actos de otras virtudes, conforme al misterio que se medita. Empero se ha de advertir aquí un punto muy importante: que estos actos y afectos, que tuviéremos é hiciéremos en la oracion, de las virtudes que allí se ofrecen, conforme á las cosas que se meditan, no se han de hacer superficialmente, ni de corrida, sino muy despacio, deteniéndonos en ellos con mucha pausa y sosiego hasta que nos satisfagamos y sintamos que se nos pega y embebe aquello en el corazon, aunque en eso se nos pase toda la hora; porque mas vale y aprovecha un acto y afecto de estos, continuado de esta manera, que hacer muchos actos de diversas virtudes y pasar por ellos de corrida.

Una de las causas porque algunos no se

aprovechan tanto de la oracion, es porque pasan muy de corrida por los actos de las virtudes, van saltando y salpicando; aquí viene bien un acto de humildad, y hacen un acto de humildad, y luego pasan adelante; ahora viene á propósito un acto de obediencia, y hacen un acto de obediencia, luego otro de paciencia; y así van corriendo como gato por brasas, que aunque fuera fuego no se quemáran. Por eso en saliendo de la oracion se olvida y acaba todo, y se quedan tan tibios y tan inmortificados como antes. El Padre maestro Ávila (cap. 75 Audi filia.) reprende á los que estando en una cosa, en ofreciéndoseles otra, luego dejan aquella y se pasan á la otra. Y dice que suele ser esto engaño del demonio para que, saltando de uno en otro como picaza, les quite el fruto de la oracion. Importa mucho que nos detengamos en los afectos y deseos de la virtud, hasta que ella quede embebecida y entrañada en nuestra alma, como si os quereis actuar en la contricion y dolor de los pecados, habeis de entender en eso, hasta que sintais en vos un horror y aborrecimiento grande del

pecado, conforme aquello del Profeta: *Iniquitatem odio habui, et abominatus sum*: La iniquidad he aborrecido y abominado (Ps. CXVIII. 163.) porque eso os hará salir con propósitos firmes de morir mil muertes, antes que cometer un pecado mortal. Y así notó muy bien San Agustin (In Enchirid.) que por tener horror con algunos pecados, como blasfemias, matar á su padre, no caen en ellos los hombres sino raras veces. Y por el contrario, dice de otros pecados, que, *consuetudine ipsa*; porque con la costumbre les han perdido ya los hombres el miedo y el horror, por eso caen fácilmente en ellos. De la misma manera, si os quereis actuar y ejercitar en la humildad, habeis de deteneros en el afecto y deseo de ser menospreciado y tenido en poco, hasta que se vaya embebiendo y entrañando en vuestra alma esa aficion y deseo, y se vayan cayendo y acabando todos los humos y brios de soberbia y altivez, y os sintais inclinado al menosprecio y desestima; y así en los demás afectos y actos de las otras virtudes.

De donde se verá tambien cuánto ayudará para nuestro aprovechamiento el tomar á pechos una cosa, é insistir y perseverar en ella de la manera que habemos dicho, porque si durase en nosotros el afecto y deseo de ser despreciados y tenidos en poco, ú otro afecto semejante, una hora á la mañana y otra á la tarde, y despues otro tanto esotro dia y esotro; claro está que haria otro efecto en nuestro corazon, y que de otra manera quedaria impresa y embebida la virtud en nuestra alma que pasando por ello de corrida. Dice San Crisóstomo, que así como no basta una lluvia ni un riego para las tierras por buenas que sean, sino que son menester muchas lluvias y muchos riegos, así tambien son menester muchos riegos de oracion para que quede empapada y embebida la virtud en nuestra alma. Y trae á este propósito aquello del Profeta: *Septies in die laudem dixi tibi.* (Ps. CXVIII. 164.) Siete veces al dia regaba el profeta David su alma con el riego de la oracion, y se detenía en un mismo afecto, repitiéndole muchas veces, como lo vemos á menudo en los

Salmos. En uno solo repite veinte y siete veces: *Quoniam in æternum misericordia ejus*: Porque su misericordia es para siempre, (Ps. CXXXV,) predicando y engrandeciendo la misericordia de Dios; y en otro, (Ps. CL.) en solos cinco versos que tiene, nos despierta y convida once veces á alabar á Dios. Y Cristo nuestro Redentor nos enseñó tambien con su ejemplo este modo de orar y perseverar en una misma cosa, en la Oracion del Huerto, porque no se contentó con hacer una vez aquella oracion á su Padre Eterno, sino segunda y tercera vez tornó á repetir la misma oracion (Matth. XXVI. 44.) *Eumdem sermonem dicens*: y aun al fin, dice el sagrado Evangelio, mas prolijamente que al principio, deteniéndose mas en la oracion, para enseñarnos á nosotros á insistir y perseverar en la oracion en una misma cosa, dando, y tornando en ella una y otra vez, porque de esa manera y con esa perseverancia vendremos á alcanzar la virtud y perfeccion que deseamos.—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.* — Ven. P. Alonso Rodriguez.

ORACION DEVOTA.—Incienso y sacrificio agradable al Señor.—*El Incógnito.*

ORACION Y PREDICACION.—Orar y predicar, aprovechar para sí y para los otros son las dos principales funciones de un apóstol y toda la perfeccion de un ministro evangélico. En la oracion se llena el espíritu del jugo de las verdades eternas para santificacion del que ora, y en la predicacion se vierte este licor tan precioso para utilidad del que oye. En la oracion sube el corazon á Dios y se une con él: en la predicacion baja Dios por los lábios del predicador, si es lícito hablar así, y se dá á conocer á las almas. En la oracion se ilustran las potencias, se rectifica el entendimiento, se enardece la voluntad, se inflama el pecho, se beben las aguas del desengaño, se gusta cuán suave es el Señor, cuán desabridos é insípidos los deleites terrenos, se toca con las manos la ilusion de los sentidos, la fantasma de los honores, los riesgos de las riquezas, la vanidad de los placeres, los lazos de la ambicion, las puntas de la soberbia, el veneno corrosivo de la lujuria y la mortal ponzoña

que ocultan las pasiones en su dorada copa; y al rayo luminoso de la verdad se disipan las tinieblas del error, amanecen los resplandores de la luz, y se toman las justas medidas que deben regular las acciones del hombre. En la predicacion se propaga esta misma luz, se comunica este desengaño, se desvanece esta farsa seductiva del mundo, se siembra la semilla y el grano de la palabra, se riega, se cultiva y arraiga en la buena tierra, se insta, se persuade y se convence, se arguye, se ruega y se increpa con toda paciencia y doctrina, y á fuerza de sudores, desvelos y fatigas se logra el fruto tan deseado, que es el fruto de las buenas obras, la reforma de las costumbres, la extirpacion de los vicios, el desprecio de los bienes del siglo presente, el deseo de la pátria prometida, un conocimiento sólido de la brevedad de la vida, del temor de la cuenta, del horror del juicio y sus consecuencias, grandes principios para la conversion ó vivas escuelas para las creces de la virtud, que es el fin de todas estas tareas. ¡Qué especiosos son los piés de los que evangelizan la paz! ¡Qué

noble empleo el de un hombre á quien Dios escogió por jardinero de su huerto, por pastor de su rebaño, por capitán de su ejército, por ecónomo de su casa, por celador de su honra, por predicador de su nombre!—*Coleccion de panegiricos originales.* — Fr. Vicente Hernandez.

ORACION Y VIRTUDES.—Con mucha razon dijo San Juan Crisóstomo, que así como cuando entra la reina en una ciudad, entran con ella acompañándola muchas damas y los grandes de la corte, sin otra innumerable gente de guarda que la sigue; así cuando la oracion entra en el alma, entran con ella todas las virtudes, acompañando al espíritu de oracion. Unas virtudes van delante preparando el camino, y disponiendo el alma para que ore debidamente, como es la fé, la humildad, la reverencia y pureza de intencion, en cumplimiento de lo que dice el Sábio (Eceli. XVIII, 25): «Antes de la oracion prepara tu alma, y no seas como hombre que tienta á Dios.» Otras virtudes van por los lados, pegadas con ella, como es la caridad, la religion, devocion

y sabiduría, con otros dones del Espíritu Santo, que esclarecen el entendimiento, y ayudan maravillosamente á la oracion. Otras innumerables virtudes se siguen despues de ella, como son fervientes deseos y propósitos de todo lo bueno, en materia de obediencia y paciencia, de templanza, modestia, castidad y las demás. Y así las unas como las otras andan entretegiéndose con la oracion, y entre si mismas ejercitando varios actos, que son adorno y atavío unos de otros. Porque la humildad se junta con la confianza y con la caridad; la caridad con la religion y con el agradecimiento; la religion con la obediencia y resignacion, y así hacen una música de muchas voces con un concierto celestial y divino. Por lo cual muchos Santos Padres dicen: que la oracion hace á los hombres semejantes á los ángeles: no solo por ser obra de las potencias superiores, en que son semejantes á ellos, sino porque les comunica una vida angelical, llena de pureza y santidad. Por la oracion cuando es perfecta, participan el amor ardiente de los Serafines, la plenitud de cien-

cia de los Querubines, la paz y quietud de los Tronos, el señorío de sí mismos de las Dominaciones, el poder contra los demonios de las Potestades, la magnanimidad para cosas maravillosas de las Virtudes, la discrecion en el gobierno de los Principados, la fortaleza en cosas árduas de los Arcángeles, y la obediencia en todas las cosas de los Ángeles; y finalmente la sabiduría, castidad y limpieza de los espíritus celestiales. Porque ninguna cosa, dice San Crisóstomo, puede haber mas sábia, ni mas justa, ni mas santa que el hombre que habla con Dios como conviene, de quien recibe abundantísimamente los dones y gracias, en que consiste la verdadera sabiduría, y perfecta justicia y santidad. La razon de esto es, porque como Nuestro Señor es muy comedido, y nos inspira que oremos, habla con nosotros cuando le hablamos, y conversa familiarmente con los que entran dentro de su corazon á tratar y conversar con él; y la conversacion y habla de Dios no es de solas palabras, sino de obras; porque, como dice San Bernardo, *Locutio Verbi est in-*

fusio doni; el hablar Dios es comunicar dones, derramando sus gracias y virtudes en aquellos con quienes habla (1. Pet. I, 8.), llenándolos de la alegría espiritual que no se puede explicar, y de la paz que sobrepuja todo sentido (Philip. IV, 7.) Y por esto dijo David: «Oiré lo que dentro de mí habla el Señor; porque hablará paz para su pueblo, y para sus Santos, y para todos los que entran dentro de su corazon.» (Salm. LXXXIV, 9.) De aquí es que en la oracion de tal manera hemos de hablar con Dios, que tengamos atencion á escuchar y oir lo que él nos habla con sus inspiraciones, para obedecerlas, y disponernos á recibir los dones, que por ellas pretende comunicarnos.

Por lo dicho consta la excelencia y necesidad de la oracion mental, de la cual dice Casiano, que tiene tanta trabazon con todas las virtudes, que ni ellas se pueden alcanzar, ni conservar perfectamente sin oracion, ni la oracion perfecta se alcanzará sin ellas; porque ella, dice, es el fin de todas, á quien van encaminados todos los trabajos que ponemos en

ganarlas, por cuanto la oración, de que aquí se trata, en su grado perfecto abraza la union con Dios, por medio del actual conocimiento y amor, con gran gozo en poseerle, de donde nace que, como dice San Juan Clímaco, en la oración paga Dios de contado el ciento por uno de lo que se deja ó se trabaja por su causa, con prendas grandes del premio último que ha de dar en la vida eterna.—*Meditaciones espirituales.*—Ven. P. Luis de la Puente.

ORBES CELESTES.—Efecto de la palabra divina.—*El Incógnito.*

ÓRDEN SACERDOTAL.—El primero y principal efecto que causa este Sacramento es que, además del aumento de gracia santificante, causa una gracia sacramental y especial auxilio, que el Señor concede al ordenado de presbítero para ejercer dignamente las funciones de su ministerio, y además le dá fuerzas especiales y oportunas para vencer y superar los obstáculos que encuentre en el desempeño de sus sagrados deberes. Tambien imprime en su alma un carácter indeleble, que es una imagen

de Jesucristo, sacerdote eterno segun el órden de Melquisedec.

Sellada el alma del sacerdote por medio de este Sacramento del Órden, y congraciada con Jesucristo, la enriquece con sus poderes, y le dice que le envia así como él ha sido enviado de su Padre celestial, y por lo tanto le dá las mismas facultades, que por cierto son bien grandes, como son facultad de ofrecer el santo Sacrificio de la Misa, y de bendecir al pueblo en tan augusta funcion; facultad de perdonar pecados, que es la mayor que el Criador puede conceder á la criatura; facultad de presidir las reuniones que se celebran en la Iglesia para tributar á Dios el culto que le es debido; facultad de predicar la divina palabra; facultad de bautizar y de administrar los demás Sacramentos; finalmente, le dá facultad de ejercer las demás funciones del sagrado ministerio, y para mayor complemento le dá, como á ministro público, la fuerza y eficacia de la oracion en nombre de toda la Iglesia católica.

El sacerdote, en virtud de la sagrada orde-

nacion, ya queda como segregado de las cosas de la tierra y apartado de todo, aun de sí mismo, y queda dedicado y consagrado completamente al servicio público como ministro del culto público; él ha de ser como Melquisedec, sin padre, sin madre, sin parentela. *Sacerdos secundum ordinem Melchisedech... absque patre, absque matre, sine genealogia*. No hay duda que Melquisedec habia tenido padre, madre y parientes, como todos los demás hombres; pero estaba tan desprendido de ellos, y tan muerto á todos y aun á sí mismo para vacar únicamente al ministerio, que se dice que no tiene á nadie; esta fué la primera leccion que quiso dar Jesucristo cuando á los doce años se quedó en el templo, dejando á su Madre y á San José.

El sacerdote ha de entregarse en las manos de Dios, como la vara en las manos de Moisés, que tantos prodigios obraba con ella; mas una vara, para merecer el nombre de vara, debe estar cortada de raices y de ramos, de otro modo no seria vara, sino arbusto: así un sacerdote no debe tener raices puestas en casa,

ni pátria, ni tierra alguna, sino que se ha de dejar llevar de la obediencia que ha prometido á su Prelado, ni debe tener hojas de vanidad en lo que hace, sino que todo lo ha de dirigir á la gloria de Dios, como nos enseñó Jesucristo, y en Jesucristo se ha de mirar siempre como en un terso espejo, y con él se ha de conformar perfectamente, por manera que pueda decir lo que el Apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*. Imitadme á mí, así como yo imito á Cristo. De Jesucristo ha de aprender á ser manso y humilde de corazon. De Jesucristo ha de sacar la constancia y perseverancia en la oracion, que *et erat pernoctans in oratione Dei*. Á este Maestro celestial y divino ha de escuchar si quiere aprender, como tiene obligacion, sus sagrados deberes y el modo de cumplirlos.—*El colegial ó seminarista teórica y prácticamente instruido*.—Antonio Maria Claret.

ORGULLO.—El orgullo domina el corazon; ofusca el entendimiento, y nos hace perder de vista á Dios y á nosotros mismos. Ahoga los sentimientos de temor, respeto y religion, y

nos inspira audacia, libertinaje é impiedad. No pone las cualidades que nos figura en nuestra loca imaginacion; antes nos despoja de las que habiamos recibido de Dios. Nada añade á nuestro mérito; antes lo disminuye y lo envilece. ¿Qué es lo que de la mas brillante estrella, de la criatura mas perfecta, del ángel mas bello hizo el mas horrible demonio? El orgullo. ¿Qué es lo que de un Adán inocente, inmortal y feliz, hizo un Adán delincuente, miserable y sujeto á la muerte? El orgullo.—*Sermones escogidos.*—Alonso Nuñez de Haro y Peralta.



P

PACIENCIA.—Virtud que, cómo dijo Santiago (Jac. I.) es obra de perfeccion; y como dice el Apóstol (Rom. V.) es señal de probacion: porque esta es muy grande descubridora de la fineza de la virtud, y señaladamente de la prudencia y discrecion. Esta virtud tiene tres grados. El primero, sufrir las tribulaciones é injurias sin murmuracion y querella. El segundo, no solo sufrirlas, sino tambien desearlas por amor de Dios. El tercero, alegrarse en ellas; como se dice de los Apóstoles, que iban alegres delante del Concilio (Act. V.) por haber sido merecedores de padecer injurias por Cristo.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PACIENCIA.—Escudo acerado contra todos los golpes.—*El Incógnito.*

PADECIMIENTO POR DIOS.—No hay dignidad criada en el cielo ni en la tierra que se iguale

con el padecer por el nombre y amor de Dios.
—*Discursos de la paciencia cristiana.*—
Fr. Fernando de Zárate.

PADECIMIENTOS DE JESÚS POR LA SALVACION DE LAS ALMAS.—Aprende, alma mia, en el corazon y amor de Jesús, á apreciar y estimar las almas, y su salvacion; pues ves el amor y estima que tiene de ellas el Eterno Padre y su Hijo Jesucristo. Entra en aquel divino pecho de tu Señor, y mira lo que sentia su perdicion y amaba su salvacion. Contempla cómo puesta la mira en la bondad de Dios, que por sí misma, y por los beneficios que nos hace, merece sumamente ser amada de todos los hombres; y puesta tambien en el grande amor que Dios los tiene, por ser criaturas suyas, criadas á su imágen y semejanza, puesta finalmente en la voluntad de su Eterno Padre, y en darle contento redimiéndolos y comprándolos con su sangre, la dió toda tan de buena gana y con tanta liberalidad, que no dejó una gota de aquel bálsamo divino, que no derramase para precio de nuestro remedio, y aunque sola una gota bastaba para redimir mil mundos, mas

para su amor no bastaba. Y por la misma causa no hubo terrible tormento, ni esquisita afrenta que no padeciese. Y advierte, que aunque sus tormentos y oprobios llegáran á lo sumo, que puede tantear todo criado entendimiento, todo esto es nada respecto de lo mucho que hiciera, si fuera necesario y mandato divino; porque como la voluntad de agradar á su Padre, en que se fundaba la estima de las almas, era mucho mayor; así tambien la voluntad de padecer por ellas, era mucho mayor; porque en todo se puso en las manos de su Padre, para hacer y padecer todo cuanto quisiese por salvar á los hombres. Júntate, pues, alma mia, con Jesús; entra en su corazon y duélete en su compañía de los innumerables pecados de los hombres; de ver tantas almas perdidas y entregadas al demonio; siente sus males con grande compasion, y llora por ellos con grandes gemidos. Suplica con Jesús al Padre eterno, que con su misericordia y omnipotencia perdone á los pecadores, ataje los pecados, reprima la furia de los demonios, y cierre las puertas de los infiernos,

para que no bajen á sus calabozos las almas. Y no te contentes con eso, sino ponte en las manos del Padre, ofreciéndote á padecer todos los trabajos y aflicciones del mundo por la salud de los prójimos y por librarlos de las culpas.—*Cristo crucificado.*—*P. Ignacio de Quintana Dueñas.*

PADRES DE LA IGLESIA.—La Iglesia católica reconoce por sus Padres, por maestros del dogma y de la sana moral, y considera como testigos de la *Tradición*, á aquellos varones que se hicieron insignes por la santidad de su vida, ilustres por la doctrina sana que enseñaron, venerables por su antigüedad, eminentes en la ciencia que edifica, y recomendables por su perseverancia en la fé y en la comunión católica. Por manera que para saber lo que se creyó desde los tiempos primitivos de la Iglesia, lo que se enseñó en todas partes, y lo que se creyó, enseñó y practicó por todos los cristianos, tenemos necesidad de consultar á los Padres de la Iglesia, intérpretes fieles de las Escrituras, discípulos de los Apóstoles, y nuncios perennes de

lo que leyeron ú oyeron á los que fueron testigos oculares, ó de inmediata referencia á los primeros enviados. Así se formó la cadena de la *Tradicion*, y floreció el árbol de la doctrina: Jesucristo, maestro de los hombres: sus Apóstoles ó enviados: discípulos de estos: testigos de lo que se predicaba, se trasmitia, y enseñaba: fieles depositarios de cuanto se recibia por fiel, y exacta comunicacion.

Confiesan hasta las protestantes que los Padres de la Iglesia pusieron gran cuidado en instruirse en la doctrina cristiana, y concediéndoles talentos naturales y adquiridos, iguales al menos, á los de los escritores modernos, dicen que lograron la ventaja de conocer el lenguaje, los usos y costumbres de los tiempos apostólicos; y que muchos de ellos pudieron leer los mismos escritos originales de los Apóstoles, así como saber lo que habian dicho, y hecho, de boca de los que oyeron y vieron lo que testificaban. Véase, pues, cómo para averiguar lo que desde su origen enseñó y practicó la Iglesia católica, debemos referirnos á lo que se decia en los primeros tiempos,

y á lo que desde entonces venia confirmando la enseñanza no interrumpida, y una práctica constante ; enseñanza que mas tenia de oral que de escrita.

El argumento valeroso contra las novedades de todos los tiempos, es sin duda el de *prescripcion* : así, sabemos lo que somos refiriéndonos á lo que siempre fuimos. ¿Cómo acreditarian los herejes de todos los siglos, en especial los protestantes, que su Iglesia es la verdadera, que ellos son los cristianos, los discípulos de Cristo? Tendrian que presentar títulos de posesion inmemorial, de antigüedad apostólica, títulos de unidad en la fé; y como al formar el árbol genealógico encontrarian su origen muchos siglos posterior al nacimiento del cristianismo; como en vez de mision hallarian un rompimiento, una excision, un cisma; como sus enseñanzas empezaron á chocar con las recibidas hasta entonces, enseñanzas nunca oidas, de que no habia noticia, ni práctica, ni monumentos; enseñanzas en fin no trasmitidas, sino inventadas, resultaria que hombres nuevos predicaban cosas nuevas, y

que su palabra , su mision , sus predicaciones , todo era humano ; y por consiguiente contrario á la *catolicidad* de la Iglesia , que une al ministerio eclesiástico con el ministerio apostólico , que todo es *uno* , del mismo origen , y profesa la misma doctrina . Dos preguntas bastan para destruir todas las novedades y herejías . ¿ *De dónde venís ?* ¿ *Quién os envía ?* A ellas puede reducirse lo que San Ireneo enseñó al recordar la *Tradicion* , y lo que escribió Tertuliano en sus *Prescripciones* .

Al abrir la *Patrología* se descubre desde luego aquella marcha firme , segura y regular que caracteriza á los autores clásicos en las respectivas materias que trataron . Por una parte, constancia en los principios , método en la exposicion , fé y probidad en la doctrina y en los consejos ; por otra , agudeza de ingenio , dulzura , persuasion , elevacion de ideas y profundas convicciones ; allí se deja ver un estilo cortado , fuerte , incisivo y poderoso ; en otro Padre se admira una elocuencia grande , llena , sonora y de un sabor apostólico , que entusiasma , persuade y enternece ; la brillantez de

imágenes, la hermosura de los cuadros, los rasgos poéticos y sublimes, los tonos de la argumentación, de la catequesis, de las prácticas familiares; la erudición, el conocimiento de las lenguas sabias y cuanto se estudiaba en aquellos tiempos, lo enseñaban los Padres de la Iglesia. No eran hombres, que buscaban un aplauso, que se conquista á las veces por sorpresa, otras por seducción, muchas por interés convenido. Testigos, fieles depositarios de lo que habian recibido por tradicion, sabian conservarla íntegra y en toda su pureza. Exponen las Escrituras y nos legan un caudal de preciosa doctrina; hacen *homilias*, y parece que el espíritu del Evangelio se pega al corazón, despues de haber ilustrado el entendimiento: son claros, explícitos, en gran manera sencillos cuando enseñan á los fieles. Parecen niños que hablan con los párvulos. Sus cartas, amonestaciones y consejos familiares, van sellados con el amor, con la caridad, y los distingue un celo bien entendido; aquel amor, que es mas poderoso que la muerte; aquella caridad, que es benigna, sufrida y

amable; aquel celo que penetra en todas partes, ejerciendo beneficios, que desconoce el negligente, pero que se complace en recibir. La literatura debe á los Padres de la Iglesia modelos para todos los géneros; y si alguna palabra de criminal desprecio salió de la boca de hombres como Lutero, preciso es convenir en que las pasiones son injustas, es avieso el sentir de los díscolos, incompetente su dictámen, es temerario su juicio; y las pretensiones y los cálculos, y el espíritu de terquedad y de libertinaje son malos auxiliares para la crítica: todo lo agostan, todo lo consumen, lo manchan, corrompen y disuelven todo, sembrando la desventura y propagando el escándalo por do quiera. Tal es la historia de los extravíos del entendimiento humano.

Pero se dirá que son voluminosas las obras de los Padres, y que no pueden ser manejadas sin gran dispendio de tiempo. Jamás se emplean mejor las horas, que cuando se estudia bien lo bueno, contemplando la grandeza de una produccion y la felicidad de su desempeño. Además, aquellas obras son para consulta-

das, para leer diariamente una hora, media ó lo que permitan estudios mas perentorios; pero conviene sobremanera familiarizarse con la lectura de los Padres, porque ellos son los maestros de la disciplina, del buen espíritu, de un saber prudente y sóbrio; en especial de aquella elocuencia que arrastra, que persuade, que mueve y triunfa de las pasiones despues de haber adoctrinado á los hombres. No debe tratarse de tiempo, cuando es indisputable el provecho, que por cierto es muy grande el que resulta de estudios de esta naturaleza. Además, son tantos los géneros en que se ensayaron los Padres, lo hicieron con tal variedad de estilos, de gustos y de tonos, que cada lector puede buscar el género y las formas que mas se acomoden á su carácter y aficion. Lo mismo se dice respecto de las materias y cuestiones. Puede estudiarse un tratado con preferencia á otro; examinarse una cuestion, investigar el verdadero sentido de un pasaje de la Escritura, consultar, confrontar á un Padre con otro y tomar nota de la concordancia en los testimonios, ó

de la diversidad de sentencias, de las observaciones particulares, ó de la aplicacion á que se presta la doctrina enseñada. Téngase en cuenta la época en que escribió tal Padre, el motivo que le movió á tratar de una materia determinada, las circunstancias que le rodeaban, el estado político y literario de sus tiempos; si era apologista, si refutaba ó combatía, quiénes eran sus adversarios, lo que sostenían, la forma en que lo practicaban, las armas y recursos que adoptaron. En fin, diverso es tambien el juicio que debe formarse de la sentencia de los Padres, cuando trataron *ex professo*, y con todo rigor lógico una materia, de cuando enseñaron familiarmente, ó bajo las formas oratorias, de suyo mas latas, menos precisas, y facultativas que las puramente filosóficas.

En cuanto á las opiniones de los Padres en cuestiones curiosas, problemáticas, en aquellas materias de pura ciencia humana, y en las cuales se habla de cosas sujetas á las disputas de los hombres, no tienen mas valor que el fundamento en que se apoyan, ni dan

precio alguno al argumento de discordancia que contra ellos se quisiera esforzar. Los pareceres acerca de estas cosas, por diversos é infundados que fueran, nada probarian en pró de los adversarios de la doctrina y de la tradicion. Cuando los católicos alegan el testimonio de los Padres, entiéndase que hablan de lo relativo á la fé, á la unidad, á la catolicidad; y por cierto que se fundan en el acuerdo unánime de sus maestros, sabiendo discernir entre la certeza indeclinable de un argumento de uniformidad, y entre la mayor ó menor probabilidad que ofrecen las razones alegadas en puntos de discrepancia, y ajenos á la fé católica.

Los Padres de la Iglesia, por ser fieles á la doctrina y á la tradicion, no renunciaron el derecho racional de hablar y discutir en todo género de materias, ni mucho menos el que tenían á instruirse y comunicar los conocimientos adquiridos: así es que en las cosas dudosas hablaron con libertad y hacian valer sus sentencias cuanto cumplia á su razon, á su ingénio y recursos. Todo esto prueba que

pensaban con justa independencia, que hablaban con decorosa templanza, y que escribían en el tono propio de su carácter y gusto literario. Si así no fuera, los mismos que demasiado exigentes ahora quisieran ver en los Padres unanimidad en todo, hasta en lo opinable, en lo dudoso, en lo problemático, aun en materias físicas y astronómicas; esos mismos declamarían lastimándose sentidamente del espíritu de *servilismo*, que había dominado la pluma de los maestros de la Iglesia. Hicieron, pues, lo que hacen todos los hombres que saben no abusar de su razón: la ensayaron, procuraron perfeccionarla y ensanchar la línea de sus conocimientos. ¿Podrá culpárseles porque vieron de diverso modo acerca de muchas cosas que quedaron entregadas á las disputas de los hombres? ¡Harto sienten los protestantes que los testigos de la *Tradición* convengan en sus deposiciones relativas á la Iglesia Católica! La apología de los Padres de la Iglesia son las páginas que escribieron: léanse con imparcialidad, y se conocerá el mérito que las distingue.

--*Manual del seminarista.*--*Antolin Monescillo.*

PALABRA DE DIOS.—La palabra de Dios es nuestra luz, nuestra medicina, nuestro mantenimiento y nuestra guia. Ella es la que hinche nuestra voluntad de buenos deseos, y con esto nos ayuda á recoger el corazon cuando está mas distraido, y á despertar la devocion cuando está mas apagada y mas dormida. Con ella se excusa la ociosidad, que es madre de todos los vicios. Finalmente así como para la conservacion de la vida natural es menester el mantenimiento corporal, así tambien lo es la palabra de Dios. Por lo cual dice San Gerónimo: «que el pasto del alma es meditar en la ley del Señor noche y dia.» Porque con este ejercicio se apacienta el entendimiento con el conocimiento de la verdad, y tambien la voluntad con el amor y gusto de ella.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PALABRA DE DIOS.—Todas las cosas obra y puede, como el mismo Dios, pues es instrumento suyo: y así con mucha razon se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Y así la palabra de Dios resucita los muertos, reengendra los vivos, cura

los enfermos, conserva los sanos, alumbra los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos y anima los desconsolados. Finalmente, ella es aquel maná celestial que tenía los sabores de todos los manjares: porque no hay gusto ni afecto que una ánima desee tener que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado y se mueve á penitencia el duro, y se derrite mas el que está blando. Muchos de estos efectos explicó en pocas palabras el Profeta (Ps. XVIII.) cuando dijo: La ley del Señor es limpia y sin mácula: la cual convierte las ánimas. El testimonio del Señor es fiel y verdadero: el cual dá sabiduría á los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas: las cuales alegran los corazones. El mandamiento del Señor es claro y resplandeciente, y alumbra los ojos del ánima. El temor del Señor permanece santo en los siglos de los siglos: y los juicios de Dios (que son los decretos de sus leyes) son verdaderos y justificados en sí mismos; los cuales son mas para desear que el

oro y las piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. En las cuales palabras el Profeta explicó muchos efectos y virtudes de la ley y de las palabras de Dios: y en cabo declaró no solo el precio y dignidad de ellas, sino tambien la grande suavidad que el ánima religiosa y pura recibe con ellas. De lo cual dice en otro salmo (CXVIII.) ¡cuán dulces son, Señor, para el paladar de mi ánima vuestras palabras! Mas dulces son para mí que la miel. Y no contento con estas alabanzas, declara tambien en el mismo Salmo el amor, el estudio, la luz y sabiduría que alcanzan los que en esta divina leccion se ejercitan, diciendo así: ¡cuán enamorado estoy, Señor, de vuestra ley! Todo el dia se me pasa en meditar en ella. Ella me hizo mas prudente que todos mis enemigos: ella me hizo mas sábio que todos mis maestros; por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideracion de ella, ella me hizo mas discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardalla.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PALABRA DIVINA.—Cimiento de firme esperanza.—*El Incógnito.*

PALABRAS DIVINAS.—Regalo y virtud del corazon humano.—*El Incógnito.*

PANTEISMO.—El panteismo no es mas que un ateismo disfrazado. Afirmar que Dios es todo y que todo es Dios; que no existe mas que una sustancia, y que todo cuanto vemos, aunque parezca múltiple, es una manifestacion de la misma; en esto consiste el panteismo: y esto es negar la existencia de Dios. Porque si Dios se confunde con la naturaleza, si forma con esta una misma y sola sustancia, no hay Dios en el verdadero sentido de este nombre; no hay la naturaleza, hay una fuerza secreta que se desenvuelve bajo diversas formas, mas no es un sér inteligente, libre, todopoderoso, infinito, distinto del universo, que es lo que entendemos por la palabra Dios.....

Admitido el sistema panteista, todo es todo; no hay mas que unidad é identidad; la distincion, la diversidad, la opinion son apariencias. Pues bien; de tal doctrina resulta

que nuestro espíritu es esencialmente falso; que en esa unidad hay una contradicción continua; pues que la inteligencia, fenómeno de esa unidad, tiene todas sus ideas en un sentido contradictorio á la unidad misma.

Hay en nuestro espíritu la idea de distincion: la fórmula general de los juicios negativos: A *no* es B, es esencial á nuestra inteligencia; sin esto no percibiríamos ni el mismo principio de contradicción. Si en la realidad todo es uno, tenemos que el juicio A no es B, es pura ilusión; y así hay una oposición permanente entre la idea y la realidad.

En el sistema panteísta todo es necesario: no hay nada contingente: cada cosa en apariencia individual, no es mas que un fenómeno, una manifestación *necesaria* de la sustancia única; es así que nosotros tenemos la idea de lo contingente; luego hay contradicción entre la idea y la realidad.

Siendo todo uno, no hay extremos distintos; luego no hay relaciones posibles, y si únicamente apariencia de ellas. Nosotros tenemos idea de relaciones, y muchas de nuestras

ideas son relativas; resulta pues, otra contradicción entre la idea y la realidad.

El panteísmo destruye todas las sustancias; excepto la infinita: lo finito pues, será solamente una apariencia, una fase de lo infinito. Nosotros tenemos idea de lo finito; hay pues una nueva contradicción entre la idea y la realidad.

El orden en el sistema panteísta es un absurdo. El orden es la conveniente disposición de cosas *distintas*, que conspiran á un mismo fin. No habiendo mas que unidad, no hay cosas *distintas*, no hay *fin distinto* á que puedan conspirar; y entonces es pura ilusión la idea de orden, una de las mas fundamentales de nuestro espíritu en sus relaciones con la vida comun, con las ciencias y las artes.

La libertad de alvedrío, esa facultad preciosa que tanto ennoblece al hombre, ese patrimonio de cuya posesion nos cerciora la conciencia, el panteísmo nos la arrebató, la aniquila. Nos parece que somos libres, pero esto es una ilusión; los actos libres son manifestaciones necesarias de la sustancia única, que se

va desenvolviendo en infinitas séries, cuyos términos están ligados por una ley inmutable. Así el hombre pierde la conciencia de su libertad, y hasta de su espontaneidad; está condenado á mirarlo todo como ilusion; y á considerarse á sí mismo como un puro fenómeno, como una ligera ráfaga de luz en el piélago de la sustancia única, como una leve centella, que brilla un momento sin saber por qué ni para qué, y que con la muerte se apaga para no brillar nunca jamás. El corazon se acongoja con la simple exposicion de una doctrina tan desolante: fortuna que la razon y la experiencia la anonadan, y que el sentido comun de la humanidad, y el sentido íntimo de cada hombre la rechazan de una manera invencible.

No; el hombre no puede negar su unidad, su espontaneidad, su libertad de alvedrío; no puede resignarse á considerar su existencia como un mero fenómeno de una sustancia única. Hasta los sentimientos mas nobles del corazon se sublevan contra el panteísmo. El amor, la amistad, la benevolencia,

la gratitud, el respeto, la veneracion, la admiracion, el entusiasmo, nada-significan en el sistema panteista: si el *yo* es todo y todo es el *yo*; sino hay mas que una sustancia única; amando, agradeciendo, respetando, venerando, admirando, no dirigimos estos actos á *otro*; es uno mismo el sér que lo hace todo en sí y para sí; esta variedad de relaciones de unos sujetos á otros, es pura ilusion; no hay mas que un sujeto; quien ama se ama á sí propio; quien admira, á sí mismo se admira; no hay mas que el gran *todo* que lo hace *todo* para el *todo*.

La experiencia del mundo corpóreo no es menos contraria al panteismo que la de los fenómenos de conciencia. El único medio de comunicacion con el mundo corpóreo son los sentidos: ¿y dónde está la unidad que nos ofrecen? No hay una sensacion sola, sino muchas, distintas, diferentes, opuestas; que se ligan en varios grupos, y se dividen y subdividen de mil maneras: ¿dónde está, pues, la unidad de los objetos que nos las causan?

Pero hay todavía otra razon mas funda-

mental. La base de nuestras relaciones con el mundo corpóreo, es la intuición de la extensión: si el mundo no es extenso es una ilusión; si nosotros no tenemos la idea de la extensión, cesan nuestras relaciones con los cuerpos. Admitida la extensión, es preciso admitir la multiplicidad; pues que en la idea de extensión entra el constar de partes distintas, luego en toda extensión hay multiplicidad.

Si los panteístas replican que la extensión no es sustancia y que por tanto su multiplicidad es solamente de modificaciones, replicaremos lo siguiente. Una modificación no es tal, sino porque modifica la sustancia, esto es, le dá un cierto modo de sér. Ahora bien; siendo la extensión una modificación, ó lo será de una sustancia compuesta ó de una simple: si de una compuesta, tenemos ya una sustancia compuesta; y como las partes componentes no pueden ser modificaciones, pues la sustancia es sujeto, no un conjunto de modificaciones, inferiremos que estas partes son sustancias, y así los panteístas caen en la doctrina común, que admite la multiplicidad de las sustancias;

si el sujeto de la extension es simple, tenemos que hay en una sustancia simple un modo de sér esencialmente multiplicador, la extension: luego lo uno será uno y múltiplo á un mismo tiempo, lo que es contradictorio.

La comunicacion con los demás hombres nos atestigua que hay otras inteligencias semejantes á la nuestra: en el sistema panteista es preciso decir que todas esas inteligencias son una sola, están en una misma sustancia, y no son mas que modificaciones de ella. Esto es contra la razon, la experiencia y el sentido comun.

¿Cómo prueban los panteistas que mi conciencia es la de otro hombre? ¿Hay alguna señal de unidad? no; por el contrario, todo manifiesta distincion y diversidad. Él entiende cosas que yo no entiendo, yo entiendo otras que él no entiende; él quiere lo que yo no quiero, yo quiero lo que él no quiere; actos que á él le agradan, á mí me disgustan, actos que á mí me gustan, á él le desagradan; lejos de hallarse indicios de unidad é identidad, preséntase por todas partes la distincion, la diversi-

dad, la oposicion: ¿quién será capaz de confundir en un solo sér cosas tan varias, tan contradictorias y muchas de ellas existentes á un mismo tiempo?

El estudio del *yo*, lejos de conducir á la confusion con los demás, obliga á reconocer un principio simple, con actividad espontánea, exclusivamente propia; con una conciencia in-comunicable á otro sujeto, sopena de ser destruida. Á esos séres que llamais idénticos al mio, trasladadles mis pensamientos y afecciones, y desde aquel momento mi conciencia desaparece: yo puedo por medio de la palabra dar á conocer lo que pasa dentro de mí; pero el mismo fenómeno individual no lo puedo separar de mí: si lo separo lo aniquilo.

¿Y qué diremos del sentido comun? Sed panteistas con los demás hombres; decidles: yo soy tú, y no solo soy tú sino que soy todos los hombres de todo el mundo y de todos los siglos pasados y venideros; lo que todos piensan lo pienso yo; lo que yo pienso lo piensan todos; en la apariencia hay distincion, variedad, oposicion; pero en el fondo hay solo uni-

dad, identidad. ¿Creeis que se puede hablar de esta suerte sin incurrir en la nota de loco? ¡Triste filosofía, que empieza por una paradoja condenada por la humanidad!

Al examinar tamaños extravíos de algunos filósofos, parece que nos hallamos en medio del antiguo caos, cuando no habia luz, cuando todos los elementos andaban confusos y revueltos en medio de espantosas tinieblas. ¿Quién ha resucitado en algunas escuelas modernas esas extravagancias de otras antiguas? ¿Quién ha soplado ese vértigo sobre las cabezas de algunos filósofos en Alemania y Francia? ¡Ah! los hombres marchaban en paz bajo las ideas cristianas; y el orgullo, levantando su cabeza, ha negado la obra de Dios, y ha querido escalar el cielo; desde aquel momento han renacido los errores que yacian sepultados en el polvo de las ruinas paganas; y la Europa ha visto con asombro y consternacion proclamarse en alta voz los mayores delirios.

—*Metafísica.*—*Jaime Balmes.*

PANTEISMO.—En el dogma panteístico, todo lo que existe, es parte integrante de Dios;

Dios es todo lo que existe; de cuya confusion exótica y extravagante viene á resultar, que ni Dios es Dios, ni el mundo es mundo, ni el hombre es hombre.—*Juan Donoso Cortés.*

PASION.—La de nuestro amantísimo Salvador es la obra que enciende la caridad de los tibios, confirma la esperanza de los flacos, alivia los trabajos de los tristes, confunde la altivez de los soberbios, reprende la codicia de los avarientos, condena los deleites de los regalados, y finalmente, es el cuchillo y condenacion de todos los vicios.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PASION DE JESUCRISTO.—Dice San Agustin que no hay cosa mas útil para alcanzar la salvacion eterna que el pensar cada dia en las penas, que sufrió Jesucristo por nuestro amor. Ya antes habio escrito Orígenes que ciertamente no puede reinar el pecado en aquella alma, que considera á menudo la muerte de su Salvador. Reveló tambien el Señor á un solitario que no habia ejercicio mas á propósito para encender en un corazon la llama del amor divino, que el meditar la pasion de

nuestro Redentor. Por esto decia el Padre Baltasar Alvarez que la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesucristo lleno de dolores y trabajos, es la ruina de los cristianos, y esto le movia á decir á sus penitentes que no pensasen que hubiesen hecho cosa alguna, sino llegaban á tener siempre fijo en el corazon á Jesús crucificado.—*Antonio María Claret.*

PATRIARCA SAN JOSÉ.—Dice San Juan Crisóstomo que fué un hombre raro y peregrino, adornado de tales dones, excelencias y privilegios y tan rico en todo género de virtudes, que no se hallará hermosura, gracia y bendicion del cielo en un alma escogida por la mano de Dios, que no estuviese en José en un grado soberano. No fué este justo como un ángel de inferior orden ó de infima gerarquía destinado á comunes y ordinarios ministerios: fué un espíritu elevadísimo de los que asisten al trono de la Majestad, familiar del Rey de la gloria, secretario de los consejos eternos, un privado de la mayor confianza, un querubin con espada en mano para guardar el paraíso de las delicias de Dios, y un serafin encendi-

do en vivas llamas de amor, cuya actividad de rayos, de claridad y de divino fuego aun por reverberacion ó por reflejo no lo puede sufrir la debilidad de nuestra vista. No basta representarse el alma de José como un Olimpo de enorme elevacion, á cuya cumbre no llegan las tempestades y huracanes: es menester añadir que tambien es un cielo siempre claro, siempre sereno, siempre luminoso, despejado de toda nube y de los mas ligeros vapores que exhala continuamente la baja y grosera region de los mortales. Yo no puedo negar que fué hijo de Adan y rama de un tronco inficionado; pero bien presto le libértó la gracia de aquella mancha vergonzosa, y santificado cual otro Jeremías en el útero materno, cuando vió la luz del mundo, no salió como hijo de ira y de maldicion, sino como fruto precioso del árbol de la vida, como encanto de los ángeles, como asombro de los hombres, como ornamento del mundo. El Espíritu Santo que le habia destinado para esposo de su misma Esposa y para guarda y custodio del divino Verbo, tomó el empeño de

trazar en este lienzo pinceladas tan finas, rasgos tan delicados, que los hombres tuviesen siempre que admirar sus perfecciones, pero no llegasen jamás á comprenderlas. Él le buscó entre millares y le cortó á medida de su corazon para manifestarle los arcanos de su pecho y los mas escondidos misterios de su sabiduría. Él derramó la gracia en sus lábios, la miel y la leche en su lengua, la claridad en su frente, la modestia en sus ojos, la dulzura en sus entrañas, la limpieza en sus manos y todas las bendiciones en su cuerpo y en su alma. No fuera fácil persuadirnos de la noble ilustracion de su entendimiento, de la vasta y prodigiosa extension de sus luces, sino tuviéramos el testimonio de los Santos Crisóstomo, Dionisio y Agustin, quienes sin detenerse le clasifican el mayor sábio de la ley, el mayor doctor de la Sinagoga, el hombre de mayores noticias y conocimiento entre los eruditos de su tiempo. Pero ¿qué mucho? Una sabiduría infusa comunicada de arriba suplió las tareas del estudio, y sin revolver libros ni cursar escuelas, con solo prestar oído á la voz de la verdad

y al magisterio del cielo se halló formado el mas insigne filósofo y el teólogo mas profundo, es decir, un comprensor de los abstrusos senos de la naturaleza y un espectador de los inefables misterios de la gracia. Su corazón criado para amar al Sumo Bien, jamás recibió impresion bastarda por parte de las criaturas, ni su voluntad se sintió tentada de objeto alguno embarazoso que pudiera impedir ó retardar el vuelo de su espíritu.—*Colección de pagniricos originales.*—Fr. Vicente Hernandez.

PAZ.—No se puede ponderar cuán amigo es Cristo nuestro Señor de la paz, pues la primera palabra, que pronunció por medio de los ángeles, cuando entró en el mundo, fué dar paz á los hombres; y estando en el mundo, dijo á sus discípulos: Mi paz os doy. Y saliendo del mundo: Mi paz os dejo, ganada por mi pasión y muerte (S. Juan, XIV. 27). De donde se colige bien, que en vida y en muerte ninguna cosa dejó este Señor tan encomendada como la paz, y por haber causado el pecado grandes enemistades entre Dios y los hombres, quiso Cristo nuestro Señor por dejarnos

en paz con el Padre Eterno, recibir los golpes de su justicia rigurosa sobre aquella sagrada humanidad, rasgada por mil partes, y poniéndose en medio, decir: Paz.—*P. Tomás de Villacastin.*

PECADO.—Guerra campal contra Dios.—*Santa Teresa de Jesús.*

PECADO.—Locura extrema y mal sumo.—*El Incógnito.*

PECADO.—Porque el pecado causa innumerales males en el alma, siempre le ha de mirar el hombre como enemigo mortal.—*El Incógnito.*

PECADO.—Tela que urdieron nuestros primeros padres, y los pecadores tejen; que cubre los ojos para no ver la luz; mas ni defiende del fuego interminable, ni del frio sempiterno.—*El Incógnito.*

PECADO.—Por mucho que ahonde el hombre en el abismo sin fin de la sabiduría, por alto que se remonte en la investigacion de los mas recónditos misterios, ni se remontará tanto, ni ahondará tanto que sea poderoso para rodear con sus ojos el grande estrago de aque-

lla primera culpa, en la que todas las siguientes estaban encerradas como en su fertilísima semilla. No: no puede el hombre, no puede el pecador, ni concebir siquiera la grandeza y la fealdad del pecado.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y á la tierra de abrojos. Él fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. Es el que cavó el sepulcro de las ciudades mas inclitas y llenas de gente. El presidió á los funerales de Babilonia, la de los ostentosos jardines, de Nínive la excelsa, de Persépolis, la hija del sol, de Menfis, la de los hondos misterios, de Sodoma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalem la ingrata, de Roma la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres; y lo que es mas todavía, y lo que ningun entendimiento puede concebir ni ningun vocablo expresar, él ha sacado

lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo cordero que subió á la cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reir, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar; y lloraba porque tenia puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalén, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los piés en el huerto, y el horror del pecado era el que ponía en él aquella turbacion insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecador era el que hacia brotar en su frente aquellos extraños sudorés. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó; el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.—*Juan Donoso Cortés.*

PECADO MORTAL.—Infierno del alma.—*El Incógnito.*

PECADOS.—Enfermedad del alma, que todo lo perturba.—*El Incógnito.*

PECADOS.—Pérdida de las riquezas divinas.
—*El Incógnito.*

PECADOS.—Tinieblas oscuras que ahuyentan la luz de la gracia.—*El Incógnito.*

PECADOS.—Ataduras del alma.—*El Incógnito.*

PECADOS VENIALES.—Aunque no apagan la caridad, apagan el fervor de ella y disponen para su muerte; además de esto oscurecen el alma, impiden la devoción, desmayan el corazón, cortan el hilo de los buenos ejercicios, distraen al hombre, y ponen como una nube entre Dios y él.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PECADORES.—Enemigos de Dios.—*El Incógnito.*

PENAS DE JESUCRISTO.—Satisfacción de nuestras culpas.—*El Incógnito.*

PENITENCIA.—Camino de virtuosos y fuertes.—*El Incógnito.*

PENITENCIA Y HUMILDAD.—Caminos del cielo, de los cuales se desvian regalones y altivos.—*El Incógnito.*

PÉRDIDA DE DIOS Y SOLICITUD POR HALLARLE.—No hay una cosa que haga mas evidente la ignorancia lastimosa en que el hombre se

encuentra muchas veces, respecto á su verdadero bien, que el ningun pesar con que le pierde y la poca diligencia que emplea para recobrarle. Nuestro único, nuestro soberano bien es Dios, y nosotros le perdemos frecuentemente por la culpa, no solo sin dolor, sino á veces con una ánsia frenética y con una alegría insensata. Despues de haberle perdido, pasan los dias, los meses y aun los años, llega quizás la hora de la muerte, sin que en nosotros se despierte ni un ligero pesar por esa pérdida, ni la mas moderada solicitud para repararla. Si se trata de la pérdida de la salud, de las riquezas y comodidades, ó de la honra y de los puestos y dignidades, ¡qué empeño en evitarla! ¡qué inquietud para reponerla! Se sacrifica la tranquilidad y el reposo, se interesa á los amigos, se vela sobre los enemigos, se implora el favor, se interponen las recomendaciones, se halaga el orgullo ajeno mortificando el propio, nada se omite, en nada se escrupuliza. Pero trátase de la pérdida de Dios, que bien pudiéramos evitar con un poco de vigilancia, de mortificacion, y de

oracion, y todo, aunque suave y fácil en sí, nos parece tan pesado y repugnante, que por no sujetarnos á hacerlo, preferimos perder á Dios. Despues de haberle perdido, su justicia pudiera ser terriblemente severa para con nosotros, obligándonos á pasar por largas y penosas pruebas, antes de volver á admitirnos en su gracia; y ciertamente es tan grande la majestad, tan alta la dignidad de gozar de su amistad, y tan profunda nuestra propia miseria, que ningun esfuerzo nos deberia parecer árduo, ni costoso cualquier sacrificio que se nos exigiese para recuperar la posesion de Dios. Sin embargo, sucede muchas veces lo contrario; y por no practicar las fáciles diligencias que son necesarias para reconciliarse con Dios, no son pocos los que yacen largo tiempo en el cieno de la culpa, corrompiéndose cada dia mas como un cadáver arrojado en el muladar.

En vista de esto, nada podia ser mas conveniente que recordarnos frecuentemente, como lo hace la Iglesia en el quinto misterio del Rosario, el triple ejemplo que nos dió la

Santisima Virgen, de dolor por la pérdida de su divino Hijo, de incansable y esquisita diligencia para buscarle, y de gozo inefable despues de haberle hallado. No habia culpa ninguna de parte de nuestra Señora en la pérdida del niño Jesús, y sin embargo, cuando le echa de menos, no solamente se aflige porque le falta el objeto mas santo y querido, sino que se sobresalta pensando que acaso Ella ha causado, con alguna ofensa ó defecto en el servicio de su Dios, aquel doloroso retiro de su Amado. En nosotros, por el contrario, está toda la culpa cuando perdemos á Dios, y sin embargo, no sentimos esa pérdida, ni aborrecemos aquellas faltas que la han ocasionado. María no sosiega, mientras no halla á su divino Hijo. Corre, pregunta, suspira, busca por todas partes, no omite diligencia alguna; y cuando todas las que practica resultan inútiles, en los dos primeros dias despues de la pérdida del Niño, su corazón, oprimido del mas intenso dolor, no encuentra mas alivio que el de un llanto inconsolable. Sus lábios no saben pronunciar otro nombre

que el de Jesús, llamándole con todas las fuerzas de su alma; y sus ojos, nublados por el llanto, no aciertan á separarse del cielo donde los tiene clavados, haciendo con toda resignacion á Dios el sacrificio de su profunda pena. Nosotros ni buscamos á Dios, ni preguntamos por Él, ni le llamamos, ni ocurrimos al cielo, prefiriendo al estado de gracia en que Jesús estaría con nosotros, los locos devaneos, los frívolos intereses y las ponzoñosas satisfacciones de la carne y del mundo. En fin, la Santísima Virgen encuentra á su divino Hijo. Desde que de lejos se descubre, su corazon palpita, y corre desalada á abrazarle, y no se cansa de verle, ni puede resolverse á separarle de su pecho, reconviniéndole dulcemente por la pena en que le ha puesto su separacion. Nosotros si conociéramos lo que es Dios, cuánta es la necesidad que tenemos de su asistencia, y cuán graves males acompañan á la pérdida de su gracia, no podríamos estar quietos, careciendo de ella, ni siquiera por un momento. Quehaceres, conversaciones, pasatiempos, todo lo dejaríamos por buscar al Señor para

reconciliarnos con Él. No nos detendrían los respetos humanos, ni haríamos caso de cualesquiera inconvenientes, antes bien venceríamos todos los obstáculos, con el fin de recuperar cuanto antes la gracia perdida; y una vez hallado de esta manera nuestro Jesús, nos arrojáramos á sus piés, y sin aguardar á que Él nos reconviniere por haberle dejado, nuestras lágrimas y suspiros le habrían dado la satisfaccion debida por nuestra pasada infidelidad. Procuraríamos estrecharnos con Él, evitando con cuidado todo aquello que pudiera ser ocasion de perderle nuevamente.

¿Quién duda que si la Santísima Virgen fué puntual, amorosa y tierna en el amor y servicio de su divino Hijo antes de perderle en Jerusalem, despues de hallarle en el Templo se excederia á sí misma, si podemos emplear esta expresion, para obsequiar y complacer á su Dios? En la pérdida de un objeto precioso y querido, conocemos mejor lo que vale, y si lo-gramos recuperarle, sabemos apreciarle mas y guardarle mejor en lo sucesivo. Es verdad que María llena de gracia é inundada de luces

celestiales, no tenia necesidad de perder al Niño Jesús, para saber lo que valia aquel tesoro, ni su corazon de madre, lleno de los mas puros y elevados sentimientos, habia menester aquel dolor, para experimentar el mas fino amor hácia su divino Hijo. Pero, sin embargo, la experiencia de la pérdida, sino fué motivo, fué sí ocasion de que por decirlo así, se duplicase el incendio de caridad en que ardía el alma bienaventurada de María, y de que creciesen á proporcion los esfuerzos de nuestra Señora, por agradar mas y mas á su Dios.

¡Qué leccion para aquellas personas que han tenido la felicidad de reconciliarse con Dios, despues de haberle ofendido! ¡Hallaron como María á Jesus, despues de una pérdida funesta! ¡Pues, cómo pueden poner restricciones á su amor! ¿Cómo es tan tibia su gratitud? ¿Cómo tan escaso su gozo? ¿Cómo tan débiles y limitados sus esfuerzos para servirle y agradarle? Esto ciertamente no se comprende. Que no amen á Dios los que no conocen su inmensa bondad, ó que se descuiden en complacerle los que no saben por experiencia

cuán amarga es la soledad del alma que le ha perdido, se comprende fácilmente; pero es inexplicable que las personas que han hecho la experiencia de la amabilidad de Dios por una parte y de la pena de su ausencia, puedan llegarse al Señor con tibieza y estar en su acatamiento con frialdad é indiferencia. Esas almas no debían contentarse ni con las acciones ordinarias, ni con las demostraciones comunes, para manifestar á Dios su amor y agradecimiento. Contemplando la misericordia infinita que las ha sacado, por un prodigio de la gracia, del abismo en que las habia precipitado la culpa, no sería mucho para corresponder á Dios, que pasasen toda su vida en un éxtasis de amor de Dios.

No queremos por eso decir que tales personas estén todo el día en las Iglesias, ó que abracen todas ellas la vida contemplativa; pues como ya se ha explicado en otra parte, bien se puede amar y servir á Dios en todos los estados, obsequiándole con todas nuestras acciones, por ajenas que parezcan del culto. Siguiendo esta idea, las almas que han tenido

la felicidad de convertirse, bien pudieran, en la condicion en que Dios las ha puesto, santificarse á sí mismas y contribuir á la santificacion de sus prójimos, procurando que todos sus pensamientos, palabras y obras, fuesen animadas y dirigidas por el amor de Dios, y que sirviesen como una manifestacion permanente de su gratitud, por el beneficio inmenso de su propia conversion. Así la modestia de su traje, el recato de su mirada, la medida de su conversacion, el desinterés de sus servicios, la puntualidad en el cumplimiento de todos sus deberes, la devocion sin zalamería, la jovialidad sin descompostura; cada una de estas cosas seria por sí una exhortacion al bien, estimulando á los que están en el buen camino para que avancen en él, y atrayendo á los que están fuera. Y todas esas cosas reunidas mejor que el concierto de las voces mas armoniosas formarian un himno de gratitud, en que Dios tendria sus complacencias, la Iglesia sus delicias, los justos edificacion, los pecadores ejemplo. Así el que nos dió la Santísima Virgen, en el quinto misterio del Rosario, se-

rá bien imitado; y esta imitacion, recomen-
dándonos con nuestra Señora, atraerá sobre
nosotros nuevas y abundantes bendiciones del
cielo.—*El Rosario meditado.*—José Antonio
Ortiz Urruela.

PÉRDIDA DE LA GRACIA.—Perdiendo el hom-
bre la gracia, pierde el derecho á todos los
reinos y riquezas de Dios, pierde los dones del
divino Espíritu, pierde todas las virtudes, jo-
yas de inestimable precio y valor, pierde la
vida de su alma, tanto mas preciosa que la
del cuerpo, quanto vá del rico diamante al
barro súcio y del estiercol á las estrellas. *Te
ipsum miseré perdidisti*, dice San Cipriano, ¿y
de qué le aprovechará ganar todo el mundo
(Matth. XVI. 26) si él se pierde miserable-
mente? Pierde á su Dios, y con él la alegría
de su corazon, la robustez y firmeza de su al-
ma. Entrarán en ella luego, y sentarán allí su
trono sus mas fuertes enemigos, la muerte y
el pecado.—*Discursos predicables.*—Ven. Fr.
Gerónimo Bautista de Lanuza.

PERFECCION.—La de la vida cristiana consis-
te en la perfeccion de la caridad: por lo cual

el Apóstol en un lugar (Coloss. III.) la llama «Vínculo de la perfeccion,» y en otro (1. Tim. I.), «Fin de toda la ley.» La razon de esto es, porque, como dice Santo Tomás: entonces una cosa está en toda su perfeccion, cuando ha llegado á su término y al último fin para que fué criada.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PERSECUCION DE DIOCLECIANO EN ESPAÑA.—El año doceno de su imperio movió guerra muy cruel contra los cristianos, y vuelto á Roma, despues de las empresas sobredichas, ocho años adelante, apretó grandemente y embraveció con nuevos y muy crueles edictos: que fué el año de Cristo de trescientos y tres, en que fueron cónsules Diocleciano la octava vez, y Maximiano la setena, segun que lo refiere San Agustin. En aquellos edictos se mandaba echar por tierra los templos de los cristianos. Quemar los libros sagrados. Que los cristianos fuesen tenidos por infames é incapaces de las honras y oficios públicos. Añadióse despues de esto que diesen la muerte á los presidentes de las Iglesias. Grande fué este aprieto, cruelísima carnicería, en que murieron en Roma el

Pontífice Cayo y su hermano Gavino, con una su hija por nombre Susana. En Sevilla fueron acusadas y muertas las santas vírgenes Justa y Rufina, como quebrantadoras de la religion, por haber derribado por tierra la estatua de la diosa Salambona, que era lo mismo que Venus. En Tánger de la Mauritania martirizaron á Marcelo Centurion, natural de Leon de España. Lo que le achacaron fué, que por amor de la religion cristiana renunciara el cingulo, que era la insignia de soldado. Agricolao, Prefecto del Pretorio, fué el que le sentenció á muerte, cuyo nombre se lee no solo en nuestras historias, sino tambien en los Códices de Teodosio y Justiniano. Grande y señalado fué este santo mártir, así por lo que él padeció, como por doce hijos que tuvo; de quien se dice padecieron muerte todos por la verdad, bien que no en un mismo tiempo ni lugar. Quién pone en este cuento de los hijos del mártir Marcelo, á Claudio, á Lupercio, á Victoriano, á Emeterio, á Celedonio, á Servando, á Germano, á Acisclo y tambien á Victoria, todos mártires bienaventurados. Quién añade á los

Santos Fausto, Januario, Marcial. Demás de esto se entiende que Santa Marina padeció por este tiempo en Galicia, no lejos de la ciudad de Orense, donde está su santo cuerpo en un templo de su nombre, ocho millas de aquella ciudad. Todos estos, y otros muchos Santos padecieron en España por estos tiempos, antes que el impío y cruel Daciano viniese á ella enviado por Diocleciano su señor á derramar tanta sangre, como derramó, de cristianos: este con gran furor y rabia comenzando de los Pirineos, atravesó toda esta provincia por lo ancho y por lo largo, de Levante á Poniente, y de Mediodía á Septentrion. Parece que Daciano fué presidente de toda España por un mojon de términos que está entre las ciudades Beja y Évora, cerca de una aldea llamada Oreola, con estas palabras en latin.

Á nuestros señores, eternos, Emperadores Cato Aurelio Valerio Jovio Diocleciano, y Marco Aurelio Valerio Erculeo piadosos, felices, y siempre Augustos, término entre los Pacenses y los Evorenses, por mandado de Publio Daciano

V. P. Presidente de las Españas, de su deidad y majestad devotísimo.

En el cuento de los Santos Mártires que hizo morir Daciano los primeros fueron Félix y Cucufato, nacidos en África, pero que con deseo de adelantar las cosas del cristianismo eran venidos á España. Félix fué martirizado en Girona, Cucufato en Barcelona, donde padeció tambien Santa Eulalia vírgen, diferente de otra que del mismo nombre fué muerta en Mérida. En Zaragoza dió la muerte á Santa Engracia, Prudencio la llama Eneratis; desde lo postrero de la Lusitania pasaba á Ruisellon á verse con su esposo; pero antes que allí llegase le halló mejor y mas aventajado. Padecieron con ella diez y ocho personas que la acompañaban, fuera de otra muchedumbre innumerable de aquellos ciudadanos, que por la misma causa dieron las vidas; y por el cuchillo pasaron á las coronas y gloria. Sus cuerpos, porque no viniesen á poder de los cristianos, y no los honrasen, quemaron, junto con los de otros facinerosos. Pero las cenizas de los Santos se apartaron de las otras por vir-

tud de Dios, y juntadas entre sí las llamaron masa cándida, ó masa blanca. Prudencio refiere, que sucedió lo mismo á las cenizas de trescientos mártires que fueron muertos en África, y echados en cal viva el mismo dia que padeció San Cipriano, y que los llamaron masa cándida. Echaron otrosí mano, y prendieron al santo viejo Valerio, Obispo de Zaragoza, y al valeroso diácono Vincencio; y presos los enviaron á Valencia, para que allí se conociese de su causa. Pensaban que los trabajos del camino, ó el tiempo, serían parte para que mudasen parecer. Pasaron grandes trances. Últimamente Valerio fué condenado en destierro: en que pasó lo demás de la vida en los montes cercanos á las corrientes del rio Cinga. Por ventura tuvieron respeto á su larga edad, para no ponelle en mayores tormentos. Con Vincencio procuraron que mudase parecer, y entregase los libros sagrados, que era ser traidor, que así llamaban los cristianos á los que los entregaban, de la palabra latina *traditor*, que significa traidor y entregador. Pero como no le doblegase ni viniese en

hacer lo uno ni lo otro, emplearon en él todos los tormentos de hierro y de fuego que supieron inventar, con que al fin le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo por miedo de los moros, que todo lo asolaban, y profanaban, fué los años adelante llevado al Promontorio Sagrado que por esta causa se llama hoy Cabo de San Vicente. De donde últimamente en tiempo del rey D. Alonso, primero de este nombre, y primer rey de Portugal, por su mandado le trasladaron á Lisboa, ciudad la mas principal de aquel reino, segun que en su lugar se relatará mas por menudo. En Alcalá de Henares padecieron los Santos Justo y Pastor, tan pequeños, que apenas habian salido de la infancia. Matáronlos en el Campo Loable, en que el tiempo adelante en su nombre edificaron un suntuoso templo, ilustre al presente, por los muchos y muy doctos ministros y prebendados que tiene. Sus cuerpos en el tiempo que las armas de los moros volaban por toda España, se llevaron á diversos lugares, hasta que últimamente el año de nuestra salvacion de 1568, el rey D. Felipe II de las

Españas, de Huesca do estaban, los hizo volver á Alcalá, y poner en el mismo lugar en que derramaron su bendita sangre. Pasó la crueldad adelante; porque llegado Daciano á Toledo prendió á la vírgen Leocadia; la cual por miedo de los tormentos y el mal olor de la cárcel, junto con la pena que recibió con la nueva que vino poco despues del martirio de Santa Olalla la de Mérida, y de Julia su compañera, rindió su pura alma á Dios. El oficio mozarabe la llama Confesora, el romano Mártir, en que no hay mucho que reparar, porque antiguamente lo mismo significaban y eran confesores que mártires. Los monjes Benitos de San Gisten cerca de Mons á Henao, mostraban el sagrado cuerpo de Santa Leocadia; si de la española, ó de otra del mismo nombre, algunos los años pasados lo pusieron en disputa; pero ya no hay que tratar de esto, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la vérdad, cuando al mismo tiempo que escribiamos esta historia, de aquel destierro, con increíble concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas partes á la fres-

ta á 26 de Abril el año de 1587, fué restituida á su patria por diligencia y autoridad del rey D. Felipe II de España, clara muestra de su grande piedad y religion. — *Historia general de España.* — P. Juan de Mariana.

PERSECUCION DE SANTOS. — Avenida de agua, que muy presto pasa. — *El Incógnito.*

PERSECUCIONES. — Para que las persecuciones é injurias dejen en el alma fruto y garancia, es bien considerar, que primero se hacen á Dios que á mí; porque cuando llega á mí el golpe, ya está dado á esta Majestad por el pecado. Y tambien, que el verdadero amador ya ha de tener hecho concierto con su Esposo de ser todo suyo, y no querer nada de sí: pues si él lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros? El sentimiento habia de ser por la ofensa de su Majestad, pues á nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra de este cuerpo, que tan merecido tiene el padecer. — *Santa Teresa de Jesús.*

PERSEVERANCIA. — El bienaventurado San Agustin sobre aquellas palabras del Apóstol (Aug. Ser. 8 ad Frat. in erem. II ad Tim. 2,

5.) *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit.* No será coronado sino el que pelear legítimamente, dice, que pelear legítimamente es pelear con perseverancia hasta el fin, y ese es el que merece ser coronado. Y trae aquel dicho que es tambien de San Gerónimo, y comun de los Santos (Hier. lib. 1, contr. Jovi. et Epist ad Luhi) *Cæpisse multorum est, ad culmen pervenisse, paucorum.* El comenzar el camino de la virtud y perfeccion, es de muchos; pero el perseverar en él hasta el fin, es de pocos; como vemos en lo que aconteció á los hijos de Israel (Num. 1, 46, et cap. 14, 30) que fueron muchos los que salieron de Egipto: seiscientos mil dice la Sagrada Escritura, sin las mujeres y niños, y de todos ellos, solos dos entraron en la tierra de promision: *Non est igitur magnum inchoare quod bonum est; consumere, hoc solum perfectum est.* De manera que no es cosa grande comenzar lo bueno, ni está en eso el punto ni la dificultad, sino en el perseverar y acabar en ello. Dice San Efren (exort. ad pietatem.) que así como no es el trabajo del que edifica,

el echar los fundamentos, sino el acabar el edificio, y cuanto este mas sube y mas alto va, es mayor el trabajo y su costa: así tambien en el edificio espiritual, no está la dificultad en echar los fundamentos, y comenzar, sino en acabar. Y poco nos aprovechará haber comenzado bien, si no acabamos bien. (Hieron. epist. ad Furiam, Viduam.) *Non quærentur in Christianis initia, sed finis* (dice San Gerónimo) *Paulus malè cæpit, sed benè finivit: Judæ laudantur exordia, sed finis prodictione damnatur.* No habemos de mirar á los principios sino al fin. San Pablo comenzó mal, y acabó bien; Judas comenzó bien, y acabó mal. ¿Qué le aprovechó haber sido discípulo y Apóstol de Cristo? ¿Qué le aprovechó haber hecho milagros? Así, ¿qué os aprovechará á vos haber comenzado bien, si acabais mal? No á los que comienzan, sino á los que perseveran se promete el premio y la corona (Matth. X, 22.) *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.* Al fin de la escala vió Jacob que estaba el Señor, no al principio ni al medio; para darnos á entender, dice San Gerónimo,

que no basta començar bien, ni mediar, si no perseveramos, y acabamos bien. Y San Bernardo dice: (Epist. 155, ad Abbat. Garin.) *Quid prodest Christum sequi, si non contingat consequi. Ideo Paulus ajebat: sic currite, ut comprehendatis. Ibi tu Christiane fige tui cursus, profectusque metum, ubi Christus posuit suam. Factus est (inquit) obediens usque ad mortem. Quantumlibet ergo cucurreris, si usque ad mortem non perveneris, brabium non apprehendes.* Poned el término de vuestro caminar y perseverar donde Cristo le puso: del cual dice San Pablo (ad Phil. II, 8) que fué obediente hasta la muerte; porque por mas que corrais, sino es hasta morir, no alcanzáreis la corona.—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*—Ven. P. Alonso Rodriguez.

PERSEVERANCIA EN LA VIRTUD.—Si alguna vez nos viéremos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios y, «que no será »coronado sino aquel, que varonilmente peleare» (II, Tim. II.) Y si te parece que asáz tienes peleado y trabajado, acuérdate que está

escrito: «El que perseverare hasta el fin será »salvo» (Matth. X, 22 y XXIV, 13.) Porque sin perseverancia ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve, la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la cruz cuando se lo pedían los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra redencion. Por tanto si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte; pues el premio del Señor dura para siempre (Eccli. XVIII, 22.) No cesemos de hacer penitencia: no cesemos de llevar nuestra cruz en pos de Cristo; porque de otra manera ¿qué nos aprovechará haber navegado una muy larga y próspera navegacion, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Y no te debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios, que te amonesta que pelees, te ayuda para que venzas, y vé tus combates, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences. Y cuando te fatigaren los trabajos, toma este remedio. No

compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario; sino la tristeza que ahora sientes en la virtud, con la que sentirás despues de haber pecado; y la alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás despues en la gloria: y luego verás cuanto es mejor el partido de la virtud, que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides: porque muchas veces (como dice un sábio) nacen descuidos del buen suceso; antes debes estar apercibido, como si luego hubiesen de tocar la trompeta para otra: porque ni el mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y además de esto, el que comienza la buena vida, suele ser mas fuertemente tentado del enemigo, el cual no se precia de tentar los que posee con pacífico señorio, sino los que están fuera de su jurisdiccion. Así que en todo tiempo has de velar, y siempre estar alerta y armado en cuanto estuvieres en esta frontera. Y si alguna vez sintieres tu ánima herida, guárdate de cruzar luego las manos, y arrojar las armas y el escudo, y entregarte al enemigo; antes debes

imitar á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos y el dolor de las heridas no solamente no hace huir, mas antes los incita á pelear. De esta manera cobrando nuevo esfuerzo con la caída, verás luego huir aquellos de quien tú huías, y perseguirás á los que te perseguían. Y si por ventura, como acontece en las batallas, otra vez fueres herido; ni aun entónces has de desmayar, acordándote que esta es la condicion de los que pelean varonilmente: no que nunca son heridos, mas que nunca se rindan á sus contrarios. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido, sino el que siendo herido, perdió las armas y el corazon. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga; porque mas fácilmente curarás una llaga que muchas; y mas ligeramente curarás la fresca, que lá que está ya afistolada.

Cuando alguna vez fueres tentado, no te contentes con no obedecer á la tentacion; mas antes procura sacar de la misma tentacion motivos para la virtud; y con esta diligencia y con la divina gracia no serás peor por la

tentacion, sino mejor; y así todo servirá para tu bien. Si fueres tentado de lujuria ó de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean lícitos, y acrecienta mas á los santos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrecienta mas las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, tanto mas te humilla en todas las cosas. De esta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasion de mejorarte y de hacer obras buenas, él que siempre desea que las hagas malas. Huye cuanto pudieres la ociosidad; y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho; ni tan ocupado, que no procures en la misma ocupacion levantar tu corazon á Dios, y negociar con él.

—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PINTURA DE LA IGLESIA CATÓLICA.—Tended la vista por todas las propiedades de la Iglesia católica, y no habreis menester mas demostracion. ¡Qué hermosura la de su plan! ¡Qué concordia de principios! ¡Qué alteza de fin! ¡Qué prudencia de gobierno! ¡Qué suavidad de

doctrina! ¡Qué majestad de culto! ¡Qué equidad de preceptos! ¡Qué perfeccion de consejos! ¡Qué infalibilidad de oráculos! ¡Qué santidad de costumbres! ¡Qué ejercicio de virtudes! No se vé en esta Iglesia santa cosa que no huela á cielo. Todo es en ella armonía, todo suavidad, todo gracia. En lo que manda es discreta, en lo que prohíbe justa, en lo que permite equitativa. En la observancia rigurosa, en el castigo templada. Propone para nuestra creencia misterios profundos, pero no imposibles; pues, aunque, como dice San Pedro (II, III, 16) sean difíciles de entender, en nada repugnan á la razon y se deja entrever su verdad aun en su misma incomprensible celsitud; porque aunque escondidos y ocultos á la humana comprension, al proponerse manifiestan bien su carácter y que todo es en ella venerable y santo. No manda sino lo bueno, no prohíbe sino lo injusto. No adula á nadie, porque es soberana, y así al que se desordena le reprende como señora. Todo es en ella paz y serenidad; no hoy desórden ni confusion; los que siguen su conducta, es tanta la satisfaccion que ex-

perimentan, que casi gozan ya el fruto de la celestial Patria, y por la alegría que su conciencia les dá en este destierro, tienen ya en él una especie de paraíso. La fé les sirve para merecer el otro, creyendo las divinas verdades, y entretanto que llega, se glorían en sus virtudes.—*Saludable medicina para las dolencias del siglo.*—*Francisco Alejandro Bocanegra.*

PLACERES.—Los del alma son de un órden muy superior á los de los sentidos, y los justos pueden hallar en su inocencia, ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas, que todas las que producen los halagos del mundo.—*El Evangelio en triunfo.*—*Pablo de Olavide.*

PLEGARIAS DE POBRES.—Memoriales eficaces para Dios.—*El Incógnito.*

POBLACION SANTA DE LOS DESIERTOS.—Los cristianos, de quienes no era digno el mundo, acosados como bestias feroces en las ciudades, andan errantes en la soledad, buscan un refugio en los desiertos. Los yermos del Oriente, los arenales y riscos de la Arabia, los lugares

mas inaccesibles de la Tebaida, reciben aquellas tropas de fugitivos que se acogen á las mansiones de las fieras, á los sepulcros abandonados, á las cisternas secas, á las hoyas mas profundas, no demandando sino un asilo para meditar y orar. ¿Y sabeis lo que resulta de ahí? Los desiertos donde anduvieran errantes poco há los cristianos, cual granos de arena arrebatados por la tempestad, se pueblan como por encanto de un sin número de comunidades religiosas. ¿Cuál es la causa? Allí se meditaba, allí se oraba, allí se leía el Evangelio, y la preciosa planta brota por do quiera en el instante de llegar al suelo la semilla fecunda. ¡Admirables designios de la Providencia! El cristianismo perseguido en las ciudades, fertiliza y hermosea los desiertos: el precioso grano no ha menester para su desarrollo, ni el jugo de la tierra, ni el delicado ambiente de una atmósfera templada: cuando la tempestad le lleva por los aires en las alas del huracan, nada pierde de su vida; arrojado sobre la roca, no perece: la furia de los elementos nada puede contra la obra del Dios

que cabalga los aquilones; y no es estéril la roca, cuando quiere fecundarla el que hizo surgir de un peñasco manantiales de agua pura al contacto misterioso de la vara de su Profeta. — *Jaime Balmes.*

POBREZA. — La virtud de la pobreza es un bien que comprende todos los otros bienes. — *Santa Teresa de Jesús.*

POBREZA. — Lo que el ejército para pelear, y el dinero para edificar, eso es para ganar el cielo la pobreza. — *Ven. Fr. Luis de Granada.*

POBREZA VOLUNTARIA. — Quería el Redentor del mundo echar por fundamento de la perfeccion evangélica la pobreza (Matth. XIX. 21.) *Si vis perfectus esse, vade, vende quæ habes, et da pauperibus.* Si quieres ser perfecto, vé, y vende lo que tienes, y dalo á los pobres. Y por eso quiso dejarla tan confirmada y autorizada con su ejemplo. Y así vemos, cuán impreso quedó en la Iglesia este fundamento de la pobreza desde el principio de la primitiva Iglesia, como se cuenta en los Actos de los Apóstoles (4. 32.) porque no habia entonces mio ni tuyo entre los fieles, sino todo era co-

mun, porque todos los que tenían casas, ó heredades, ú otras posesiones, las vendian y traian el precio de ellas, y lo ponian á los piés de los Apóstoles, y de allí se repartia á cada uno lo que habia menester. Pondera aqui San Gerónimo (Ep. ad Demetr.) que lo ponian á los piés de los Apóstoles: *Ut ostenderent, pecunias esse calcandas*: para mostrar que las riquezas se habian de hollar y menospreciar, y tener debajo de los piés. Y dicen los Santos Cipriano, Basilio y Gerónimo y otros, que hacian entonces los fieles voto de pobreza. Y pruébanlo por el castigo de Ananías y Safira, que porque escondieron parte del precio de su heredad, fueron castigados con una muerte súbita, lo cual es señal que tenían voto; porque sino lo tuvieran, no merecieran tan grande castigo.

Pues enseñada la Iglesia con esta doctrina divina, los Santos, y todos los fundadores de las religiones ponen el voto de pobreza por fundamento necesario y firmísimo de la Religion. *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*
— Ven. P. Alonso Rodriguez.

PODERÍO DE MARÍA SANTÍSIMA.—Dios la corona Reina del cielo y de la tierra; á sus piés se postran los ángeles esperando sus órdenes, á su voz obedece todo lo criado, rindiéndole homenaje; el Padre la escucha siempre con amor, el Hijo le concede cuanto pide, el Espíritu Santo le confía todos sus dones, y todo se lo dá para que sea nuestra Madre, para que lo emplee todo en favor de sus hijos.—*Sermones predicados en honor del Santísimo Sacramento.*
—Benito Sanz y Forés.

PODER MÁGICO DE LAS DULZURAS DE DIOS.—Dice San Gregorio: «El que perfectamente ha conocido la dulcedumbre de la vida celestial, luego deja todas las cosas que sensualmente amaba: deja lo que poseía; derrama lo que allegaba; enciéndesele el corazon con deseos del cielo; desagrádale todo lo que hay en la tierra, y parécele feo todo lo que antes le era hermoso; porque solo el resplandor de esta preciosa margarita reluce en su ánima.» Pues de esta manera lleno el vaso de nuestro corazon de este licor celestial, y apagada con él la sed de nuestra ánima, no tiene porque

andar hambreado y procurando los bienes perecederos de esta vida; y así queda libre de las cadenas de las aficiones de ellos; porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prision. Y de esta manera el corazon que vino á hallar al Señor de todo, se halla él tambien en su manera señor de todo; pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

PONTIFICADO (EL).—Es la continuacion de la obra de Jesucristo; y el Salvador redimió la humanidad, y se ha constituido principio y término de ella, muriendo en una cruz. «Como mi Padre me ha enviado, os envío yo:» y no hay glorificacion sin crucifixion. La vida, el sublime destino, la augusta mision de los Papas es una vida de lucha, un destino de sacrificios, una mision de mortales dolores y angustias. No suben tan alto los Pontífices sino para descubrir el inmenso horizonte donde á cada paso tienen que luchar contra los enemigos de Cristo. Si no se viesen á toda hora combatidos por el error de los hijos díscolos, y por las pasiones de los hijos corrompi-

dos, no serian en todo rigor Vicarios de Jesucristo, que fué crucificado para cumplir la celestial mision que el Padre Eterno le confiára.

Por eso vemos que no constituyó Jesucristo vicario suyo en la tierra al Apóstol San Pedro sino despues de haberle ofrecido el espectáculo y el grande ejemplo del Calvario; y que no puso bajo su custodia y direccion *los corderos y las ovejas* hasta que le hubo asegurado por tres veces su amor; lo cual equivalió, por parte de Jesucristo al hacer á Pedro la pregunta, á querer saber si el Apóstol se encontraba con fuerzas para padecer; y por parte de Pedro, al asegurar una, dos y tres veces que le amaba, á protestar que amándole sabria padecer y agotar, como en efecto le agotó, el cáliz que le estaba reservado. El pontificado, por consiguiente, es el martirio, ó el camino del martirio; es una batalla ó un campamento donde hay que estar preparados para darla; es la muerte, ó la disposicion del ánimo para sufrirla. Todas, ¡ay! todas esas glorias, todas esas exterioridades de grandeza, todo ese respeto con que el mundo pronuncia

el nombre de los Pontífices llamándolos *Santísimos*, es porque el mundo sabe bien, sin que nadie se lo diga, que el Papa es la segunda víctima del Calvario, dispuesta siempre á padecer y morir cuando sea necesario que por la salud de todo el pueblo muera un solo hombre. La Iglesia y la sociedad quieren ver rodeada de glorias y grandezas la *cruz* de los Pontífices. No es un trono de mundana gloria el que erige al Sucesor de Pedro el afecto de los pueblos, sino un testimonio de gratitud y veneracion á la sangre de un mártir de ánimo.

El Pontificado no ha muerto, por lo mismo que sufre persecuciones. La mas patente señal de su vida, pero de su vida fuerte, robusta, inmortal, es esa série no interrumpida de ataques, que antes de un modo y ahora de otro se hacen á la Santa Sede, sin que la conturben ni la hayan conturbado, en su lenta y trabajosa, pero brillante carrera, las pasiones auxiliadas de las ideas, ni las ideas auxiliadas de las pasiones.

Aunque en guerras, aunque en incesantes luchas, el Pontificado se sostendrá, y no solo

se sostendrá, sino que á medida de lo grande de los combates serán grandes sus triunfos, y cada vez mas *católica*, mas universal su influencia. Yo no me inquieto ni me asusto por el Pontificado, ni de los perseguidores aunque se llamen Neronés, ni de los filósofos aunque se llamen Celsos, ni de los heresiarcas aunque se llamen Luteros, ni de los poetas aunque se llamen Voltaires, ni de los socialistas ó republicanos aunque se llamen Mazzinis. ¡Pobres hombres, que han creído detener con su dedo de carne el carro fumigante de Ezequiel, y los ha aplastado con el peso de su gloria y con la fuerza de su inmensidad! Y no solamente no me inquieto ni me asusto por los gritos que resuenan contra el pontificado, sino que al oírlos experimento en mi corazón no sé qué especie de alegría; pues si el Pontificado no fuese una institución grande, mas grande que el mundo, no se vería combatida por los mundanos elementos que para su ruina se unen y conjuran. ¿Por qué no oigo esos mismos gritos de rabia contra las supremacías protestantes, contra las maestras sinagogas,

contra el intérprete del Corán, contra los altos poderes religiosos de los falsos cultos? Porque las ideas y las pasiones, al paso que combaten al Pontificado porque le miran como poderosa institucion y como invencible enemigo, se olvidan naturalmente de todo aquello que no temen. Luego si temeis al Pontificado vosotros que os reputais grandes, es porque el Pontificado es algo mas que vosotros, y así os lo dice vuestro propio corazon, y así lo dan á entender vuestros desesperados esfuerzos. ¿Qué hariais sacrificando uno ó muchos Pontífices? Hacer que se realizase al pié de la letra la palabra de Jesucristo: mataríais á un hombre, pero daríais nueva vida á la institucion. Haríais del Papa un mártir; pero al Pontificado, sobre su triple corona, le añadiríais nuevas palmas é inmortalidades; es decir, añadiríais nuevas pruebas de la divinidad de su institucion.

Me complazco en hacer este género de observaciones, lo uno, para consolar los ánimos que se abaten al oír el ruido de la tempestad.

tad; y lo otro, para hacer ver á los enemigos del Pontificado, que ni tienen el mérito de la originalidad en sus luchas, ni se ocultaron al Pontífice eterno los proyectos de los hombres, ni aun los de Mazzini con haber sido triunviro de la república romana. El Papa no es ni ha sido nunca mas que el supremo dispensador en la tierra de los misterios de Dios, velando por la integridad y pureza de los medios de salvacion, que sus *llaves* conservan, y haciendo porque penetren hasta en lo mas íntimo y profundo de la vida intelectual y moral de la humanidad, para vivificarla en todas sus relaciones y en todas sus obras. Seria preciso desconocer, no digo ya la degradacion primitiva y sus consecuencias, sino hasta lo que hoy y siempre ha sido el hombre, prescindiendo del origen á que han sido debidos sus males, para no advertir desde luego que si la mision del Papa es aplicar como jefe y cabeza los méritos y la luz de la redencion á la humanidad degradada, el mundo, siempre propenso á la rebelion contra la verdad y contra la gracia, hará desesperados esfuerzos á fin de que

no se imponga un freno á los excesos de su razon y á la malicia de su voluntad. Esta es la lucha contra el Pontificado, y no es otra. Este es su origen, y no hay que cansarse en buscar otro. Asegurar que la sociedad no necesita un Papa porque le rechaza ó le hace guerra, es dar una leccion de mala lógica. Yo discurro de otro modo: la sociedad, dando por hecho que así sea, hace guerra implacable al Pontificado; luego la sociedad le necesita en el órden supremo de direccion. No hay un buen lógico que al ver al brioso caballo rechazar el freno, deduzca por esto que no lo necesita. Por lo mismo que con fuerza le rechaza, con mayor razon le es necesario. Esos que se llaman votos generales de la sociedad, si es que esos votos pueden aparecer bajo una expresion ó una fórmula, podrán tenerse en cuenta para desechar ó no desechar una idea ó una institucion puramente humana y variable, pero de ningun modo para aplicarlos á instituciones divinas ó naturales. ¿Quién necesita mas de la autoridad del padre sino los hijos que no le quieren?

El Papa, en una palabra, representa el principio de la redencion, y la sociedad tiene que mostrarse siempre lo que es, degradada y rebelde. Crucifixora del Papa como lo fueron de Cristo los judíos, si la sociedad quiere derramar la sangre del justo, la derramará á su placer; pero esa sangre caerá sobre ella y sobre sus hijos: sobre sus hijos, que errando sin rey y sin altar por el mundo de las prevaricaciones, tendrán al fin que decir, desde lo profundo de sus miserias y trabajos, y desesperados entre incesantes revoluciones: *verdaderamente era este el Hijo de Dios*; verdaderamente era el Papa nuestro Padre.

Es, pues, natural condicion de la vida del Pontífice la persecucion y el martirio. El Pontificado es institucion grande, porque nació, digámoslo así, en el Calvario; y desde ese monte de sangre ilumina al mundo, que le pide gracias y verdad.—*El Papa en todos tiempos, y especialmente en el siglo XIX.*—Juan González.

POSTERGACION INJUSTA DEL ALMA.—¡Qué vanos son, dice el Profeta (Ps. LXI. 10.) los hijos

de los hombres, y qué falaces en sus pesos y medidas! Pesan mucho mas en su estimacion los bienes y males del cuerpo que los de su alma. ¡Con qué diligencia acudian á la piscina de Jerusalem los cojos, sordos y mudos (Joan. V. 3.) en busca del remedio de sus dolencias! Uno de ellos tuvo constancia para esperar treinta y ocho años la buena suerte de ser arrojado á las aguas para recobrar su salud. ¡Cuán pocos son los que acuden con esta diligencia, y tienen esta constancia para buscar la salud de su alma! No se perdona gusto, cauterio ni bebida por amarga y desabrida que sea, cuando se trata de la salud del cuerpo; mas aunque el alma enferme, ó no se hace caso de su dolencia, ó nos contentamos con una muy leve diligencia para buscar su remedio. «A la menor indisposicion corporal, »dice San Juan Crisóstomo, se buscan los médicos mas acreditados, se derrama con profusion el dinero, se ejecuta con puntual vigilancia cuanto conviene á su remedio, hasta conseguir su restablecimiento y robustez; »pero siendo nuestra alma diariamente vulne-

»rada, contrayendo á cada paso mil dolencias
»peligrosas, y estando continuamente ex-
»puesta á perecer, no nos merece la menor
»atencion y cuidado.» Sin embargo, cuánta es
la diferencia de los bienes del cuerpo á los del
alma! Qué difíciles de alcanzar los primeros, y
qué fáciles los segundos! La salud, la digni-
dad, la hacienda agitan y traen en continua
solicitud á los mortales, y al fin la mayor par-
te muere en el abatimiento y la pobreza; pero
la gracia, los dones del Espíritu Santo, las ri-
quezas celestiales y demás bienes del alma es-
tán en la mano del hombre; Dios espera sus
deseos para enriquecerle con ellos. Las dolen-
cias del cuerpo son de tan difícil curacion co-
mo acredita una triste experiencia de los va-
nos esfuerzos de los hombres contra un tumor
maligno, ó un dolor vehemente: y al mismo
tiempo las enfermedades del alma se curan
con un solo afecto del corazon, con una sola
palabra. *Pequé al Señor*, dijo David, y luego
fué curado de una llaga mortal, producida por
un adulterio y homicidio. *Sedme propicio*, dijo
el Publicano, y luego fué sano de la multitud

de sus dolencias. *Pequé*, dijo el pródigo, y luego fué recibido á la gracia de su padre. ¿Pues cómo hay en nosotros tan poca solicitud por unos bienes tan fáciles de conseguir, y tanta por los que se huyen de nuestra mas esmerada y celosa diligencia? ¿Como somos tan omisos en la fácil curacion de nuestra alma, y tan activos en la dificultosa del cuerpo? —*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

POTESTAD DE LA IGLESIA.—La potestad de la Iglesia encierra esencialmente los dos objetos sobre que descansa la religion, la doctrina y la disciplina. A la disciplina pertenece establecer cánones, reglar el culto, los ministerios, los ritos, las ceremonias, los oficios y beneficios, formar sus juicios; en una palabra, todo cuanto compone el plan de la Iglesia católica; y todo ello exterior, todo público, solemne y visible, como que la visibilidad es uno de sus caractéres esenciales. Decir, pues, que la Iglesia tiene por su institucion y derecho divino todos los poderes de una constitucion perfecta, esto es, un poder legislativo, un po-

der judicial, un poder gubernativo y coercitivo para castigar á los rebeldes, todo esto en en el fuero externo, y por actos públicos, á diferencia de lo que toca al interno que además tiene en el sacramento de la Penitencia, y que esta potestad para establecer y reglar su disciplina exterior y pública le es privativa y exclusiva, independiente de la temporal, es decir otras tantas verdades de fé, comprendidas en el dogma de la potestad que ha sido dada por Jesucristo cuando dijo á sus Apóstoles: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra..... Como me ha enviado el Padre, así os envío á vosotros..... Id, instruyendo á todas las naciones, enseñándolas á guardar todo lo que os he mandado..... Todo lo que atáreis y desatáreis sobre la tierra, será atado ó desatado en los cielos, etc., (Matth. XXVIII, 18, 19 y 20; XVIII, 18. Joan. XX, 21) dejando aparte otros muchos testimonios de la Santa Escritura, conforme á los cuales tenemos la tradicion constante y uniforme desde entonces acá, corroborada con definiciones auténticas de la misma Iglesia que, segun

el Apóstol, es columna y firme apoyo de la verdad: *columna et firmamentum veritatis* (I. Tim. III, v. 15.) Es por esto tambien que el Concilio de Trento ha hecho un especial encargo á los príncipes seculares de la obligacion estrecha que tienen á impedir que sus oficiales y magistrados violen los derechos é inmunidad eclesiástica; la que declara el mismo Concilio ser establecida, así por ordenacion divina, como por los Cánones de la Iglesia. *Dei ordinatione, et canonicis sanctionibus institutam* (Ses. 25, cap. 20 de refor.) De aquí es que las máximas que despojan á la Iglesia de su jurisdiccion exterior sobre los puntos de disciplina y gobierno, y la traducen al poder secular, se han tenido siempre por irreligiosas y subversivas. Cuando en los estados generales congregados en Angers por el año de 1560 se atrevió un fiscal ó abogado régio á escribir que «los reyes y príncipes cristianos tenían el poder de establecer, ordenar y reformar en cuanto á la policia y disciplina sacerdotal,» al instante la universidad de París calificó esta proposicion de fal-

sa, cismática, destructiva de la autoridad eclesiástica, y herética. Y con la misma censura condenó en 1617 otra proposición semejante, que negaba á la Iglesia una verdadera jurisdicción, esto es, un poder externo y coactivo.

El lenguaje y hechos de los Apóstoles convencen hasta la evidencia que la potestad que ellos ejercían, y transmitieron á los Obispos sus sucesores, no se limitaba á lo interior de las conciencias, sino que se extendía á lo exterior de la sociedad cristiana con una total independencia de los poderes seculares. Cuando San Pablo daba reglas y leyes en las Iglesias que fundaba para su gobierno acerca de todos sus objetos, como el modo de celebrar sus asambleas, su liturgia y oraciones, sobre elección é institucion de sus ministros, sobre matrimonios, instruccion de juicios eclesiásticos, etc., de que están llenas sus epístolas, reservándose además disponer otras cosas luego que volviera personalmente á ellas, *cætera, cum venero, disponam*, no ordenaba ciertamente sino puntos de disciplina externa, y toda externa; y no por eso usurpaba la jurisdic-

cion del principe bajo cuyo imperio vivia. Cuando conminaba con el castigo á los inobedientes, intimándoles que «tenia á la mano el poder para castigar toda inobediencia;» *habere se in promptu ulcisci omnem inobedientiam*, (II. Cor. X, 6) no creia que necesitase mendigarlo de los magistrados, sino que lo tenia, segun decia él mismo, «como dado por el Señor;» *ex potestate quam dedit nobis Dominus* (II. Cor. X, 8.)

Cuando los Apóstoles prescribian ayunos, la abstinencia ó no abstinencia de ciertos manjares, y celebraban juntas y sínodos, no decian sino sobre materias corporales y externas; y no lo hacian por autoridad humana, sino por la que Dios les habia dado y transmitido á su Iglesia. «Ha parecido (decian) al Espíritu Santo y á nosotros de no imponeros otra carga como necesaria, sino el que os abstengais de cosas sacrificadas á ídolos, y de sangre y de ahogado, y de fornicacion.» (Act. XV, 28, 29.) Este reglamento contiene puntos de religion, de costumbres, y de disciplina; y se vé que sobre todos ellos ejercen los Apóstoles

la facultad de atar y desatar, que les dá la ley fundamental de la constitucion evangélica.

Cuando el Apóstol decia á los Obispos que el Espíritu Santo los habia puesto para regir la Iglesia de Dios, *attendite vobis et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus possuit Episcopos regere Ecclesiam Dei*, decia lo que no puede expresarse de un modo mas explicito para hacer entender dos cosas: la una que su potestad es toda divina y de un órden sobrehumano: la otra que no es una potestad interna ó mental, segun imaginan nuestros falsos políticos, sino una potestad de régimen y gobierno exterior, potestad que no cae sobre individuos sino sobre todo el cuerpo de la Iglesia, y por consiguiente sobre todos los objetos que conciernen á ella, como una verdadera sociedad cristiana, es decir, sobre el órden y distribucion de su jurisdiccion, de su ministerio, del culto público, de sus asambleas, oficios y del patrimonio que lo sostiene; en una palabra, de toda su disciplina, que envuelve un derecho público y privado, porque todo esto pertenece á la potestad de régimen

de la república cristiana: *regere Ecclesiam Dei*. Y mientras que no se destruyan estos principios y se mude la Escritura, haciéndola decir que el Espíritu Santo puso á los príncipes y magistrados seculares para regir la Iglesia de Dios, preciso es concluir que ninguna potestad tienen en semejante funcion.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

POTESTAD ECLESIAÍSTICA Y CIVIL.—No hay poder entre los hombres para aniquilar la verdad, y dar título de prescripcion al error. *Veritas Domini manet in æternum*. Digan lo que quieran los nuevos políticos, todo hombre que abriere las Santas Escrituras y consultare la divina tradicion, leerá en aquellas y hallará en esta el defecto de autoridad en el poder secular para gobernar la Iglesia. Ni podia ser de otra suerte segun los designios de la Providencia, que ha criado y gobierna el mundo. El hombre, aunque sujeto por ahora al tiempo y á la materia necesite de los bienes presentes y visibles, inmortal y hecho á imágen de Dios tiene que buscar los invisibles y eternos; y si

para ayudarle á conseguir aquellos se estableció de comun acuerdo la potestad civil, para alcanzar estos instituyó el mismo Dios la potestad espiritual ó eclesiástica, no solo distinta de la otra, sino tambien soberana é independiente, no siendo absolutamente posible que el cielo esté sujeto á la tierra, la eternidad al tiempo, Dios y su religion á los hombres. Ella, por el contrario, fué en los consejos del Altísimo la que debia auxiliar y dar una mano amigable á la civil, para que esta fuese tan cabal, perfecta y activa cual por sí no podia ser. Érale necesaria á la autoridad secular un contrapeso para que no fuese despótica, una palanca que la elevase al cielo cuando ella se inclina por su peso á la tierra, un vehículo por donde penetrase en la conciencia de los hombres la que solo impera sobre los cuerpos, un punto de apoyo que no fuese ella misma para ser sostenida. La autoridad eclesiástica es la que le presta todos estos servicios; mas ninguno de ellos podria prestarle si no fuese soberana é independiente.

Es, pues, muy verdadera y filosófica la sen-

tencia del Papa San Gelasio. La sana política, que busca el bien y tranquilidad en los Estados, no puede dejar de abrazarla. «La máquina de este mundo (dice á un emperador romano) estriba y rueda sobre dos potestades supremas ordenadas por la sábia Providencia del Criador; una la Sagrada autoridad de los Pontífices, otra la real de los príncipes... Ten entendido, pues, que si eres el primero en la dignidad y mando de tus súbditos, eres uno de ellos respecto de los jefes de la religion en las materias que á ella conciernen, en las cuales estás obligado, como bien lo conoces, á seguir el juicio de ellos, y no está en tu potestad el darles la ley.»

Desde que se pierda de vista este principio, lo de arriba viene abajo, el mundo es un caos, y la sociedad, sino perece del todo, es inestable y pasa por continuas vibraciones.—*Ensayo sobre la supremacía del Papa.*—José Ignacio Moreno.

PRECEPTOS DIVINOS.—Caminos reales para el cielo.—*El Incógnito.*

PRECIO DE LAS ALMAS.—Si consideramos que

nuestras almas han costado toda la sangre de Jesucristo; por el valor infinito de este precio divino, conoceremos la estimacion infinita que debemos hacer de nuestra salvacion y de la de nuestros prójimos: *Se moriens in pretium*. ¡Oh hombre! No has costado oro ni plata, ni es tu precio la tierra con toda su riqueza, ni el firmamento con toda su hermosura. Tampoco lo es otro hombre como tú, ni siquiera lo es el ángel. Mas grande es tu valor ¡Estás comprado con lo que vale un Dios! ¿Quién se atrevería á imaginarlo, si no nos lo enseñara la fé? Sin embargo esta es la verdad, la pura y simple verdad sin exageracion de ninguna especie. Son tan preciosas nuestras almas en la estimacion de Dios, que no vaciló en rescatarlas al precio de toda la sangre de su Hijo.

Y para que no perdamos de vista esta verdad, para que la sintamos mas vivamente, quiso Jesucristo quedarse en la sagrada Eucaristía, donde se renueva el ofrecimiento de ese precio de nuestro rescate á todas las horas del dia, por toda la extension de la tierra, desde el oriente del sol hasta su ocaso.

Quotiescumque manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat (1. Cor. XI. 26). En todos los lugares de la tierra y hasta la consumacion de los siglos, tendrán los hombres una prueba, no testimonial solamente, sino presente á los ojos de su fé, en el sacrificio eucarístico, de que sus almas valen lo que vale un Dios. En vista de esta prueba, ¿qué estimacion no deben hacer de sus almas? ¿Cómo tendrán valor de exponerlas á perderse?

Mas ¡oh ceguedad incomprensible! ¡oh desgracia lamentable! muchos de los mismos que creen esta verdad, que su alma vale lo que vale un Dios, la prostituyen al mundo y la entregan al demonio por un mezquino interés terreno, por un asqueroso deleite, por una vacía satisfaccion del orgullo. Otros, no contentos con solo robar á Dios sus propias almas, que le corresponden en propiedad por haberlas criado y rescatado al precio infinito de la sangre de su divino Hijo; se declaran infames corredores de Satanás, para comprar por viles precios esas mismas almas con des-

tino á la dura servidumbre del pecado. Los que con venenosas lecciones extravían el entendimiento de la infancia, los que seducen á la inocencia, los que ponen ocasiones á la virtud en espectáculos inmorales y provocativos, los que ofrecen ganancias ilícitas para atraer á la infraccion del deber á los que estaban dispuestos á cumplirlo; todos esos y otros mas, que de diferentes modos y aunque no sea mas que con el pernicioso ejemplo de su vida disoluta, apartan las almas del bien y contribuyen á precipitarlas en el vicio, son del número de esos agentes de perdicion, que no conociendo ó despreciando el valor inmenso de la pasion y muerte de Jesucristo, le arrebatan las almas que Él ha comprado con aquel precio infinito.

Desgraciadamente hoy mas que nunca abunda el número de esos insensatos; y por lo mismo es indispensable que las almas fieles, cada una en su esfera, además de procurar preservarse libres de la culpa, se esfuercen en contribuir á que se conozca y se estime el valor inapreciable de las almas. El arreglo

cristiano de la vida, el buen ejemplo, la frecuencia de sacramentos, las piadosas conversaciones, el celo por la conversion de las almas; todas estas cosas y cada una de por si, practicada con recta intencion, sencillez y constancia, será una predicacion muda, pero elocuente, que convencerá á muchos de lo que valen las almas.— *El Mes eucarístico.*
— *José Antonio Ortiz Urruela.*

PREMIO DEL ARREPENTIMIENTO.—El que recobra la virtud despues que la perdió, siente mayor dulzura que el que nunca la ha perdido; como si Dios le quisiera consolar del nuevo dolor, que le causa la memoria de sus ingratitudes; como si quisiera hacerle sentir, que el yugo que le va á imponer, es mas dulce que el que le obliga á dejar en el mundo y en sus usos tiránicos; como si quisiera encadenarle á su servicio con lazos mas dulces, para que sean indisolubles; como si quisiera manifestar el gozo que tiene de haberle recobrado; en fin como si tuviera recelo de volverle á perder, parece que se apresura á derramar sobre él á manos llenas sus riquezas, y hacer-

le gustar cuantas dulzuras reserva en los tesoros de su piedad.

Por eso vierte en su corazon una satisfaccion inexplicable, un consuelo delicioso, un calor divino, una dulce confianza, que ya es parte de su inefable felicidad. ¡Ay, Señor! no es posible dar nombre á esta efusion de la gracia en un alma penitente; porque no hay palabras que correspondan á la excelencia de lo que es divino: una comunicacion tan íntima de su luz soberana no se puede esprimir sino con el silencio, la inmovilidad y la profunda contemplacion del corazon feliz, que la siente y se satisface.—*El Evangelio en triunfo.*—*Pablo de Olavide.*

PREPARACION PRÓXIMA PARA PREDICAR.— Los pensamientos son el alma y nervio de la elocuencia. El Crisóstomo compara la buena elocucion que no está nutrida con sólidos pensamientos á una espada, cuya empuñadura fuera de plata y la hoja de plomo. Cuando el orador, pues, ha elegido la materia sobre que se propone predicar, su primera diligencia ha

de ser estudiarla y meditarla con detencion.

En ese estudio deben evitarse dos extremos: uno el empeño del orador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia, porque se compromete en un trabajo árduo y pesado y á la vez inútil en gran parte, puesto que leerá repetidas veces unas mismas cosas: en el extremo contrario dará, si se concreta á estudiar la materia en un solo autor, porque es muy posible que sin advertirlo se amolde á las ideas y modo de ver, y hasta las formas del escritor á cuya lectura se entrega exclusivamente. Atendida la variedad de los casos, caractéres y circunstancias personales de los oradores no es posible, y aunque lo fuera, no seria conveniente dictar á los jóvenes un método exclusivo para sus estudios de preparacion; el genio y el talento no sufren ligaduras; necesitan, sí, direccion acertada, y en este concepto indicamos como una regla de prudencia que será modificada por circunstancias personales y del momento, un procedimiento que nos parece fundado en razon y cuya grande utilidad conocemos por propia ex-

periciencia. Consiste en que el jóven recuerde la doctrina relativa al punto de que se propone predicar, estudiándola de nuevo en el autor que le sirvió de texto en el aula, ó en cualquiera otro escritor elemental, con lo que fijará exactamente sus ideas, y asegurará su rumbo; condiciones de acierto tanto mas necesarias al orador, cuanto que si el estilo oratorio requiere una marcha libre, el ministerio exige evitar á toda costa, segun San Gregorio, no solo el error, sino hasta la mas pequeña inexactitud en la doctrina. Las obras de Santo Tomás son para el predicador una mina riquísima é inagotable: estaria por demás hacer aquí el elogio de ese eminente génio, á quien, como dice el P. Ráulica, se encuentra siempre en el camino cuando se busca la razon, en lo que es posible, de cualquiera misterio del cristianismo: ni una sola vez hemos consultado la *Suma Teológica*, sin que hayamos encontrado no solo sana y copiosa doctrina, sino importantísimas nociones de filosofía cristiana; y muchas veces en un solo artículo ó en alguna de sus notables respuestas á los argumentos,

hemos hallado el plan de un discurso y traza-
da toda su marcha.

El estudio que acabamos de aconsejar cree-
mos que debe ser el primero en el orden del
tiempo; pero el de la Sagrada Escritura lo es
por su importancia esencial para el orador
cristiano, quien debe buscar en el Nuevo y
Antiguo Testamento, especialmente en los
Santos Evangelios y en las Epístolas de San
Pablo, los lugares donde se contenga la doc-
trina que se propone explicar.

Algunas homilias, discursos ó tratados de
los Santos Padres relativos al asunto de la pre-
dicacion, completarán la preparacion del ora-
dor, sirviéndole para comprender mejor la
doctrina y para desenvolverla conveniente-
mente.

Este método, se nos dirá, parece tan fácil
como seguro: pero ¿dónde y cómo encontrar
los lugares de la Sagrada Escritura y de los
Santos Padres á propósito para predicar sobre
una materia determinada? Confesamos que es-
ta dificultad es grave y casi insuperable para
quien no haya hecho de antemano los estudios

que, como en otras lecciones hemos indicado, son necesarios al orador: á quien tan desprovisto de ciencia quiera predicar, le acontecerá lo que sucede al que por no haber trabajado en su juventud, se encuentra mas tarde en la necesidad de mendigar; *«sicut qui patrimonium non pararunt, subinde quærunt, ita in oratione, qui non satis laborarunt.»*

Esto es tan cierto, que aun los hombres de profundos estudios, en el momento de componer un discurso, quisieran á veces consultar alguna de sus pasadas lecturas, y no les es posible hacerlo porque les falta la memoria local. San Agustin experimentó la inestabilidad de su memoria, y para remediarla solia escribir lo que no queria olvidar: *«meditationes meas, ne oblivione fugiant, stilo alligo.»* Nuestro Granada aconseja que se anoten por orden de materias cuantas ideas notables se adquieran con la lectura, ó con el trato de hombres sábios; «con este estudio y diligencia, dice, poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de muchos años se levanta con estos acrecentamientos un monton con-

»siderable de noticias esquisitas:» igual consejo dá San Carlos Borromeo. Los siete libros de las *Cuestiones sobre el Pentatéuco* de San Agustin, *Las Estrómatas* de Clemente Alexandrino, los *Principios Filosóficos de la literatura* del Abate Batteux, y el *Ensayo sobre la Elocuencia del Púlpito* de Maury, son el resultado de las notas que habian ido tomando sus autores, segun su propio testimonio; y si al lado de estos ejemplos pudiéramos alegar nuestra experiencia para estimular á los jóvenes á seguir este método, diríamos que para estas lecciones nos hemos servido de los apuntes y extractos que hemos acostumbrado hacer desde nuestra juventud.

Las lecturas que hemos indicado y cualesquiera otras buenas que haya hecho el orador, habrán enriquecido su espíritu; y entonces preciso es hacerlas germinar, convirtiéndolas, digámoslo así, en propia sustancia; lo cual se consigue por la meditacion.

En todas las ciencias y materias hay ciertos puntos cardinales, algunos principios fecundos de los que fluyen, como consecuencias, un

gran número de verdades: los espíritus vulgares giran al rededor de estos principios, sin atreverse á llegar á ellos; se detienen en ideas aisladas, ó en verdades subalternas y de pormenor; solo es propio de los espíritus elevados, dice Santo Tomás, el apoderarse de los principios y descubrir á un golpe de vista las conclusiones que encierran. Elévase, pues, el orador á los principios, fíjese en ellos, médítelos profundamente, y colocado á esa altura, se ofrecerán á su vista las consecuencias, comprenderá la materia en toda su extension, y su marcha será tan espedita como acertada.

La doctrina no debe ser el único objeto de su meditacion, porque se expondría á mantenerse en la esfera de abstractas especulaciones, en cuyo caso sus discursos carecerian del valor práctico que tan necesario es para que sus palabras lleguen al corazon de sus oyentes: estos, pues, y sus necesidades han de ser tambien el objeto de las meditaciones del predicador, cuyo ministerio es práctico.

Hay además, como indica San Agustin, una

razon peculiar del ministerio de la predicacion, que aconseja al orador que tenga en cuenta á sus oyentes en el acto de preparar sus discursos. La religion ha enaltecido al orador cristiano; rodeado este de oyentes que le escuchan con respetuoso silencio, no ha de esperar las observaciones y réplicas que dan pábulo y empuje á la elocuencia del foro ó de la tribuna. Si el predicador ha fijado toda su atencion en la doctrina, y al meditarla no ha pensado en su auditorio, es muy probable que en medio de un gran concurso se halle solo consigo mismo y caiga en la monotonía; porque no puede haber orador elocuente, dice Ciceron, sin numeroso auditorio: *Sic orator, sine multitudine audiente, eloquens esse non possit*. Contémplese el predicador en la soledad de su aposento cual si estuviera rodeado de su auditorio; considere á este sér colectivo, como un solo individuo; vea, en su propio corazon, el corazon de sus oyentes, examínele, oiga sus réplicas, disuelva sus objeciones, disipe sus pretextos, triunfe de su resistencia y no cese hasta que le haya convencido y per-

suadido, reduciéndole al servicio de la verdad y á la práctica de la virtud.

En esta doble meditacion pasaba la noche anterior al dia en que habia de predicar el Padre San Bernardo: «*Si quidem ad præparanda fercula vestra, tota hac nocte concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exarsit ignis.*» En una ocasion contemplaba el Crisóstomo desde su retiro la ley santa de Dios y los desórdenes de los fieles, que acudian presurosos á los juegos circenses y al teatro; «*ego itaque domi sedens.... graviora patiebar, quam si qui tempestate jactantur: inque terram spectabam pudore sufusus;*» y abrasado su corazon con este doble pensamiento prorumpió con aquella elocuencia de fuego que caracteriza la justamente celebrada homilía que comienza: *Hæccine ferenda? Hæccine toleranda? Vobis enim ipsis iudicibus contra vos, uti volo.*» ¿Y qué otra cosa sino el recuerdo de Dios y de los pecados de su pueblo fué lo que le hizo verter aquellos raudales de lágrimas, de las que ponía por testigos á la soledad y á su habitacion? «*Nisi quis me putaret auram*

superfluum captare, quotidie me videres fontes lacrymarum emittere. Harum vero conscie sunt domuncula et solitudo.» El jóven que, sin la indispensable preparacion del estudio y de la meditacion, pretenda componer un discurso, pagará bien cara su impaciencia: en vano tomará la pluma, y en vano se fatigará, buscando fuera de sí mismo lo que solo ha de proceder de su interior: sino tiene ideas ¿dónde encontrará expresiones? ¿puede haber color sin cuerpo que lo reciba? ¿puede haber cuerpo vivo sin alma que le anime? ¿puede haber sombra sin objeto que la ocasione? Por el contrario, si su alma está poseida, no le faltarán palabras, ni se verá obligado á hablar como quien contesta á lo que le preguntan: las expresiones nacerán de los mismos pensamientos y le seguirán como la sombra al cuerpo.

San Bernardo encierra toda la doctrina de esta leccion en un símil: la pila de una fuente, dice, no vierte agua hasta que se ha llenado; entonces derrama la que sobreabunda y conserva cuanta le cabe: los arcaduces no hacen mas que dar paso á las aguas, pero ninguna

aumentan ni conservan para sí. ¡Predicador cristiano! si carece tu alma de esa vida y movimiento que solo nace del estudio y de la meditacion, ¿qué fuerza darás á tus discursos? saldrán de tus lábios frios é inanimados, como pasan tranquilas las aguas por los arcaduces: procura, dice San Bernardo, que tu alma sea como una fuente perenne, como una pila que rebose, y entonces predica, y tu palabra será elocuente porque de la abundancia del corazon habla la boca (Matth. XII. 34.), «*si sapis, concham te exhibebis, et non canalem. Hic siquidem pene simul et recipit, et refundit: illa vero donec impleatur, spectat; et sic quod superabundat, sine suo damno communicat..... ergo et tu fac similiter: implere prius et sic curato effundere.*» — *Lecciones de oratoria sagrada.* — Manuel Martinez y Sanz.

PRESENCIA DE DIOS. — Si vivimos de la fé como los justos (Rom. I. 17.), y en la fé del Hijo de Dios, como el Apóstol (Gal. II, 20), no podremos echar en olvido este sencillo y santo ejercicio de la presencia de Dios, que se reduce á practicar esa fé de su presencia en

todas partes, fundando en ella nuestra esperanza, y haciendo nacer de ella la caridad. De dos maneras principalmente puede el alma practicarlo. La primera consiste en considerar á todas las cosas y á sí misma dentro de Dios, segun la palabra del Apóstol, de que en Dios vivimos, nos movemos y somos (Act. XVII. 28.) El alma que así se ejercita se considera como el pez en el agua y el pájaro en el aire, que nada puede hacer fuera de esta atmósfera que le rodea. ¡Cuán útil es al alma este pensamiento! Él la preserva del pecado, presentándole á Dios como un testigo y un juez de sus acciones; la sostiene en sus tribulaciones acordándose de lo que dice David, que el Señor está cerca de los atribulados (Ps. XXXIII. 19.), y mirando á Dios como un refugio en su miseria: la anima y fortalece en la tentacion, haciéndole ver á Dios como un Rey por cuya gloria pelea, y que complacido del valor del alma, le prepara una corona para premiarla si pelea legítimamente (II, Tim. II. 5.), y que al verla débil la rodea con el impenetrable escudo de su verdad (Ps. XC. 5.): la

estimula al cumplimiento de sus deberes con el recuerdo del Señor á quien los ofrece, y que los acepta para recompensarlos: este pensamiento, en fin, la excita mas y mas á la práctica de todas las virtudes, mirando á Dios que escribe todos los actos de ellas en el libro de la vida, por el cual ha de ser juzgada (Apoc. XX. 12.) ¡Oh qué idea tan consoladora para el cristiano! Si pienso, si medito, si hablo, si trabajo, si padezco, todo lo hago en el seno de mi Dios, todo lo vé, porque escudriña los corazones (Ps. VII. 10.), y me mira con amor para premiarme, en todo me ayuda, en todo se complace! Así como el pez no puede vivir fuera del agua, ni el pájaro fuera del aire; así el alma no puede vivir fuera de Dios. ¿Cómo es, pues, que hay tan pocos que practiquen este ejercicio? Esta es la causa de que tan pocos lleguen á la perfección, porque no hay quien recapacite en su corazón estas verdades (Isai. LVII. 1.)

El segundo modo consiste en mirar el alma á Dios dentro de sí, que la penetra, la vivifica y hace de ella su templo por el amor

(II. Cor. VI. 16.), para que en él le ofrezca sacrificios de alabanza y gratitud, y adoracion y súplica. Esta idea es la que nos hace comprender la palabra de la Escritura: que el Reino de Dios está dentro de nosotros mismos (Luc. XVII. 21.), y esto es lo que pedimos al decir, venga á nos el tu Reino (Luc. XI. 2.) Dios reina por el amor en el corazon donde habita, y el alma á mas de encontrarle preguntando por él á todas las criaturas como la esposa á las hijas de Jerusalem (Cant. III. 3.), puede sin salir de sí misma sentarse á la sombra de su Amado, y hablar con él (Cant. II. 3.), y allí admirarle, bendecirle y amarle, exponerle sus dolencias, y pedirle sus gracias adorándole con la adoracion en espiritu y verdad, de que habla Jesucristo (Joan. IV. 24.) Si el alma mira á Dios dentro de sí vivificándola en su entendimiento y moviéndola en su voluntad: ¿qué fuente tan inagotable de perfeccion y de delicias no encuentra en su mismo seno? ¡Oh cómo se complace en entregarse á él, en hablarle á solas como deseaba la esposa (Cant. VIII. 2.), en pedirle que entre á

su huerto á comer panal con miel, leche con vino (Cant. V. 1.), en sacrificarse toda á su amor, no haciendo sino lo que él le dá á conocer que quiere de ella! El alma en este estado exclama con la enamorada de los cánticos, yo duermo, pero mi corazon vela (Cant. V. 2.) para oir la voz del Esposo cuando me llama á que descanse en sus brazos, y le reciba en mi corazon donde me embriaga en las dulzuras del divino amor.

No creais que sois perfectos, porque logreis vivir siempre en la presencia de Dios: este ejercicio es un auxiliar poderoso para lograrla; pero no constituye él la perfeccion. Ni creais que es necesario un esfuerzo grande para practicarlo. Un acto de fé, acompañado de esperanza y amor: hélo aquí todo. No os fatigueis, pues, en vuestra imaginacion para lograrlo. Un corazon sencillo, un deseo eficaz, una voluntad pronta á mirarse en Dios, y á mirar á Dios en todas las cosas; la renovacion de ese acto de fé al levantarse, y entre dia y á la noche, son los medios de alcanzar esa presencia continua, y para sostenerse en ella

y hacerla provechosa, basta una mirada de amor unida al humilde ofrecimiento hecho al Señor con frecuencia de cuanto hacemos y decimos. Principiadlo, y Dios mismo que os inspira el principio, perfeccionará la obra (Philip. I, 6); y poco á poco llegareis á la perfeccion de este ejercicio, y con él á la perfeccion del alma que mirándose en Dios corregirá sus defectos, se adornará con las virtudes, vivirá en el seno de su Dios.

La vision de Dios y la contemplacion de sus perfecciones forma la bienaventuranza de los Santos en el cielo, y la presencia de Dios forma la de los justos en la tierra, y de tal manera les hace desear la vista perfecta de Dios, que exclaman con el Apóstol: deseo desatarme del cuerpo, y disolverme para estar con Cristo (Philip. I, 23.) ¡Oh si las almas todas conociesen las dulzuras de este ejercicio! Gustadlo, y vereis cuán suave es el Señor (Ps. XXXIII, 9), aun cuando como la esposa no le veais, sabed que os mira por entre las celosías y detrás de la pared de cada criatura (Cant. II, 9) que refleja una parte de su belleza, y con ella

quiere atraer vuestras miradas. Fijadlas en él, y vuestros ojos estén siempre puestos en el Señor (Ps. XXIV, 15) á quien ahora mirais en espejo y en enigma (I. Cor. XIII, 12); pero á quien en premio de vuestro amor y vuestra fidelidad vereis despues cara á cara, y como dice el Apóstol San Juan (I. Joan. III, 2) le vereis conforme él es, y le conoceréis como él os conoce (I. Cor. XIII, 12), en cuanto puede conocerle una criatura, cuando os diga: alégrate, siervo fiel, y entra para siempre en el gozo de tu Señor (Matth. XXV, 21.)—*Breve tratado de la perfeccion cristiana.*—Benito Sanz y Forés.

PRESUNCION. — Polvo que ciega la vista del alma para que no perciba la verdad.—*El Incógnito.*

PRIMADO DEL PAPA. — Es una verdadera autoridad episcopal, sin límites de lugar, con extension á toda la Iglesia, á todos los Pastores y á todas las ovejas. — *Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—José Ignacio Moreno.

PRIMADO DEL PAPA. — Aunque en razon de Obispo igual á los otros por el orden sacro, es

como Sucesor de San Pedro primado de la Iglesia, no de simple honor, sino tambien de jurisdiccion. Tiene, pues, verdadera autoridad en toda la Iglesia y sobre los Obispos. Esta autoridad, que se refunde en el episcopado mismo extendido á mas que el de los Obispos, consiste en dos puntos generales; en regir los negocios de la Iglesia universal, y en suplir los defectos y corregir los excesos de los Obispos sus hermanos. Esto, como hemos visto, consta de la Escritura y tradicion. De estas dos fuentes dimana toda la disciplina que hoy nos rige.—*José Ignacio Moreno.*

PRODIGIO EN FAVOR DE LA CRUZ.—Quedó en Tlascala, quando salieron los españoles de aquella ciudad, una cruz de madera fija en lugar eminente y descubierto que se colocó, de comun consentimiento, el dia de la entrada; y Hernan-Cortés no quiso que se deshiciese, por mas que se tratasen como culpas los excesos de su piedad; antes encargó á los caciques su veneracion; pero debia ser necesaria mayor recomendacion para que durase con seguridad entre aquellos infieles, porque apenas se apar-

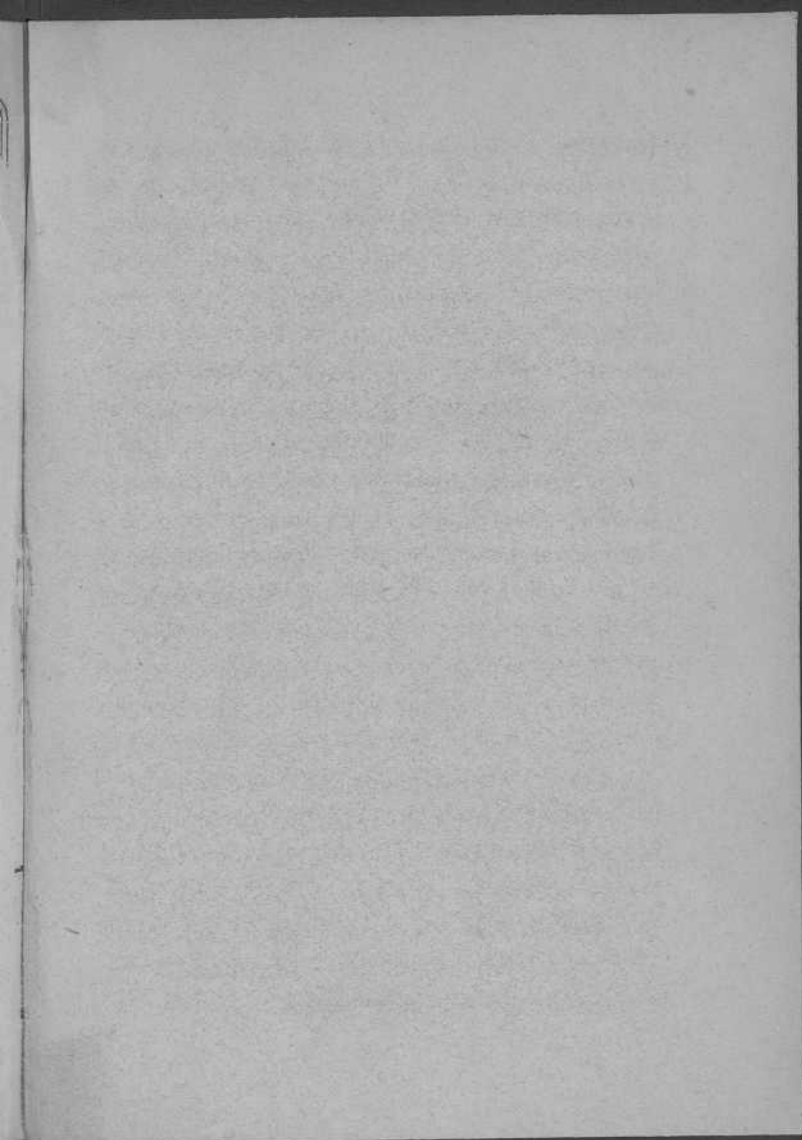
taron de la ciudad los cristianos, cuando (á vista de los indios) bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y esquisita blancura; y fué descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de columna, se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó menos distinta (maravillosa providencia) tres ó cuatro años, que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado, que infundia veneracion y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los indios se atemorizaban al principio, conociendo el prodigio, sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad y perdieron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian públicamente, que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los españoles: procuraban imitarlos, doblando la rodilla en su presencia y acudian á ella en sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frecuentan-

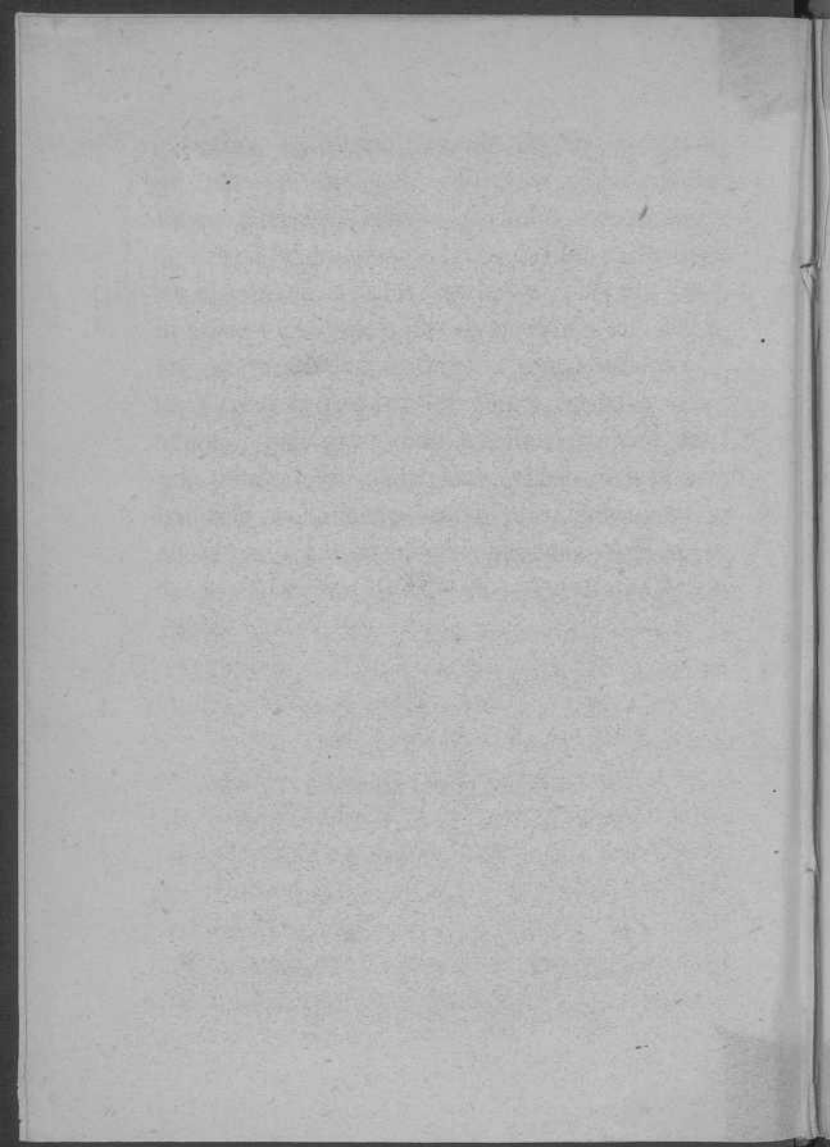
do menos sus adoratorios: cuya devocion (si así se puede llamar aquel género de afecto, que sentian como influencia de causa no conocida) fué creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en celos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedia, por no desautorizarse con el pueblo. Así lo refieren autores fidedignos, y así cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos, para que recibiesen despues con menos resistencia el Evangelio: como el labrador, que antes de repartir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.—*Historia de la Conquista de Méjico.*—*Antonio de Solis.*

PRODIGIO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.—Estando los indios para arremeter á los cristianos, se les apareció en el aire Nuestra Señora con el Niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos... Y de aquí nació que despues de apaciguado aquel levantamiento de los indios, los

naturales del Cuzco y las demás naciones que se hallaron en aquel cerco, viendo que la Virgen María los venció y rindió con su hermosísima vista y con el regalo del rocío que les echaba en los ojos, le hayan cobrado tanto amor y afición, que no contentos con oír á los sacerdotes los nombres y renombres que á la Virgen la dan en la lengua latina y castellana, han procurado traducirlos en su lengua general, y añadir los que han podido por hablarle y llamarle en la propia cuando la adorasen y pidiesen sus mercedes.—*Historia de la Conquista del Perú.*—*Garcilaso de la Vega.*

FIN DEL TOMO TERCERO.

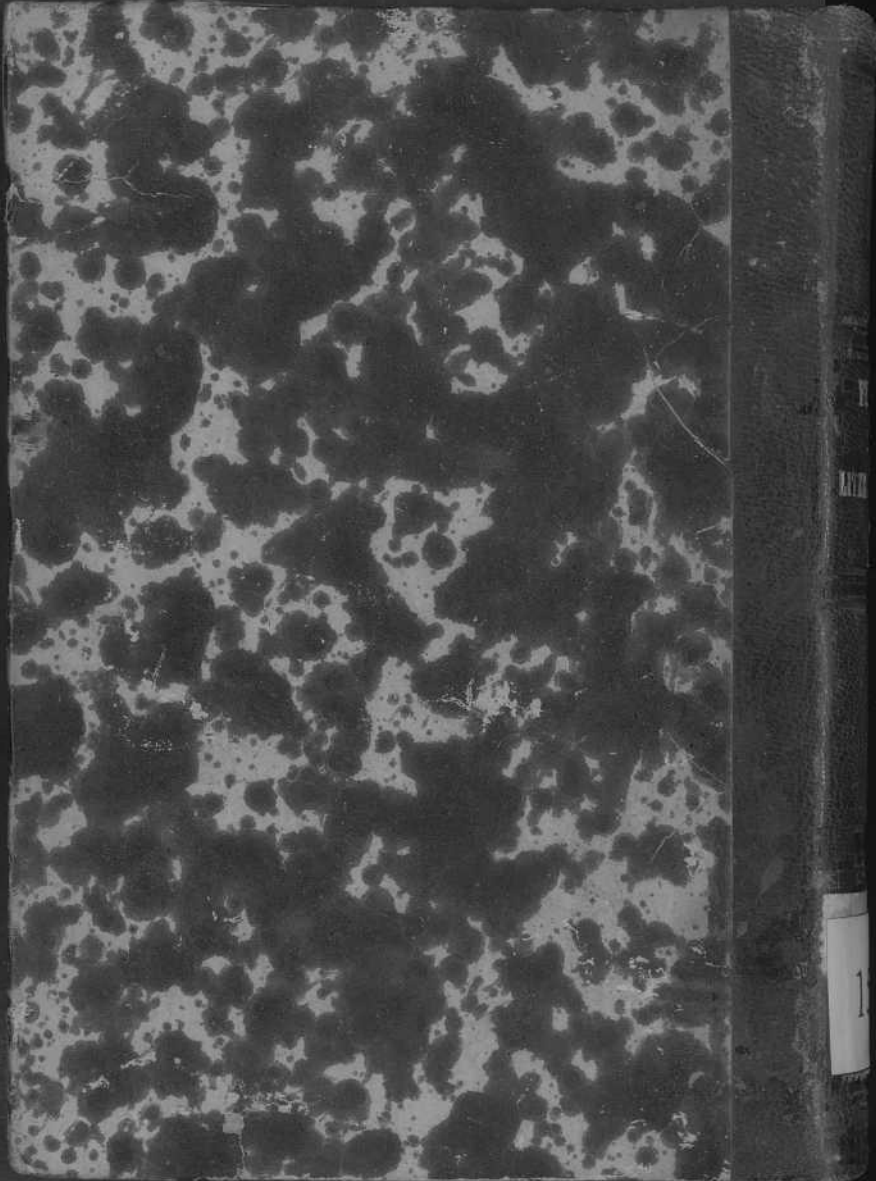




15

3

12



FLORESTA
DE LA
LITERATURA SAGRADA

3

15.828